

LOS CEMENTERIOS

Al cementerio se le llamaba en Occidente en lengua árabiga **maqbara**, plural **maqābir**. Su fundación constituía un acto piadoso, grato a los ojos de Dios. El que la hacía gozaba de beneficios en la otra vida, lo mismo que si hubiera edificado una mezquita, excavado un pozo o reparado un puente. En Córdoba había varios cementerios debidos a la iniciativa de princesas y concubinas de los emires, conocidos por sus nombres. Casi siempre pertenecían a la renta de habices.

El cadí (**qādī**) y el almotacén (**al-muhtasib**) eran los encargados en cada ciudad de velar por los cementerios y disponer alguno o algunos nuevos en caso de acrecentamiento de población o epidemia; de demoler las construcciones levantadas abusivamente en su área y de cuidar que no se cometiesen en ellos actos inmorales e impropios de la santidad del lugar. Ibn 'Abdūn, refiriéndose a la Sevilla de hacia 1100, pedía que el almotacén y sus ayudantes inspeccionasen a lo menos dos veces al día los cementerios de esa ciudad para evitar abusos (1).

Situación: cementerios extramuros y sepulturas urbanas.

Lo primero con que el viajero tropezaba al llegar a las inmediaciones de una agrupación urbana islámica era con la ciudad de los muertos. Pues, siguiendo la tradición romana, los cementerios musulmanes extendíanse fuera de muros, sin vallado alguno, junto a los caminos que conducían a las puertas principales de la cerca. Lo registra Cervantes, al referir que Crisóstomo, el pastor estudiante, «mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera moro» (2). En las ciudades medievales cristianas, en cambio, muertos y vivos amontonábanse dentro del recinto

(1) Levi-Provençal y García Gómez: **Sevilla**, pp. 94-98.

(2) **Don Quijote de la Mancha**, primera parte, cap. XII.

murado, al estar los cementerios, primero, en torno a las parroquias; más tarde, en España, hasta comienzos del siglo XIX, se enterró a las gentes en el interior de los templos.

Al ser la ciudad populosa y permitirlo la topografía de su solar, eran varios los cementerios fuera de muros, en que recibían sepultura los vecinos de los barrios inmediatos a cada una de las puertas de la muralla en cuya proximidad estaban. Hay noticia de unos trece cementerios en Córdoba en los siglos XI y XII y de otros tantos en Ceuta a comienzos del XV. En la populosa Toledo, tan sólo había una, o tal vez dos necrópolis, en la Vega, extramuros de la Puerta de Bisagra. El hondo foso del Tajo, abierto entre murallas graníticas, impedía los sepelios en el resto de su perímetro. Lo mismo ocurría en Ronda.

Parece que en algunas ciudades había cementerios especiales. En Badajoz se cita una **maqbarat al-mardà** (cementerio de los leprosos) en 392/1002 (3). Ibn al-Jaṭīb alude a un individuo sepultado en la **maqbarat al-gurabā'** (cementerio de los extranjeros) en Granada en 707/1307, en el arrabal situado junto al río, frente al Na'îd (4).

Aparte de los cementerios generales, existían varios pequeños, intramuros unos y otros alejados del núcleo urbano. Todo alcázar regio solía tener también su **rawdā**, es decir, su panteón, casi siempre en un jardín (5). La tuvieron los alcázares de Córdoba, en el siglo X (6); los de Sevilla, en

(3) Ibn al-Faradī: **Ta'riḥ 'ulamā' Al-Andalus**, B. A. H., VIII, p. 397, núm. 1.386, según cita de Lévi-Provençal: **Le Traité d'Ibn 'Abdūn**, en *Journal Asiatique* (París 1934), p. 294.

(4) Ibn al-Jaṭīb, **Iḥāṭa**, I, p. 139.

(5) En Medina llaman **al-rawdā**, es decir, «el jardín», a la mezquita en la que está enterrado el Profeta. Pedro de Alcalá traduce **rawdā** por «sepultura rica» y Raimundo Martín por **sepulcrum magnum cum testudine**.

(6) Dentro de las murallas del alcázar de Córdoba estaba el cementerio en el que se enterraban los príncipes omeyas (Ibn 'Idārī, **Bayān**, II, texto, pp. 49, 67, 109, 116, 122 y 155; trad., pp. 74, 104, 175, 187, 195 y 255). Algún cronista concreta más, al decir que era **al-Rawda** el lugar de la necrópoli regia (José E. Guráieb, «**Al Muqtabis**» de Ibn Hayyān, pp. 160 y 162). Ibn Jaldūn escribe que 'Abd al-Raḥmān III levantó en el palacio cordobés alcázares (**quṣūr**), entre ellos uno grandioso, al lado de al-Zāhir, que llamó **dār al-rawdā**, con un oratorio privado. En él es de suponer estaría ese panteón (Ibn Jaldūn, **Iḥṣān**, IV, p. 144; Maqārī, **Analectes**, I, p. 380). Una crónica anónima da noticia de haber sido enterrado el emir 'Abd Allāh, en el año 300/912, en la **Rawdat al-julafā'** (cementerio de los califas): Lévi-Provençal y García Gómez, **Una crónica anónima**, pp. 92-93.

los XI y XII (7); el de Valencia, poco antes de su conquista (8); la Alhambra de Granada, en los XIV y XV (9).

Lo mismo en el interior de las ciudades que en sus alrededores y en pleno campo, abundaban las **qubbās** (10), pequeñas capillas casi siempre de planta cuadrada, abiertas por uno o por sus cuatro lados, a las que cubría una cúpula o una armadura de madera. Albergaban el sepulcro de algún venerado santón o asceta, en torno al cual solían sepultarse las gentes, atraídas por la santidad del lugar. Con el mismo objeto enterrábanse en las ermitas o **rawābiṭ** (plural de **rābiṭa**) (11), en las que, en el campo o en la ciudad, ermitaños o morabitos (**murābiṭ**), habían llevado vida ascética y guardaban sus restos. La **qubba** daba origen con frecuencia a una **zāwiya**, edificio o grupo de edificios levantados casi siempre en torno a un sepulcro venerado, destinados a convento, escuela coránica y hospedería gratuita, en los que solía haber un cementerio destinado a las personas piadosas que deseaban reposar definitivamente a la sombra de los restos del morabito (12).

En circunstancias especiales, como el estar la ciudad asediada, era obligado el sepelio intramuros. Refiere Ibn Baškuwāl que en el año 415 (1024-1025) fue enterrado en la **raḥba** (plaza) de 'Azīza de Córdoba, junto a la casa de Ibn Šuhayd, el sabio cordobés Ibn Bunnuš, cuyos restos mortales no se atrevieron a llevar al cementerio por el terror que causaban las bandas de beréberes que merodeaban por los alrededores de la ciudad. El mismo autor alude a otra **raḥba** de ella, la de Ibn Dirhamayn (el hijo de los dos **Dirhames**), en la que estaba la mezquita, recién construida, de

(7) Muḥammad b. Ismā'īl b. 'Abbād, señor de Sevilla, fue sepultado el año 433 (1041-1042) en el panteón del alcázar de esa ciudad (Ibn al-Faradī, **B. A. H.**, VIII, biografía 1719). Ignórase si coincidía con las **rawdās** citadas por Ibn Sāḥib al-šalā como lugar hasta donde llegaron los derribos de casas, tiendas y posadas circundantes del zoco pequeño, realizadas por Abū Ya'qūb Yūsuf en 592 (1195-1196), para agrandar el patio de la mezquita mayor recién construida, **rawdās** contiguas a la mezquita de al-Yatīm (el Huérfano); P. Melchor M. Antuña, **Sevilla y sus monumentos árabes**, p. 123.

(8) En las que fueron casas del rey moro de Valencia, junto a la mezquita mayor, cedidas por Jaime I para edificios consistoriales y cárcel (donde hoy está el palacio arzobispal, en la plaza de la Almoina), estuvo el cementerio real en época islámica (Fr. Josef Teixidor, **Antigüedades de Valencia**, I, páginas 173-175; II, p. 8).

(9) En la **rawdā** de los jardines de la Alhambra fueron enterrados Muḥammad II (671-701/1273-1301), su nieto Ismā'īl I (713-725/1314-1325), la mujer de éste (m. en 749/1348) y Yūsuf I (733-755/1333-1354); Torres Balbás, **Paseos por la Alhambra: La Rauda**, páginas 261-285.

(10) Willam y Georges Marçais, **Tlemcen**, pp. 331-333.

(11) Torres Balbás, **Rábitas hispanomusulmanas**, p. 476.

(12) *Ibidem*, pp. 476, 477 y 479.

Yūsuf b. Basīl, lugar del sepelio en 507/1114 de Abū-l-Walīd Mālik b. 'Abd Allāh al-Sahlī (13).

El **Repartimiento** de Valencia cita en el interior de la ciudad un lugar **ubi fecit sua sepultura Abinghaf**. Sería el sepulcro del famoso cadí de esa ciudad Ibn Yaḥḥāf, quemando en sus afueras en mayo de 1095 por orden del Cid (14). Poco después, en los últimos años del siglo XI, asediada Valencia por el Campeador, hubieron de ser sepultados en las plazas los que morían dentro de sus muros, al no poder salir a los cementerios exteriores (15). En la cárcel de la misma ciudad, durante la rebelión de 'Abd al-Malik, el año 547/1152-1153, murió 'Āsim b. Jalaf al-Tuḡībī, que fue enterrado en la muralla (16).

La vegetación en torno a las tumbas.

No conozco alusiones a la existencia en los cementerios islámicos de la Península de cipreses, árbol funerario por excelencia de las modernas necrópolis mediterráneas. El encontrarlo en algunas de las ciudades norteafricanas, como Tremecén, podría acreditar que embellecieran con sus agudas copas los cementerios de al-Andalus.

Plantada de olivos encontró en 1494 el viajero alemán Münzer la parte antigua del cementerio de Granada, situado a la salida de la puerta de Elvira (17). En un cementerio de Córdoba, **maqbarat Naʿīm**, había una palmera (18). Las ramas espinosas de azufaifos silvestres protegían en Ceuta, en los primeros años del siglo XV, las tumbas de «los mártires», lugar muy visitado por las personas piadosas en la **maqbarat al-Hāfa** (19).

Se ignora si el célebre parque cordobés medio público de al-Zaḡḡālī, en el que se veían juntas las tumbas de dos amigos íntimos, situado cerca de la **bāb al-Yahūd (Puerta de los Judíos)**, estaba en el interior de la ciudad o fuera de ella (20).

(13) Sila, B. A. H., I-II, pp. 257, 275 y 562.

(14) Bofarull, **Repartimientos de Mallorca, Valencia y Cerdeña**, p. 644.

(15) «Et estaua ya todo el pueblo en las andas de la muerte; et ueyen el omne andar, desi caerse muerto; assy que se finchió la plaça del alcázar de fuessas en derredor del muro, et non auie y fuessa que non yoguessen y más de diez» (**Primera Crónica General de España**, publicada por Ramón Menéndez Pidal, Madrid 1955, cap. 915, p. 585).

(16) Ibn al-Abbār, B. A. H., V, según cita de Francisco Codera, **Decadencia y desaparición de los Almorávides en España**, pp. 313-314.

(17) Jerónimo Münzer, **Viajes por España y Portugal, 1494-1495**, pp. 39-40.

(18) Ibn Baškuwāl, Sila, B. A. H., I-II, pp. 27-28, citado por E. Lévi-Provençal, **L'Espagne au Xe siècle**, p. 209.

(19) Lévi-Provençal, **Une description de Ceuta musulmane au XVe siècle**.

(20) Pérès, **La poésie andalouse**, pp. 128-30.

Seguramente no habría en la España musulmana ninguna necrópolis dionisiaca en la que las raíces de las vides se extendieran entre los despojos humanos, según deseaba Ibn Quzmān para los suyos, al mismo tiempo que pedía una mortaja hecha con sus hojas y un turbante de pámpanos (21).

Nombres de los cementerios.

No era infrecuente que la puerta de la ciudad inmediata al cementerio tomara nombre de éste. Una oriental de Lisboa llamábase **bāb al-Maqābir** (22). Ligeramente alterado —puerta de Almocóbar o Almocábar— lo conserva la meridional de Ronda, levantada en el siglo XIII o XIV, único acceso fácil y llano a esa encumbrada ciudad (23). Así se nombrarían las puertas de la villa vieja de Algecira y de Jaén, que las Crónicas castellanas llaman del Fonsario (24), verosímil traducción de su nombre árabe.

Al estar el cementerio y la **muṣallā** o **šarī'a** (oratorio al aire libre) en las afueras de la ciudad e inmediatos a sus ingresos (25), era frecuente que ocupasen emplazamientos próximos y la necrópolis se llamase —en Córdoba, Valencia, Málaga y Ceuta— **maqbarat al-Muṣallā**.

La puerta de la cerca de la ciudad más próxima al cementerio prestaba otras veces su nombre a éste. Así, había una **maqbarat bāb al-Šāqra** en Toledo; una **maqbarat bāb al-Qibla** en Zaragoza; una **maqbarat bāb Ilbīra** en Granada; una **maqbarat bāb Baŷŷāna** en Almería; una **maqbarat bāb al-Haraš** en Valencia. Otro cementerio de Almería, **maqbarat al-Hawḍ**, recibía denominación del barrio inmediato. Construcciones próximas servían también para distinguirlos. Un cementerio cordobés llamábase **al-Burŷ**, por un torreón a cuyo pie se extendía. En Valencia había una **maqbab al-Ji-yām** (cementerio de las tiendas), probablemente por la existencia de éstas en el mismo lugar.

No pocas veces los cementerios recibían el nombre de su fundador o fundadora —los de Umm Salama, Mut'a y Mu'ammara, esposa la primera de Muḥammad I, concubinas las otras dos de al-Hakam I y 'Abd al-Raḥmān II, respectivamente, en Córdoba —o de un santón o persona piadosa en él en-

(21) «Cuando muera, éstas son mis instrucciones para el entierro: / dormiré con una viña entre los párpados; / que me envuelvan entre sus hojas como mortaja, / y me pongan en la cabeza un turbante de pámpanos» (A. R. Nykl, *El cancionero del šeiḥ... Aben Guzmán*, XC, pp. 215 y 417).

(22) Lévi-Provençal, *La Péninsule Ibérique*, texto, p. 16, trad., p. 22.

(23) Torres Balbás, *La acrópolis musulmana de Ronda*, pp. 460-461.

(24) Florián de Ocampo, f^o cccv, tomo LXVI, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, I (Madrid, 1875), *Crónica de don Alfonso el Onceno*, cap COLXX, p. 344.

(25) Cf. *supra*, «**Muṣallā** o **šarī'a**».

terrado— en la misma ciudad los cementerios de Ibn Hāzim, de Ibn al-'Abbās y de Abū-l-'Abbās al-Wazīr.

Las tumbas.

En contraste con los cementerios romanos y de acuerdo con la austeridad religiosa y el sentido igualitario del Islam, en las necrópolis de al-Andalus no había grandes monumentos funerarios ni mausoleos ostentosos que perpetuasen la memoria de los en ellas enterrados, propios de la vanidad póstuma, la más pueril e injustificada de todas. Refiere al-Ḥimyarī que un soberano de Zaragoza quiso construir un mausoleo con una cúpula —**qubba**— sobre las sepulturas de dos ilustres **tābi'ūn** enterrados en el cementerio de la puerta Oriental —la **maqbarat bāb al-Qibla**— de esa ciudad. Pero no llegó a realizar el proyecto, pues una piadosa mujer de acrisolada honradez le dijo habérsele aparecido en sueños ambos personajes para manifestar su deseo de que no se levantara construcción alguna sobre sus fosas (26).

Sin embargo, era frecuente la existencia en los cementerios de una o más **qubbas** que albergaban los restos de ilustres letrados, ascetas, taumaturgos o varones señalados por su santidad y vida piadosa, en torno a las cuales se enterraban las gentes para beneficiar de su influencia espiritual que de ellos irradiaba. A las personas veneradas que yacían en dichas sepulturas se las tenía como patronos y protectores de la puerta próxima de la cerca, guardianes que impedían entrarse por ella la malaventura o la desgracia (27).

Una capilla funeraria se cita a fines del siglo X en la **maqbarat al-Rabaḍ** de Córdoba, en la que tuvo que refugiarse el cadí Ibn Zarb ante la hostilidad de la plebe (28). Junto a la tumba del predicador y cadí Abū 'Abd Allāh al-Tan'yālī, en el cementerio fuera de la puerta del arrabal de Funtanālla, en Málaga, elevaron sus vecinos una capilla, por su vida austera y devota, sobre la tumba de Muḥammad b. Qāsim al-A'mā Abū 'Abd Allāh, llamado Ibn al-Qaṭan, víctima de la peste de 750/1349-1350 (29). Del cementerio musulmán de Valencia, en el que después de la conquista se estableció el mercado, escribió Teixidor que se encontraban «por sus cercanías tantas pequeñas Mezquitas que habitaban sus Santones i Morabitos

(26) Lévi-Provençal, **La Péninsule Ibérique**, texto, p. 97; trad., p. 119.

(27) G. Marçais, **Tlemcen**, p. 56.

(28) Nubāhī, **Marqaba**, pp. 78-79, según cita de Lévi-Provençal, **Hist. de l'Esp. musulmane**, III, p. 1971, núm. 1.

(29) Ibn al- Jaṭīb, **Ihāṭa**, según cita de Casiri, **Bibliotheca arabico-hispana escurialensis**, tomos posterior, p. 94.

para rogar por sus difuntos, invención del diablo que como mona quería que los suyos remedassen las Ermitas de los siervos de Jesús» (30).

Las tumbas variaban de unas a otras ciudades y regiones. El estudio de sus diferentes tipos, apenas esbozabo a continuación, comparados con los de Berbería y aun con las estelas de las comarcas del Oriente mediterráneo, revelaría probablemente relaciones e influencias mal conocidas. Las piedras sepulcrales de Mallorca, por ejemplo, son más semejantes a las de Ifrīqiya que a las encontradas en el resto de la Península. La cantidad y calidad del material de los sepulcros, su mayor o menor excelencia epigráfica y artística, aportan datos para la historia económica de las ciudades. El gran número de mármoles sepulcrales, de excelente labra, de la Almería almorávide, mayor que el de los existentes en el resto de al-Andalus, expresa la riqueza de esa ciudad en la primera mitad del siglo XII (31).

Los cadáveres se enterraban de costado, lo que permitía hacer fosas muy estrechas, con la cabeza a mediodía y el rostro hacia la Meca. Señalaba las sepulturas de las gentes más humildes una piedra tosca, sin labrar, hincada en la cabecera, sin letrero alguno. En dos cementerios en parte aún subsistentes a la salida de las dos puertas de la yerma ciudad de Vascos, en la Jara toledana, cuatro hitos o pilares de granito sin desbastar, hincados en las esquinas, algo más altos los de la cabecera, marcan cada sepultura. Las limitan entre ellos toscos bordillos del mismo material que apenas sobresalen del suelo.

Si se trataba de personas de algún relieve social o económico, las tumbas y la memoria de los que en ellas yacían, acostumbraba señalarse de varias formas:

a) Por dos estelas, gruesas losas rectangulares de piedra o mármol hincadas verticalmente y orientadas teóricamente hacia la Meca o **qibla**, una a la cabecera y otra más pequeña a los pies, conforme al rito funerario ortodoxo que exige dos «testigos» limitando la sepultura del creyente (32).

(30) Teixidor, **Antigüedades de Valencia**, I, p. 165.

(31) Véase *infra*.

(32) Descripción de sepulturas halladas en Málaga: «una piedra rectangular bien cuadrada, bien redondeada por el extremo superior, la cual se colocaba vertical a la cabeza del sepulcro, ostentando en la cara que daba a éste algunos adornos en el mismo sitio en donde presentan inscripciones otras piedras del mismo género, que se hallan en diversos lugares de España. Con ellas correspondían las que en Málaga, como en otras muchas partes, se colocaban a los pies de la sepultura, más pequeñas, pero de la misma forma que las anteriores, entre las cuales ninguna se ha presentado todavía con adornos» (Guillén Robles, **Málaga musulmana**, pp. 38-39). Por esta descripción no cabe duda de que la parte superior de algunas estelas terminaba en forma arqueada; don Manuel Gómez-



b) Por una estela muy alargada, de pidera o mármol, de poca altura y sección triangular, sobre un plinto más o menos elevado, rectangular, colocada en el eje longitudinal de la tumba, casi siempre sobre varias gradas o escalones de mampostería o ladrillo. Se las designa con el nombre dialectal marroquí de **mqābrīya** (33).

c) Por un cipo o fuste cilíndrico hincado en la cabecera de la tumba.

d) Por una o dos pequeñas estelas discoidales de cerámica vidriada, clavadas a la cabecera y a los pies de la fosa.

Hay, además, ejemplares esporádicos. Fuera de la clasificación quedan también las lápidas con escritura incisa, casi siempre toscas losas irregulares, de medios beréberes y rurales y formas muy variadas (34).

En los tipos a), c) y d), bordillos de piedra o ladrillo hincados verticalmente en tierra limitaban el rectángulo de la sepultura (35). Es probable que, en algunos casos del tipo primero, las estelas rectangulares, en lugar de situarse en el interior del recuadro, cerrasen sus lados menores. Más adelante se dirá dónde se grababan las inscripciones, en el caso de haberlas, pues existen **mqābrīyas** y cipos anepígrafos.

Hay descripciones, poco precisas, de una sepultura con **mqābrīya in situ**, encontrada en Almería hace algo más de un siglo. Al no figurar en varias de ellas el nombre del enterrado ni la fecha de su fallecimiento, cabe la sospecha de que otra estela, rectangular, clavada en tierra, tal vez a la cabecera, completase el pequeño monumento funerario.

En Granada y Málaga se encontraron hace años sepulturas con bordillos que permiten aclarar el destino de las abundantes losas de piedra, labradas muchas de ellas por uno de sus cantos y en parte de sus frentes, que se ven en los muros de algunas iglesias granadinas levantadas en el primer tercio del siglo XVI, como San Cristóbal, San Jerónimo y Santo Domingo; y en el muro de la Alhambra situado a la izquierda del camino que sube desde la Puerta de la Justicia a la Alcazaba.

Durante siglos intrigó a los eruditos granadinos el destino de esas losas,

Moreno cita otra semejante aparecida en el cementerio del barranco del Abogado, en Granada. Pero debían ser muy escasas las de esa forma, con inscripciones u ornamentación, pues no conozco ninguna en los museos ni figura en los repertorios epigráficos sepulcrales.

(33) Se suele llamar a las **mqābrīyas** estelas tumulares, lo que define mal su forma, o estelas prismáticas, con adjetivo erróneo, pues sus cuatro caras vistas son ataludadas, divergentes y no hay dos paralelas.

(34) Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, p. XXIV.

(35) En Almería, donde más abundan las **mqābrīyas**, no se han encontrado restos de bordillos. El macizo escalonado de mampostería o ladrillo levantado sobre el cadáver, asiento de la **mqābrīya**, cubría toda la sepultura; el bordillo era, pues, innecesario.

casi todas de piedra de la Malahá. Bermúdez de Pedraza señaló el gran número utilizado en los cimientos y muros de casas y las supuso fenicias, no romanas ni moriscas (36). Más perspicaz, el P. Echevarría afirmó que habrían pertenecido a edificios musulmanes (37). Contreras supuso que sirvieron para decorar los muros de los edificios islámicos de Granada y, conforme a ello, en los laterales del Patio de la Alberca de la Alhambra hizo pintar fajas horizontales reproduciendo las labores de las losas (38). Hipótesis absurda, pues si hubieran estado colocadas de esa manera, las de las restantes caras quedarían ocultas (39). Eguilaz, y singularmente Gómez-Moreno, reivindicaron su destino sepulcral. Se hincaban de canto en la tierra cercando el rectángulo de la fosa, quedando descubierta, visible, la parte decorada (40).

El hallazgo, como se dijo, en el subsuelo de Granada y Málaga de sepulturas intactas, salvo sus estelas, aclaró completamente el discutido destino de las losas (41).

Su grueso es de 8 a 10 centímetros; 138 a 166 tiene de longitud las más largas, que corresponden a los costados de la fosa y 38 a 58 las de la cabecera y pies. Es frecuente que presenten cajas o mortajas para encajar

(36) Bermúdez de Pedraza, **Antigüedad... de Granada**, f° 37 r y v.

(37) Joseph Romero Iranzo, **Paseos por Granada**. Paseo XV, pp. 61-62.

(38) **Monumentos árabes**, por Rafael Contreras, pp. 171-172.

(39) Borradas cuando reparé el patio de la Alberca.

(40) Eguilaz, **Noticias de la Alhambra y de Granada, con pretexto del libro de Contreras**; Gómez Moreno, **Sepulturas árabe-granadinas**, en **Cosas granadinas de arte y arqueología**, pp. 107-120, y **Guía de Granada**, pp. 33-34, 362 y 498.

(41) Simón de Argote, hacia 1800, describía así las tumbas de la Granada islámica: «Las personas de mediana esfera levantaban unos paredones baxos, y formaban como un corral, que servía de panteón a toda la familia; y los pobres se enterraban sin más distinción que la de levantarse dos almenas pequeñas que indicasen el sitio que ocupaban los pies y la cabeza» (**Nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos por Granada y sus contornos**, p. 37). Es la única referencia que conozco a estelas en forma de almena. Tal vez sea sepulcral una incompleta, de barro, el fondo de su cara anterior vidriado en verde, con inscripción cursiva de relieve, existente en el Instituto de Valencia de Don Juan, de Madrid. El señor Gómez Moreno pudo ver unas 16 sepulturas, descubiertas antes de finalizar el siglo XIX, al abrir una carretera en el barranco del Abogado de Granada, cerca de la tapia de la finca de los Mártires: «Formaban las fosas, dirigidas de poniente a mediodía, cuatro citaras de ladrillo, que dejaban entre sí el espacio preciso para contener el cadáver, cerrando el hueco por arriba con delgadas cobijas de pizarra o ladrillo, que se cubrían con una gruesa capa de tierra. Exteriormente rodeaban cada sepulcro cuatro piedras unidas por sus extremos y clavadas verticalmente en el suelo; las dos mayores correspondían a los lados, y las más cortas a la parte de la cabeza y de los pies, cerrando el rectángulo que determinaba exteriormente el lugar donde se había colocado el cadáver, constituyendo una especie de alberquilla de poca profundidad, pues las losas no dejaban fuera más que la parte cubierta de adorno o un espacio igual al de éste

unas en otras en las esquinas. Algunas son lisas, pero muchas se adornan con relieves geométricos, entrelazos y almenillas y letreros cúficos en el canto visto, y en fajas horizontales en la parte inmediata de las caras grandes —en una o en las dos—; el resto quedaba oculto, hundido en la tierra. Destacan esas labores sobre un fondo ligeramente excavado. Las inscripciones repiten las frases: «La gloria pertenece a Dios», «La salud» (**al-'āfiya**) o «el reino pertenece a Dios» (42).

Münzer, a fines del siglo XV, describió las tumbas de los cementerios granadinos, formadas «con cuatro losas de piedra, de manera que apenas si se cabe en ellas. Las cubren con ladrillos, para que no toque la tierra el cadáver. Luego se allana la fosa con tierra». Y refiriéndose al gran cementerio extramuros de la puerta de Elvira, dice que los «sepulcros de los ricos estaban rodeados en cuadro, como los jardines, con muros de rica piedra» (43).

A las losas de piedra sustituían a veces ladrillos colocados en la misma forma. En Granada y Levante, y sobre todo en Málaga, gran centro cerámico, se encuentran en museos y colecciones abundantes ejemplares, fragmentos en su mayoría, vidriados con fondo blanco, y adornada con

en las que no le tenían». Casi todas carecían de ornatos y una sola tenía inscripción. Apareció también una piedra de cabecera con un remate curvo, como de tres partes de círculo, de 36 centímetros de diámetro (Gómez Moreno, **Cosas granadinas de arte y arqueología**, pp. 114-115).

(42) En 1871 se encontró en el llamado Secano de la Mezquita, en el solar de Medina Elvira, un fragmento de piedra de bordillo, de 41 centímetros de longitud, con cenefa de labores geométricas y letras cúficas de relieve que repetían la frase, «La gloria a Dios» (**Medina Elvira**, por Gómez Moreno, p. 17 y fig. 4 de la lám. III). En el Museo Arqueológico Nacional de Madrid hay un ladrillo de 29 por 12 centímetros, de barro cocido, con una inscripción sepulcral incisa que, traducida, dice: «En nombre de Dios el Clemente... / Mūsā b. Wald b. Walīd / Aḥmad». En Málaga se han encontrado también sepulturas recercadas con bordillos de piedra: «Con ellas [con las losas de la cabecera] correspondían las que en Málaga... se colocaban a los pies de la sepultura, más pequeñas, pero de la misma forma que las anteriores, entre las cuales ninguna se ha presentado todavía con adornos. Constituyen los costados del sepulcro piedras no muy grandes, clavadas en tierra, levantándose poco sobre ella» (Guillén Robles, **Málaga musulmana**, p. 538).

(43) Münzer, **Viaje por España y Portugal**, pp. 36 y 39. Entre las estelas almerienses de la colección de la «Hispanic Society» de América, de las que más adelante se hace amplia referencia, hay unos fragmentos de losas planas de mármol con letreros cúficos alcoránicos. En alguno, la faja epigráfica continúa formando escuadra. Este detalle y el estar labradas por una sola cara prueba que no pudieron servir para hincarse en tierra limitando la fosa; cubrirían ésta excepcionalmente, lo mismo que las conservadas en la Alhambra de Granada, que estuvieron sobre las tumbas de los príncipes nazaríes (Werner Caskel, **Arabic Inscriptions in the Collection of the Hispanic Society America**, XLII-XLV, p. 28).

temas geométricos e inscripciones cursivas en azul la parte que quedaba vista (44).

En el Museo Arqueológico de Toledo se conservan ladrillos sepulcrales de barro rojizo, sin vidriar, de unos 27 centímetros de longitud por 20 de alto y 35 milímetros de grueso, cuya única decoración consiste en las consabidas frases alcoránicas en letras cúficas, teñidas a veces de negro, dispuestas en estrechas fajas rectangulares en uno de sus bordes largos, con los fondos ligeramente hundidos para que resalten las letras. Todos deben de proceder del gran cementerio o cementerios situados en las afueras de la puerta de Bisagra. De varios de esos ladrillos así consta (45).

En algunos lugares de Marruecos y del resto de Berbería (Argel, Tremecén) hay también tumbas circunscritas por bordillos de piedra o ladrillo, con estelas epigráficas en sus extremos (46).

Estelas rectangulares con arcos decorativos (47).

Las estelas sepulcrales prismático-rectangulares de al-Andalus anteriores

(44) «... clavaban en el suelo [los musulmanes malagueños para sus sepulturas] ladrillos gruesos... vedriados de blanco hasta la mitad de sus dos caras y extremos, y en la parte superior, sin vedrío en el resto del ladrillo, que era la parte que se fijaba en tierra, dejando fuera la vedriada, sobre cuyo fondo blanco se trazaba una inscripción con letras azules... Estos ladrillos formaban una faja a lo largo del sepulcro, bien uniéndose con la piedra que había a sus pies, bien reemplazándola; en este caso, los que debían enlazar con los costados tenían una especie de mortaja, para que encajaran perfectamente unos en otros» (Guillén Robles, *Málaga musulmana*, p. 540). El recerco del espacio sobre la fosa con ladrillos parece muy extendido en el mundo islámico: «On le déposait [el cadáver] ainsi à même la terre, une brique crue sous la tête, puis on plaçait autour de lui des briques disposées pour former comme une sorte de cintre au-dessus du cadavre. Ce à quoi fait allusion Omar Khayyam lorsqu'il dit:

**Quand partiront du corps nos âmes angéliques,
Sur ma tombe et la tienne on mettra quelques briques;
Pour des briques devant couvrir d'autres tombeaux
On moulera plus tard nos cendres identiques».**

(Aly Mozahéry, *La vie quotidienne des musulmans au moyen-âge, Xe au XIIIe siècle*, p. 56).

(45) Veinticinco ladrillos de éstos había en el Museo Arqueológico de Toledo hace cincuenta años. De ellos 17, no todos enteros, se hallaron en 1781, en la Vega, junto a donde se dice estuvo la basilica de Santa Leocadia (Cristo de la Vega), con motivo de unas excavaciones realizadas en ese lugar. Otro procede del castillo de San Servando (*Monumentos Arquitectónicos de España, Toledo*, por Rodrigo Amador de los Ríos, pp. 119-123). Amador de los Ríos ignoró su destino.

(46) P. Ricard, *Pour comprendre l'art musulman dans l'Afrique du Nord et en Espagne*, pp. 216-217.

(47) Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, pp. XXIV-XXV.

al siglo XI, cuyo campo epigráfico suele estar recuadrado por el fondo rehundido, carecen de decoración. Su mayor dimensión no excede del metro; el ancho alrededor de los 50 centímetros, mientras el grueso varía de 6 a 10. A partir de los primeros años del siglo XII comienza a adornarse su frente con un arco ciego, decorativo, de poco relieve, que alguna vez aparenta descansar sobre columnas, con impostas de nacela casi siempre. En algunos casos parece ser representación simbólica de un **miḥrāb**. Una faja epigráfica rebordea el frente, excepto por la parte inferior, encerrando el arco a modo de alfiz. Decoración de ataurique rellena las albanegas de casi todas (la losa de arco más antigua luce en ellas veneras) y los triángulos que quedan entre la cenefa de recuadro y los arranques del arco. La clave ostenta también en la mayoría un motivo floral. Algunas de estas estelas tienen un friso de almenillas sobre la faja superior. En el fondo del arco y en una faja rectangular situada entre él y la parte horizontal del alfiz o recuadro, se desarrolla la inscripción fúnebre (48).

Las dos estelas de arco más viejas de que hay noticia son cordobesas: una de una princesa almorávide, muerta en 496/1103 (49) y la otra de un «Sir el almorávide», fallecido en 517/1123 (50). La gran mayoría de las restantes procede de los cementerios de Almería. La de fecha más remota es del año 519/1125 y la más moderna del 540/1145. La conquista de la ciudad por los cristianos, dos años después, concluyó con su empleo.

En otros lugares de dominio islámico se encuentran ejemplares esporádicos hasta fecha avanzada. Una hay en el Museo Arqueológico Nacional, procedente de Villa del Río (Badajoz), de un visir Ibrāhīm, fallecido en 547/1152 (51). El Museo Arqueológico de Murcia posee otra estela mármorea de arco, de una dama fallecida en 557/1162 (52).

De Murcia procede la losa sepulcral, incompleta, de un **qā'id** de Ibd Mardaniš, fechada en 566/1171, hoy en el Museo Arqueológico Nacional (53). Forman su arco hojas con el extremo retorcido en forma de gancho,

(48) Columnas decorativas aparentan apelar los arcos en una estela cordobesa de 496/1103, en la de Mértola y en la de Granada de 742/1342.

(49) Lévi-Provençal, **Inscriptions arabes d'Espagne**, n.º 24, pp. 30-31. En el Instituto de Valencia de Don Juan se conserva la parte inferior de una estela, losa de mármol que tal vez tuvo dos arcos gemelos decorativos, cuya columnilla central, helicoidal, parece distinguirse en el fragmento subsistente. Es de persona fallecida en el año 320 / 932 (Lévi-Provençal, **Inscriptions arabes d'Espagne**, n.º 112, p. 104, lám. XXV).

(50) **Ibidem**, n.º 27, pp. 32-34.

(51) **Ibidem**, n.º 47, pp. 58-59.

(52) **Ibidem**, n.º 102, pp. 98-99, lám. XXIV, a. Tiene 61 x 50 x 6 centímetros.

(53) **Ibidem**, n.º 103, pp. 99-100, lámina XXIV b.

dibujando el intradós múltiples curvas cóncavas. En Lorca aparecieron los fragmentos de otras dos de mármol, con arcos ciegos asimismo, sin nombre ni fecha, una conservada en el Ayuntamiento de esa ciudad y en colección particular de Madrid la otra (54). El Museo de Córdoba posee el epitafio de un **šayj** almohade, cuya muerte ocurrió en 587/1191, con dos arcos gemelos de herradura aguda y epígrafe de letra cursiva (55).

En las tres de fecha más avanzada de la serie, el arco es festoneado. Son: una incompleta, sin data, de mármol, procedente de Mértola (Portugal), en el Museo de Evora (56); otra, de Jaén, que posee el Museo Arqueológico de Córdoba, fechada en 661/1263 (57) y una de Granada, en el Instituto de Valencia de Don Juan, de persona muerta en 742/1342 (58).

Entre las 78 estelas epigráficas o fragmentos publicados de Túnez y sus contornos, tan sólo hay una de arco, rectangular, de mármol, de un musulmán fallecido en 542/1147 (59). Estelas rectangulares con arco, a veces sobre columnas, guarda el Museo de Arte musulmán de El Cairo (60).

(54) Rodrigo Amador de los Ríos, **Epigrafía árabe, Fragmento de lápida sepulcral descubierta en Lorca (Murcia)**, pp. 129-131, y **Fragmento de la lápida sepulcral existente en Lorca (Murcia)**, 1900, pp. 108-111; Lévi-Provençal, **Inscriptions arabes d'Espagne**, números 105-106, pp. 100-101.

(55) Lévi-Provençal, **Inscriptions arabes d'Espagne**, núm. 28, pp. 34-35, láminas IX c.

(56) De mármol, de 49 por 35 centímetros (Rodrigo Amador de los Ríos y Villalta, **Memoria acerca de algunas inscripciones árabes de España y Portugal**, pp. 271-274; A. R. Nykl, **Algunas inscripciones árabes de Portugal**, V, pp. 399-401).

(57) Lévi-Provençal, **Inscriptions arabes d'Espagne**, n.º 158, pp. 139-142, láms. XXXIV y XXXV.

(58) **Ibidem**, n.º 168, pp. 154-155, lám. XXXIX a. En la colección de inscripciones árabes de España de la **Hispanic Society of America**, hay siete estelas o fragmentos, de mármol, con arco decorativo, hallada en Almería. Tan sólo una, de 93 x 47 centímetros, está completa; otra lleva almenillas. Dos tienen fecha: los años, respectivamente, 510/1116 y 525/1131: (Caskel, **Arabic Inscriptions in the Collection of the Hispanic Society of America**, núms. XVI, XVII, XIX, XX, XXI, XXII y XXIII, pp. 11-13, 15-19, láms. XVI-XXIII. De Baza (Granada), procede una estela de caliza nummulítica, de 69 por 41 centímetros, con inscripción cursiva, sin nombre ni fecha, dentro de un arco ciego ligeramente agudo. Figura en las colecciones del Museo Arqueológico Nacional (Lévi-Provençal, **Inscriptions arabes d'Espagne**, n.º 170, p. 156).

(59) Estela rectangular de mármol, de 79 por 31 por 8,5 centímetros, con arco decorativo de herradura aguda (Slimane-Mostafa Zbiss, **Corpus des inscriptions arabes de Tunisie**, pp. 78-79 y lám. XXXIX).

(60) J. Bourilly y E. Laoust, **Stèles funéraires marocaines**, p. 69 y lám. XXVII. En los cementerios marroquíes abundan las losas o estelas tabulares con uno o dos arcos gemelos, ciegos. Mme. Sourdél-Thomine ha publicado en fecha reciente varias estelas del Afganistán con arcos ciegos festoneados, de la segunda mitad del siglo XII y comienzos del XIII, lo que da idea de la extensión alcanzada por esa forma en el mundo islámico (Janine Sourdél-Thomine, **Stèles arabes de Bust [Afghanistan]**, pp. 285-288).

Es verosímil que su moda llegara a la Almería almorávide del Oriente mediterráneo y que desde esa ciudad se propagase por el resto de Al-Andalus. Las almerienses son de gran perfección caligráfica y excelente arte. Mejor que darles el nombre de esa ciudad parece llamarlas almorávides por ser la época de su dominación en la Península en la que se labra el mayor número.

Mqābrīyas.

El mayor número de **mqābrīyas** españolas procede de los cementerios de Almería (61). Son de mármol blanco de Macael. Bajo tierra, **in situ**, se encontró alguna hace más de un siglo. La describen, con escasa precisión, descansando sobre un macizo de mampostería y planta rectangular, formado por varias gradas —hasta cuatro— al que apeaban otros tantos muretes de idéntica fábrica (62). Caracterizan a estas **mqābrīyas** almerienses la poca altura de su plinto, o base prismática rectangular, labrada en la misma pieza, sobre la que descansa la estela de sección triangular. La inscripción se desarrolla en las dos caras largas trapezoidales, ataludadas; las laterales, triangulares y también inclinadas, unas veces tienen epígrafes y otras decoración vegetal. Es raro el caso de que haya inscripción u ornato en los bordes del plinto. Su altura varía de 10 a 22 centímetros; su longitud, de 93 a 166; el ancho, de 15 a 22. Algunas ostentan decoración vegetal entre las letras cúficas.

En estas **mqābrīyas** almerienses figuran epitafios de gentes fallecidas entre los años 452/1060 y 541/1147, el último en el que la ciudad fue conquistada por Alfonso VII. De la misma proceden sin duda dos fragmentos conservados en el museo Fabre de la Sociedad Arqueológica de Montpellier (Francia), probable trofeo llevado por los catalanes que colaboraron en la conquista de Almería en la fecha citada. Son de mármol y carecen de data (63).

A la serie de las almerienses pertenece una **mqābrīya** de mármol, conservada en Málaga, de una Maryam, fallecida en 618/1221, con inscrip-

(61) Lévi-Provençal, en sus **Inscriptions arabes d'Espagne** enumera catorce **mqābrīyas** o fragmentos de ellas; Caskel, en **Arabic Inscriptions in... the Hispanic Society of America**, dieciséis. Veinticuatro de ellas proceden de Almería.

(62) Amador de los Ríos, **Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal**, pp. 171-172; «Nota sobre la colección Medina» (manuscrita, en el Instituto de Valencia de Don Juan). La descripción de la sepultura la hizo un antiguo albañil en 1844. Se encontraron lápidas planas en los costados de alguna.

(63) J. Jomier, **Documents et notules, I, Deux fragments de stèles prismatiques conservés à Montpellier**, pp. 212-213).

ción cúfica y decoración vegetal típicamente almohade (64). En la misma ciudad han aparecido **mḡābrīyas** cerámicas, sin inscripción: «un prisma (**sic**) triangular, asentado sobre una base rectangular, de arcilla cocida y vidriada de verde» (65). De mármol, y también anepígrafas, existen varias en el Museo de la Alhambra de Granada (66). Una con inscripción cursiva, del mismo material y también del tipo de las almerienses, hay en el Instituto de Valencia de Don Juan, de Madrid. Procede de Niebla (Huelva) y lleva la fecha de 729/1328-1329 (67).

La moda de la estela en forma de **mḡābrīya**, que en Almería, según vimos, no desterró la de sepultura con dos estelas rectangulares, difundióse por Levante, según se dijo. Se han encontrado ejemplares en Cartagena (68), Murcia y Vinaroz (Castellón). Dos de mármol guarda el Museo Arqueológico de Murcia (69). La de Vinaroz, con inscripción de letras cursivas, de relieve, como de costumbre, perteneció a la sepultura de persona fallecida en 639/1241; está en el Museo del Colegio de Santo Domingo de Orihuela (Alicante) (70).

Al oriente de Palma de Mallorca, en las inmediaciones de la capilla del Temple, en la Almudayna de Gómera y cerca de la **bāb al-Balāt**, se encontraron, al desmontar el terreno en 1881 o 1882, varios fragmentos de **mḡābrīyas** de piedra caliza blanca del país, llamada de Santanyí. A diferencia de las almerienses tienen un alto plinto, por cuyas caras se extienden

(64) La mitad de esta **mḡābrīya** está en el Museo de la Alcazaba de Málaga; el resto, en el Provincial de Bellas Artes (Ocaña Jiménez, **Una «mḡābrīya» almohade malagueña del año 1221 J. C. y Nuevos datos sobre la «mḡābrīya» almohade malagueña del año 1221 J. C.**, pp. 224-230 y 445-446).

(65) Guillén Robles, **Málaga musulmana**, p. 538.

(66) Una pequeña hallada entre el Patal y la torre del Peinador de la Reina; dos, aprovechadas, estaban en el altar del Mexuar. Del Generalife procede otra también incompleta. Todas carecen de inscripciones y adornos.

(67) Lévi-Provençal, **Inscriptions arabes d'Espagne**, n.º 146, p. 131. Equivocadamente figura en esta obra como procedente de Almería.

(68) Amador de los Ríos describe y publica la fotografía de un fragmento de **mḡābrīya**, conservado en el Gabinete de la Sociedad Económica de Amigos del País, de Cartagena. Es de mármol blanco y tiene un alto plinto moldurado, como las tunecinas. La inscripción, incompleta, es de letras cúficas. Su editor dice leerse la fecha 582 / 1184-1185 (**España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia, Murcia y Albacete**, por Rodrigo Amador de los Ríos, pp. 563-566).

(69) Una de ellas se encontró en el subsuelo de la catedral de Murcia en la segunda mitad del siglo XIX; la otra, mayor, hallóse en 1936 o 1937 en la calle de Madre de Dios (Jorge Aragonese, **Museo Arqueológico de Murcia**, pp. 75-76).

(70) Tiene 120 centímetros de longitud por 30 de ancho en el plinto y 15 de altura: **Geografía General del Reino de Valencia, Provincia de Castellón**, por Carlos Sarthou Carreres; Lévi-Provençal, **Inscriptions arabes d'Espagne**, n.º 89, p. 88.

las inscripciones, además de por las ataludadas. La epigrafía es cúfica floral.

En uno de los fragmentos, las letras son cúficas en las caras inclinadas, pero por las verticales corre otra inscripción cursiva entre ataurique. En éste y en algunos otros, una doble cinta entrelazada recuadra los letreros. Su epigrafía es muy bella y la talla de excelente arte. Carecen de fecha. Se labrarían en el período en que los Banū Gāniya dominaron la isla (525-599/1131-1202), probablemente en la segunda mitad del siglo XII, a juzgar por la inscripción cursiva y algunas otras características (71). Su mayor semejanza es con las **mqābrīyas** del oriente de Berbería.

En Palma asimismo, en las afueras de **bāb al-Kuḥl**, aparecieron varios fragmentos de estelas sepulcrales, también bajas y alargadas, pero de sección de arco de herradura agudo, en vez de la corriente triangular. Descansan sobre un plinto sogueado. Otra igual se encontró entre los fragmentos descritos de **mqābrīyas**, en 1881-1882, al abrir los cimientos para el asilo del Temple (72). No es forma insólita en los cementerios del resto del mundo islámico (73).

La **mqābrīya** sobre gradas abunda en los morabitos norteafricanos (74) y en Ifrīqiya, con fechas comprendidas entre 471/1071 y 589/1193 (75), en donde son muy estrechas y tienen altos plintos, las más viejas con fajas ornamentadas; de profusa molduración las posteriores. En cambio, en las de la Berbería central su plinto tiene caras lisas cubiertas de inscripciones. En la Qal'a de los Banū Hammād (Argelia) se encontraron

(71) Rodrigo Amador de los Ríos, **Epigrafía árabe, Monumentos sepulcrales de Palma de Mallorca. El cementerio real de la Almudayna de Gómera**, pp. 357-380; Lévi-Provençal, **Inscriptions arabes d'Espagne**, p. 89 y lám. XXI.

(72) **Bab al-Kofol (Puerta de Santa Margarita). Antecedentes relativos a la Puerta de Santa Margarita de la Ciudad de Palma, remitidos a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando por la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos** (Palma 1908), pp. 19, 61, 77 y 121 y láms VII y VIII.

(73) Procederán de otras semicilíndricas, alargadas, descansando sobre plinto rectangular, frecuentes en los cementerios romanos (Pierre Paris, Georges Bonsor..., **Fouilles de Belo, II, La nécropole**, p. 69 y lám. XI).

(74) Bourilly y Laoust, **Stèles funéraires marocaines**, p. 5.

(75) La mayoría de las tunecinas son de los últimos diez años del siglo XI y de la primera mitad de XII. Cerca de cuarenta con inscripción cataloga Slimane-Mostafa Zbiss en su **Corpus des inscriptions arabes de Tunisie**. La altura varía de 10 a 34 centímetros y de 87 a 182 su longitud. También se ven en los cementerios de Bugía (Argelia) y dos incompletas guarda el Museo Arqueológico de la misma ciudad. Son de mármol y tienen inscripciones cursivas entre abundante ornato vegetal y alto plinto, muy moldurado, con sogueados. Carecen de fecha y nombre (General L. de Beylié, **La Kalaa des Beni-Hammad**, pp. 108-109, figs. 2-3 y lám. XXIX).

varias, una de ellas de un 'Isà, fallecido en 525/1130 (76). Al Museo Étéphane Gsell, de Argel, fueron a parar seis **mḡābrīyas**, algunas muy mutiladas, de las aparecidas en la Qal'a, de los años 488/1095 y 535/1143 (77). Más a Occidente, en Marruecos, no tengo noticia de ninguna anterior a fines del siglo XIII (78). Su uso parece haberse difundido en la época marīnī. Abundan mucho en los cementerios de Fez, sobre todo las anepígrafas (79). En el real de Chella hay cinco **mḡābrīyas** de mármol, del año 750/1349 la más vieja fechada; del 776/1374 la más reciente (80). Muy conocidas son las de los príncipes sa'dīes, en su mausoleo de Marrākuš, del siglo XVI, cubiertas de profusa decoración. Cítase una en Ceuta de fines del siglo XVII (81). En Marruecos no se usan actualmente. Las hay también en Sicilia (82), y el Museo de Malta conserva abundantes ejemplares de mármol. Sería interesante hacer un estudio descriptivo y cronológico de las existencias, revelador tal vez de las vías de su difusión.

Se ha dicho que la forma de estas **mḡābrīyas** recuerda el montón de tierra, el pequeño túmulo que señalaba las sepulturas en civilizaciones primitivas. Pero su antecedente parece más próximo: muchas tumbas romanas, paganas y cristianas (cementerio de Timgad (Argelia) por ejemplo), repar-

(76) Está en el Museo de Tremecén. Las dos que en él se conservan tienen plinto elevado, con alguna decoración (G. Marçais, **Album de pierre, plâtre et bois sculptées**, pp. 41-43 y lám. III ter.).

(77) G. Marçais, **Le Musée Stéphane Gsell, Musée des Antiquités et d'Art Musulman d'Alger, L'Art musulman**, p. 55, y **Sur deux stèles funéraires hammādites du Musée Stéphane Gsell**, pp. 171-178. Once fragmentos de **mḡābrīyas** de las encontradas en la Qal'a de los Banū Hammād, en las excavaciones Blanchet, posee el Museo de Constantina (Beylié, **La Kalaa des Beni-Hammad**, p. 89).

(78) Refiere Ibn Jaldūn que Abū Yusuf, desde Algeciras, mandó a su hijo Abū Ya'qūb, a fines de 684/1285, erigiese monumentos y **asnima** de mármol sobre ellos en las tumbas de su padre 'Abd al-Hāqq y de su hermano Idrīs. Esa palabra **asnima** parece designar a las que llamamos **mḡābrīyas** (Henri Basset y Lévi-Provençal, **Chella, une nécropole mérinide**, p. 11).

(79) A. Bel, **Inscriptions arabes de Fès**, p. 13, n (2).

(80) Estas **mḡābrīyas** son de mármol. La de mayores dimensiones tiene 2,165 m. de longitud, 35 centímetros de ancho en la base y 27,5 de altura. La letra es cursiva y el epígrafe, de relieve, se extiende por los lados largos de la parte superior ataludada. Bajo ésta hay una serie de molduras escalonadas, una de ellas sogueada, descansando sobre un plinto, cuyas caras verticales están cubiertas de ornamentación, a base de arquillos lobulados en las dos más ricas. En el mismo lugar hay también varias **mḡābrīyas** lisas, sin epígrafe ni ornato (Basset y Lévi-Provençal, **Chella**, pp. 34-38 y 130-135 y láms. I-II).

(81) **Tanger et sa zone**, en **Villes et Tribus du Maroc**, pp. 450-451 y lám.

(82) Referencias a **mḡābrīyas** sicilianas en la obra de M. Amari, que no he podido ver, **Le epigrafi arabiche di Sicilia trascritte, tradotte e illustrate**, parte II: **Iscrizioni sepolcrali**.



tidas por todo el Imperio, formadas por dos filas de **tegulae** inclinadas, en sentido contrario, apoyadas por parejas, formando lomo, cerradas por otra en cada uno de sus extremos y a veces cubierta su arista de encuentro por **imbrices** en función de tapajuntas. Solían descansar sobre un macizo de fábrica de uno o más escalones. En España, entre otros muchos lugares, se han encontrado sepulturas semejantes en las ruinas de Belo (Cádiz) (83) y en Tarragona (84).

Cipos cilíndricos o fustes (85).

La estela cilíndrica está limitada casi exclusivamente en España a Toledo y su región. De las treinta inventariadas por Lévi-Provençal como de esa ciudad y sus contornos, diecinueve son cipos epigráficos, con letras cúficas de relieve en campos rectangulares situados en su parte alta, a los que a veces encuadra otro epígrafe o un sencillo ornato (trenzado). A ellos hay que agregar otros dos, aparecidos con posterioridad a la publicación de esa obra (86). Colocábanse, como se dijo, hincados a la cabecera de la tumba, dentro de un rectángulo de ladrillos clavados en tierra, de canto.

La estela cilíndrica más vieja subsistente es del año 391/1001 y está en la iglesia de San Andrés de Toledo, aprovechada como fuste de una columna de apeo de un arco mudéjar (87). Casi todas son de gentes fa-

(83) R. Thouvenot, *Essai sur la province romaine de Bétique*, p. 547; *Les monuments antiques de l'Algérie*, por Stéphane Gsell, p. 42.

(84) En el cementerio romano-cristiano de Tarragona se encontraron 164 sepulturas de **tegulae** dispuestas formando lomo o doble vetiente. Claro que estaban bajo tierra, como las análogas del cementerio de Timgad que se reproduce (*Excavaciones en la necrópolis romano-cristiana de Tarragona*, Memoria redactada por el Delegado Director don Juan Serra Vilaró, pp. 15-17).

(85) Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, p. XXIV.

(86) Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, números 52, 54-56, 59, 62-68, 72, 74, 75, 77, 79, 80 y 83, pp. 63-65, 67-68, 70-77 y 80. Los dos fustes sepulcrales no incluidos en el **Corpus** anterior aparecieron en la Vega de Toledo en 1931. En uno figura el epitafio de un tal Ibn Muhriz, fallecido en 451/1059; el otro, de longitud excepcional —2,35 metros—, es del jurista Ibn Maslama, muerto en 467/1074 (Lévi-Provençal, *Deux nouvelles inscriptions arabes de Tolède*, pp. 147-149). Amador de los Ríos registra otros dos fustes con epígrafes sepulcrales, uno en el torreón llamado Baño de la Cava y el otro en la casa número 2 de la plazuela de los Molinos de San Sebastián, a orillas del Tajo (Amador de los Ríos, *Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal*, pp. 120, 231 y 232).—Las estelas arábigas de Toledo en forma de losa son tan sólo cinco: tres de los años 370/981, 401/1010 y 441/1049, y mozárabes las dos restantes, con epígrafe en árabe y en latín (Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, números 51, 53, 61, 81 y 82, pp. 62-63, 64, 69-70 y 78-79).

(87) Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, núm. 52, p. 63.

llecidas en el siglo XI, en 464/1074 la de fecha más reciente. Hay otra, mudéjar y muy tardía, con epígrafe cursivo, de una Zahra muerta en 660/1261-1262 (88). De las que se conoce su procedencia, todas se hallaron en las afueras de la Puerta de Bisagra, en la amplia parte de la Vega comprendida entre las márgenes del Tajo y la ermita del Cristo de la Vega y el prado de San Isidoro. Un cipo funerario se encontró en Esquivias y otro en Guadalerzas, prueba de su difusión por la comarca.

Casi todos estos fustes sepulcrales son de mármol del país, pero también se labraron en caliza y arenisca. Algunos tienen un ensanchamiento, a modo de collarino, en su parte superior. La altura varía desde 56 centímetros hasta 1,45 metros y el diámetro desde 16 hasta 45 de aquéllos.

A los fragmentos de **mḡābrīyas** de Mallorca antes descritos, acompaña un trozo de fuste de columna de mármol gris, de procedencia desconocida, con una inscripción cursiva incompleta y confusa dentro de un rectángulo (89).

El cipo cilíndrico no es estela característica de la Península. Abunda en los cementerios islámicos de fuera de ella. En los de Túnez, Bizerta y Constantina suele estar coronado por un turbante. Tres sepulcrales de mármol blanco, con epígrafe, dos del año 428/1037, de procedencia desconocida, hay en el Museo de Argel (90).

Cerámica sepulcral.

Ya se dijo cómo era frecuente sustituir los bordillos de piedra que cercaban el rectángulo de cada sepultura por ladrillos clavados en tierra por sus cantos. En Toledo solían ser de barro sin vidriar, con inscripciones alcoránicas en letras cúficas de relieve. Pero en otros lugares, como Málaga, Granada y Murcia, se vidriaba en blanco la mitad superior del ladrillo, excepto sus costados, ya que la inferior y éstos quedaban ocultos, y sobre el esmalte blanco extendíase una ornamentación azul a base de fajas con epígrafes cursivos, elogias —muy frecuentemente la palabra **al-'āfiya** (la salud, la paz), repetida varias veces (91)— y en el canto superior roleos de atauriques y dibujos geométricos, casi siempre en zigzag. Al-

(88) *Ibidem*, núm. 83, p. 80.

(89) Amador de los Ríos, *El cementerio real de la Almudayna de Gómera* (Bol. de la Soc. Arqueol. Luliana, VI, pp. 379-380).

(90) G. Marçais, *Le Musée Stephane Gsell, L'art musulman*, p. 55.

(91) G. J. de Osma, *Los letreros ornamentales en la cerámica morisca del siglo XV*, pp. 473-483.

gunos de los ladrillos tienen mortaja en su extremo, sin duda para encajar con el inmediato y formar esquina (92).

Aunque son muy escasas las estelas cerámicas subsistentes, abundarían en ciudades de gran industria alfarera, como Málaga, Granada y Murcia. Las conservadas son de escaso tamaño, del tipo llamado discoidal, con dos orejas divergentes. Estelas discoidales se encuentran en muchos pueblos y en civilizaciones muy remotas. Sobre su origen y significación se han escrito bastantes páginas y emitido variadas hipótesis (93).

Las hispanomusulmanas son placas de barro, que se hincaban verticalmente en la cabecera de la tumba —ignoramos si otra de menos importancia la acompañaría a los pies, como es probable— con una parte inferior rectangular, sin vidrio, que quedaba oculta, y sobre ella un disco en forma de almendra, con dos orejas divergentes, como se dijo, que era la vidriada. La ornamentación se extendía por una o las dos caras y los cantos, según los casos.

De loza dorada es una procedente de Huelva, en cuyo frente figura una inscripción, en letra cursiva, epígrafe sepulcral del joven estudiante al-ʿYabalī, fallecido en 811/1409. Cubre el frente posterior decoración de ataurique en torno a un motivo central, también vegetal (94). En el Museo Arqueológico Nacional de Madrid hay otro ejemplar de estela discoidal, de loza dorada, que antes estuvo en la colección de don Antonio Vives, hallado en Málaga. Sus ornatos y epigrafía, religiosa al parecer, están casi borrados. De Granada proceden otras dos conservadas en el Instituto de Valencia de Don Juan, de Madrid, con ornamentación azul. En el anverso de una de ellas, de 27 centímetros de altura, se repite, como único tema, la palabra

(92) En Córdoba hay ladrillos sepulcrales con inscripciones en el canto y en las caras. En el Instituto de Valencia de Don Juan, de Madrid, se conservan dos enteros y varios fragmentos de ladrillos sepulcrales vidriados, procedentes de Andalucía. Las dimensiones medias de los primeros son 28 x 14 x 5,5 centímetros; la altura de la faja superior, vidriada, es de unos 7. En las excavaciones realizadas en Qal'a de los Banū Hammād hace algunos años se encontraron ladrillos planos, de 27 x 18 x 3,5 a 4 centímetros, con tres cuartas partes de su superficie cubierta de esmalte verde. Sin duda tendrían análogo destino sepulcral que los españoles (Beylié, *La Kalaa des Beni Hammad*, p. 57 y figura 31; G. Marçais, I, *Les poteries et faïences de la Qal'a des Benî Hammād (XI siècle)*, p. 10).

(93) E. Frankowski, *Estelas discoideas de la Península Ibérica*. Abundan en los cementerios norteafricanos.

(94) La estela apareció, con otros restos cerámicos, en una casa lindante con el convento de Agustinas de Huelva, bajo la cual debió de haber una necrópolis islámica (Eduardo Díaz, *Hérba, ciudad de Tartesos*, en *Vell i Nou*, vol. II) En Manises y Valencia también se han encontrado estelas y epitafios cerámicos (*Cerámica del Levante español, Siglos medievales*, por Manuel González Martí, tomo II, pp. 206-212).

al-'āfiya en varias líneas. Adornan los cantos roleos de ataurique. De la otra tan sólo subsiste la parte superior, por la que se extiende decoración vegetal, también azul (95). Ya se dijo cómo en Málaga habían aparecido **mqābriyas** de barro vidriado, de color verde, sin letrero ni decoración.

La epigrafía funeraria.

La literatura grabada en las estelas de los cementerios islámicos de España suele reducirse a frases hechas independientes del lugar y de la época, fórmulas piadosas repetidas y citas alcoránicas sin la bella y elegante concisión ni el cálido sentimiento humano de algunos epitafios romanos. Los textos funerarios suelen reducirse al nombre, filiación y títulos de los sepultados, gentes de muy varia condición social; la fecha de su muerte; con menos frecuencia la de su nacimiento o edad alcanzada; profesión de fe, versículos del Alcorán e invocaciones religiosas. Estos epitafios, de tradición oriental, repiten sus fórmulas con abrumadora monotonía. Varían los granadinos nazaríes, por su inusitado lujo verbal y su prosa rimada (96).

Algunas gentes se hacían esculpir en vida su epitafio, al que bastaba agregar luego la fecha del fallecimiento. Otros invitaban a los que los leyesen a invocar a Dios en favor del allí sepultado. 'Alī b. Abī Ya'far Ibn Hamuško mandó grabar sobre su tumba, en Segura (Jaén), los siguientes versos:

No deseo la perennidad de mi sepulcro, ya que mi cuerpo, en él encerrado, no puede alcanzarla.

Pero espero que el que pase junto a mi tumba se dignará detenerse, pues me beneficiará su invocación en mi favor.

Por el sendero que conduce a la muerte caminan todos los vivos, con la seguridad de alcanzar un día su aniquilamiento (97).

En una **mqābriya** almeriense llevada a Montpellier, a la que antes se aludió, figura un pequeño poema fúnebre (**martīyya**) en elogio del difunto.

La letra de la mayoría de estas estelas es cúfica angular de relieve. Evoluciona con más lentitud que la semejante oriental (98). El más antiguo epitafio con inscripción cursiva se encuentra en una losa con arcos ciegos de un **šayj** almohade, fallecido en 587/1191, conservada en el Museo Arqueológico de Córdoba (99). El epígrafe, en el interior de los dos arcos

(95) José Ferrandis Torres, **Estelas cerámicas**, pp. 179-180, láms. 14, 15 y 16.

(96) Lévi-Provençal, **Inscriptions arabes d'Espagne**, pp. XX-XXV.

(97) Lévi-Provençal, **La Péninsule Ibérique**, texto, p. 105; trad., p. 129.

(98) Lévi-Provençal, **Inscriptions arabes d'Espagne**, pp. XXVIII-XXXVI.

(99) **Ibidem**, n.º 28, pp. 34-35. Según Lévi-Provençal, la escritura cursiva aparece en Berbería a fines del siglo V h. (1010-1107). En Ifríqiya hay alguna **mqābriya** del año 490/

de herradura aguda, es de letras cúficas, pero le rebordea una faja con inscripción cursiva torpe y mal trazada. En un fragmento de **mḡābrīya** de Mallorca, sin fecha ni nombre del sepultado, figuran también los dos tipos de escritura.

Totalmente cursivos, y de no más perfecta traza que los de la de Córdoba, son los epígrafes de una estela de Mértola (Portugal), con epitafio de un individuo muerto en 598/1201 (100) y de una **mḡābrīya** procedente de Vinaroz, hoy en Orihuela, de otro fallecido en 639/1241 (101). No son mejores el dibujo y la traza de la inscripción cursiva de la estela de Jaén, de 661/1263, en el Museo Arqueológico de Córdoba (102).

La vida en torno a las tumbas (103).

Ni tan mezclados con la vida urbana como los cristianos hasta los comienzos del siglo pasado, ni tan apartados de ella como los actuales. —la civilización moderna huye de los muertos, los aleja y frecuenta lo menos posibles (104)—, los cementerios islámicos, situados extramuros y junto a las puertas de la ciudad, quedaban integrados en su flujo y reflujo cotidiano. El recuerdo de los desaparecidos permanecía siempre presente entre sus familiares y amigos.

Esa situación de los cementerios era un obstáculo para el desarrollo de la ciudad y la formación de arrabales exteriores inmediatos. A veces su crecimiento desbordaba los límites de los fonsarios y alteraba el reposo de sus pobladores. En la Sevilla almorávide de hacia 1100, por ejemplo, en

1096, con inscripciones cúfica y cursiva florida, a la par; cursiva la tienen otras de 499/1105, 510/1116, 515/1121, etc. (Slimane-Mostafa Zbiss, **Inscriptions de Tunis et de sa banlieu**, números 14, 21, 22, 37, 40, etc., pp. 54-55, 58-60, 68-69, etc.).

(100) Amador de los Ríos, **Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal**, pp. 15 y 263-265. Otra lápida de la primera mitad del siglo XIII, con inscripción cursiva, hay en Portugal, pero no es funeraria; conmemora la construcción de una torre fuerte (**burý**) en Silves, en 624/1227. Está en el Museo Arqueológico del Infante don Enrique, en Faro (Nykl, **Algunas inscripciones árabes de España y Portugal**, pp. 403-407; Lévi-Provençal, **L'inscription almohade de Silves**, pp. 257-262).

(101) Lévi-Provençal, **Inscriptions arabes d'Espagne**, n.º 89, p. 88.

(102) **Ibidem**, n.º 158, pp. 139-142.

(103) Sobre los entierros y ceremonias fúnebres pueden verse: Julián Ribera, **Ceremonias fúnebres de los árabes españoles**, en **Disertaciones y opúsculos**, II, pp. 249-256; Pedro Longás, **Vida religiosa de los moriscos**, pp. 285-294, y Lévi-Provençal, **Histoire de l'Esp. musulmane**, III, pp. 101 y 406-407).

(104) «¿De dónde viene este miedo de la muerte, que ha crecido tanto arrimado a la ignorancia, que aun oírla nombrar no quiere alguno, como si por el oído secretamente se le entrara?», preguntaba Quevedo (**La cuna y la sepultura**).

pleno crecimiento, letrinas y cloacas descubiertas y construcciones parásitas se habían instalado entre las tumbas, y la cercanía de los edificios permitía curiosear indiscretamente desde sus puertas y ventanas a las mujeres que acudían a los osarios con fines más o menos piadosos. Si estaban próximas las tenerías, como ocurría en la misma ciudad andaluza en la época citada, y en algún cementerio de Fez en otras mucho más recientes, curtidores y pergamineros aprovechaban las sepulturas para extender sobre ellas sus pieles u otros productos de la industria local. A veces producíase el hecho contrario: en barrios despoblados— en Almería, por ejemplo— se instalaban cementerios entre los restos de las viviendas en ruinas. El flujo y reflujo de la ciudad alcanzaba a los fon-sarios, invadiéndolos unas veces, instalando otras las tumbas en los solares de los barrios deshabitados.

Tras el sepelio de una persona venerada, por su rango, santidad, sabiduría o buenas obras, las gentes acudían con frecuencia a su sepulcro. Múltiples casos de estas visitas refieren los biógrafos hispanomusulmanes. Ibn Baškuwāl cuenta que la muerte de Abū-l-'Abbās de Elvira en los primeros años del siglo XI causó gran tristeza y los cordobeses iban en continua romería al cementerio del Arrabal (**maqbarat al-Rabad**) de esa ciudad, donde fue enterrado, para orar y bendecirlo (105).

Los viernes, sobre todo después de la oración en la mezquita mayor, los caminos que conducían a los cementerios estaban concurridos por una muchedumbre de ambos sexos, que en ellos se mezclaban. Jóvenes elegantes entablaban conversación con las mujeres que iban solas, como —cuentan Ibn Hazm y Dabbī— hizo el poeta al-Ramādī al encontrar a la hermosa doncella esclava Jalwa junto al mausoleo de los Banū Marwān, en el cementerio cordobés de Arrabal (106).

Entre las tumbas se levantaban tiendas, en las que las mujeres permanecían largo rato con el pretexto de huir de las miradas indiscretas, buen incentivo para acrecentar el deseo y el vicio de conquistadores y libertinos que, en busca de buenas fortunas, acostumbraban ir a las necrópolis para seducir a las mujeres que las frecuentaban (107). Esas tiendas, en

(105) Ibn Baškuwāl, **Sila**, p. 53, citado por don Julián Ribera y Tarragó, **Un monasterio musulmán en Denia**, p. 203.

(106) **El collar de la paloma**, traducido por García Gómez, pp. 101 y 313; Dabbī, **Bugya**, Bib. Arab. Hisp., III, pp. 100-101; Lévi-Provençal, **Histoire de l'Espagne**, III, p. 440.

(107) Ibn al Munāṣif (563-620/1169-1223), cadí que fue de Valencia y Murcia, refiere que en al-Andalus los cementerios eran lugares de paseo muy frecuentados por hombres y mujeres que en ellos se mezclaban; también alude a las tiendas levantadas

la Sevilla almorávide, sobre todo en verano, cuando a la hora de la siesta estaban desiertos los caminos, se convertían en lupanares. Además de los mozos, estacionados los días de fiesta en los caminos, entre las tumbas, para acechar el paso de las mujeres, también acudían vendedores a contemplar los rostros descubiertos de las enlutadas, relatores de cuentos e historias, decidores de la buenaventura y músicos. Al-Jušanī copia un relato de otro autor sobre un cadí de Córdoba que mandó hacer trizas un instrumento musical tocado por unos esclavos en la citada **maqbarat al-Rabad** (108). A juzgar por las censuras de un severo tratadista de **hisba** como Ibn 'Abdūn, el abuso llegaba hasta beber vino sobre las tumbas (109).

En suma, los cementerios hispanomusulmanes eran escenarios en los que rebosaba extramuros la vida, comprimida en las angosturas urbanas; la vida humana con su mezcla eterna de espíritu religioso y santidad y la concupiscencias y pasiones desbocadas. Junto a la tumba «que aguarda con sus fúnebres ramos» la carne tentaba «con sus frescos racimos» (110).

Münzer fue testigo en 1494, en la parte nueva del gran cementerio de la Puerta de Elvira de Granada, de una poética y bella escena, buen colofón de estas notas sobre el fluir de la vida cotidiana en la ciudad de los muertos. Terminado de enterrar un cadáver, sentáronse junto a su tumba un sacerdote (**sic**), que cantaba vuelta la cabeza hacia mediodía, mientras siete mujeres vestidas de blanco esparcían ramos de oloroso arrayán sobre su reciente sepultura (111).

entre las espuluras (M. Talbi, **Quelques données sur la vie sociale en Occident musulman d'après de hisba du XV siècle**, apud *Arabica*, I, Leiden 1954, p. 303). A esas tiendas parece referirse asimismo Ibn 'Abdūn en su tratado de **hisba**, al que pertenecen todas las referencias que figuran en estas páginas sobre la Sevilla almorávide (Lévi-Provençal y García Gómez, **Sevilla a comienzos del siglo XII, El tratado de Ibn 'Abdūn**, § 53, pp. 96-97).

(108) Ribera, **Historia de los jueces de Córdoba**, p. 255.

(109) Lévi-Provençal y García Gómez, **El tratado de Ibn 'Abdūn**, §§ 52-55, pp. 94-98. También en la sociedad cristiana medieval de Occidente, las gentes celebraban fiestas y dejaban en libertad sus pasiones más humanas sobre las tumbas. En algunos cementerios se plantaban frutales, se paseaba, hasta se daban bailes y se amaba (Camille Enlart, **Manuel d'Archéologie française**, I).

(110) Rubén Darío, **Cantos de vida y esperanza**, XLI, p. 169.

(111) Münzer, **Viaje por España y Portugal**, pp. 39-40. No hay nada más acogedor —ha escrito Georges Marçais refiriéndose a los norteafricanos actuales— que un cementerio musulmán. Todos los viernes las mujeres van con sus hijos a visitar los difuntos de la familia. Antes de partir, plantan flores cortadas sobre las sepulturas y esparcen migas de pan o vierten en pequeños cuencos excavados en la tierra unas gotas de agua que los pájaros acuden a beber (**Tlemcen**, por G. Marçais, p. 69).

Los cementerios de las ciudades hispanomusulmanas.

Córdoba.—Doce cementerios principales cuenta Lévi-Provençal en la Córdoba musulmana (112). Tal vez pudiera agregarse alguno más:

1) **Maqbarat Umm Salama**, así llamado con el nombre de una piadosa princesa real, prima hermana y esposa de Muḥammad I (113). Era uno de los más extensos, si no el más extenso de Córdoba. Estaría en el **rabad masʿūd Umm Salama**, al norte de la ciudad; según Ibn al-Abbār, al lado contrario de la **bāb al-Yahūd** o **bāb Luyūn** (114), no lejos del **masʿūd Kawṭar** y cerca de un cementerio judío (115). En él se cita el **masʿūd al-Diyāfa** (116). Los biógrafos refieren entierros en esta necrópolis desde 432/1040 hasta 529/1134 - 1135 (117). En su recinto reposaba al-Bakrī, fallecido en 487/1094 (118).

2) **Maqbarat Ḥalāl**. Debía de hallarse inmediato al anterior o formar parte de él, pues se dice estar separado del cementerio judío por el camino que arrancaba al norte de Córdoba (119).

3) **Maqbarat Ibn Ḥāzim** (120).

4) **Maqbarat al-Rabad**. Había en Córdoba cementerios del Arrabal, uno antiguo (**'Atīqa**) (121), otro más reciente, llamado algunas veces **rawdāt al-Sulāḥā'** (necrópolis de los Santos) (122).

El antiguo —primero, al parecer, de los islámicos cordobeses—, lo fundó al-Samḥ, llegado a España el año 100/719-720, siguiendo las instrucciones del califa 'Umar b. 'Abd al-'Azīz, en un valle o llanura baja, al otro lado del Guadalquivir, en terrenos que pertenecían al quinto del califa (123).

(112) Lévi-Provençal, *L'Espagne ... au Xe siècle*, p. 209, e *Hist. de l'Esp. musulmane*, III, p. 380, n. 2.

(113) Ibn Hazm, *Yambarat al-ansāb*, p. 97, citado por Lévi-Provençal, *Histoire de l'Espagne*, III, p. 380.

(114) Ibn al-Abbār, *Takmila*, n.º 1.620. Llamada por los cristianos puerta del Osario.

(115) Ibn Baṣkuwal, *Sila*, n.º 672, p. 300, citado por Lévi-Provençal, *Hist. de l'Esp. musulmane*, III, p. 229.

(116) *Takmila*, I, p. 125; *Sila*, p. 299.

(117) Castejón, *Córdoba califal*, p. 307.

(118) *Sila*, biog. n.º 628.

(119) *Sila*, n.º 672, p. 300. La vocalización del nombre Ḥalāl es incierta, según Lévi-Provençal.

(120) *Sila*, p. 138.

(121) *Sila*, pp. 118 y 173.

(122) *Takmila*, I, p. 130.

(123) Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 25; trad., p. 35; *Fath al-Andalus*, trad. González, p. 28; *Historia de la conquista de España de Abenalcotía el Cordobés*, [trad. Ribera, texto, pp. 12-13 y 205-207; trad., pp. 9 y 176-178.

Así, cuando el puente estaba roto, como ocurrió en el año 439/1047), había que llevar a enterrar los cadáveres en barca a ese cementerio de **al-rabad al-qiblī** (124), inmediato a la **muṣallā al-Rabad**, con cuyo nombre a veces se conocía, en el que estaban los mausoleos de los Banū Marwān (125) y alguna capilla funeraria. En el siglo IX, el juez cordobés al-Aswar ben 'Uqba, nombrado por 'Abd al-Raḥmān II, dictó un auto o providencia señalando los límites de este cementerio del Arrabal. Otro juez, en el siglo siguiente, Aḥmad ben Baqī, refiere al-Juṣanī, testigo presencial del hecho, fue a caballo con los faquies a dicha necrópolis, y procedió a deslindarla con ese documento a la vista (126).

En la **maqbarat al-Rabad** recibieron supultura en los años 349/960 y 350/961, respectivamente, Yaḥyā ben Hasan y Hasan ben Muḥammad, pertenecientes a la familia real de los idrisíes (127). En él fue enterrado el historiador Ibn Hayyān en 469/1076. Seguía en uso en el siglo siguiente.

Con motivo de la reciente construcción de la barriada obrera de la Sagrada Familia, en el llamado Campo de la Verdad, a la entrada del puente, en la orilla izquierda del Guadalquivir, solar del cementerio del Arrabal, se han encontrado gran número de epitafios, fragmentos en su mayoría, y entre ellos varias lápidas de mujeres del círculo familiar de Muḥammad I, de 'Abd Allāh y de 'Abd al-Raḥmān III antes de proclamarse califa, con fechas comprendidas entre los años 268/881 y 312/924 (128). Como una parte del cementerio se hallaba en un acusado meandro del río, las avenidas han ido llevándose las tierras de la orilla y destruyendo las sepulturas inmediatas al cauce.

5) **Maqbarat al-Ruṣāfa** o **maqbarat Furāniq**. Estaría en el **rabad al-Ruṣāfa**, al norte de la ciudad.

6) **Maqbarat Ibn al-'Abbās** o **Banī-l-'Abbās**. Llamábase también, a todo él o a una parte, **maqbarat al-Siqāya**, pues éste se describe como inmediato a las casas de los Banū Hābīl, extramuros de la **Bāb 'Abbās**, que se abría en el lienzo oriental de la cerca de la Ajarquía (129). Asimismo ha de identificarse con la **maqbarat al-Burý** (cementerio del Torreón), próximo al arrabal de igual nombre, extendido a lo largo de la antigua calzada ro-

(124) Sila, n.º 703, p. 325.

(125) Ibn Hazm, **El collar de la paloma**, traducido por García Gómez, pp. 101 y 313; Dabbī, **Bugya**, Bib. Arab. Hisp., III, n.º 1.451.

(126) Ribera, **Jueces de Córdoba**, p. 106.

(127) Maqqarī, adapt. Gayangos, II, p. 145.

(128) Ocaña Jiménez, **Nuevas inscripciones árabes de Córdoba**, pp. 379-388.

(129) **Takmila**, ed. de la **Miscelánea**, n.º 2.029, p. 561, según cita de Lévi-Provençal, **Hist. de l'Esp. musulmane**, III, p. 380.

mana (**al-sikka al-'azmā**) que salía de la **madīna** por la puerta oriental de 'Abd al-Ŷabbār o de Toledo (130). Se citan enterramientos en él en los años 328/939 y 397/1006. A principios de 1199 fue trasladado el cadáver de Averroes, fallecido en Marrākuš el 7 šafar 595/10 diciembre 1198, desde el cementerio de la puerta de Tagazūt de esa ciudad al panteón de su familia en el de Ibn 'Abbās, en Córdoba (131).

7) **Maqbarat Abī-l-'Abbās al-Wazīr**. A este cementerio conducía la **zuqāq** (calle) **Daḥīm** (132).

8) **Maqbarat Qurayš**. Debía su nombre a 'Āmir ibn 'Amr al-Qurašī, que lo fundó poco tiempo después de la conquista (133), lo mismo que la inmediata puerta —**Bāb 'Āmir**— que se abría al noroeste de la **madīna** cordobesa, a cuya salida estaba (134). Maqqarī sitúa ese cementerio en el arrabal al oeste de Córdoba y al sudoeste de la mezquita **al-Sudda al-Kubrā**, no lejos de la casa en que habitaba al-Mundīr, sepultado en él en 355/966 (135). Otra mezquita había en un arrabal a su saliente llamada **mas̄yid maqbarat Qurayš** (136).

En esta necrópolis fue enterrado en 303/915, Abān, hijo del **imām** 'Abd Allāh (137) y en 367/977 el historiador Ibn al-Qūṭiyya (138).

9) **Maqbarat Qalā** (139).

10) **Maqbarat Mut'a**. Debía su nombre a una concubina así llamada de al-Ḥakam I, que costeó el cementerio y la construcción de la mezquita

(130) Ibn Sahl, **Aḥkām Kubrā**, f.º 212 v del ms. de Rabat, según cita de Lévi-Provençal, **Hist. de l'Esp. musulmane**, III, p. 373; Takmila, p. 279.

(131) H. de Castries, **Les sept patrons de Marrakech**, p. 289.

(132) Sila, p. 246.

(133) Ibn al-Abbār, **Hulla**, pp. 52-53; **Ajhār ma'ymū'a**, texto, p. 63; trad., p. 67.

(134) Ibn al-Abbār, **al-Hulla al-Siyarā**, edic. Dozy, p. 52, citado por Manuel Ocaña Jiménez, **Las puertas de la medina de Córdoba**, p. 149. La **Bāb 'Āmir**, llamada después de la Reconquista puerta de los Gallegos, fue mandada abrir por orden de 'Abd al-Raḥmān III en 303/916 (**Una crónica anónima de 'Abd al-Raḥmān III al-Nāṣir**, edic. y trad. por Lévi-Provençal y García Gómez, p. 120).

(135) Maqqarī, adapt. Gayangos, II, p. 468, n. 42. Ibn 'Idārī, en el **Bayān** (II, texto, p. 175; trad., pp. 279-280), sitúa la **maqbarat** de Qurayš en el arrabal (**rabad**). En la casa núm. 13 de la calle de Rey Heredia, en Córdoba, se halló un fragmento de lápida sepulcral de un tal al-Ŷa'farī, sepultado en el cementerio de Qurayš (Ocaña Jiménez, **Nuevas inscripciones árabes de Córdoba**, pp. 387-388).

(136) García Gómez, **El collar de la paloma**, p. 133.

(137) Ibn 'Idārī, **Bayān**, II, texto, p. 175; trad., pp. 279-280.

(138) Francisco Pons Boigues, **Ensayo bio-bibliográfico**, p. 85.

(139) Vocalización incierta, según Lévi-Provençal.



—**maṣỵid Mut'a**—, según recordaban todavía los cordobeses de los siglos XI y XII (140). Ignórase si la última era la **maṣỵid Abī Liwā** o **al-Zaytūna**, emplazada junto al cementerio (141). Próximo estaba también un cementerio de mozárabes, a los que se prohibió a comienzos del siglo X, a consecuencia de una denuncia del almotacén, si damos crédito a una consulta reproducida por Ibn Sahl, atravesar el cementerio islámico con los carros que llevaban los cadáveres de sus correligionarios a enterrar en la necrópolis cristiana (142).

11) **Maqbarat Mu'ammara**, cementerio costado por Mu'ammara, concubina de 'Abd al-Rahmān II (143). En él fue enterrado en 361/971 o en 371/981, al-Jušanī, autor de la **Historia de los jueces de Córdoba** (144). Ignórase su emplazamiento.

12) **Maqbarat Naym**. Lo único que se sabe es que en él había una palmera (145).

13) **Maqbarat Balāt Mugīt**. Mencionado por al-Jušanī (146). Estaría junto al arrabal del mismo nombre, al occidente de Córdoba (147).

Sevilla.—A Ibn 'Abdūn debemos muy curiosos datos, varios insertos en páginas anteriores, sobre los cementerios sevillanos a principios del siglo XII, en la época almorávide. Ciudad entonces popular, no tenía necrópolis proporcionadas al número de sus habitantes. Antes, a comienzos del reinado de al-Mu'tamid (461-484/1068-1091), Abū Ŷa'far Ibn al-Farrā' mandó demoler por orden del gobierno las casas y chozas que abusivamente se habían levantado en el cementerio. Por entonces, el almotacén Ibn Šihāb, el año de la gran hambre, probablemente la causada por la larga sequía a la que hay referencia para Badajoz en el reinado de al-Mutawakkil (473-487/1081-1094), mandó quitar las tinajas que había junto a la mezquita (del barrio) de los Alfareros para convertir aquel sitio en cementerio. La falta de espacio motivó más tarde que se enterrasen los cadáveres unos sobre otros, por lo que Ibn 'Abdūn pedía la adquisición, a costa del Tesoro, del terreno conocido por Faddān Ibn al-Marīs y otros para establecer en

(140) Sila, pp. 48 y 179; Lévi-Provençal, **Hist. de l'Esp. musulmane**, III, p. 380.

(141) Sila, p. 351.

(142) Lévi-Provençal, **Hist. de l'Esp. musulmane**, III, pp. 225-226.

(143) *Ibidem*, p. 380.

(144) Pons Boigues, **Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos árabe-españoles**, p. 77.

(145) Sila, pp. 27-28.

(146) Ribera, **Historia de los jueces de Córdoba**, p. 74.

(147) Ibn Baskuwāl, Sila, según cita de Francisco Codera, **Contenido de las cien páginas de la Assilah de Aben Pascual**, p. 167, menciona un cementerio en Córdoba junto al paseo de invierno, de ignorada localización.

ellos necrópolis. Sin duda a consecuencia del reducido tamaño de los cementerios respecto a la población de Sevilla, las fosas se hacían muy angostas. El mismo autor cuenta haber visto sacar tres veces un cadáver de la tumba por no caber en ella, e introducir otro a fuerza de apretar (148).

No se conoce más cementerio islámico en Sevilla que la **maqbarat al-Sulaḥā'**, en el exterior de la **bāb Maqarana**, en el que se cita un sepelio en 610/1213 (149). En documentos de la Sevilla cristiana medieval figura repetidamente un osario inmediato al prado de Santa Justa, situado extramuros, a su nordeste, entre las puertas de Carmona y Córdoba, del que se incautó el concejo en 1502 por orden de los Reyes Católicos. Ignórase si ese cementerio de mudéjares lo fue antes de los vecinos de la Sevilla islámica. Extraña la pobreza de la ciudad en epitafios procedentes de ellos; tan sólo dos publica Lévi-Provençal, losas rectangulares de fallecidos en 505/1111 y 412/1022, respectivamente (150).

Toledo.—En la expedición del verano de 318/930, al-Nāṣir llegó al frente de sus tropas a las inmediaciones de Toledo con la firme decisión de someter definitivamente a sus siempre rebeldes vecinos. Instalóse en el cementerio inmediato a la puerta de la ciudad, como lugar más a propósito para combatir la antigua corte visigoda. Ibn 'Idārī, al que se debe la noticia, no dice el nombre de la puerta ni del cementerio (151). ¿Sería la septentrional **bāb Šāqra**, abierta en la parte de la cerca no rodeada por el Tajo? Es muy probable (152).

La existencia de este ingreso, abierto en el arrabal de Toledo, y la de su cementerio extramuros, situado a su salida, consta explícitamente en el año 400/1010. Ibn Baṣkuwāl dice murió en esa fecha y fue enterrado en la **ḥawma** (parte de una ciudad o barrio) de **bāb Šāqra**, en el arrabal de Toledo, Aḥmad b. Muḥammad b. Muḥammad b. 'Ubayda al-Umawī, conocido por Ib Maymūn (153). No hay noticia de ningún otro cementerio en esa ciudad.

(148) Lévi-Provençal y García Gómez, **Sevilla**, §§ 52 y 149, pp. 94-95 y 148.

(149) Ibn al-Abbār, **Takmilat al-Sila**, ed. Bel y Bencheneb, p. 200.

(150) Lévi-Provençal, **Inscriptions arabes d'Espagne**, núms. 33 y 30 bis, pp. 42 y 43-46.

(151) Ibn 'Idārī, **Bayān**, II, texto, p. 218; trad., p. 336.

(152) **Al-Šāqra** —la Sagra— era la comarca que se extendía al norte de Toledo, entre el Tajo y los actuales confines de la provincia de Madrid; ver infra «Los Puertos».

(153) **Sila**, p. 23. Un documento mozárabe toledano de 1175 se refiere a la venta de una casa en el **rabad de bāb Šāqra**, en la **ḥawma** de Santiago (**Los mozárabes de Toledo**, por González Palencia, vol. I, doc. núm. 121, pp. 87-88).

Cerca de la puerta de Bisagra, en el mismo lugar, seguía el cementerio de los musulmanes mudéjares después de la conquista. Un documento mozárabe de 1210 se refiere a la venta de una tierra de alcacer en el término del cementerio de los musulmanes, cerca de la **bāb al-šāqra** (154).

A fines del siglo XIV llevaron a enterrar al osario de los mudéjares toledanos, cerca de la puerta de Bisagra, junto a donde más tarde se fundó el convento de San Bartolomé de la Vega, a una mora acaudalada, doña Fátima, que había estado en la corte al servicio inmediato de los reyes don Enrique II de Trastámara y su mujer doña Juana (155).

El cementerio se prolongaba hacia norte, por lo menos hasta la ermita mudéjar de San Eugenio. Un **Memorial** de 1576 dice que a sus espaldas «hállanse... muchos lucillos de sepulcros de Judíos y Moros, hechos de ladrillos y cubiertos con pilas de piedra berroqueña» (156). Por los mismos años, el doctor don Pedro Salazar de Mendoza describía en los siguientes términos, en su **Chronicón del cardenal don Juan Tavera**, el sitio del Hospital de Afuera, del que era administrador: «Muéstranse también al norte otros edificios pequeños, sueltos, que sin dubda son sepulturas y enterramientos de Gentiles, Judíos y Moros. De Gentiles parecen en la manera de labrar. De Judíos, porque algunos tienen dos bovedillas, como las usaron los hijos de Israel. De Moros, en unos pilarejos de mármol, en que está escrito en lengua árábica los que en muchos de ellos están enterrados» (157).

Al realizar en 1845 las obras necesarias para hacer un cementerio destinado a los canónigos en el Cristo de la Vega, descubriéndose tres fragmentos de estelas sepulcrales con epígrafe, cilíndrico uno de ellos, de un 'Abd Allāh b. 'Abbād, fallecido en 445/1053.

En 1887 y 1888, al abrir el camino del actual cementerio, a unos 800 metros de la puerta de Bisagra y entre las ermitas de San Roque y San Antón, a un metro poco más o menos de profundidad, se hallaron crecido número de enterramientos formados por bóvedas de rosca de ladrillo, de mala construcción. «Desarraigadas y entre la tierra... hallóse con los sepulcros bas-

(154) González Palencia, **Los mozárabes de Toledo**, vol. I, doc. núm. 379, pp. 318-319. Al dorso del documento se lee: «Esta es carta del alcacer, cerca del fosario de los moros».

(155) Narciso Estenaga Echevarría, **Condición social de los mudéjares en Toledo durante la Edad Media**, p. 17.

(156) **Memorial de algunas cosas notables que tiene la ciudad de Toledo**, por Luis Hurtado Mendoza Toledo.

(157) Antonio Martín Gamero, **Historia de la ciudad de Toledo**, n. 17, p. 41.

tantes columnillas de piedra, semejantes por sus dimensiones y su forma a las que en la Vega son tan frecuentes» (158).

Debió de haber en Toledo más de un cementerio en la Vega: el de Santa Leocadia de Afuera (hoy Cristo de la Vega), que llegaba a las orillas del Tajo, y el de la puerta de Bisagra, pues entre uno y otro lugar —en ambos se han encontrado sepulturas— media una distancia de unos 500 metros. Y los 800, aproximadamente, entre el último y las tumbas halladas en 1887-1888 parece superficie excesiva para que la necrópolis se extendiera por esos tres lugares sin solución de continuidad.

Zaragoza.—Pocos años después de adueñarse de esta ciudad los musulmanes existía en ella un cementerio extramuros llamado **maqbarat bāb al-Qibla** (cementerio de la puerta meridional), sin duda por la proximidad a ese ingreso. En dicha necrópolis recibieron sepultura los ilustres **tābi'ūn** Hanaš b. 'Abd Allāh al-San'ānī (m. en 100/718-719), edificador de la mezquita de Zaragoza, y 'Alī b. Rabāḥ al-Lajmī (m. en 114/732) (159). En otro texto anterior se dice que el entierro del primero tuvo lugar en el cementerio inmediato a **bāb al-Yahūd** (Puerta de los Judíos) (160). Concreta más Asso al afirmar que el cementerio de los moros se extendía entre la iglesia del Carmen y la de Santa Engracia, hasta que Pedro IV mandó en 1337 que lo trasladasen fuera de los muros nuevos (161).

No se conserva en Zaragoza resto alguno epigráfico de monumento sepulcral.

Huesca.—Consta la existencia en Huesca de dos cementerios. Uno de ellos, llamado «almecora» en documentos de los siglos XII y XIII, estaba a oriente de la ciudad, entre la puerta de Montearagón (actual Porteta, en la calle del Desengaño), y el río Isuela, junto a éste (162). El otro, situado en un campo que aún se conocía en 1426 por «Almacoriellya», sería más reducido, a juzgar por ese, al parecer, diminutivo. Su emplazamiento era

(158) Amador de los Ríos, **Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal**, pp. 225-228.

(159) Lévi-Provençal, **La Péninsule Ibérique**, texto, p. 97; trad., p. 119.

(160) «Unas cuantas noticias acerca de la conquista de España», tomadas de «La noble carta dirigida a las comarcas españolas», apud **Historia de la conquista de España**, trad. de Ribera, pp. 169-170. El señor García Gómez cree que ese texto procede de un manuscrito del **Faṭḥ al-Andalus**.

(161) Cartulario de la Ciudad, t. II, f.º 212, citado por Ignacio de Asso, **Historia de la Economía política de Aragón**, p. 199.

(162) En 1186 se vendía en Huesca un campo sito en el lugar conocido por la Almecora de la puerta de Montearagón. Lindaba al este con aquélla; al sur, con el río Isuela, y al oeste con el monte (Cartulario del Temple de Huesca, f.º 28, citado por Ricardo del Arco, **La catedral de Huesca**, p. 24).

cerca del muro de tierra, al oeste de Huesca, entre ella y San Jorge (163). En 1272, donaba el monarca aragonés Jaime I, «Lalmicorella» a Pedro Garcés (164). Ante la reclamación de los moros, estando el monarca en Valencia, el 1.º de julio de 1273, firmó una disposición por la que prohibía a los frailes predicadores o de otra orden emplear en edificios la piedra extraída del cementerio de la Almecorella; la donación a Garcés sería válida si los moros oscenses no probaban que en los últimos veinte años se había realizado algún sepelio en él (165).

Mallorca.—Fuera e inmediatas a la *bāb al-Kuhl*, puerta destruida pronto hará medio siglo, se encontraron lápidas sepulcrales más o menos incompletas, a las que se aludió en páginas anteriores (166).

Valencia.—Había en Valencia varios cementerios situados, como de costumbre, a la salida de las puertas de la cerca, excepto de las inmediatas al río:

1) **Maqbarat bāb al-Ḥanaš** (cementerio de la puerta de la Serpiente), inmediato a ese ingreso occidental del recinto de Valencia. En él fueron sepultados el modesto Ibn al-Jabbāz (el Hijo del Panadero), predicador y jefe de la mezquita de Murviedro y un opulento personaje de sangre azul, Ibn Numāra al-Ḥyārī, fallecido en 563/1167-1168. Se cita este cementerio en el **Repartimiento: ortum de Çahat Almanone, juxta cimiterium de Be-balhaix; domos in Roteris, ante cimiterium quondam sarracenorum**. Roteris era un arrabal inmediato (167).

2) **Maqbarat bāb Bayṭālla**. Estaban situados el vasto cementerio y la puerta de ese nombre al sur de Valencia, cerca de la vía pública que iba

(163) A. H. P., Huesca, p. 34, f.º 55, según cita de Federico Balaguer, **Las termas de Huesca**, pp. 268-269. En julio de 1213, Pedro Violeta vendía al obispo un huerto en Huesca **circa illa Almecorella de mauros**. Lindaba al este con el muro de tierra, al oeste con la almecorella, etc. (Libro de la Cadena de la Catedral, doc. n.º 526, citado por Ricardo del Arco, **Huesca en el siglo XII**, en el vol. I de las **Actas y Memorias del II Congreso de Historia de la Corona de Aragón**, p. 360).

(164) De la donación a Pedro Garcés: ... **locum illum vocatum Lalmicorella, qui est inter muros Osce et locum vocatum Puig de Sanxo, quiquidem locus quem tibi damus consuevit esse cimiterium sarracenorum** (A. C. A., Reg. 21, f.º 51, citado por Arco, **Huesca en el siglo XII**, pp. 360-361).

(165) A. C. A., Reg. 19, f.º 24, según cita de Arco, **La catedral de Huesca**, p. 24.

(166) **Bab al-Kofol (Puerta de Santa Margarita)**. **Antecedentes relativos a la Puerta de Santa Margarita de la ciudad de Palma**, pp. 19, 61, 77 y 121.

(167) Ribera, **Enterramientos árabes en Valencia**, en **Disertaciones y opúsculos**, II, p. 259; Bofarull, **Repartimientos**, pp. 188, 229-231, 244, 275. Supongo que el cementerio de Roteris, arrabal situado extramuros de la *bāb al-Qanṭara* (puerta de Serranos cristiana), era el mismo que el de las afueras de *bāb al-Ḥanaš*.

a al-Ruṣāfa (168). En 519/1125-1126 fue enterrado en aquél el docto tradicionista Ibn al-Anfar, **muftī** de Valencia, al lado de su amigo y paisano Ibn Mantiyel; un siglo lunar después (619/1222-1223) 'Abd Allāh ben Abī Bakr al-Quḍā'ī, padre del historiador y diplomático Ibn al-Abbār, rector de la mezquita al-Sayyida intramuros; en 624/1127 recibió sepultura en la misma necrópolis Ibn Sulaymān (Muḥammad b. Aḥmad b. Muhammad b. Ismā'īl Abū-l-Hasan), que tenía una tienda en la calle de los Especieros (**'Aṭṭārīn**) (169). Al año siguiente de la conquista, en 1239, Jaime I daba a los frailes menores un terreno de 80 por 50 brazas de tierra junto al camino público que iba a Ruṣāfa, delante de la puerta de Boatella, **prope Cimiterium**, para que edificasen (170). En 1417 aún quedaba memoria del cementerio, pues se cita el **Carrer del fossar**, en la parroquia de San Juan de la Boatella (171).

Ignórase si el cementerio de las Tiendas (**Maqbarat min al-Jiyām**), citado por Ibn al-Abbār como situado en las afueras de la puerta de Bayṭālla, en el que se enterró en el año primero del siglo VII h. (1204-1205) al virtuoso y devoto maestro de lectura, conocido por su apodo lemosín «El Sabater» (al-Sabaṭayr), y que Ribera presume estuviese emplazado hacia el final de la calle de San Vicente (172), era la misma **maqbarat bāb Bayṭālla**, parte de ella u otra distinta.

3) **Maqbarat bāb al-Muṣallā**. Abundan las referencias a este cementerio valenciano, en el que enterraron a crecido número de personajes. Estaba situado al oriente de la ciudad, extramuros de la **bāb al-Šarī'a**, palabra esta última que tiene la misma significación que **muṣallā**, o sea oratorio al aire libre (173). En 614/1217-1218 fue inhumado solemnísimamente en ese «fonsario», con asistencia del sultán, de la corte y de multitud inmensa de gentes, el piadoso y muy devoto Abū 'Amir b. Huḍayl. En la quibla de la **muṣallā** recibió sepultura pocos años después, en 627/1229-1230, el rector Ibn al-Zubayr al-Quḍā'ī (174).

(168) ... in loco illo qui est ante portam de Boatella, prope ciminterium et portam de Beatella, contiguatas vie publice que vadit ad Roçafam; ortum subtus via de Rozafa qui contiguatur cum valle prope cimiterium de Boatella (Bofarull, Repartimientos, pp 230-231).

(169) Ribera, **Disertaciones y opúsculos**, II, pp. 258-259.

(170) Teixidor, **Antigüedades de Valencia**, II, p. 21.

(171) Luis Ferrer, 9 junio 1417 (Arch. de la Catedral).

(172) Ibn al-Abbār, **Takmila**, n.º 1.426, pp. 502-503; Ribera, **Disertaciones y opúsculos**, II, p. 261).

(173) Cf. *supra*: «**Muṣallā**» y «**Šarī'a**».

(174) Ribera, **Disertaciones y opúsculos**, II, p. 260. «¿Habría otro pequeño cementerio, diferente del de la Muṣallā, en la parte más oriental de la misma, donde fue enterrado Ibn al-Zubayr, que correspondía a la situación de un antiguo **fosaret** que nos recuerda el erudito



Estos cementerios, de los que no se conserva ningún epígrafe ni monumento funerario, desaparecieron en el siglo XIV, al crecer la ciudad de su cerca; ocupado su solar por los nuevos barrios, quedaron dentro de las murallas levantadas por Pedro IV **el Ceremonioso** a partir de 1356.

Alcira (Valencia).—El **Repartimiento** sitúa el **fpozato quod est prope januam pontis ligni**, puente que comunicaba Alcira con el arrabal de mozárabes de **al-Kanīsa** (la iglesia), Alcanicia después de la conquista, posteriormente llamado de San Agustín, a la orilla opuesta del Júcar (175).

Alicante.—En el siglo XIII había un cementerio de moros junto al Hospital y el camino que conducía a Murcia (176).

Elche (Alicante).—Según una donación de don Juan Manuel en 1270, el «fosario» de los moros estaba en Elche por suso de los baños viejos, en el camino de Alicante (177).

Murcia.—Escasas e insuficientes para localizarlos son las noticias que poseemos acerca de los cementerios murcianos. Fuera de la puerta llamada de Ibn Aḥmad fue sepultado en la segunda mitad del siglo XII un mahometano ilustre, 'Abd al-Raḥmān b. Muḥammad Abū-l-Qāsim (178).

La mezquita llamada Abez, en el **rabad** de Murcia del mismo nombre, con su «fosario», era objeto de una donación en 1267 por el deán de Cartagena al vecino de Murcia Raimundo Vicente (179).

En la **rawḍa** de Ibn Faraʿ, en el arrabal de Sirḥān, en Murcia, fue enterrado un personaje muerto en 614/1217-1218 biografiado por Ibn al-Abbār (180).

Jaén.—En 1225 al asediar Fernando III por primera vez Jaén, mandó poner las tiendas cerca de las huertas, contra la parte de Castro, en el «fonsario» cerca de la villa, al lado contrario de la carretera que va a Granada. La

marqués de Cruilles en su curiosa **Guía Urbana**, II, p. 217?» (Ribera, **Disertaciones y opúsculos**, II, p. 263).

(175) Bofarull, **Repartimientos**, p. 424; **Topografía de Alcira árabe**, por Vicente Pelufo, pp. 83-85. Pelufo sitúa el cementerio hacia el barranco del Estrecho, a partir de la calle de Zaragoza.

(176) Juan Torres Fontes, **El Obispado de Cartagena en el siglo XIII**, pp. 364-365 y apéndice, doc. n.º 1.

(177) A. H. N., Clero, Leg. 77.

(178) **Bastitania y Contestania del Reyno de Murcia**, por el doctor don Juan Lozano, pp. 134 y 136.

(179) Arch. Catedral de Murcia, perg. original, publicado por J. Torres Fontes, **El Obispado de Cartagena en el siglo XIII**, p. 547.

(180) **Takmilat al-Sila**, B. A. H., V, n.º 939, p. 314.

Crónica de Avila, al relatar los múltiples asedios sufridos por la ciudad en el siglo XIII, cita repetidamente la puerta «de Fonsario» (181).

Almería.—Orbaneja, a fines del siglo XVII, alude a dos cementerios musulmanes existentes en Almería, uno a mediodía y extramuros del arrabal yermo de occidente, que supone de israelitas, opinión que se ha perpetuado y carece de fundamento: «fuera de ellas (de las murallas que rodeaban ese barrio) está una planicie, que baten las orillas del mar, donde tenían sus sepulcros de argamasa, que hoy cada día se descubren; y lo he visto infinitas veces en todo el campo que linda con la ermita de San Roque, que hoy permanece, donde se hallan innumerables huesos y otros vestigios hebraicos. Y por la parte de la puerta de Purchena está otra llanura donde se enterraban los Moros, donde cada día se descubren sepulturas en el estilo y costumbre que usaban, conforme a su ley, los bárbaros sarracenos» (182).

El cementerio islámico más importante era este último, inmediato a la puerta de Pechina —**bāb Baŷŷāna**—; en las biografías de personajes ilustres escritas por Ibn Baškuwāl e Ibn al-Abbār, figuran varios de ellos sepultados en ese lugar, junto a la puerta (183).

(181) Florián de Ocampo, f.º ccccv; **La crónica de la población de Avila**, por Gómez-Moreno, p. 50.

(182) **Vida de San Indalecio y Almería ilustrada**, por el Doctor don Gabriel Pasqual y Orbaneja. Primera parte, p. 147.

(183) Dos de los individuos enterrados, según Ibn Baškuwāl, en el cementerio de las afueras de la puerta de Pechina, fueron el tradicionista Abū-l-Hasan 'Alī b. Ibrāhīm, conocido por Ibn al-Lawwāz, y el también tradicionista y qādī Abū 'Abd Allāh Muḥammad b. Jalaf, llamado Ibn al-Murābiṭ, muertos, respectivamente, en los años 474/1081-1082 y 485/1092-1093 (Ibn Baškuwāl, **Sila**, biogs. 915 y 1.107, pp. 420 y 499-500). Entre los personajes biografiados por Ibn Jātima, biografías insertadas por Ibn al-Qādī en su **Durrat al-hiṡāl** (ed. I. S. Allouche, Rabat 1934-1936), hay varios de los que se dice fueron enterrados en dicho cementerio. Anejo a la puerta de Pechina estaba el **ribāṭ** de **al-Juṣaynī**, nombre de su devoto fundador, en el que fue enterrado el valenciano al-Muqri' (**Complementos de la Takmila**, edic. Bencheneb y Bel, p. 104, según cita de Jaime Oliver Asín, **Origen árabe de rebato, arroba y sus homónimos**, pp. 24 y 27). A él corresponden los siguientes hallazgos: en la calle de Regocijos, casi al principio, elegantísima piedra prismática sepulcral, con una sola inscripción en el centro aplanado, conservada en el museo de Almería; dentro de la sacristía antigua de la iglesia parroquial de San Sebastián, al hacer un retrete salió, a un metro o metro y medio de profundidad, un trozo de piedra prismática que estaba en poder de don Joaquín de Peralta Valdivia; recientemente se han encontrado restos humanos al hacer una cimentación en la calle de la Flora, esquina a la rambla de Alfareros; con motivo de excavar los sótanos de la casa n.º 1 de la plaza de Flores, aparecieron a diversos niveles, el más alto a metro y medio del suelo actual, varios trozos, casi todos pequeños, de lápidas árabes, que quedaron en poder del dueño de la casa, don Miguel Sebastián Simón.

Según el coleccionista almeriense del siglo XIX don José de Medina y Rambaud (184), donde mayor número de lápidas sepulcrales aparecieron fue en el «Llano del Cordonero», en el Puerto, a la orilla del mar (185). Corresponde ese lugar al cementerio del Aljibe —**maqbarat al-Ḥawḍ**— extramuros del barrio o arrabal del mismo nombre, descrito por al-Iḍrīsī poco antes de mediar el siglo XII como activísimo centro industrial y comercial, y desierto y abandonado en el XIV, ruina sin duda causada al conquistar la ciudad Alfonso VII en 1147. En la **maqbarat al-Ḥawḍ** fue enterrado, entre otros muchos, Ibn al-Dalāʾī, escritor nacido en Dalías en el año 393/1062 y muerto en Almería en 478/1085, el mismo año en que Alfonso VI se adueñó de Toledo, autor de varias obras, entre otras de una geográfica aprovechada por al-Iḍrīsī (186).

Otro cementerio, al parecer más antiguo que los dos citados, hubo en la **muṣallā** o **ṣarīʾa** de Almería, en el arrabal así llamado. Ibn Baṣkuwāl refiere haberse enterrado en la **ṣarīʾa qadīma**, es decir, en el oratorio o xarea vieja, en el año 444/1052, a Abū Muḥammad ʿAbd Allāh b. Muḥammad b. ʿAbd Allāh al-ʿYadalī, conocido por Ibn al-Zift, **ṣāhib al-ṣalā wa-l-juṭba** en la aljama de Almería (187). Empezaría entonces a poblarse ese arrabal, que algo más tarde llegó a ser el núcleo central de la ciudad. En lugar más lejano de la **madīna**, extramuros, se dispondría una nueva **ṣarīʾa** o **musallā**, puesto que la inmediata a aquélla se calificaba de antigua y quedó en el

(184) No menos de cinco colecciones de lápidas arábigas había en Almería hacia 1875; la más importante era la de don José de Medina Rambaud. A su muerte pasó a su sobrino don Nicanor Peralta (Rodrigo Amador de los Ríos, **Epigrafía arábigo-española, Piedras prismáticas tumulares de Almería**, pp. 315-333). Después se han dispersado todas ellas por muy diversos lugares: Madrid (Museos Arqueológico Nacional y del Instituto de Valencia de Don Juan), Granada y Nueva York, donde la «Hispanic Society» posee un buen lote.

(185) Al Llano del Cordonero se le llama actualmente tan sólo el Llano. El erudito almeriense señor Martínez de Castro dice puede limitarse por las calles de Hipócrates, al oeste; del Rosario, al norte; de la Corbeta, al sur, y la Rambla de la Chanca, al este. La calle del Cordonero es prolongación hacia norte de la de Hipócrates; en ésta quedaban hace pocos años restos de grandes torres del recinto del barrio de **al-Ḥawḍ**. En las proximidades de la ermita, hoy iglesia parroquial, de San Roque, se encontraron hace años, al abrir los cimientos de una casa, como a un metro de profundidad o poco más, muchos restos humanos. En el ángulo de poniente que forma la rambla de la Chanca con la calle del Muelle aparecieron unos epígrafes que Amador de los Ríos dice estaban en poder de don Miguél Ruiz de Villanueva. De este cementerio del Aljibe procederán lápidas sepulcrales de mármol, como todas, aparecidas en diversas ocasiones en la playa y algunas extraídas del mar por los pescadores con sus redes, frente al balneario de Diana. Véase **supra**, **La medina, los arrabales y los barrios**.

(186) Al-Dabbī, **Bugya**, p. 446; Casiri, II, p. 135; Ibn Baṣkuwāl, **Sila**, n.º 139; Amari, **Bib. Ara. Sic.**, I, p. 37. Cita de Pons Boigues, **Ensayo bio-bibliográfico**, n.º 120, pp. 158-159.

(187) Ibn Baṣkuwāl, **Sila**, biog. 559, p. 280.

interior de un arrabal cercado de tapias por Jayrān al-'Āmirī, señor de Almería de 403/1012 a 419/1028, conocido desde entonces por **rabad al-muṣallā** (188). En el cementerio de la **ṣarī'a qadīma**, no seguiría enterrándose muchos años después de la fecha del citado sepelio por el rápido poblamiento del arrabal; del año 474/1081-1082 hay noticia de otro en el de la puerta de Pechina, que le sustituyó (189).

Todas las lápidas sepulcrales almerienses son de mármol blanco de Macael, lugar de la cercana sierra de Filabres, y responden a los dos tipos antes aludidos, el llamado modernamente «estelas almerienses», que hemos propuesto llamar almorávides, y las **mḡābrīyas**. Las primeras hincábanse en tierra por uno de sus lados menores en la cabecera de la tumba, según testimonio de Ibn Baṣkuwāl (190).

Entre las «estelas almorávides», las dos más antiguas son del año 312/924: otras hay de ¿317?/929, 320/932 y 327/938-939, anteriores todas, pues,

(188) Lévi-Provençal, **La Péninsule Ibérique**, texto, pp. 183-184; trad., pp. 221-223; al-'Umarī, **Masālik**, I, p. 239.

(189) Algunos hallazgos de piedras sepulcrales en el **rabad al-muṣallā al-qadīma** (varias de ellas fueron sin duda trasladadas de otros lugares): en la casa n.º 16 antiguo, 22 actual, de la calle de Marín, cerca de donde estuvo la puerta de Pechina, encontróse una lápida sepulcral, propiedad de doña Juana Pérez Núñez; al señor Martínez de Castro perteneció parte de otra encontrada en el jardín de la casa n.º 4 de la calle de Reyes Católicos, a unos dos metros de profundidad; el mismo señor poseía una **mḡābrīya** encontrada al cimentar la casa n.º 6 de la calle de San Pedro. Hacia 1932, al abrir una puerta en el Instituto provincial de Segunda enseñanza, se encontró otra **mḡābrīya**, de persona fallecida en 527/1132, que fue a parar al Museo de Almería (A. P. V., **Dos lágrimas halladas recientemente en Almería, en al-Andalus**, I, 1933, pp. 189-190). Algunas estelas del mismo tipo, de procedencia ignorada, se han empleado para proteger las esquinas de los edificios en los cruces de calles: una, quizá entera, está en la esquina de la casa con fachadas a la calle de la Unión y plaza de Urrutia; un trozo de otra, enterrado, cuya parte vista arrancaron, tiene igual destino en el encuentro de la calle de Azara con la sin salida, perpendicular a la del Limón; una tercera, en iguales condiciones, resguarda el ángulo del edificio de la antigua calle de la Reina con vuelta a la de Serrano. Hallazgos en la **madīna**: en la calle prolongación de la parte norte de la plaza de Pavia, y próximo al lugar por donde bajaba la muralla, en un huerto-corrallón del industrial don Francisco Hita, se encontraron restos humanos y una lápida árabe que pasó al museo Provincial; en el ángulo que forma la calle del Regimiento de la Corona con la plaza de San Antón, terreno hoy ocupado por el cuartel de la Misericordia, aparecieron hace algo más de cincuenta años, al hacer un desmonte, sepulcros de argamasa, orientados de norte a sur, lápidas y bastantes fragmentos de grandes vasijas decoradas con labores incisas y en relieve, de barro rojo y de barro claro y grisáceo, con adornos esmaltados en verde.

(190) «Leí de puño y letra de nuestro compañero Abū-l-Walid Sulaymān b. 'Abd al-Malik [lo siguiente]: 'Leí sobre el sepulcro del qādī Abū-l-Walīd b. Murābiṭ, escrito en una lápida de mármol (**rujāma**), colocada a la cabecera de su tumba, sobre el muy frecuentado camino junto a la puerta de Pechina...» (Ibn Baṣkuwāl, **Sila**, biog. 1107, páginas 499-500).

al año de 344/955-956, en el que **al Rawd al-Mi'tār** dice se fundó Almería (191). Las **mqābrīyas** —un tercio aproximadamente de las existentes— pertenecieron a sepulcros de gentes fallecidas entre 452/1060 y 451/1147, año este último de la conquista de la ciudad por Alfonso VII. Las losas prismático-rectangulares están fechadas en el mismo período, poco más o menos. No representan pues, ambos tipos modas sucesivas en las conmemoraciones sepulcrales. Las más numerosas fechadas pertenecen al período de dominio almorávide en Almería (484-511/1091-1147). No existe en esta ciudad ninguna de época almohade; bien es verdad que en el **Corpus** de las islámicas hispanas publicado por el señor Lévi-Provençal tan sólo figuran seis sepulcrales de esos años, a las que habría que agregar una **mqābrīya** de Málaga, no incluida en esa publicación. Más extraño es que únicamente se conozca una de Almería de la época nazarí, fechada en 718/1318, pues durante ella, de las próximas canteras de Macael en plena explotación, salían innumerables piezas de mármol destinadas a la Alhambra y a las construcciones granadinas (192).

Al llegar a la Almería islámica, destacaría a uno y otro lado del camino, antes de la puerta de Pechina, la blancura del mármol de las abundantes estelas sobre el gris terroso del suelo y el verde de la vegetación. En ninguna otra ciudad de la España musulmana había cementerios con tal riqueza ni número tan grande de mármoles funerarios de excelente labor (193). La proximidad de las canteras de la sierra de Filabres no justifica su profusión, pues la misma distancia las separaba de la ciudad cuando ésta formaba parte del reino nazarí de Granada, época en la que no se labraban.

(191) Lévi-Provençal, **La Péninsule Ibérique**, texto, pp. 183-184; trad., pp. 221-223. Esa fecha se puede interpretar como en la que se cercó la **madīna**; el poblamiento fue, sin duda, anterior.

(192) Esa lápida de 718/1318, hoy en la «Hispanic Society» de Nueva York, es dudoso que proceda de Almería. La que figura en las **Inscriptions** de Lévi-Provençal —n.º 146, p. 131— como de esta ciudad, fechada en 729/1328-1329, se encontró en Niebla.

(193) Amador de los Ríos inventariaba, en 1778, 83 lápidas completas o fragmentos procedentes de Almería; en 1905, 86 (**Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal**, p. 160; **Epigrafía árabe-española, Piedras tumulares de Almería**, páginas 315-333). Lévi-Provençal publicó 31 estelas sepulcrales de Almería, 23 losas rectangulares y 8 **mqābrīyas**; Caskel, 38 inéditas, entre completas y fragmentos, 26 de las primeras y 12 **mqābrīyas**, además de 9 epígrafes incluidos antes en su colección por el sabio arabista francés. El catálogo de los epitafios almerienses, hecho por don Manuel Ocaña Jiménez y que está terminándose de editar, comprende unos ciento. Otros muchos se habrán destruido o quedarán bajo tierra o en el fondo del mar. Las ramblas que limitaban la ciudad islámica, en breves períodos de lluvia han arrastrado grandes cantidades de tierra que enterraron los cementerios.

Los epígrafes de las estelas, aun en su inexpresividad y formularismo, a falta de testimonios más directos, pueden servirnos para entrever algo de la vida medieval de Almería. Interrogando a los muertos a través de sus epitafios, como dato más destacado deduciremos el de la riqueza de la ciudad en la época almorávide, que permitió tal derroche de mármoles bien labrados, representativos de un auge económico acusado en la conocida descripción de al-Iḍrīsī, redactada entre 542/1147 y 548/1154, fecha esta última de terminación de su obra geográfica (194). A la industria local y al tráfico de sus productos y de los importados, pues Almería era puerta de Al-Andalus para los orientales, debióse el rápido enriquecimiento de una ciudad situada en región escasa en productos agrícolas y sometida a prolongadas sequías (195). La carencia de epitafios musulmanes después de conquistar Almería en 542/1147 Alfonso VII, ayudado por catalanes y genoveses, nos dice la decadencia de la ciudad, de la que se adueñaron los almohades diez años después, no interrumpida en el siguiente período nazarí.

Los epitafios marmóreos nos revelan también, a pesar de su concisión, algo de las actividades de los habitantes de Almería en su época de esplendor. Cuatro son de comerciantes, alejandrino uno de ellos —al-Iskandarānī— (196); otros tantos de menestrales o de sus familiares (dos peleteros o curtidores; un tejedor; el hijo de un alfarero). Hay tres de mujeres de la familia real de los últimos monarcas de taifas de Almería y Málaga —la princesa Asmā', la concubina del príncipe al-Mu'taṣim (m. 484/1091) Hayāl y la liberta del príncipe ḥammūdī Idrīs b. Yaḥyā b. 'Alī b. Hammūd, lḥwirār (?)—. Otras lápidas son de personajes importantes, juristas, predicadores, administradores de habices. No faltan las de beréberes.

La sociedad islámica es de tendencia igualitaria. Como en vida, estaban juntos en la muerte, en los mismos cementerios —en Almería no hay noticia de **rawd**as principescas— las gentes dedicadas a oficios manuales, los comerciantes y los personajes y familiares regios. Y las estelas de los primeros no desmerecen en riqueza y finura de labra —más bien exceden

(194) Iḍrīsī, **Description ... de l'Espagne**, texto, pp. 197-198; trad., pp. 239-241.

(195) De la cercana Pechina dice **al-Rawd al-Mi'tār** (texto, p. 38; trad., p. 48) que a fines del siglo IX y en el X se sostenía con víveres importados del norte de Africa. El mismo hecho se repitió para su sucesora Almería durante toda la Edad Media y aun en el siglo XVI.

(196) Almería fue, como se dijo, la puerta de al-Andalus desde fines del siglo X a mediados del XII para el tráfico con el oriente mediterráneo; Alejandría, la del oriente islámico para el comercio con el centro y occidente del mismo mar interior.

a las de los últimos—, que siempre la riqueza recién adquirida gustó de ostentarse públicamente.

Granada.—Granada tenía los siguientes cementerios:

1) **Maqbarat al-faqīh Sa'd ibn Mālik.** Ibn al-Jaṭīb, en distintos lugares, le llama **maqbarat Ilbīra**, **ṡabbānat bāb Ilbīra** y **rawdāt al-faqīh Sa'd ibn Mālik** (197). Fundado en el siglo XIII, era el más importante de la ciudad. Hallábase en las afueras de la puerta de Elvira (**bāb Ilbīra**). En el siglo XV su parte más antigua estaba plantada de olivos; el resto, carecía de árboles. Admiró a Münzer, autor de esa noticia, por su gran extensión, dos veces mayor —dice— que todo Nuremberg y distribuido en varios planos (198). Alcanzaba al Hospital Real, puesto que éste se construyó por los Reyes Católicos sobre un osario, y al solar del convento de Capuchinos, al abrir cuyos cimientos en 1630 se encontraron muchas sepulturas de moros (199).

Excepcionalmente protegía, al parecer, este cementerio, muy extendido hacia norte, una cerca o muralla con sus puertas a manera de torres, «que defendían las entradas de los caminos: hallábase la primera sobre el de Alfacar, próximamente donde hoy está la ermita del Cristo de la Yedra (200); otra sobre el de Ubeda, cuyas ruinas subsisten en la última casa a mano derecha de la calle de Capuchinos; en la huerta de este convento estuvo la que protegía la carretera de Jaén; otra torre había camino de San Lázaro, donde se hacía justicia a los descuartizados en el siglo XVI, y la última existió cerca de San Jerónimo» (201).

2) **Maqbarat Socaster.** Según Gómez-Moreno, Ibn al-Jaṭīb cita un cementerio de Socaster en Granada, situado junto a la muralla de la Alcazaba Qadīma, próximo a la puerta Nueva o arco de los Pesos. Sería resto de un viejo «fonsario», anterior a la formación y amurallamiento en el siglo XIV del arrabal del Albaicín. El solar subsistió sin edificar, pues al cementerio sucedieron unos huertos que dominaban la plaza Larga del Albaicín. Sería el «macaber de San Nicolás, frente del horno, junto al portillo que entra en

(197) **Ihāta**, I, pp. 57 y 276; II, p. 250, según cita de Seco de Lucena, **De toponimia granadina** (al-Andalus, XVI, 1951, p. 64).

(198) Münzer, **Viaje por España y Portugal**, pp. 36 y 39.

(199) Lafuente Alcántara, **El libro del viajero en Granada**, p. 263. Restos de sepulturas aparecieron también a bastante profundidad al abrir los cimientos de la Escuela Normal hará unos treinta años.

(200) Se ve en la **Plataforma** de Ambrosio de Vico, dibujada hacia 1600 y grabada pocos años después.

(201) Gómez Moreno, **Guía de Granada**, p. 383.

el Albaicín, que alinda con el adarve», según documento de 1538 (202). En 1595, al darse a censo el terreno que ocupaba, aún se le conocía con el nombre de macaber y pertenecía a la renta de habices (203).

3) **Cementerio del Albaicín.** Ignórase cómo lo llamaban los musulmanes. Ocupaba la parte de oriente, intramuros del arrabal del Albaicín, ladera occidental muy pendiente, de mal aprovechamiento por ello para la edificación urbana, de una colina en cuya cima quebraba la cerca y había una fuerte torre, llamada del Aceituno en tiempos cristianos, a la que sustituyó la ermita de San Miguel el Alto. El cementerio ocupaba, según Münzer, «gran parte de una ladera del monte sobre la ciudad y tanto espacio como la ciudad de Ulm. En la cumbre hay una altísima torre, en la cual están los sepulcros del rey de Granada (**sic**)» (204). Persiste la tradición del cementerio en la toponimia local, pues aún se llama de la Rauda —recuerdo de algún panteón de gente notable— una bella cruz de piedra, de principios del siglo XVI, que se levanta en la parte inferior de la ladera. En las inmediaciones han aparecido muchas piedras de sepultura. También hubo allí, según documentos poco posteriores a la conquista, una mezquita del mismo nombre, «gima Rauda» (205).

3) **Maqbarat al-Sabīka.** Llamábase al-Sabīka la colina en la que estaba la Alhambra; **jandaq al-Sabīka**, el barranco por el que hoy se sube a sus alcázares, y **bāb al-Jandaq** (puerta del Barranco), la que precedió a la actual de las Granadas. Es Münzer de nuevo el que precisa la situación de este espacioso cementerio: «Subimos a la Alhambra, en un altísimo monte, en cuya falda otra vez nos salió al paso un gran cementerio, seis veces mayor que la plaza de Nüremberg. Subiendo un buen trecho, entramos en un lugar que fue cárcel de los cristianos cautivos» (206). La necrópolis ocupaba, pues, la ladera de al-Sabīka y el barranco entre las mazmorras (los Mártires) y la actual puerta de las Granadas. En un panteón del cementerio de la Sabīka recibieron sepultura los monarcas granadinos Muḥammad I, Muḥammad III y Naṣr I, muerto este último en 722/1323, y en las laderas de la colina de **ḥāyib** Ridwān, asesinado en agosto de 1359 (207).

4) **Maqbarat al-Gurabāʾ.** Este cementerio de los Extranjeros, en el que Ibn al-Jaṭīb refiere fue enterrado un alfaquí muerto en 707/1307 estaba,

(202) Arch. de Diezmos de Granada, legs. 235 y 236, citados por Gómez-Moreno y Martínez, **Monumentos Arquitectónicos de España, Granada**, p. 40 y n. (3).

(203) Gómez Moreno, **Cosas granadinas**, pp. 117-118.

(204) Münzer, **Vaje por España y Portugal**, p. 40.

(205) Gómez Moreno, **Guía de Granada**, p. 488.

(206) Münzer, **Viaje por España y Portugal**, pp. 36 y 40.

(207) Ibn al-Jaṭīb, **Iḥāṭa**, edic. Cairo, I, p. 521, citado por Luis Seco de Lucena, **El ḥāyib Ridwān**, p. 294.

según el mismo autor, enfrente del arrabal de Naÿd, en el arrabal que había junto al río (208).

5) **Maqbarat bāb al-Fajjārīn**. El mismo visir granadino relata que un individuo fue enterrado en Granada en 750/1349-1350 en la parte más baja del pie de la colina ocupada por el cementerio sito en la puerta de los Alfareros (**bāb al-Fajjārīn**), al lado de los palacios reales (209) (**dār al-Baydā'**, entre otros). Ese cementerio quedaba, pues, extramuros de la **ma-dīna** de Granada, a la que daba ingreso la citada puerta, pero dentro de la cerca de los arrabales meridionales situados entre la colina de la Alhambra —al-Sabīka— y el Genil. Las tumbas alcanzarían, por lo menos, hasta el llamado Campo del Príncipe, en cuyas inmediaciones consta la existencia de sepulturas poco después de la conquista (210). Seco de Lucena identifica este cementerio, al que no da nombre Ibn al-Jaṭīb —tan sólo señala que estaba en **bāb al-Fajjārīn**—, con el que el mismo visir llama **maqbarat al-Gurabā'**. Pero fija el emplazamiento de éste, como se dijo, en un arrabal junto al río; el de la puerta de los Alfareros distaba más del Genil que el de Naÿd, por lo que cabe la sospecha de que la **maqbarat al-Gurabā'** fuese un pequeño osario situado entre el **rabad** Naÿd y el río, o enfrente, en su orilla izquierda.

6) **Maqbarat al-'Assāl**. Por los contratos de venta de las parcelas en que en 896/1491 dividió Boabdil la huerta de 'Iṣam, conocemos la **maqbarat al-'Assāl** (cementerio del Melero), nombrado como límite oriental de esa huerta, coincidente, con cierta aproximación, según la autorizada opinión del señor Seco de Lucena, con la actual de Belén (211). Parece indudable que las sepulturas aparecidas en 1887 en el barranco del Abogado, «cerca del ángulo oriental de la tapia que rodea la finca de Calderón» (212) (los Mártires), pertenecían a la **maqbarat al-'Assāl**, y no al cementerio de la puerta de los Alfareros, del que estaban bastante alejadas (unos 480 a 500 metros; entre ambos grupos de sepulturas se interponía la huerta de 'Iṣām).

Loja (Granada).—Al conquistar Loja los Reyes Católicos había un cementerio a unos cuatrocientos pasos a oriente de la ciudad, donde se edificó

(208) Ibn al-Jaṭīb, *Ihāṭa*, I, p. 149, según cita de Lévi-Provençal, *Le voyage d'Ibn Baṭṭūṭa dans le royaume de Grenade*, p. 221. Véase la rectificación de Luis Seco de Lucena Paredes, *De toponimia granadina*, p. 51.

(209) *Ihāṭa*, edic. de El Cairo, I, p. 78, citado por Luis Seco de Lucena Paredes, *De toponimia granadina*, p. 62.

(210) Gómez Moreno, *Guía de Granada*, p. 226.

(211) Seco de Lucena, *De toponimia granadina*, pp. 69-71.

(212) Gómez Moreno, *Cosas granadinas*, p. 113.

en 1559 el convento de la Victoria. En el **Repartimiento** de Loja se le llama «macabrán», bárbara castellanización del nombre genérico árabe **maqbara** (213).

Málaga.—El principal cementerio malagueño estaba en las afueras de la puerta de Funtanālla, al nordeste de la ciudad (214). En ese lugar se citan dos: el de **al-Muṣallā** (215) y la **rawdāt Banī Yahyā** (216); tal vez este último fuese un panteón de aquél. Citanse también sepelios en las vertientes de Gibralfaro (**ṡabal Fāro**), en donde hubo asimismo un cementerio judío y se descubrieron en el siglo pasado muchas sepulturas (217). En las laderas de ese monte, coronado por una fortaleza de fecha posterior, fue enterrado en 403/1012-1013 el poeta malagueño Muqddam b. Mu'āfā (218) y en 553/1138 su paisano 'Alī b. 'Abd al-Raḥmān b. Ma'mar al-Maḡḥiṡī (219). Hay también datos de sepelios en el **rabad al-Nudamā'** (?) en 419/1028 (220), y en la mezquita de la Palma, extramuros (221).

Algeciras (Cádiz).—La parte en que estaba su «fonsario» era la más flaca, desde el punto de vista militar, de la villa vieja de Algeciras. En ese cementerio acamparon las huestes de Alfonso XI y tuvieron lugar muchos hechos de armas en la campaña de 1342. Inmediata se abría una puerta, llamada «de Fonsario» en las crónicas cristianas (222).

Setenil (Cádiz).—En el relato del fracasado asedio en 1407 de Setenil, se refiere haber puesto los sitiadores cristianos uno de sus reales encima

(213) W. Hoenerbach, **Loja en la época nazarí**, pp. 61-62.

(214) Ibn al-Abbār, **Takmilat al-Sila**, edic. Codera, p. 262; edic. Bel y Bencheneb, p. 274; edic. de las **Misceláneas**, p. 594.

(215) Asín Palacios, **El «Abecedario» de Yusuf Benaxeij el malagueño**, pp. 198 y 206. Alude a ese cementerio con motivo de haberse sepultado en él un malagueño en 604/1207.

(216) Seco de Lucena, **De toponimia granadina**, p. 75, n. 1.

(217) Guillén Robles, **Málaga musulmana**, pp. 536-538.

(218) Lévi-Provençal, **Arabica occidentalia**, III: **Sur deux poètes de Malaga de Xe siècle**, pp. 290 y 292.

(219) Al-Dabbī, f.º 132 del ms. de El Escorial, citado por Guillén Robles, **Málaga musulmana**, p. 611.

(220) Lévi-Provençal, **Sur deux poètes de Malaga du Xe siècle**, p. 292).

(221) Guillén Robles, **Málaga musulmana**, pp. 610-611.

(222) **Crónica de don Alfonso el Onceno**, en **Crónica de los Reyes de Castilla**, colecc. Rosell, I, capítulos CCLXVIII-CCCXXXVI, pp. 342-389.

del «Honsario» de los moros, «que estaba en derecho de la puerta de la villa» (223).

Ceuta.—En la segunda mitad del siglo XI al-Bakrī se refiere a la existencia en Ceuta de dos cementerios, uno en la montaña, sin duda en las laderas de **ġabal al-Mīnā'**, y otro al norte inmediato al mar de al-Mamla (224). En el de al-Mīnā' fue enterrado en 360/1165 el venerado tradicionista almeriense Abū Bakr Yaḥyā b. Muḥammad b. Riq (225).

En su descripción de Ceuta, terminada de escribir en 825/1422, al-Anṣārī enumera trece cementerios en el interior y extramuros: **maqbarat al-Tūta** (cementerio del Moral), situado al este de la **madīna**, en la ladera oriental de **ġabal al-Mīnā'**, que será el mencionado por al-Bakrī; **maqbarat al-Manāra**, comprendiendo seis cementerios que se extendían por una amplia superficie, desde el primero, **maqbarat Zahr al-Mal'ib**, hasta el último, **maqbarat bi'r al-Naqṭa**; **maqbarat Ibn al-Rāmī**; **maqbarat al-Jawā'im**; **maqbarat Zaglō**; **maqbarat mas'yid al-Maḥalla**, en el lugar en el que se decía desembarcó Tāriq b. Ziyād cuando la primera expedición; el cementerio de la ciudad antigua, fundada por Sabt; **maqbarat al-Šarī'a** en el arrabal medio (**al-rabad al-awsat**); **maqbarat al-Hāra**; dos **maqābir** de **Maḍrib al-Šabka al-barrānī**, al exterior de **bāb al-Aḥmar**, y otros tantos de **Aḥyār al-Sūdān** (226).

Los cementerios hispanomusulmanes después de la conquista cristiana.

Al conquistar los cristianos las ciudades musulmanas de la Península, los cementerios de casi todas ellas quedaron sin función. Excepcional es el caso del de Toledo, en el que siguieron recibiendo sepultura los moros mudéjares.

La palabra **maqbara** se castellanizó bajo la forma «macáber» (227) y al cementerio (**al-maqbara**), se le llamó «almacáber», «almocáber» o «almo-

(223) *Crónica de don Juan II*, en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, cap. XLI, p. 294.

(224) *Description de l'Afrique septentrionale par el-Bekri*, trad. de Mac Guckin de Slane, pp. 202-203.

(225) Ibn Baškuwāl, *Sila*, n.º 1372.

(226) Lévi-Provençal, *Une description de Ceuta musulmane au XVe siècle*, pp. 145-146. La traducción, inédita, del mismo sabio arabista.

(227) Además de los ejemplos citados a continuación, en documentos de los siglos XVI y XVII —apeos de la renta de habices, libros de repoblación, erección de parroquias, deslindes, etc.— se citan abundantes «macáberes» en los pueblos de las Alpujarras (Manuel Gómez-Moreno, *De la Alpujarra*, pp. 25-29; Isidro de las Cajigas, *Topónimos alpujarreños*, p. 302).

cóbar» con nombre más próximo al plural **al-maqābir** que al singular; «almecora» y «almecoriella» en Aragón (228) y «macabrán» en Loja (229).

En la gran cantidad de piedras labradas —estelas y bordillos de las fosas— y ladrillos de los cementerios islámicos, vieron los conquistadores providencial y económica cantera para levantar edificios, sobre todo iglesias, destinados a satisfacer nuevas necesidades.

En septiembre de 1273 cedía Jaime I al convento de Predicadores (Santo Domingo) de Huesca las piedras existentes en el «fosal» de los sarracenos de esa ciudad para construir su iglesia (230).

A consecuencia de la reclamación de los moros mudéjares, desde Murcia, el 6 de febrero del año siguiente, el monarca donaba a la aljama de Huesca dicho cementerio, en el que no debía de enterrarse desde algún tiempo atrás, pues dice se lo da «para que podáis hacer campo y trabajarlo y roturarlo para provecho de vuestra mezquita y lo que allí se críe sea para el servicio de ella» (231). Por privilegio posterior, extendido en Alcira el 2 de marzo de 1275, Jaime I concedía las lápidas de la Almecora, «cementerio antiguo de los sarracenos», para la fábrica de la catedral, **ad opus operis Ecclesie oscensis** (232).

El aprovechamiento de las piedras sepulcrales islámicas para nuevas construcciones religiosas debió de ser general. Ejemplo tardío ofrece Granada.

(228) Varios ejemplos **supra**; otros figuran más adelante. Referencia más vieja en una concesión hecha por Pedro I en 1095 al monasterio de San Juan de la Peña de su heredamiento en la villa de Luesia (Zaragoza), para que en la era llamada Almecora (sin duda, el cementerio islámico), levantase una iglesia dedicada a San Esteban. El obispo de Pamplona confirmó la donación en 1133 (Ricardo del Arco, **Referencias a acaecimientos históricos en las datas de documentos aragoneses de los siglos XI y XII**, páginas 329-330).

(229) Hoenerbach, **Loja en la época nazarí**, en *Miscelánea de Estudios árabes y hebraicos*, III, pp. 61-62. La iglesia arciprestal de Alcántara (Cáceres) está dedicada a Santa María de Almocóbar; fundada en el siglo XIII, ocupará el solar de un anterior cementerio islámico.

(230) **Fundación, excepciones, grandezas y cosas memorables de la antiquísima Ciudad de Huesca**, recopiladas por Francisco Diego de Aynsa y de Yriarte, p. 557.

(231) Donación del *locum quod dicunt fossarium sarracenorum in Osca, juxta riuam Isalle, partem cuius concesseremus fratribus predicatoribus Osce ad extrahendum inde lapides ad opus operis ecclesie sue. Ita ut de dicto fossario, de quo fratres predicatoris extraserant lapides, possitis facere campum et ibi laborare et escolere ad opus mesquite vestre et id quod inde exhibit sit ad servicium et opus dicte mezquite* (Joaquim Miret i Sans, *Itinerari de Jaume I «el Conqueridor»*, p. 493). El doc., en A. C. A., Reg. 19, f.º 96.

(232) A. C. A., Reg. n.º 20, f.º 325 v., citado por Arco, **La catedral de Huesca**, p. 24, y **Huesca en el siglo XII**, apud *Actas y Memorias del II Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, I, p. 357.



Convertidos sus vecinos moros al catolicismo después del levantamiento de 1499, quedaron abandonados sus cementerios. Los Reyes Católicos, por cédula fechada en Sevilla el 14 de abril de 1500, concedieron a los frailes jerónimos el ladrillo y piedra que había en el «onsario» de la puerta de Elvira para la obra de su monasterio (233). Por Real Cédula de 20 de septiembre del mismo año se clausuraron los cementerios islámicos de la ciudad, y por otra de 15 de octubre de 1501, promulgando las Ordenanzas de Granada, los Reyes Católicos cedieron para ejidos de la ciudad «todos los osarios en que se acostumbraban enterrar los moros». Como ya se dijo, en el primer tercio del siglo XVI aprovecharon muchas piedras de esos cementerios en la construcción de las parroquias granadinas levantadas por entonces, entre ellas San Cristóbal y Santo Domingo, así como en el fortalecimiento de algunos muros en la Alhambra y en edificios civiles. Muchas de las estelas sepulcrales hispanomusulmanas ensalzando la gloria de Dios, al que los musulmanes dicen Allāh, y en solicitud de su infinita misericordia para el creyente enterrado bajo ellas, pasaron a servir de sillares en templos cristianos, mientras otras quedaban ocultas bajo tierra. Hoy se recogen para guardarlas celosamente en nuestros museos como testimonios de una civilización sin cuyo conocimiento es imposible comprender el presente hispánico ni preparar su futuro.

(233) «Por hacer bien e merced e limosna al prior e frailes e convento del Monasterio de Nuestra Señora Santa María de la Concepción de orden de San Jerónimo de la ciudad de Granada, por la presente les hacemos merced e donación de todo el ladrillo e piedra que hay en el onsario que tenían los moros de la dicha cibdad a linde la puerta de Elvira para la obra del dicho Monasterio e mandamos al Corregidor e Alcaldes e otras Justicias cualesquier de la dicha cibdad de Granada que les dejen y consientan sacar del dicho onsario toda la dicha piedra e ladrillo libre desembarazadamente» (Arch. de la Alhambra; cita de Gómez Moreno, **Cosas granadinas**, pp. 119-120).

CONCEPTO ISLAMICO DE LA CALLE

La separación y el aislamiento de los arrabales, de los barrios y aún de las calles; la angostura y tortuosidad de estas últimas; los pasadizos y los muros y puertas de cerramiento, satisfacían en las ciudades hispanomusulmanas a una necesidad primordial de defensa. En períodos frecuentes de inseguridad y revueltas, si la cerca exterior protegía contra el enemigo lejano, todos esos otros obstáculos eran necesarios para defenderse del interior, más peligroso por más cercano.

Refiere Ibn 'Idārī que hacia el año 977-978 la administración de la ciudad de Córdoba, a cuyo frente estaba el más tarde llamado Almanzor, mejoró notablemente respecto a la de sus predecesores. Antes era necesario velar toda la noche para guardarse de las acometidas de los malhechores, que encontraban amparo y protección hasta en los cortesanos y cuyos ataques nocturnos eran más temibles que los sufridos por los musulmanes fronterizos. Y en el siglo XIII, refiere Ibn Sa'īd, abundaban los asesinatos y los robos en la antigua capital del califato, cuyo populacho estaba reputado tradicionalmente por su carencia de escrúpulos y su tendencia a criticarlo todo y a estar siempre descontento (1). Los vecinos, para disfrutar de una relativa tranquilidad, necesitaban vivir apretados codo con codo. En las frecuentes revoluciones populares y en época de anarquía era así fácil a unos cuantos hombres defender el acceso al **darb** o callejón ciego en el que se abrían las puertas de sus hogares.

Gallotti, en un libro en que describe sutilmente algunos aspectos urbanos del Marruecos de hace medio siglo, dice el concepto que tenía de su casa el indígena, seguramente no muy distinto al del vecino de las ciudades hispanomusulmanas: «Lo que desea es elevar un muro entre su reposo y los caminos fértiles en emboscadas de la campiña insegura; un muro entre su descanso y los pestilentes olores de la ciudad, las cataratas de la lluvia, el ardor del sol, el viento, la muchedumbre piojosa y el tumulto de las ca-

(1) Ibn 'Idārī, **Bayān**, II, texto, p. 284; trad., p. 442; Lévi-Provençal, **L'Espagne... au X^{ème} siècle**, pp. 232-233.

ravanas: un muro entre su descanso y las preocupaciones de sus negocios, las intrigas del representante del sultán, la corrupción de los jueces, la rapacidad de los más audaces y la envidia de todos; un muro para sentirse plenamente en su casa, como en su lecho y en su tumba» (2).

Pero, además de esa primordial necesidad defensiva, el trazado de las calles traducía el concepto que de la vida urbana tenían sus habitantes, totalmente distinto al de los de las cristianas. Para las gentes del occidente mediterráneo, que disfrutaban de un clima benigno, las calles de los barrios populares son como una prolongación ruidosa de las propias viviendas; a ellas concurren con frecuencia los vecinos de las casas inmediatas para disfrutar del sol y del aire y charlar. En las fachadas se abren abundantes huecos de regular tamaño, a los que suelen asomarse los vecinos que desean gozar del espectáculo urbano.

Los ciudadanos hispanomusulmanes acudían a sus actos de devoción y a sus quehaceres comerciales o industriales a la parte central frecuentada y ruidosa, de la ciudad, donde estaban la mezquita mayor, la alcaicería, las calles llenas de tiendecitas y la mayoría de los zocos; pero sus viviendas se escondían casi siempre en el fondo de callejones apartados y silenciosos, en los que el escaso tránsito permitía crecer la hierba. Tras alguna ventanita con celosías o un volado ajimez, las mujeres podían contemplar la calle sin ser vistas, pero el sitio de expansión de ellas y de los niños era además del patio, el terrado en algunos sectores de la costa mediterránea y de la inmediata atlántica, o la algorfa (sobrado o galería alta), si la casa se cubría con tejado. Desde estos lugares la vista podía recrearse más que en la contemplación de los espectáculos callejeros, en la de los alminares próximos, sobresaliendo por encima del caserío y las montañas lejanas.

Para algunos de los habitantes de nuestras incómodas y ruidosas viviendas de pisos, obligados al contacto continuo con sus convecinos, parecerá un ideal inasequible el de vivir en una casita situada en el fondo de un estrecho callejón de una ciudad populosa en la que disfrutaría, a la vez que de las ventajas y comodidades de una gran urbe, de la soledad y de

(2) Jean Gallotti, *Le jardin et la maison arabe au Maroc*, I, p. 7. Compárese con la descripción que hace Sauvaget de la disposición callejera de Damasco: «a las calles principales abren las callejuelas (**darb, hāra**), cuyas puertas se cierran todas las noches desde la puesta de sol, y permanentemente en épocas de intranquilidad; estas callejuelas se ramifican a su vez en calles sin salida (**zuqāq, dajla**), cerradas también por puertas, en las que están los ingresos de las viviendas. Cada casa no presenta así a la calle más que su fachada posterior, sin hueco alguno; para penetrar en ella hay que franquear, sucesivamente la puerta del barrio, la del atolladero y la de la vivienda. Gracias a esta sucesión de obstáculos y a la solidaridad que existe entre los vecinos de un mismo barrio, pueden éstos vivir relativamente seguros» (*Esquisse... de Damas*, p. 453).

aquel «mudo y sosegado silencio» que, como don maravilloso, tan repetidamente pondera Cervantes.

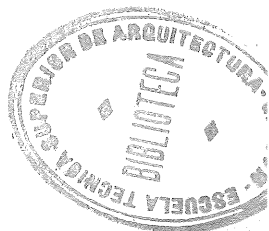
Los urbanistas modernos tienden, cada vez con mayor afán, a disponer un centro urbano, destinado exclusivamente a la vida comercial y de relación, acumulando en otra zona las industrias, y a construir barrios de viviendas apartadas de ambos, con calles relativamente estrechas, de escasa circulación.

Las calles angostas estaban hechas para circular, no para sentarse o charlar. No había en ellas tiendas.

El sistema, como se ha visto, no es invención reciente. Se había llevado a la práctica de una manera natural y perfecta, como consecuencia de una evolución biológica y no de una brusca imposición técnica, en las ciudades hispanomusulmanas, cuyos diferentes sectores formaban un organismo perfectamente trabado, en el que el tránsito de unos a otros tenía lugar en forma insensible, sin solución de continuidad. En lugar de estudiar los trazados urbanos, como hasta ahora se ha hecho, a base de las calles, se tiende hoy a dar primordial importancia a los solares en los que se han de levantar las viviendas, solares que en parte condicionan la forma y el trazado de las vías, como se ha visto ocurría en las ciudades islámicas.

Tal vez algún día, nuestros futuros urbanistas reanuden la tradición interrumpida hace cinco siglos y tracen o reformen las ciudades de forma que al mismo tiempo que las calles ruidosas de intenso tráfico, obligadas por la vida moderna, haya otras apartadas, de viviendas, en las que sólo de tarde en tarde resuenen los pasos de unas pocas gentes que las habitan. Se habrá logrado así asociar felizmente la vida rural, con su tranquila monotonía, a la febril y brillante de los grandes centros urbanos.

Con su tradicionalismo y sabiduría milenaria, los orientales, fieles a su vieja e invariable fórmula urbana, no necesitan hoy transformar radicalmente sus ciudades para ponerlas de acuerdo con las últimas directrices, pues a ellas responden en gran parte desde hace siglos.

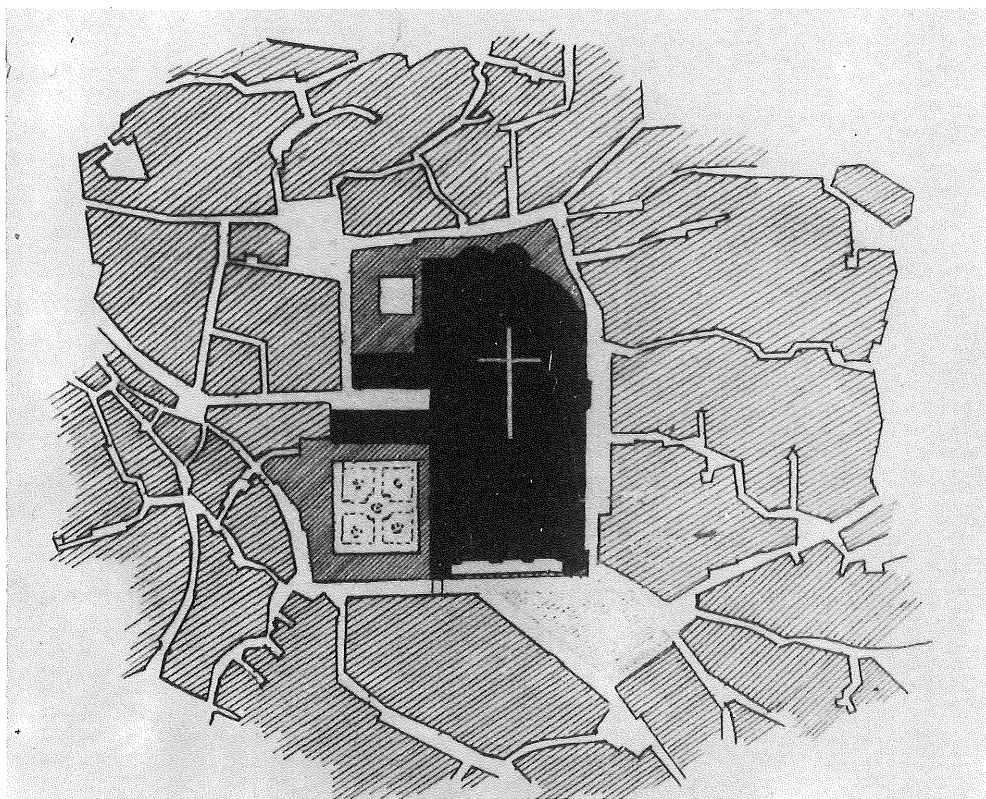


DISPOSICION Y TRAZADO DE CALLES Y MANZANAS

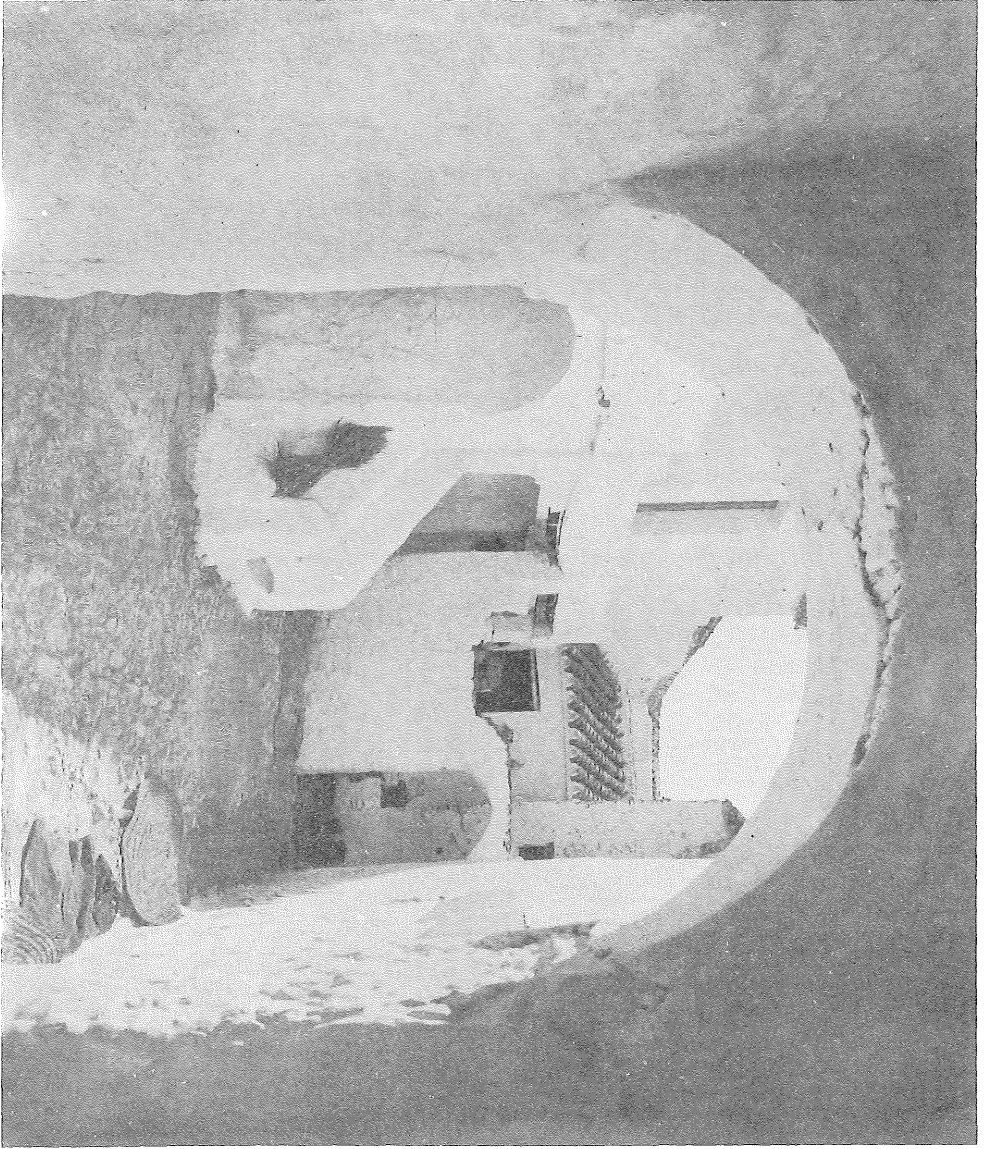
Una de las características que diferenciaban más profundamente a las ciudades musulmanas, lo mismo a las orientales que a las del norte de Africa y de nuestra Península, de las medievales de Occidente, era el trazado de sus calles. Casi todas las de las últimas estaban, como las de las ciudades modernas, abiertas por sus dos extremos; eran vías de tránsito, por las que se circulaba sin solución de continuidad; servían, a la vez, para el tránsito general urbano y el acceso a las viviendas que las bordeaban.

Las ciudades islámicas poseían también unas cuantas vías transversales o radiales que, cruzando el recinto murado de la **madīna**, comunicaban sus entradas más frecuentadas para prolongarse a través de los barrios extramuros inmediatos y convertirse finalmente en caminos. De estas calles, de intensa y libre circulación en las que acostumbraban estar la mezquita mayor, la alcaicería y los zocos más importantes, arrancaban otras más angostas y de ancho variable, quebradas y tortuosas, de las que partían a su vez un gran número de callejones ciegos sin salida que se ramificaban laberínticamente, como las venas en el cuerpo humano, y se consideraban vías privadas propiedad de los vecinos que en ellas tenían el ingreso de su vivienda. Este mismo trazado callejero, simplificado y reducido a menores proporciones, se repetía en cada uno de los barrios y arrabales algo extensos. El plano de Sevilla de 1771, debido a la iniciativa del asistente don Pablo de Olavide; el de Málaga, veinte años posterior; el de Dalmáu de Granada, fechado en 1796 y el de Córdoba de 1811, levantado durante la ocupación francesa (1), muestran claramente esa disposición, de la que aún quedan restos en los barrios menos renovados de esas ciu-

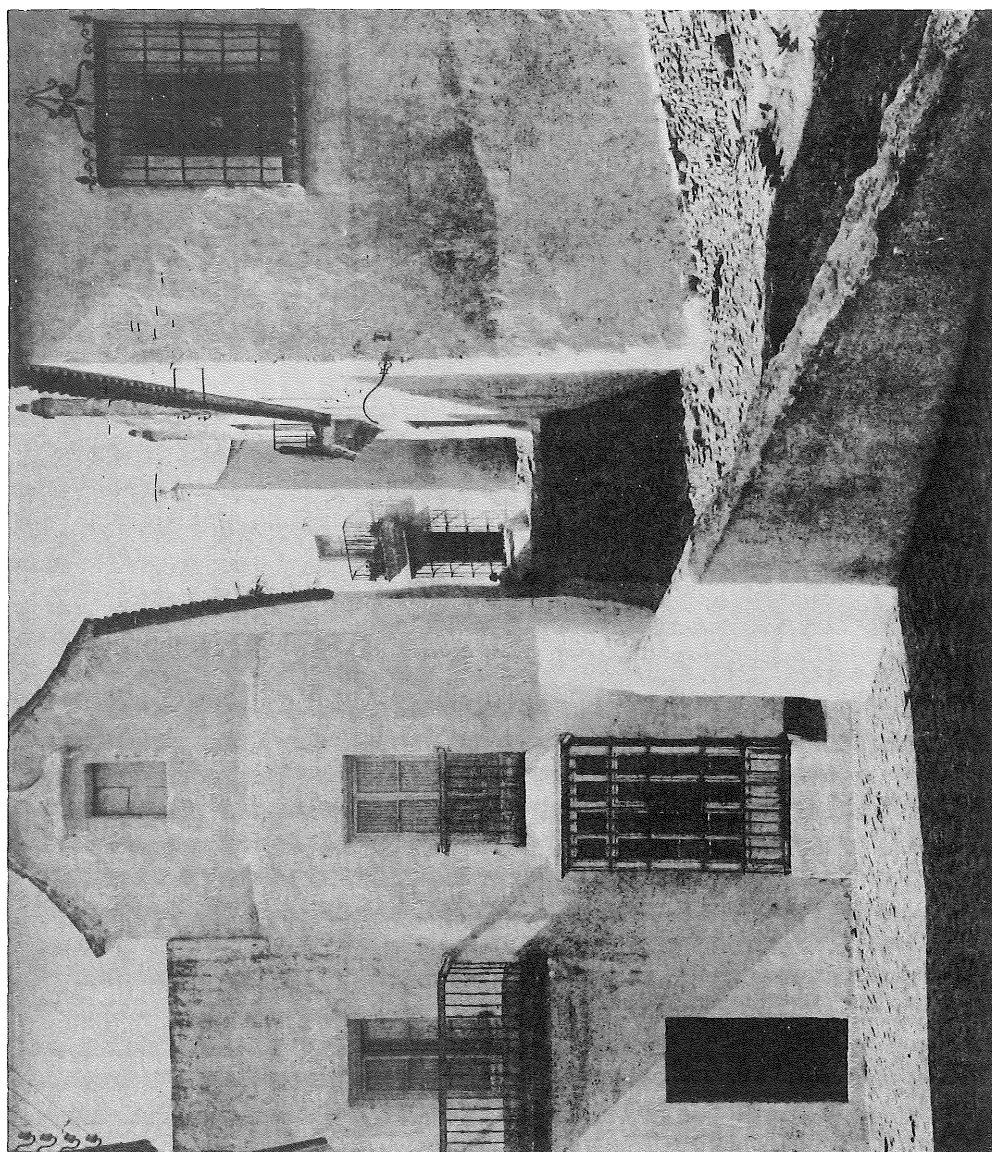
(1) «Plano topographico de la M. N. y M. L. ciudad de Sevilla. Se levantó y abrió por disposición del señor don Pablo de Olavide, asistente de esta ciudad... Año de 1771. Lo levantó y delineó don Fco. Manl. Coelho, y gravó don Jph. Amat» (Se hizo nueva edición en 1903, a expensa del Duque de T'Serclaes) —Plano de Málaga, levantado en 1791 por el vigía del puerto don José Carrión de Mula; publicó una reducción don Manuel Rodríguez de Berlanga, en su obra **Monumentos históricos del municipio Flavio-Malacitano** (Málaga, 1864) —. «Mapa topográfico de la ciudad de Granada. Por don Francisco



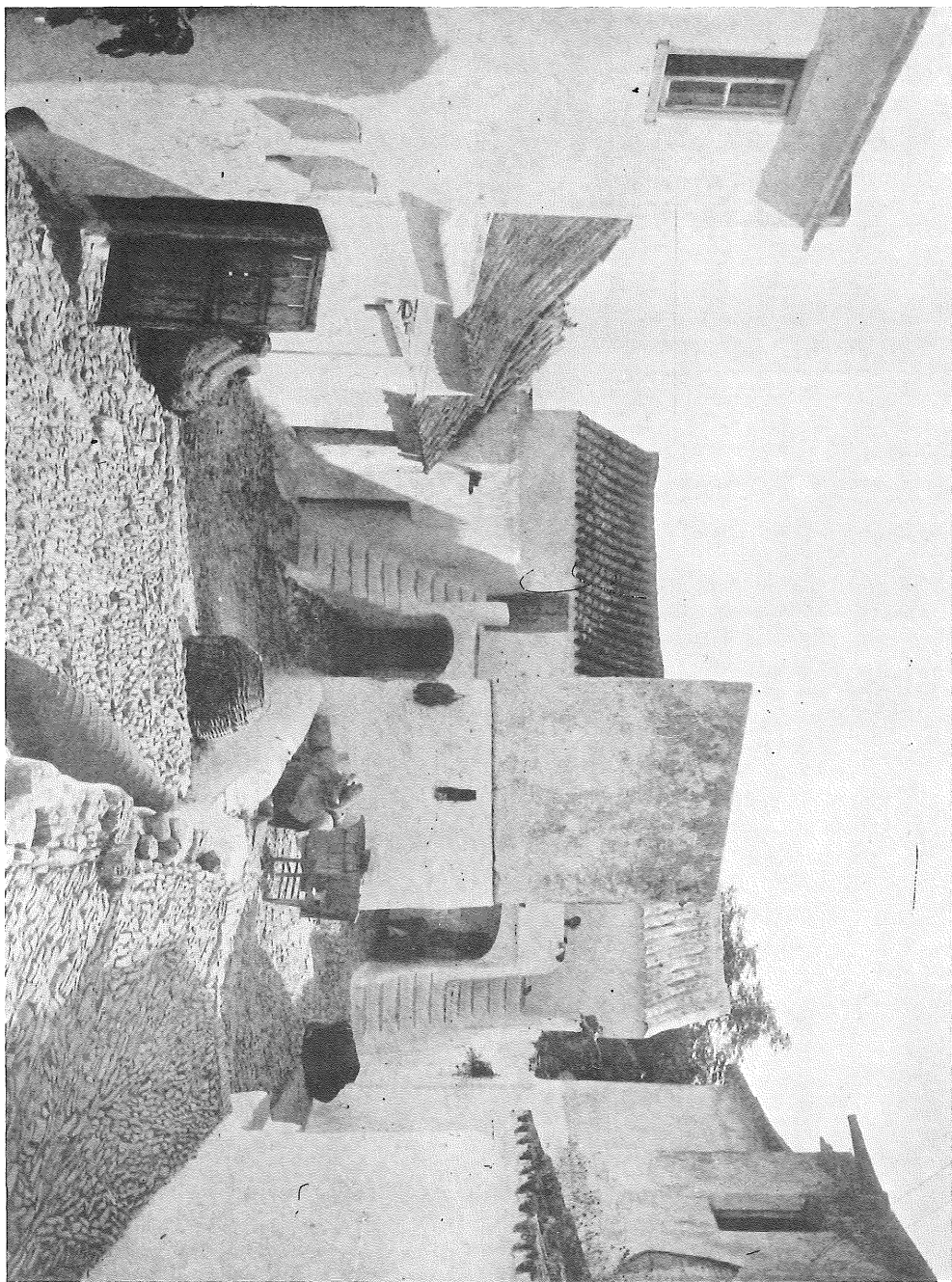
Plano actual de los alrededores de la catedral. Toledo.



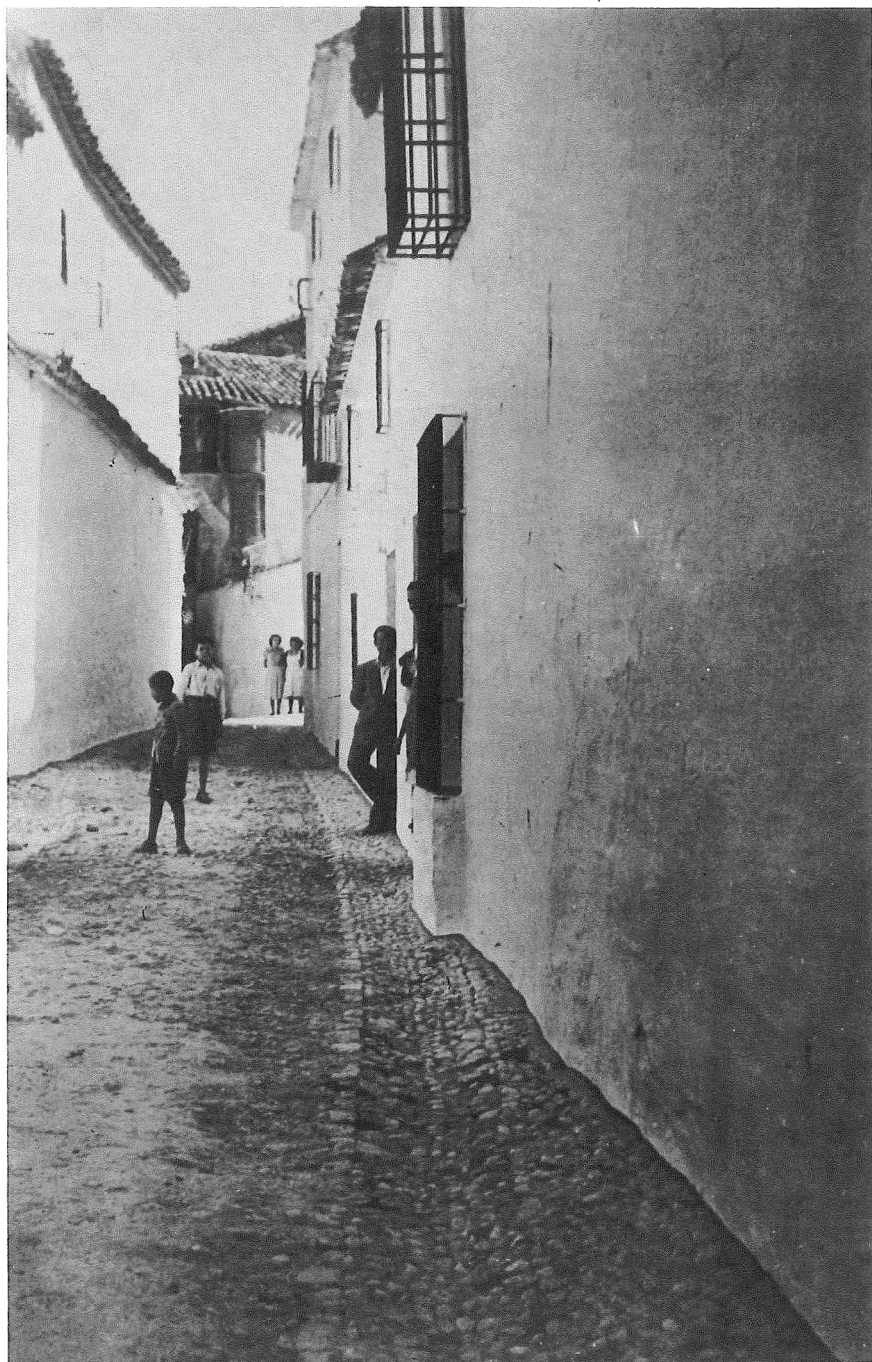
Rincón urbano en Vejer de la Frontera (Cádiz). (Foto Mas.)



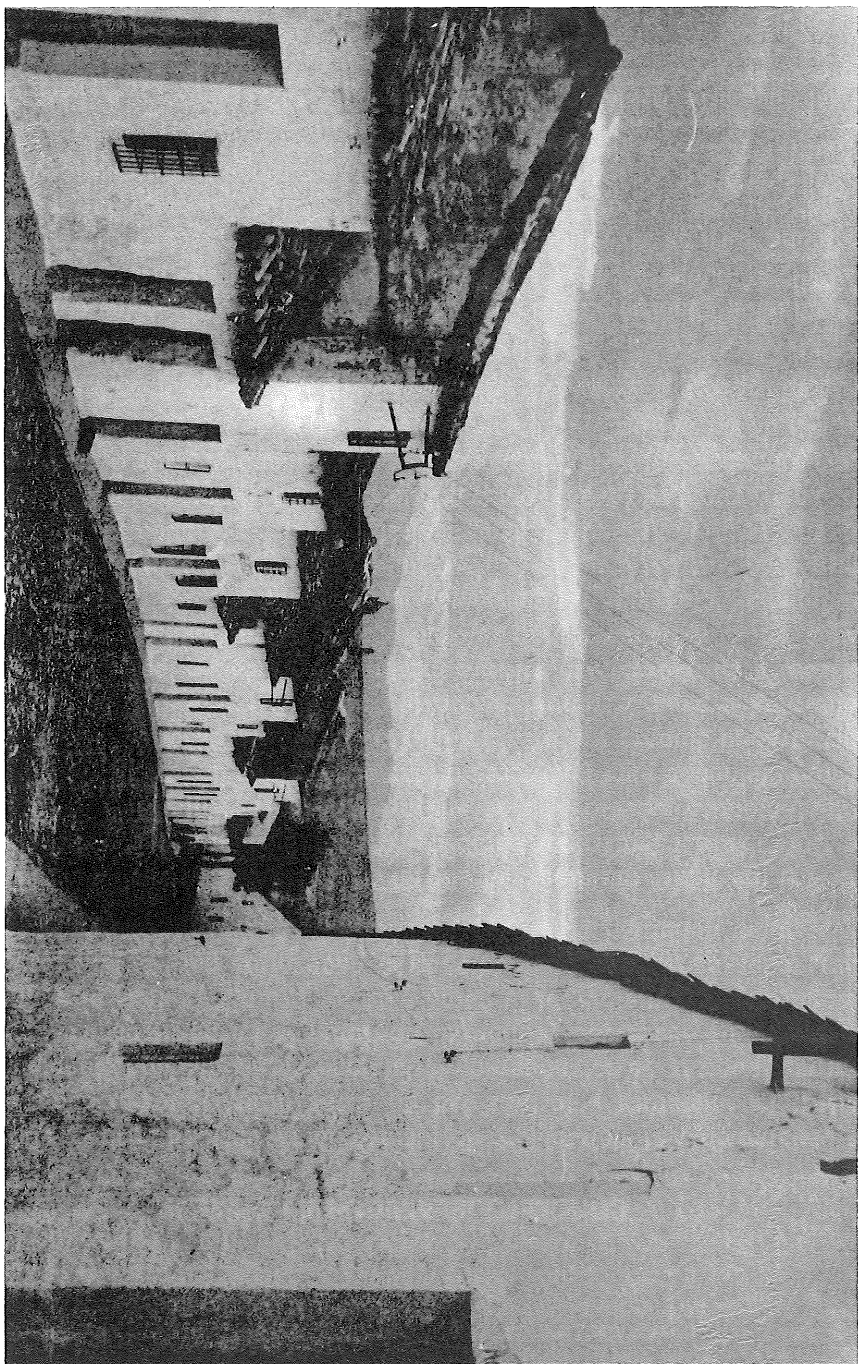
Calles en Vejer de la Frontera (Cádiz). (Foto Mas.)



Rincón urbano en Vejer de la Frontera (Cádiz). (Foto Mas.)



Calle en Baena (Córdoba).



Calle. Bailén (Jaén).

dades, como son el sudeste e inmediato al Alcázar de Sevilla (calles de Placentines y Argota de Molina, entre otras, de las que arrancan callejones ciegos), el que en Granada se extiende por la ladera del Darro, frontera a la de la Alhambra entre el río y la Alcazaba vieja, y el que rodea la mezquita cordobesa. El acentuado relieve de su solar y los profundos sótanos y cimientos de muchos de sus edificios obligaron a las calles toledanas a seguir el mismo trazado durante siglos, conforme al principio de su continuidad a través de ellos, razón por la que también se conservan en esa ciudad crecido número de callejones sin salida.

Un forastero extraviado en el siglo XV en una ciudad española de abolengo occidental, Barcelona, Burgos, Valladolid o Salamanca, por ejemplo, hubiera podido, como en las modernas, continuar indefinidamente calle tras calle dando vueltas por ella. El que no conoce bien Toledo, y gusta de recorrer al azar sus pintorescas callejuelas, es frecuente que tenga que desandar el camino al llegar al final de alguna sin salida, desierta y silenciosa, entre cuyos guijarros crece la hierba.

No heredaron esta disposición las ciudades islámicas de las romanas (2); veáanse, por ejemplo, los planos de las itálicas de Pompeya y Ostia, de las africanas de Timgad y Numidia (Djemila), de las hispánicas de Azaila, Numancia, Ampurias e Itálica. Todas ellas tienen trazados relativamente regulares, con calles de anchura constante que se comunican con otras por sus dos cabos. El tan distinto trazado de las calles hispanomusulmanas llegó a Occidente desde el otro extremo del Mediterráneo, tal vez desde Siria, donde los árabes habitaron por primera vez centros urbanos de alguna importancia. Y a Siria pudo transmitirse desde las pequeñas ciudades del Yemen, en el sur de Arabia, de las que salieron gran número de artesanos y comerciantes para establecerse en el 'Irāq y en Andalucía.

Un autor musulmán, al-Himyarī, señala con extrañeza la para él insólita disposición del trazado en cruz de las calles de Zaragoza, con cuatro puertas en los extremos de las dos normales axiales.

Cúmplese en este caso la ya aludida ley de la permanencia de la traza de las calles a través de las muchas reconstrucciones de las casas que las bordean, pues ese trazado es aún el de Zaragoza.

Dalmau... año de 1796». «**Plan topographico de la Ciudad de Córdoba**, levantado según Procedimientos de Geometría subterránea por el Ingeniero de Minas Barón de Karvinskj y el Ingeniero de Puentes y Calzadas. Don Joaquín Rillo a Expensas de la Municipalidad. Año de 1811». Se publicó en el **Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba**, a. IX, 1930, p. 117, y en la tirada aparte del trabajo al que acompaña en esa revista, **Córdoba durante la guerra de la Independencia**, por Miguel Angel Ortí Belmonte.

(2) Véase *supra* «De las ciudades romanas a las hispanomusulmanas».

A esa disposición de las calles, común a todas las ciudades musulmanas, lo mismo a las orientales que a las occidentales, pues la islamización supone un molde uniforme urbano, consecuencia del sistema de vida, acompañaba la irregularidad de las manzanas.

Calles angostas, quebradas y tortuosas, bordeadas por casas cuyas fachadas no eran con frecuencia paralelas, limitaban en las ciudades musulmanas de al-Andalus extensas manzanas muy irregulares en las que penetraban profundamente callejones sin salida (**durūb**; en singular, **darb**).

En las urbes occidentales lo primero que existe es el sendero o camino, transformado en calle a medida que se van elevando edificios en sus orillas. En las ciudades islámicas son las casas las que al irse yuxtaponiendo determinan las calles, tanto de las que sirven de acceso a las viviendas, como de las de tránsito, y así se explica su traza. La carencia en ellas de organización municipal y de disposiciones sobre edificación, favorecía el desarrollo de las ciudades en esa forma (3).

La evolución de la ciudad en la sociedad islámica, era, pues, fruto de la iniciativa privada, con el sólo límite de no causar perjuicio a ningún otro vecino.

Tan sólo la voluntad de algún personaje poderoso lograba alterar con modificaciones de importancia las disposiciones urbanas. Tal ocurrió, por ejemplo, en Sevilla, cuando el soberano almohade Abū Ya'qūb Yūsuf mandó derribar en 1171-1172 varias casas que había en la alcazaba para construir en su solar una nueva mezquita mayor, por resultar la vieja insuficiente.

(3) Véase *supra* «Ausencia de disposiciones y reglamentos urbanos».

PLAZAS, ZOCOS Y TIENDAS DE LAS CIUDADES HISPANOMUSULMANAS

Plazas.

La plaza llamábase en árabe hispánico **raḥba** —plural **riḥāb** y **raḥbāb**—. Si en ella había tiendas permanentes o albergaba comercios provisionales, entonces recibía algunas veces el nombre de **sūq** —plural **aswāq**—. Esta palabra no siempre llevaba implícita la idea de plaza; el zoco, que es la castellana derivada, lo mismo podía estar en una plaza, que en una calle, en un espacio libre fuera de murallas, etc. Zoco equivale, pues, a mercado, permanente o periódico. Tales nombres no aparecen siempre bien diferenciados, y es frecuente la cita de **raḥbāb** con tiendas, y de calles que también las tenían, y sin embargo, no se las nombra **aswāq**. El pequeño mercado estaba instalado generalmente en una plazoleta, y, por extensión, ésta conocíase por **suwayqa** (1).

En el interior del recinto murado de las ciudades hispanomusulmanas no existían grandes espacios libres. En la red de calles y callejuelas tortuosas y desiguales que las cortaban, el frecuente y caprichoso ensanchamiento o el cambio de dirección de una calle formaban como pequeñas plazoletas y rinconadas de reducida superficie. Junto a la mezquita mayor y al lado de las secundarias, como se verá en las páginas siguientes, solía haber una plaza algo más amplia, ocupada en parte por comercios. Los patios de las mezquitas suplían, salvo en las horas destinadas a las oraciones rituales, el escaso tamaño de las plazas. Las gentes se repartían, además, por las calles y zocos próximos, y por la alcaicería, cercana también a la gran mezquita. En algunas ciudades había otras plazas reducidas, a veces con tiendas, y fuera del recinto murado, junto a las puertas, era frecuente la existencia de zocos en los que se vendían productos procedentes de los contornos.

Del escaso número y reducida extensión de las plazas existen algunos testimonios directos, y los muy expresivos, reveladores de una radical di-

(1) «Plaça, lugar donde venden: **çoq**, **açuaq**; plaça, lugar donde no ay cosas: **raḥba**, **riḥāb**; corso do, corren el toro: **rāḥba**, **riḥāb**; mercado, lugar: **çoq**, **açuaq**». Petri Hispani, *De lingua arabica*, libri duo, Pauli de Lagarde.



ferencia de concepto urbano entre las ciudades hispanomusulmanas y las cristianas, de cómo las reconquistadas hubieron de ensanchar sus antiguas plazas y crear otras nuevas, derribando para ello no pocos edificios, singularmente a fines de la Edad Media y en el siglo XVI. No fue sólo el intruso rey José tres siglos más tarde, durante la guerra de Independencia, el que sintió el ahogo de un caserío excesivamente apretado y la necesidad de aclararlo mediante demoliciones.

De la Sevilla de hacia 1100 dice Ibn'Abdūn que en su interior faltaban espacios anchos, por los que las tejas y ladrillos se fabricaban fuera de sus puertas, en el foso protector del recinto (2). Al-Idrīsī describe en la primera mitad del siglo XII la ciudad, hoy desaparecida, de Saltés —Saltiṣ— cerca de Huelva, emplazada en una pequeña isla, sin lugar, por tanto, para ensancharse, formada por construcciones unidas unas a otras, es decir, sin espacio apenas entre ellas (3). Cosa análoga ocurría en la poblada Málaga del siglo XIV, según testimonio de Ibn al-Jaṭīb: «Todo el interior murado de Málaga está apretado y aglomerado. La ciudad entera está trabada y a la vez simétricamente distribuida, como una tela de araña... Las calles están ahogadas de gente, y en los zocos se apretujan los comercios» (4). Un siglo aproximadamente después, el notario mallorquín Pedro Lilitrá, que entró en Málaga al ser conquistada por los Reyes Católicos (1487), acostumbrado a las ciudades levantinas, de amplias plazas, repite la misma observación: «No hay plazas (en Málaga)» (5). Lucio Marineo Sículo confirma para Granada la impresión de amontonamientos de edificios y falta de lo que hoy llamamos espacios libres, que a los extraños producían estas ciudades: «Mas los barrios y calles (de Granada), que son muchas, por la gran espesura de los edificios, por la mayor parte son angostas, y también las plaças y mercados donde se venden los mantenimientos, las quales después que Granada se tomó, se an hecho por los christianos más anchas y ilustres» (6).

(2) Francesco Gabrielli, *Il Trattato censorio di Ibn 'Abdūn sul bon governo di Siviglia*, p. 910.

(3) *Description de l'Afrique et de l'Espagne par Idrisi*, por R. Dozy y M. J. de Goeje, p. 179 del texto árabe y 216 de la traducción francesa.

(4) García Gómez, *El «parangón» entre Málaga y Salé de Ibn al-Jaṭīb*, p. 191.

(5) «De plassas no n'hi ha alguna». El documento se encuentra en un libro de cartas del Arch. Hist. de Mallorca (**España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia: Granada, Jaén, Málaga y Almería**, por don Francisco Pi y Margall, p. 430. Sin embargo, hay noticias de la existencia de una plaza malagueña en el centro de la ciudad, llamada de las Cuatro Calles poco después de la Reconquista, y que, como se verá en una nota siguiente, hubo necesidad de ensanchar.

(6) L. Marineo Sículo, *De las cosas memorables de España*. Ediciones latina y castellana se publicaron en Alcalá de Henares en 1530. La última fue reeditada modernamente por don Antonio María Fabié, *Viajes por España*, de Jorge de Einghen, p. 559.

Al ir pasando al dominio cristiano, impúsose la necesidad de ensanchar calles y plazas (7).

Certeramente escribía de Jaén el deán Martínez Mazas a fines del siglo XVIII: «El gusto de los moros no era el de dejar lugares o sitios vacíos en sus poblaciones, y por eso juntaban muchos más vecinos en corto distrito» (8).

(7) He aquí algunos datos referentes a esos ensanches: en 1391 y 1392 se derribaron casas en Valencia para abrir la Plaza del Portal Nuevo (**La urbe valenciana en el siglo XIV**, por José Rodrigo Pertegás, **Memorias**, I, p. 285). El condestable don Miguel Lucas de Iranzo, en una ciudad de no mucha importancia como Jaén que sin duda conservaba aún en gran parte su caserío musulmán fue, de 1460 a 1473, «comprando acrecentando anchuras y exidos y plaças» (**Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo**, edición y estudio por Juan de Mata Carriazo, pp. 117-120 y 225). La plaza situada en el centro de Málaga se llamaba poco después de la conquista de la ciudad, de las Cuatro Calles, sin duda por concurrir a ella otras tantas. En su lado norte había unos baños; hacia el ángulo de poniente, al comienzo de la calle que arrancaba de este punto, una pequeña mezquita con su alminar. En Cabildo de 30 de julio de 1492 se convino en que la plaza era pequeña para una población que crecía rápidamente, por lo que se acordó ensancharla y a fines de 1493, estaba el proyecto realizado. Otras reformas de la misma tuvieron lugar en 1517, a partir de 1533, etc. (**Las calles de Málaga**, por don Francisco Bejarano Robles, pp. 98, 99, 101 y 102). Respecto a Granada abundan los testimonios. En 1506 hubo de dar licencia el Rey para agrandar la pequeña plaza de al-Hattābīn donde hoy la Nueva, en documento en el que se dice «dicha cibdad tiene mucha necesidad de hacer una plaza pública» (Cristóbal Espejo, **Documentos para la Hist. del Reino Granadino, Licencia para fazer una plaza en el Atabín de Granada**, pp. 38-39). El documento, en el Registro del sello del Arch. General de Simancas. Nueve años después se realizó ese ensanche, cubriendo el río (Gómez Moreno, **Guía de Granada**, p. 200). Respecto de la más vasta y famosa plaza de Granada, la de la Bibarrambra, no es seguro que provenga de época musulmana. Según L. Maríneo Sículo, esa plaza, grande y llana, se había edificado hacía poco por los cristianos (Fabié, **Viajes por España**, pp. 560-561). En 1495 se la citaba como la plaza nueva de Bibarrambra; consta que por entonces era pequeña. En 1513 el rey Fernando, en nombre de su hija, expidió cédula ordenando comprar casas para ensancharla, lo que se realizó de 1516 a 1519 (Gómez Moreno, **Guía de Granada**, p. 243). No hay para qué citar aquí las muchas ampliaciones y reformas posteriores. En las «Ordenanzas de edificios, de casas, y albañiles, y labores», de Granada, hay una de 1526, de Carlos V, que dice: «Viendo la grande necesidad que tenía que se ensanchassen las calles y plaças de ella por estar muy estrechas... y estando Nos en esta Ciudad, por aver mucha gente en nuestra Corte y ser grande la estrechura de calles y plaças de ella» (**Ordenanzas de Granada** (Granada, 1552), tit. 85, 1). En un manuscrito de censos y propios, de Granada, leg. 4.º, que se conserva en el Archivo del Ayuntamiento de esa ciudad, figuran las siguientes partidas: «Plaza delante de la capilla real y casas del cabildo, en la cual hubo dos tiendas, derribadas y hechas plaza; otra calle que se llama en arábigo **garbie xima** (occidente de la aljama) frontera de la iglesia mayor en la plaça del colegio; en ella había cuatro tiendas entre la iglesia y el colegio, derribadas y hechas plaza;... dos (tiendas) en la plaza donde agora están los pregoneros, delante de la carnicería que salen a la plaza de Bibarrambra, derribadas y hechas plaza». Aún en fecha avanzada del siglo XVI, en 1579, de Sevilla, el gran emporio del comercio con las Indias, decía Francisco de Sigüenza, tener necesidad de una buena plaza, que es lo que le falta, a mi parecer» (**Traslación de la Imagen de Ntra. Sra. de los Reyes**, por Francisco de Sigüenza, 1579, editado en Sevilla en 1919, según cita de Santiago Montoto, **Sevilla en el Imperio**, pp. 33-34).

(8) **Retrato al natural de la ciudad y término de Jaén**, por un individuo de la Sociedad patriótica de dicha ciudad, pp. 41-42.

Junto a las mezquitas era obligada la existencia de una plaza. Consta la hubo en Córdoba, por un documento posterior a su conquista por Fernando III, pero de fecha tan próxima, que seguramente aún no se habían realizado reformas urbanas de importancia en la grande y decaída ciudad. Es un privilegio de ese monarca, fechado en Burgos el 12 de julio de 1241, en el que dice: **Dono etiam vobis illas domos in Corduba, qui dicuntur de almzr, cum platea qui est iusta portam ecclesie sancte marie, ubi verudunt piscamen** (9). Allí mismo, entre la mezquita y el alcazár, hoy palacio episcopal, cuyas líneas de fachada se conservan, había una calle de excepcional ancho para entonces (10).

Adyacente a la mezquita mayor existió en Sevilla una plaza, mencionada en documentos inmediatos a su conquista: «unas casas en seuilla que son en la plaça de Santa María» (a. 1251); «la cual que ua de la plaça de Sancta María» (a. 1264) (11).

La **Primera Crónica General**, al relatar el asedio de Valencia por el Cid en los últimos años del siglo XI, dice cómo la mezquita y la alcazaba estaban en una plaza, en la que, así como en las restantes de la población, hubo de enterrarse a los valencianos que morían durante el sitio, al no poder salir a los cementerios extramuros: «Et estaua ya todo el pueblo en las andas de la muerte; et ueyen el emme andar, desi caerse muerto assi que se finchio la plaça del alcaçar de fuessas en derredor de la mezquita —mayor— et las plaças de la villa et derredor del muro, et non auio y fuessa que non yoguessen y más de diez» (12).

Documentos cristianos del mismo año de 1492 de la conquista de Granada, mencionan «una macería que está en la plaça de almagyd (mezquita) grande de la dicha çibdad, que halinda de la una parte con el Bastý y por la otra con el almahdara (almadraza) en que loyen los mochachos, y de la otra

(9) En el Libro de las Tablas, f.º 5, del Arch. Capit. de la Cat. de Córdoba (**La Sinagoga de Córdoba**, por Fidel Fita, apud. **Bol. de la Real Acad. de la Historia**, V, p. 363).

(10) No sería muy amplia la plazuela que había delante de la puerta de la mezquita mayor de Toledo, convertida en catedral, en la que había varios mesones, que se cita en un documento, de 1186 (González Palencia, **Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII**, vol. I, doc. núm. 183, pp. 137-138).

(11) Antonio Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, docs. núms. 3, 5, 6 y 137, pp. V, VI y CXLIV.

(12) **Primera Crónica General**, I, Texto, edic. Ramón Menéndez Pidal, cap. 915, p. 585. Esta plaza se cita en un documento de 1242, de cambios de unas casas por unas posesiones que consistían en **totam illam intratam porte Ferrice in platea ante ecclesiam Beate Marie** (la mezquita mayor consagrada al culto cristiano cuatro años antes), **que dicta intrata affrontat ex una parte in turre vestra** (del Obispo) **petrea** (probablemente el alminar) **et in vestris domibus, de secunda et tertia in domibus nostris, de quarta vero in platea Sante Marie** (**Antigüedades de Valencia**, Fr. Josef Teixidor, I, pp. 199-200).

parte la casa del lavatorio —llamada daralguado (**dār al-wadū'**) en otra escritura—. Dicha macería fue comprada en 1500 para ensanchar la entrada de las casas del Ayuntamiento, establecidas en la aludida madraza. La plaza, que se nombraba **Rahbat al-Mas'yid al-A'zam**, estaba, pues, entre la madraza o Ayuntamiento viejo y la mezquita, a Oriente de ésta; parte de ella fue luego ocupada por la Capilla Real (13). Cítasela en un texto árabe, anónimo, terminado de escribir en 1538, que da la noticia del desbordamiento del río Darro, a consecuencia de las grandes lluvias de la primavera de 1478; el agua «llegó hasta la plaza —**rahba**— de la mezquita mayor» (14). No es fácil determinar el emplazamiento de algunas de las plazas de menor importancia que se mencionan a continuación.

En Córdoba alude Ibn Baškuwāl a la **rahba 'Azīza**, en la que se enterró en 415/1024, junto a la casa de Ibn Šuhayd, al sabio cordobés Ibn Bunnūš, cuyos restos mortales no se atrevieron a llevar al cementerio por el terror que causaban las bandas de beréberes que recorrían las inmediaciones de la ciudad. El mismo autor se refiere a la **rahba** de Ibn Dirhamayn (el hijo de los dos dirhemes), en la que estaba la mezquita, nueva entonces, de Yūsuf b. Basīl, lugar del sepelio en 507/1114 de Abū-l-Walīd Mālik b. 'Abd Allāh al-Sahlā, y de la que era **imām** al-Buškalārī, fallecido en 460/1068 (15). En la novela aljamiada **El baño de Zariieb**, escrita en Córdoba, según se declara en el texto, alúdese a la plaza de Qurayš, en la que la hermosa doncella Zaynab, recluida siempre en su palacio, se perdió al ir a satisfacer el ardiente deseo de visitar el baño de Zariieb (16).

(13) Gómez Moreno y Martínez, **Monumentos arquitectónicos de España: Granada**, p. 51, n. (1). La traducción de escritura, fechada en el mes de octubre de 1492, se conservaba en el Ayuntamiento de Granada. Gaspar Remiro publicó el original árabe, con la data de 898/1491, y la traducción (**Escrituras árabes de Granada**, p. 15). El hombre de la plaza en **El baño de Šawtār en Granada**, por Luis Seco de Lucena, p. 212.

(14) Marc. Jos. Müller, **Die Letzten Zeiten von Granada**, p. 5 del texto árabe y 111 de la versión alemana. Tradújose al castellano este fragmento del relato anónimo en la **Relación de algunos sucesos de los tiempos del reino de Granada**. Bibliófilos Españoles (Madrid, 1868), p. 147. El documento completo fue editado, en su original árabe y con traducción castellana, por don Carlos Quirós y don Alfredo Bustanī, en su obra **Fragmento de la época sobre noticias de los Reyes Nazaritas o Capitulación de Granada y Emigración de los Andaluces a Marruecos**, p. 5 del texto árabe y 6 de la versión castellana.

(15) **Biblioteca Arabico-Hispana**, I, II, Abenpascualis Assila... edit. Francisco Codera (Madrid, 1882), pp. 257, 275 y 562, según cita de Lévi-Provençal, **L'Espagne musulmane au Xe siècle**, pp. 208-209, n. (2). La fecha que da Ibn Baškuwāl para la muerte de al-Buškalārī —16 de ramadān de 461— debe de estar equivocada. Será el 16 ramadān 460/19 de julio de 1068 (rectificación de Ocaña Jiménez).

(16) Asín Palacios, **El original árabe de la novela aljamiada «El baño de Zariieb»**, p. 386. El nombre de Qurayš provendrá del de la tribu así llamada, con el que se conocía también un cementerio cordobés. Julián Ribera y Tarragó, **La plaza del alcalde**, en **Disertaciones y opúsculos**, II (Madrid, 1928), pp. 322, 323 y 325; Bofarull, **Repartimientos de Mallorca, Valencia y Cerdeña**, pp. 156, 176, 180, 294, 307, 556 y 627. En la **Takmila** de Ibn al-Abbār, edición Codera, biografía 118.^a, se cita la **rahbat al-Qādī de Valencia**.

De la Valencia musulmana conocemos, además de la ya citada, el nombre de algunas otras plazas. Es sabida la situación de la **raḥbat al-Qāḍī**, o plaza del Alcalde, aproximadamente en el centro de la ciudad, mencionada a fines del siglo XI, cuando la conquista por el Cid, y que seguía llamándose de la misma manera en la época de la definitiva por Jaime I (1238), pues el **Repartimiento** la menciona repetidamente: **Rabat alcadí**, **Rabat alcadus**, **Rahabatcadi** y **Rahalalcadi**. En ella había una mezquita conocida, así como el barrio en torno, por idéntico nombre, consagrada luego en la iglesia de Santa Catalina; templo que, renovado, aún subsiste (17). En el **Repartimiento** de Valencia figuran otras plazas de la ciudad llamadas **plateam** y **placiam**: **anteportam** de Axarea, Ficulnee, Vallis de Paradiso (lindante esta última con el muro de la ciudad, al parecer dentro de la cerca) (18).

El **Repartimiento** de Mallorca llama unas veces, como el de Valencia, **platea** o **platee** a la plaza, y otras, eruditamente, **foro**. Probablemente estas últimas serían los zocos y lugares especialmente consagrados al comercio. Entre las primeras figuran: **platea de furno Dabinfilel**, **platea de Mesquita de Zaqrí** y **platea assignate de fossarius** (19).

Cerca de la mezquita mayor de Granada hubo otra plaza, además de la mencionada, que se llamaba **raḥbat Abū-l-Aassi**, porque un individuo de este nombre edificó en ella una mezquita y un baño, según Ibn al-Jaṭīb, citado por Riaño (20). Antes se aludió a la pequeña plaza granadina de al-Ḥaṭṭābīn, es decir, de los leñadores, que en 1506 tenía casas y tiendas alrededor, derribadas estas últimas algo más tarde para ensancharla; ocupaba una parte de la actual Plaza Nueva (21). Respecto a la más vasta de Granada, la de Bibarrambla, ya se dijo no constar su existencia en época islámica; si la hubo entonces, sería muy reducida. En el Albaicín, la hoy llamada Plaza Larga se conocía por Almajur y era la principal del barrio. Famosa por haber sido teatro de reñidísima lucha en 1486 entre los partidarios del Zagal y los de su sobrino Boabdil, dueño del Albaicín, y más tarde de algunos de los episodios de la sublevación de los moriscos era la plaza de **Bāb al-bunūd** (Puerta de los estandartes), inmediata a esta puerta y a la mezquita mayor de aquel barrio (22).

(17) Bofarull, **Repartimientos de Mallorca, Valencia y Cerdeña**, pp. 225, 284, 306, 311, 313, 315, 383, 483.

(18) Casi todos los **operatorium**, es decir, los obradores o talleres de Mallorca que cita el **Repartimiento**, estaban efectivamente, **in foro prope portam de Bebelet, in foro de porta de villa, y ad portam de Marbeleth** (Bofarull, **Repartimientos**, pp. 121-125). Según Valdeavellano uno de los significados de la palabra **foro** en la Edad Media española es el de mercado (Luis G. de Valdeavellano, **El mercado**, p. 217, núm. 34).

(19) Bofarull, **Repartimientos de Mallorca, Valencia y Cerdeña**, pp. 128-129.

(20) Gómez Moreno, **Guía de Granada**, p. 322.

(21) *Ibidem*, p. 315; Mármol, **Historia del rebelión**, pág. 222; Espejo, **Licencia para fazar una plaza en el Atabín de Granada**, pp. 38-39.

(22) Mármol, **Historia de la Rebelión...**, I, pp. 116, 117, 119, 150, 222 y 240.

De tamaño excepcional para ciudades aun de mayor importancia que Alhama de Granada era su plaza, que mosén Diego de Valera califica, al relatar el asalto en 1482 por el marqués de Cádiz, de muy grande: cabrían en ella más de dos mil hombres, en contraste con las calles adyacentes, estrechísimas, por las que no podían andar más de dos juntos (23).

En Játiva menciona el **Repartimiento** de Valencia tres plazas: una en la que en tiempo de los sarracenos se vendía el ganado; otra en la que se vendían cántaros; en la tercera había un baño. Y una en Rayosa, **platea maiori**; ignoramos si este adjetivo era traducción de uno árabe de igual significado (24). En Vélez-Málaga, cuando se conquista, existía otro baño en una plaza (25).

Zocos.

La palabra **sūq**, como se dijo, no designaba un elemento urbano determinado; su significación era tan sólo la del lugar en el que había comercios o tiendas, permanentes o eventuales (26). El zoco podía estar en una o varias calles, en una plaza, en las afueras de la ciudad, junto a una puerta, etc.

Escasas son las referencias que poseemos acerca de los zocos cordobeses. Escritores cordobeses ponderan su capacidad y dicen estaba provisto de zoco, lo mismo que de mezquita y baño (27). Al-Idrīsī afirma que integraban a Córdoba cinco ciudades contiguas, cada una de las cuales poseía suficiente número de zocos. El mismo geógrafo menciona varios al describir las ciudades del al-Andalus. Numerosos dice ser los de Sevilla; diferentes oficios ejercíanse en los de Huelva; los de Silves y Trujillo estaban bien abastecidos; los de Elvás extendíanse por sus alegres alrededores; per-

(23) Mosén Diego de Valera, **Crónica de los Reyes Católicos**, pp. 137-138.

(24) Bofarull, **Repartimientos de los Reinos de Mallorca, Valencia y Cerdeña**, pp. 311, 438 (a. 1249), 439 y 444; «domos in Xativa cum stabulo eisdem contiguo et plateam in qua vendebatur ganatum tempore sarracenorum»; «placiam sibe carrariam que est in Xativa ubi modo est macellum et corralum in quo vendebantur cantari tempore sarracenorum contiguum dicte carnerie ad excoriendas carnes»; «Plateam balnearum».

(25) **Repartimiento de Málaga y su Obispado, Vélez-Málaga**, por Juan Moreno de Guerra, p. 388. Documentos toledanos de fines del siglo XI, a los últimos años del XIII mencionan varias plazas. Probablemente provendrían de época islámica. Llevaban nombres musulmanes: la del Caxalí, citada en 1093, donde hoy está el Pozo Amargo, cerca de la catedral, las de Abenaziz, en el arrabal de la iglesia de San Antolín; de Abuzeid el de Baeza, cerca de Santa Leocadia, junto al Alcázar; de Attam, en el barrio de la iglesia de San Vicente; la de Abuseleiman ben Sosán, en la Judería (Ángel González Palencia, **Los Mozárabes toledanos en los siglos XII y XIII**, volumen preliminar, pp. 10, 56, 61, 71 y 302).

(26) Véase en la cita de al-Idrīsī de la página siguiente como éste llama **sūq** lo mismo al mercado permanente, formado por una o varias calles de tiendas en una ciudad, que al eventual y periódico celebrado en sus afueras o en pleno campo.

(27) **Al-Maqqarī**, adaptación de Gayangos, I, pp. 201 y 206.

manentes eran los de Santa María (Albarracín) y Alpuente; al de Bocairiente concurrían muchas gentes; por los zocos de Elche cruzaba una acequia; el de Lorca celebrábase en el arrabal del Aljibo; de Almería eran abundantes, y prósperos los de Málaga, limpio dice ser el de Guadix, y muy concurridos los de Iznájar, Alcaudete y Ecija; en los de esta última ciudad el comercio era grande (28).

Entre los de Córdoba se cita el **sūq al-sarrāyīn** —zoco de los silleros—, incendiado en 399/1009 por Hišām al-Rašīd b. Sulaymān b. 'Abd al Raḥmān en su lucha contra Muḥammad II al-Maḥdī, sucesor de Sanchuelo en el trono califal (29).

Poco después en el año 402/1012, continuando las mismas luchas, corrieron idéntica suerte el de los carpinteros y otros zocos cordobeses, y los eslavos saquearon los que no habían devorado las llamas (30). En el zoco del barrio cordobés de Balāt Muḡiṭ se instalaban los cedaceros —**al-garābīl**— junto a una mezquita (31).

De los zocos de Sevilla en la segunda mitad del siglo XII, cuando era la capital almoahde de Al-Andalus, queda más cumplida noticia merced a la **Crónica** de Ibn Sāḥib al-Salā. Hacia 1170 había numerosas tiendas en los inmediatos a la mezquita mayor, llamada de 'Adabbas. Era pequeña para contener a los fieles, que rebosaban del edificio y se veían obligados a hacer sus rezos hasta en las tiendas de esos zocos (32).

Pocos años después, construida una nueva mezquita mayor en vista del tamaño insuficiente de la vieja, Abū Yūsuf Ya'qūb quiso ampliar su patio, para lo que lo hubo de derribar, en 592/1196, un mercadillo —**suwayqa**— que junto a él había. Terminadas las obras de acrecentamiento de aquél, ordenó se edificaran zocos y tiendas en torno a la nueva aljama, de sólida construcción y hermoso estilo, obra extraordinaria y admirable. La edificación fue provista de cuatro grandes puertas que la cerraban por sus

(28) Al-Idrīsī, **Description de l'Afrique et de l'Espagne**, edición Dozy y de Goeje. En la descripción de cada una de esas ciudades, al-Idrīsī unas veces habla de zoco en singular y otras en plural. Parece no diferenciar los mercados o zocos permanentes de los periódicos, ni los lugares donde se celebraban del tráfico comercial.

(29) **Historia de los musulmanes de España y Africa**, por En-Nugairi, texto árabe y traducción española por M. Gaspar Remiro, p. 77 del texto árabe y 71 de la traducción castellana.

(30) Ibn 'Idārī al-Marrākūšī, **Al-Bayān al-Muḡrib, Histoire de l'Espagne musulmane au Xle. siècle**, texto árabe, por E. Lévi-Provençal, I, p. 22.

(31) Sila, *biog.* 1.051, p. 477, según cita de Lévi-Provençal, **L'Espagne musulmane au Xe. siècle**, p. 208, n. (2).

(32) **Sevilla y sus monumentos árabes**, por el P. Melchor M. Antuña, p. 13 del texto árabe y 101-102 de la traducción castellana.

cuatro costados, los dos mayores a oriente y a norte, esta última correspondiente a una puerta de la aljama. Al terminar la construcción de estos zocos con sus tiendas, se trasladaron a ellos los de los perfumistas, comerciantes de telas, **marqatalīn** (33) y sastres. Las gentes pujaban para alquilarlos, por lo que produjeron considerable renta. Al regresar el califa un viernes de orar en la mezquita, mostróse satisfecho de la obra realizada (34).

La mención más antigua de la famosa plaza toledana que aún lleva el nombre de Zocodover, *sūq al-dawābb* —mercado de las caballerías o de las bestias—, es de 1176. En ella abundaban los mesones; se ha supuesto que no tenía entonces la importancia que alcanzó en el siglo XIII (35). En los anteriores a la conquista por Alfonso VI ese mercado de caballerías debía ser de consideración, pues Toledo era capital de la Marca inferior y punto de partida hacia el norte de grandes expediciones militares.

En los documentos toledanos de los siglos XII y XIII escritos en árabe citanse, además, otros varios zocos, la mayor parte de los cuales serían los mismos de la época islámica: zoco de los alfareros, en el barrio de San Ginés; de los sastres en el de San Nicolás; de los carniceros y de los zapateros; de los pescadores; de los estereros; de los drogueros; de los bruñidores, etc. (36).

Existían en la Valencia medieval unos callejones abovedados próximos a la muralla, en la parroquia de San Lorenzo, en cuyo emplazamiento se levantó el colegio del Sagrado Corazón. Se llamaban **Voltes de Santa Ana**. Probablemente eran restos de zocos cubiertos, como los que hay en algunas poblaciones del norte de Africa y de Oriente. La calle de Caballeros,

(33) Según la descripción se trataba de una alcaicería, que sería la así llamada en documentos poco posteriores a la conquista de la ciudad.

(34) En el **Libro de Propios de la cibdad de Granada**, 1506, manuscrito que se conserva, lo mismo que los dos citados a continuación, en el archivo municipal de la ciudad, figuran: «tienda en la alcaycería donde están los mercaderes de las marlotas e almayzares dicen almercatyl»; alcaycería dentro del mercatil (**Libro de censo de propios**, 1528, leg. 1.º); en el alcaycería en el mercatín (**Libro de las posesiones desta cibdad**, 1537, leg. 4.º). El **marqatān**, mercado especial en el que se vendían vestidos, existía en Sevilla hacia 1100. La palabra es de origen romano y aún se usa en Fez (**Un document sur la vie urbaine et les corps des métiers à Seville au début du XIIIe. siècle: Le traité d'Ibn 'Abdūn**, por Lévi-Provençal, p. 191).

(35) González Palencia, **Los mozárabes toledanos**, volumen preliminar, pp. 69-70; vol. I, doc. núm. 248, a. 1193, pp. 191-192; doc. núm. 267, a. 1196, p. 209; vol. II, doc. núm. 410, a. 1214, p. 23; doc. núm. 474, a. 1224, pp. 75-76; doc. núm. 579, a. 1251, pp. 172-175; vol. III, doc. núm. 738, a. 1185; pp. 10-13; doc. núm. 1.025, a. 1212, pp. 402-404; doc. núm. 830, a. 1296, pp. 112-113; doc. núm. 791, a. 1251, pp. 63-63; vol. III, doc. núm. 900, a. 1176, pp. 171-172.

(36) **Ibidem**, volumen preliminar, pp. 58, 61, 70 y 162; I, doc. núm. 29, a. 1141, pp. 20-21; II, doc. núm. 496, a. 1229, p. 97; III, doc. núm. 829, a. 1287, pp. 110-112; doc. núm. 902, a. 1182, pp. 173-174; doc. núm. 904, a. 1100, pp. 175-176; doc. núm. 944, a. 1199, pp. 242-244.

en la misma ciudad, estuvo también abovedada, parcialmente al 'menos (37).

Extramuros, «en la plaza delante de la puerta de Granada, que es en el arraval de la dicha ciudad», celebrábase en Málaga los jueves de cada semana un mercado franco, tradicional, concedido por Real Cédula de la Reina Católica en 1489 (38).

Ya se dijo cómo la palabra **suwayqa**, diminutivo de **sūq**, que muchos arabistas traducen por plaza o plazuela, significa plazuela de mercado o, como interpretó don Miguel Asín al referirse al topónimo valenciano Sueca, mercadillo (39). Esa acepción dedúcese, como se verá más adelante, de las palabras derivadas de **suwayqa** que pasaron al castellano y designan siempre un lugar de mercado, plazoleta en muchas ocasiones, pero no siempre.

En Córdoba hay noticia de la **suwayqat al-qūmis** —mercadillo del Conde— (40), no localizada. En el año 592/1196 ordenó el califa Abū Yūsuf Ya' qūb ampliar el patio de la recién construida aljama de Sevilla, y para ello fue necesario derribar las casas, tiendas y posadas que circundaban el zoco pequeño de esa ciudad, conocido desde antiguo por **suwayqat al-mis-mār** (mercadillo del Clavo) (41).

En la Ecija islámica hubo una puerta llamada **Bāb-al-suwayqa**, sin duda por el pequeño mercado que en su exterior se celebraría (42).

En las ciudades reconquistadas por los cristianos los mercados siguieron casi siempre emplazados en los mismos lugares que hasta entonces, y llamándose con igual nombre, castellanizado. Así, en Toledo, en el siglo XIII, el arrabal más grande de la Judería se llamaba adarve de la Sueca o Assuica, sin duda por haber en él una plazoleta en la que se comerciaba (43).

(37) **La urbe valenciana en el siglo XIV**, por Rodrigo Pertegas, pp. 340 y 348.

(38) Se concedió por Real Cédula de la Reina Católica de 1489, pero documentos cuatro años posteriores se refieren a él como si fuera tradicional (**Documentos históricos de Málaga**, por don Luis Morales García Goyena, I, pp. 18, 82, 84 y 85).

(39) Asín Palacios, **Contribución a la toponimia árabe de España**, p. 135.

(40) Ibn Baškuwāl, **Sila**, pp. 170 y 196, biog. 479. Fecha entre los años 336/997-998 y 404/1013-1014.

(41) Crónica contemporánea de Ibn Sāhib al-Salā, en **Sevilla y sus monumentos árabes**, por el P. Antuña, pp. 140-141 del texto árabe y 122-123 de la traducción castellana.

(42) **La Péninsule Ibérique au Moyen-Age**, por Lévi-Provençal, p. 15 del texto árabe y 21 de la traducción francesa. En Toledo se ha supuesto existía otra **Bāb al-Suwayqa**, pero la así llamada, que tan sólo aparece en un solo documento, debía de ser puerta del adarve del mismo nombre, no de la cerca de la ciudad (González Palencia, **Los mozárabes de Toledo**, volumen preliminar, p. 76; vol. II, pp. 235-236, doc. núm. 635 del año 1273).

(43) **Los mozárabes de Toledo**, vol. III, docs, núms. 635, 1.135 y 1.143 de los años 1254, 1270 y 1273, pp. 235-236, 570-572 y 581-582.

En el **Repartimiento** de Mallorca figuran algunos mercadillos, **Zueyca Bebal-belet**, que en otra ocasión se llama **Azzueyca Bibet Albelet**, y estaría junto a la puerta llamada **Bib Albelet**, probablemente en su exterior; **Azuequa prope cequiam**. En la primera se inventarían 45 **albergs**, que, aunque fueran reducidísimos, suponen extensión no muy pequeña para el mercadillo (44).

El nombre de Sueca de la ciudad valenciana así llamada revela su origen en un pequeño mercado. En el **Repartimiento** de Valencia figura como **alcheria de Zuecha** (**Çueyca** en alguna otra ocasión) **in término de Culera** (45).

En 1327 había en la Judería sevillana una plaza llamada **Açueyca**, en comunicación por una calle con la puerta de dicho barrio (46).

Calles y zocos dedicados a la venta del mismo producto.

Artesanos y comerciantes de las ciudades musulmanas de la Península estaban, como los de todos los países islámicos, agrupados en gremios o corporaciones que alcanzaron gran auge a partir del siglo IX (47), y tendrían, probablemente, por protectores a santones locales, según una costumbre que se supone de origen beréber. Cada gremio solía ocupar una calle o zoco.

Ibn 'Abdūn dice en su tratado de **ḥisba**, refiriéndose a la Sevilla de hacia 1100, que el almotacén debe colocar reunidos a los artesanos de un mismo oficio, por ser más digno y seguro, que si estuvieran esparcidos por aquélla (48).

Es bien sabido que esta costumbre continuó después de la conquista de las ciudades islámicas por los cristianos, hasta que Felipe II dio libertad a comerciantes y menestrales para instalarse donde les conviniese, sin sujeción a imposiciones de lugar (49). Verosímilmente tal distribución debió de transmitirse desde al-Andalus al Magrib, donde aún persiste; según Massignon, ese camino llevaron las disposiciones policíacas de la **ḥisba**.

(44) Bofarull, **Repartimientos de los reinos de Mallorca, Valencia y Cerdeña**, pp. 66 y 122.

(45) *Ibidem*, pp. 392, 393 y 396.

(46) Arch. Cat. Sevilla, leg. 41, núm. 1, San Salvador. Documento de 27 de marzo de 1365 de la era: «la call que va de la puerta de la Judería a la plaça de la Judería que dizen Açueyca» (Pablo Montero de Espinosa, **Relación histórica de la Judería de Sevilla**, pp. 3 y ss.).

(47) Los obreros toledanos de los siglos XII y XIII estaban asociados en gremios (**Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII**, p. 26).

(48) Gabrieli, **Il trattato censorio de Ibn 'Abdūn**, pp. 917-918.

(49) Vicente Lampérez y Romea, **Las ciudades españolas y su arquitectura municipal al finalizar la Edad Media**, p. 19. Sobre como anteriormente en Sevilla, estas disposiciones habían caído en desuso, véase **Sevilla en el Imperio** (siglo XVI), por Santiago Montoto, pp. 22 y 117.

Ya en el campamento de los sitiadores de Sevilla, había calles y plazas «departidas de todos mesteres, cada vno sobre sí; vna calle auíe y de los traperos et de los cauiadores; otra de los espeçieros et de los alquimes de los melezinamientos que auíen los feridos et los dolientes mester;... et así de cada mester, de quantos en el mundo podiesen ser, auíe de cada vnos sus calles departidas, cada vnas por orden compasadas et apuestas et bien ordenadas» (50).

Inmediatamente después de la conquista de la gran ciudad andaluza, Fernando III, respetando, sin duda, la organización musulmana, copiada en el campamento, «mandó y estableçer calles et ruas departidas a grant nobleza, cada vna sobre sy de cada mester et de cada ofiço, de quantos omne asmar podríe que a nobleza de rica et noble et abundada çipdat pertenesçiesen» (51).

En Málaga, los oficios estaban también repartidos por calles. Los Reyes Católicos así lo dispusieron poco después de su conquista. Quejáronse varios vecinos, diciendo que recibían agravio de ello, por lo que los citados monarcas ordenaron en 1499 una información, suspendiendo mientras tanto el anterior acuerdo. Por real cédula señalaron en 1501 las calles donde habían de estar los oficios (52).

Continuarían las protestas en los años siguientes, pues por una nueva cédula de 6 de noviembre de 1527 se mandó al corregidor abrir una información acerca del perjuicio y daños que la ciudad recibía en guardar provisión sobre el repartimiento de los oficios por calles, disposición confirmada por cédula de 1528 (53).

El reparto de comercios y oficios en calles o zocos hacía-se en cada ciudad de acuerdo con su solar, situación, recurso, necesidades e industrias que en ella se desarrollaban. No dejan de ser curiosos algunos de estos repartos.

Empecemos por el comercio de drogas, especias y perfumes, uno de los más estimados y productivos, que puede juzgarse hoy como algo superfluo, pero que en la Edad Media no lo era y tenía una importancia capital. Además de esos productos, se vendían en las mismas tiendas otros farmacéuticos, ungüentos, polvos y recursos para el embellecimiento femenino. En todas las ciudades musulmanas tales comercios ocupaban una

(50) **Primera Crónica General**, edic. Menéndez Pidal, I, texto, c. 1.127, p. 768.

(51) **Ibidem**, cap. 1.129, p. 770.

(52) Luis Morales y García-Goyena, **Documentos históricos de Málaga**, II, pp. 92-98; Bejarano, **Las calles de Málaga**, p. 7.

(53) **Los Corregidores de Málaga**, por don Juan Moreno de Guerra, pp. 156 y 159.

calle inmediata a la mezquita mayor, cerca o dentro de la alcaicería. En Córdoba había una puerta de los especieros —Bāb al-'Attārīn— al suroeste del recinto, no lejos de la gran mezquita y del alcázar. Se llamaba también puerta de Sevilla (54). En el arrabal de Lorca estaba en la primera mitad del siglo XII, en unión de los otros zocos, el de las especias, **sūq al-'itr** (55). Hacia 1100 los alatares o especieros sevillanos tenían sus tiendas en un zoco que llevaba su nombre: **sūq al-'attārīn** (56). Es posible fijar su emplazamiento. Estaba cerca de la que era entonces mezquita mayor, la de 'Adabbas (situada en el solar de la colegiata del Salvador). Con el nombre castellanizado llamóse, bajo el dominio cristiano, calle de Alatares, y había en 1321 en ella siete tiendas. Documentos de esa fecha —era 1359— la sitúan perfectamente: «assi como entra por los Alatares de fassa la Eglesia de ssant saluador de mano esquierda», y «a los Alatares lindando a la entrada de la puerta que es contra la Eglesia a ssant saluador a la mano ssinestra las siete tiendas» (57). En 1407 se ordenaba la compra de materiales para reparar la casa de la guarda de los alatares, tal vez la calle o zoco musulmán aludido, porque «caerá en el suelo et costará a Sevilla muchos más mrs. fazer de nuevo» (58). Estaba dicha calle entre el Salvador y la carnicería mayor; en el plano de Sevilla hecho por iniciativa de Olavide en 1771, figura con el nombre de Arbolarios, que aún recuerda su antiguo destino.

Al levantarse en la misma ciudad de Sevilla una nueva mezquita mayor a fines del siglo XII, en sus cercanías, según lo acostumbrado, se instalaron los especieros o perfumistas, en los zocos contruidos por Abū Yūsuf Ya'qū hacia 1196, al terminar la ampliación del patio del oratorio (59). En ellos debía de seguir el mismo comercio después de la conquista por Fernando III, pues Alfonso X, por carta de 1264, dio a «Maestre Pedro Catalán, físico —especiero, dos tiendas—, en que él está que son en Seuilla ante la plaça de Santa María han por linderos: de la una parte las casas de Maestre Symón, especiero, de la otra parte la plaça de Santa María» (60). La calle de los especieros en Valencia —'attārīn— se cita en el año 1227; en

(54) Ibn Baškuwāl en al-Maqqarī, **Analectes**, I, pp. 303 y 304; Ocaña Jiménez, **Las puertas de la medina de Córdoba**, pp. 143-151.

(55) Al-Idrīsī, edic. Dozy y de Goeje, pp. 196 del texto árabe y 239 de la traducción francesa.

(56) Lévi-Provençal, **Le Traité d'Inb 'Abdūn**, p. 190.

(57) Arch. de la Cat. de Sevilla, leg. 38 (Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, p. CCLXXVI).

(58) Ramón Carande, **Sevilla, fortaleza y mercado**, pp. 330 y 337.

(59) P. Antuña, **Sevilla y sus monumentos árabes**, p. 141 del texto árabe y 124 de la traducción castellana.

(60) Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, p. CXLIV, doc. núm. 137, a. 1264.

ella tenía una tienda Ibn Sulaymān (61). Once años más tarde —en 1238— en la misma ciudad esa calle se llamaba de Alatares (62).

En el **Repartimiento** de Mallorca hay repetidas menciones de las casas de los alatares, que unas veces parece que estaban cerca de la Alcaicería y otras en su interior: **Super domum de Alathar spetiarii; XX (operatoria) inter los Alatars et Alqueceriam; operatoria de Alcazeria de los Alatars** (63).

En Toledo figuran también tiendas de drogueros en los años 1223, y zoco de drogueros —**sūq al-'aṭṭārīn**— en el de 1287, en el arrabal de Francos (64). Estos alatares ardieron en 1187 y en 1220, según refieren los **Anales Toledanos** (65).

Un geógrafo árabe del siglo XIV, al-'Umarī (m. 749/1349), escribe que la mezquita mayor de Granada estaba aislada, y rodeábanla tan sólo los tenderetes de los testigos juramentados y las tiendas de los drogueros (66).

En el mismo lugar debía de seguir al conquistar la ciudad los Reyes Católicos, pues en un documento de 1528 se cita la «calle de los especieros que baja de las casas del cabildo», y éstas ocupaban entonces la antigua madraza árabe, frontera a la Capilla Real (67). Además, hay referencia por entonces a una especiería que, sin duda, por el elevado precio de sus productos comerciales, estaba dentro de la Alcaicería, junto a la calle de los Gelices; en aquélla había una alhóndiga de las tiendas de la especiería y una calle de los especieros que salía a la mezquita mayor (68).

(61) Julián Ribera, **Enterramientos árabes en Valencia, en disertaciones y opúsculos**, II, p. 259.

(62) **Monumentos históricos de Valencia y su reino, Antigüedades de Valencia**, I, por Fr. Josef Teixidor, p. 194.

(63) Bofarull, **Repartimientos de los reinos de Mallorca, Valencia y Cerdeña**, pp. 117, 120 y 121.

(64) González Palencia, **Los mozárabes de Toledo**, II, doc. núm. 473, pp. 74-75; III, pp. 110-112.

(65) Fr. Henrique Flórez, **España Sagrada**, XXIII, pp. 404-405. Aún proseguía este comercio en Toledo en 1576, en el mismo lugar, según un **Memorial** de esa fecha, citado más adelante, la parroquia de San Ginés era «poblada... de muchas tiendas de espezería».

(66) Ibn Fadl Allāh al-'Umarī, **Masalik al-Absār fi Mamālik el Amṣār (L'Afrique moins l'Egipte)**, pp. 233-234.

(67) **Libro de censos propios**, 1528, Leg. 1.º Arch. del Ayunt. de Granada. Debo las notas de este manuscrito del archivo del Ayuntamiento granadino y de los restantes citados de la misma procedencia, a la generosidad de don Manuel Gómez-Moreno.

(68) «1 (tienda) pasada la puerta q. se dice el postigo como entran en la especiería q. está en la calle de los gelizes, la cual está en la esquina del postigo y linde de otra calle q. vuelve sobre m. derecha a la duana... alhóndiga de las tiendas de la especiería q. están dentro de el alcaycería y las tiendas en torno... 1 (tienda) de la esquina de la calle q. vuelve a la cadena q. sale a la calle de los especieros q. sale a la iglesia mayor. 1 (tienda) en la hacera q. es de la m. derecha como entran por la calle de los especieros por la puerta pral. de la duana» («Bienes de la agüela q. son de su magestad, 1552». Arch. del Ayunt. de Granada). Aunque de época cristiana reflejan estos documentos la organización comercial árabe en Granada, aún subsistente en el siglo XVI.

El recuerdo de la especiería malagueña se conservó durante varios siglos en una calle así llamada, que iba a desembocar en la plaza de las Cuatro Calles (69).

Un arrecife de los barberos existió en Granada inmediato al Darro, según una escritura árabe de 1499 (70). **Alfagemis y tendan de Alfagema** figuran en el **Repartimiento** de Mallorca (71).

Calles y zocos de sastres y de vendedores de telas y vestidos no faltaban en la parte más céntrica de ninguna ciudad. A esos artesanos y comerciantes instaló Abū Yūsuf Ya'qūb poco después de 1196 en los nuevos zocos contruidos junto a la mezquita mayor almohade de Sevilla (72).

No sabemos si **al-Bazzāzīn** —los pañeros— citado en Córdoba hacia el año 900, bajo el emirato de 'Abd Allāh, era una calle, un zoco o ambas cosas a la vez (73).

Respecto de los sastres; se conserva aún en la misma ciudad la calle de Alfayates —**al jayyāt**— al este de la mezquita mayor; ignórase si su nombre procede de la época musulmana o de haber estado ocupada por esos artesanos tras la conquista cristiana, puesto que así se les llamaba en la Edad Media. Ambas hipótesis no son incompatibles. Idéntico nombre tuvo hasta hace poco tiempo otra calle de Sevilla, lindante con el mesón de la mezquita y la alcaicería, cerca del Arquillo de la seda; figura en un documento de 1357 (74).

Mantiene su nombre árabe castellanizado el Zacatín —**saqqātīn**— en Granada, estrecha calle que en el siglo XV no estaba dedicada tan sólo al comercio de ropas viejas, pues en ella había, además, tiendas de plateros, calceteros, tintoreros, zapateros, lienceros, merceros, etc. (75). Una calle de Sevilla, en la colación de Santa María la Mayor, conocíase en 1455 por la de Ropa Vieja, nombre que conservaba en el siglo XVI; probablemente sería el **saqqātīn** de la ciudad islámica (76).

(69) **Málaga musulmana**, por F. Guillén Robles, p. 490; Bejarano, **Las calles de Málaga**, pp. 112, 114, 115, 117, 123.

(70) **Escrituras árabes de Granada**, por Mariano Gaspar Remiro, p. 9.

(71) Bofarull, **Repartimientos de los reinos de Mallorca, Valencia y Cerdeña**, p. 121.

(72) P. Antuña, **Sevilla y sus monumentos árabes**, p. 131 del texto árabe y 124 de la traducción castellana.

(73) Julián Ribera, **Historia de los jueces de Córdoba**, pp. 63-64 del texto árabe y 204 de la traducción castellana.

(74) Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, p. CCCXXVIII, doc. del Arch. Cat. Sev., leg. 79.

(75) Gómez Moreno, **Guía de Granada**, p. 314.

(76) Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, p. CCCXXIX, Arch. Cat. Sev. leg. 33, Escobas; Montoto, **Sevilla en el Imperio**, p. 133.

No faltaba tampoco en ninguna la zapatería, que en Granada, a fines del siglo XV y en el XVI, se llamaba Caraquin —**qarrāqīn**—, y estaba hacia la mitad del Zacatín (77). En Córdoba hubo calle de la Zapatería vieja, que, como la así también llamada en Sevilla en 1403, es probable fuera el antiguo **sūq** de los zapateros (78).

Excusado es decir que el comercio de la alimentación ocupaba lugar muy importante de los zocos y agrupaciones de tiendas. En Córdoba, había, en el segundo cuarto del siglo IX, una calle de los Carniceros (79), y en la Toledo cristiana un zoco dedicado a los pescaderos, que es verosímil fuese el mismo de la época islámica (80). En Granada, en la estrecha faja comprendida entre el Zacatín y el cauce del Darro, existían varias callejas y plazuelas reducidísimas en las que los moros tenían su Gallinería, Pescadería y Carnicería (81) en tiendas permanentes; otros muchos productos alimenticios vendíanse en las alhóndigas y en puestos y tenderetes provisionales. En Mallorca despachábanse también en tiendas el aceite y el carbón (82).

Los cambiadores o cambiantes —**ṣarrāfīn**—, judíos generalmente, tenían asimismo sus oficinas reunidas en sitio céntrico. En Sevilla, en 1255, ocupaban una manzana cerca y a espaldas de la que fue mezquita mayor, iglesia catedral desde siete años antes (83). Los documentos mozárabes toledanos de los siglos XII y XIII mencionan el zoco de los cambiadores cerca de la mezquita de los musulmanes (84).

En un corral en la colación de Santa María, es decir, en el barrio de la mezquita mayor, vendíase la grana en la Sevilla islámica (85). En Valencia

(77) Gómez Moreno, **Guía de Granada**, p. 314.

(78) En 1263, quince años después de la conquista de Sevilla, se alude a una Zapatería nueva en la colación de San Vicente (Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, pp. CXXIX, CXXX y CCCV).

(79) **Historia de la conquista de España de Abenalcotía «el Cordobés»**, traducción de don Julián Ribera, p. 69 del texto árabe y 55 de la traducción castellana.

(80) González Palencia, **Los mozárabes de Toledo**, vol. III, doc. núm. 1.099, a. 1170, pp. 517-519.

(81) Gómez Moreno, **Guía de Granada**, p. 315.

(82) Bofarull, **Repartimientos de los reinos de Mallorca, Valencia y Cerdeña**, pp. 120-121.

(83) Una tienda «en Seuilla de las que son ante Sancta María, de las que están tras las Espaldas de las Tiendas en que están los Judíos Cauiadores», a. 1255 (Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, doc. núm. 73, p. LXXVI).

(84) González Palencia, **Los mozárabes de Toledo**, vol. I, doc. núm. 317, a. 1202, p. 257; doc. núm. 365, a. 1209, pp. 305-306; vol. III, doc. núm. 904, a. 1190, pp. 175-176; doc. núm. 944, a. 1199, pp. 242-244.

(85) A. 1253. Carta de Alfonso X a don Ramón de Tolosa, por la que se le otorga «las casas que son fechas en el Corral do solían uender la grana en tiempo de Moros, de que uos sodes tenedor, que son en Seuilla ala Collation de santa Maria» (Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, doc. núm. 73, p. LXXVI).

se repartió, poco después de pasar a manos cristianas, una casa en la que fabricaban la púrpura (86).

Mención especial merece el mercado de esclavos que tenía lugar en un sitio especialmente destinado para él —**ma'rid**— y que en la España del siglo XI alcanzó gran importancia, según se deduce del tratado de **hisba** de al-Saqaṭī escrito en Málaga (87).

La fabricación de algunos productos exigía lugares determinados de la ciudad. Así, las tenerías y alfarerías necesitaban estar donde hubiese agua abundante.

Fuera de la **Bāb al-fajjārīn** —Puerta de los alfareros— estaban establecidos en Granada los que ejercían esa industria, y en las inmediaciones de la **Bāb al-ṭawwābīn**, es decir, de la Puerta de los ladrilleros, éstos. En la misma ciudad, un puente sobre el Darro, al salir el río del recinto murado, llamábase de los Curtidores. Cerca estaban las tenerías, entre el río y la Alcaicería; y también inmediato, en el Zacatín, el azacaya de los tintoreros, en una estrechísima callejuela que iba al Darro (88). En Toledo, los curtidores ejercían su industria en las inmediaciones de una puerta que de ellos recibió nombre —**Bāb al-dabbāgīn**— cerca del Tajo (89). Una puerta de Almería llamábase de los aceiteros —**Bāb al-zayyātīn**— sin duda por estar éstos instalados en sus cercanías (90).

Tiendas permanentes.

Repartidas en calles, plazas y zocos, y en la alcaicería las de productos más preciados, estaban las tiendas —**al-jānāt**—, amontonándose, sobre todo en las inmediaciones de la mezquita mayor, en las cercanías de las restantes, junto a los baños públicos y las puertas de la cerca, por ser lugares los más concurridos de la ciudad. Abundantes testimonios lo prueban. En Sevilla, alrededor de las dos mezquitas principales, la de 'Adabbas, que

(86) ...domos juxta sanctam Mariam ut in eis faciant purpuras (Bofarull, **Repartimientos de Mallorca, Valencia y Cerdeña**, pp. 285-286).

(87) **Un manuel hispanique de hisba**, texto árabe por G. S. Colin y E. Lévi-Provençal, I, y **El «Kitāb fi ādāh al-hisba» (libro del buen gobierno del zoco) de al-Sagaṭ**, estudio y traducción de Chalmela P.

(88) Archivo del Ayuntamiento de Granada, Libro de censos de propios, leg. 4.º

(89) González Palencia, **Los mozárabes de Toledo**, vol. I, doc. núm. 89, a. 1168, pp. 63-64. Esta puerta, situada en la parroquia de San Sebastián, no existe, pero el lugar continuó llamándose Puerta de Adabaquín, y más tarde de Hierro.

(90) Ibn al-Abbār, **Takmilat al Sila**, edición Codera, p. 214.

fue mayor hasta la construcción de la almohade, y ésta, había numerosísimos comercios (91).

A otras referencias de estas mismas páginas sobre tiendas situadas en torno a la mezquita mayor de Granada, puede agregarse la de la demolición de diecisiete y un baño, en 1505, a su norte, para formar cementerio al tempro cristiano (92).

En Toledo, el núcleo más importante de tiendas estaba en torno a la mezquita aljama, y allí siguió al consagrarse ésta al culto cristiano en 1085. Muchas ocupaban el emplazamiento del actual claustro catedralicio. El nombre genérico de las tiendas —**al-jānāt**— (93) castellanizado pasó a designar parte de ellas, y desde el siglo XII el Alcaná de Toledo fue famoso en toda España hasta merecer que Cervantes dijera haber comprado en él el manuscrito con la continuación del **Don Quijote de la Mancha**, a partir del capítulo IX, obra de Cidi Hamete Benengeli, a un muchacho que fue a vender a aquel lugar unos cartapacios y papeles viejos escritos en arábigo (94).

(91) Además de las tiendas de los zocos sevillanos citadas en la Crónica de Ibn Sāhib al-Salā, hay documentos cristianos, poco posteriores a la conquista de Fernando III en 1248, que reflejan una organización urbana aún no alterada. Se refieren a tiendas próximas a la mezquita convertida en catedral —unas adosadas, ante ella otras, y algunas «que tienen con la Iglesia» (Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, docs. núm. 5, a. 1251, p. VI; núm. 60, a. 1253, p. LXII; núm. 68, a. 1254, p. CXLIV; núm. 58, a. 1253, p. LXI). Según un documento del archivo de la catedral de Sevilla, leg. 29, del año 1312, había en la colación de Santa María, lindando con la que fue mezquita mayor, una tienda, «la que solien desir la tienda del Alcall moro» (*Ibidem*, p. 102).

(92) Gómez-Moreno, **Guía de Granada**, pp. 280-281. El dato procede de las escrituras de habices.

(93) Pedro de Alcalá, «Tienda donde venden: **hanút, hagu ĩnit**» (**Petri Hispani, De lingua arabica**, libri duo, Pauli de Lagarde). Amador de los Ríos, y otros escritores antes de él, sostienen que el nombre de las tiendas toledanas procede de una palabra caldeo-hebraica (**La Alcaná de Toledo**, p. 52).

(94) **Don Quijote**, primera parte, cap. IX. En el Alcaná, al norte de la catedral, había en 1234 veinticuatro tiendas propiedad de ésta (antes lo serían de la mezquita mayor), arrendadas a cristianos y moros. En el año 1355 don Fadrique y don Enrique, hermanos del rey don Pedro I, queriendo encastillarse en la ciudad de Toledo, entraron en ella a viva fuerza, y sus tropas mataron a 1.200 judíos, hombres y mujeres, y robaron las tiendas de mercería que tenían en el Alcaná. En esta ocasión, o algunos años después, ardió, por lo que el arzobispo don Pedro Tenorio hizo cesión del solar para construir el claustro de la catedral. (**Crónica de los Reyes de Castilla, Crónica de don Pedro I**, edición Rivadeneira, cap. VII, página 462; González Palencia, **Los mozárabes de Toledo**, volumen preliminar, pp. 57, n. (2), 60 y 171-172.) En el alboroto y matanza de conventos que tuvo lugar en Toledo en 1467, el «fuego... quemó... todo el alcaná de los especieros hasta Santa Justa...» (Amador de los Ríos, **La Alcaná de Toledo**, p. 73). Sin duda se reconstruyó en sitio próximo o conservó ese nombre el resto del barrio comercial inmediato, pues sigue figurando hasta el siglo XVII. Sebastián de Covarrubias dice en su **Tesoro de la Lengua Castellana o Española** (primera edición de 1611) que el Alcaná es «una calle en Toledo muy conocida, toda ella de tiendas de mercería». Pisa escribe: «El Alcaná calle de Toledo toda de tiendas de tratantes» (**Descripción de la imperial ciudad de Toledo**, por el doctor Francisco de Pisa, f.º 12 v). Su situación era hacia el encuentro de las calles de la Trinidad y del Hombre de Palo, en el ángulo noroeste del claustro. Un documento toledano se refiere a la calle que pasa por Alcaná, cerca de Santa Trinidad (González Palencia, **Los mozárabes de Toledo**, III, doc. núm. 960, a. 1269, pp. 276-279).

Aun en fecha tan tardía como la segunda mitad del siglo XVI conservaba Toledo su barrio comercial junto a la catedral, con parecida disposición a la que tuvo en la ya remota época de dominio musulmán de la ciudad. Muy valioso es el documento en que se le describe en esa fecha, pues además de informarnos de cómo era el barrio de tiendas del centro de una ciudad de tradición islámica, demuestra que no es equivocada la utilización de noticias posteriores de éstas —de cuando estaban ya en manos cristianas— para el estudio de su estructura antigua. Se llamaban las comerciales de Toledo en el siglo XVI, y conservan aún el nombre, las Cuatro Calles, por ser ese su número, «donde los mercaderes se ayuntan a sus medios y tratos, de las cuales la vna va a los tundidores, la otra a los calçeteros, y otra al alcana y espeçería; y la otra que en dos está dividida, va a los confiteiros, chapineros y çapateros de obra gruesa y prima, y, como parte más junta a la Sancta Yglesia, donde la más gente concurre por la sumptuosidad y magestad de su templo, an procurado todos los ofiçios y plazas de hazer un mundo abreuiado en esta parrochia (la de San Pedro en la catedral), a causa de ser sus casas la mayor parte tiendas muy pequeñas por comercio de trato, no se hallarán al tiempo de su computación muchas cabeças en cada casa, porque también ay más de syscientas tiendas donde no habita gente, sino sedas y paños y mercaderías, los cuales se abren de día y se cierran de noche, porque su gente en otras casas de su biuienda están matriculadas y no es rrazón se numeren por casas, porque se yncluyen los altos de ellas en otras que son matriculadas, y en este número de tiendas entran las demás que en otras parrochias de noche son cerradas, de lo qual será rrecompensa muchos sótanos de gentes habitados» (95).

En las puertas de las ciudades y en sus inmediaciones, como se dijo, solía haber también tiendas (96). De su existencia junto a los baños públicos sabemos merced a documentos del archivo del Ayuntamiento de Granada.

(95) **Memorial de algunas cosas notables que tiene la ciudad de Toledo, año de 1576**, por Luis Hurtado Mendoza.

(96) En Valencia figuran en el Repartimiento «operatoria» entre los arcos de algunas puertas y **operatorium contiguum barbachane, porte Exeree** (Bofarull, **Repartimiento de Mallorca, Valencia y Cerdeña**, pp. 287-288 y 483). Los **operatoria** que menciona el **Repartimiento** de Mallorca estaban casi todos cerca de la puerta de la ciudad: **in foro prope portam de Belbelet, in foro de porta de villa, ad portam de Marbeletth, forum portalis Bebalbelet** (Bofarull, **Repartimientos de Mallorca, Valencia y Cerdeña**, pp. 117 y 122-125). Otros obradores se mencionan en la Almudayna de Mallorca, en el mercado de la puerta de la villa que llamaban Atarazana (**Memoria de los pobladores de Mallorca después de la última conquista por don Jaime I de Aragón**, por don Joaquín María Bover, pp. 25 y 33). En Málaga había en 1489 extramuros, y cerca de la puerta de la Mar, que era la de entrada del tráfico marítimo, varias tiendas (**Documentos históricos de Málaga**, por Morales y García Goyena, I, p. 9). En el **Libro de las posesiones desta cibdad**, 1537, leg. 4.º, que se conserva en el arch. del Ayunt. de Granada, figuran las siguientes partidas: «tienda entre las dos puertas q. bajan del Alacaba»; «tiendas entre la pta. del reaje a la pta. nueva».



Se inventarian en ellos: «tiendas cerca del baño del albayzy» (97); varias tiendas junto «al baño de loaysa... que antes se llamaba de tix»; una tienda «linde al baño de hernando de çafra hacia la pta. elvira» (98); «tintoreños de la seda a par del baño del albayzin» (99); «calle de los carniceros cerca del barrio Albaezin», y las tiendas veladas sobre el río Darro citadas más adelante, fronteras al baño de Palacios (el Bañuelo) (100).

Bastantes tiendas de las ciudades hispanomusulmanas servirían al mismo tiempo de talleres, en los que trabajaban los artesanos ayudados por un solo obrero o un aprendiz. La mayoría eran locales bajos, estrechos, poco mayores que nichos o alacenas. El comerciante, sentado, no necesitaba levantarse para coger cualquier objeto y presentarlo al comprador (101). La puerta de casi todas era única, abría hacia la calle y se cerraba con tableros móviles; la parte superior, girando en torno al dintel y sostenido por unos ligeros tornapuntas, quedaba inclinada hacia abajo al estar la tienda abierta. Formaba, pues, guardapolvo, que protegía del sol y de la lluvia al vendedor y a su mercancía (102), resguardados también a veces con esteras, a modo de persianas, enrolladas en la parte superior del hueco cuando no eran necesarias. La tabla baja, que rebasaba algo del muro de fachada, se utilizaba como mostrador. Ibn 'Abdūn recomendaba en la Sevilla de fines del siglo XI y comienzos del siguiente, que los extremos salientes de esas tablas fueran aserrados, para que no redujesen el ancho de la calle, pues la carne —sin duda alude a las carnicerías y a la expuesta en sus mostradores— es cosa sucia que manchaba los vestidos de los transeúntes (103).

La luz en el interior de estas tiendecitas, situadas casi siempre en calles muy angostas, debía de ser escasa; de ellas se pudo haber dicho lo que de las contemporáneas cristianas escribió Pedro López de Ayala (1332-1407) en su **Rimado de Palacio**:

**Fazen oscuras sus tiendas e poco lumbre les dan,
por Brujas muestran Mellinas e por Mellinas Roan;
los pannos violetes, bermejos parescerán
al contar de los dineros las finiestras abrirán (104).**

(97) **Libro de la renta de los propios de la cibdad de Granada**, 1506.

(98) **Propios**, leg. 4.º

(99) **Libro de censos de propios**, 1528, leg. 1.º

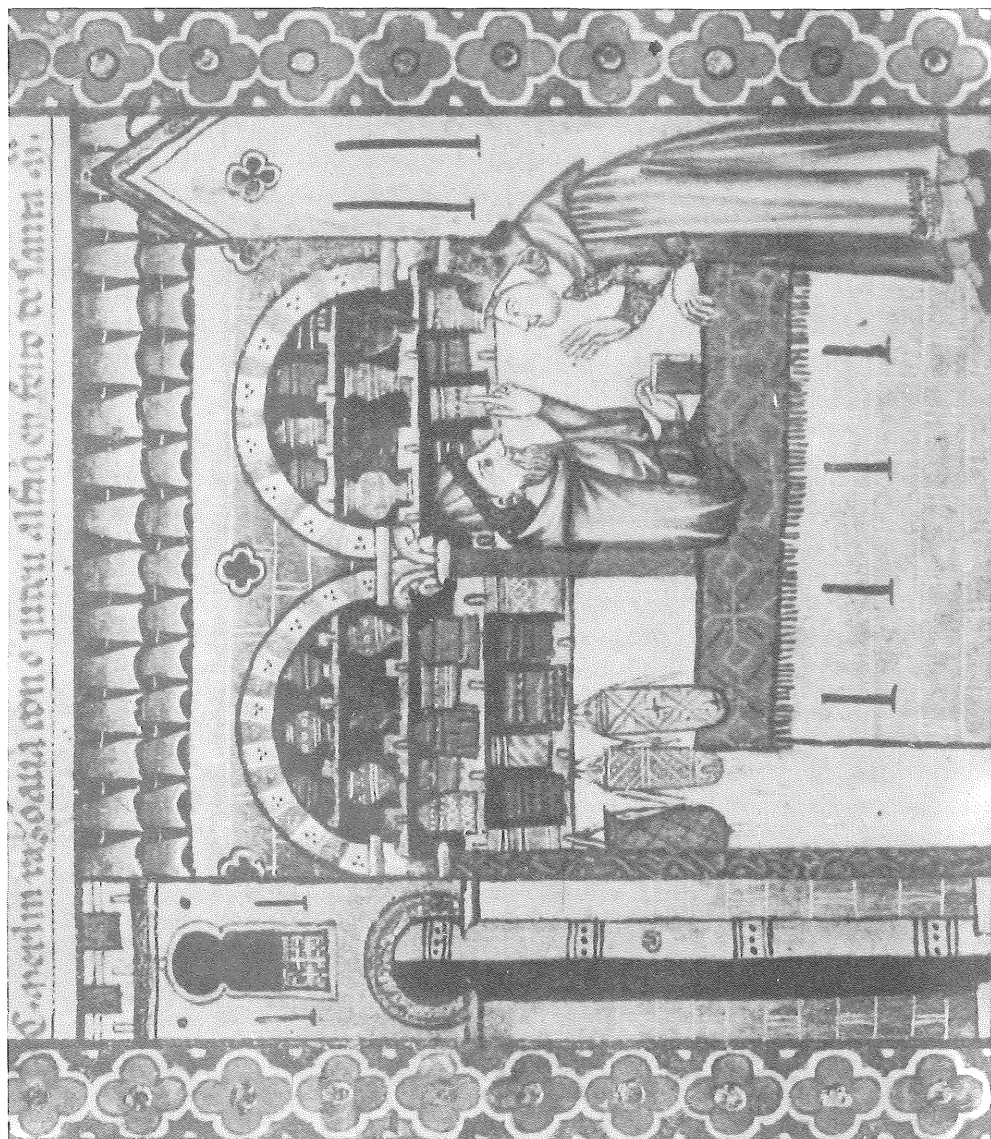
(100) **Libro de las posesiones desta cibdad**, 1537, leg. 4.º

(101) Así describe las de Tánger Domingo Badía en la primera mitad del siglo XIX (Viajes de Ali Bey, p. 51).

(102) Tal disposición tenían los cierres de las tiendas de la Alcaicería de Granada antes del incendio que la destruyó en 1483 (**La Alcaicería**, por Indalecio Ventura Sabatel, pp. 131-132).

(103) Gabrieli, *Il trattato censorio di Ibn 'Abdūn*, p. 922.

(104) Cita de la obra **Vida española en la época gótica**, por J. Rubio y Balaguer, p. 38.



Tienda de un judío en el siglo XIII, según una miniatura de la Cantiga CVIII de Alfonso el Sabio.

Las «Ordenanzas» medievales de Toledo disponen por tradición musulmana, sin duda, que «non doue fazer ninguno puerta de su casa delante puerta de su vezino... Ni otrosí en las tiendas... non se deben fazer las puertas fronteras, ca es gran descubrición» (105). En el caso de zocos o calles comerciales, la pequeñez de las tiendas haría imposible el cumplimiento de ese precepto.

Excusado es decir que tiendas y talleres estaban dedicados casi exclusivamente al comercio, al ejercicio de una pequeña industria o a ambas actividades conjuntas, y eran independientes por completo de las viviendas de las que en ellos negociaban o trabajaban, situadas en otros lugares. En esos locales tal vez almorzasen y hasta es posible que durmieran la siesta; pero, a la caída de la tarde o por la noche retirábanse a su casa. El recogimiento de la vida familiar islámica no admitía su mezcla con la de la calle, que supone la instalación de tiendas y talleres en el propio hogar. Así, gran parte de las vías céntricas, dedicadas al comercio, y los zocos permanentes, lo mismo que las alcaicerías, estaban formados exclusivamente por tiendas, vacías por la noche y confiada su guarda a algún vigilante. Ya se dijo cómo en Toledo, ciudad cuya vida social gozó de maravillosa continuidad a través de la accidentada historia medieval de España, después de quinientos años de dominio cristiano, en las tiendas del barrio de comercio en torno de la catedral, no vivía nadie, y sus ocupantes, terminada la faena diaria, las cerraban e iban a dormir a sus viviendas, situadas en otros lugares. La organización arquitectónica tradicional del barrio, sobreviviendo a través de incendios y derribos como los citados, tuvo más fuerza de perduración que el cambio de vida familiar, ya que la castellana permitía a las mujeres la relación con la gente de fuera. Era una de las diferencias fundamentales entre las ciudades orientales y las de Occidente, pues en éstas, los comercios e industrias permanentes solían ocupar la planta baja de las casas; la venta era **ad fenestram**, mientras la alta se destinaba a vivienda familiar.

Revelan claramente la separación entre tiendas y talleres y viviendas en Valencia y Mallorca musulmanas, los **Repartimientos** de estas dos ciudades, redactados en un latín muy corrompido. Las viviendas se llaman **domus** o **domos** en el de la primera, y **hospitia**, **domus** y **albergs** —esto último es lo más general—, en el de la isleña. Tiendas, talleres y obradores reciben en ambos los nombres de **operatoria** y **operatorium**.

Las tiendas solían pertenecer a los bienes de habices o de la hagüela, es decir, a mezquitas y fundaciones piadosas o al patrimonio real (106).

(105) **Ordenanzas para el buen régimen y gobierno de... Toledo**, cap. XXXIV, p. 23.

(106) Las tiendas situadas en torno de la mezquita y las adosadas a sus muros

Un documento de 1537 da noticia de la existencia en la hoy llamada Carrera del Darro en Granada, frente al Bañuelo, de tiendas voladas sobre el río por medio de jabalcones o puntales de madera (107). Tal disposición era obligada por la angostura de los solares en el centro de la ciudad.

En Valencia y Sevilla, y, sobre todo, en esta última ciudad, en las inmediaciones de la mezquita mayor, documentos poco posteriores a la conquista cristiana que reflejan disposiciones urbanas aún no alteradas, describen tiendas con sobrados o algorfas (108). Eran estas estancias altas. El significado de la palabra coincide, pues, con el que le asigna el **Diccionario** oficial. En una casa de la colación de San Román de Toledo, que daba a un callejón sin salida, había en 1165 una algorfa encima del zaguán. En otra de la misma ciudad trabajaba un vidriero al finalizar el primer tercio del siglo XIII, y dos tiendas tenían sótanos, a más de sus algorfas. «Las tiendas con los sobrados, que fueron del obispo don García», se citan en 1234 entre las fincas cuyas rentas percibía la catedral toledana (109). En Sevilla, en 1255, había también tiendas con algorfa encima. Una servía en 1347 para guardar cebada (110).

Anteriormente, el **Repartimiento** de Valencia inventaria algún **operatorium cum stabulo**, es decir, talleres con cuadra, y **operatoria con camera**, probablemente con algorfa (111). Era, pues, frecuente el que tiendas y talleres

solían ser propiedad de ella. De la renta de la halagüela, es decir, de propiedad real, eran ocho tiendas que había en Granada en la plaza de Jatabín o Hatabín. Felipe I concedió licencia para derribarlas en 1506 con objeto de ensancharla (Espejo, **Documentos para la Historia del Reino granadino**, apud **Rev. del Centro de Est. Hist. de Granada y su Reino**, II, pp. 38-39). En Granada eran también del rey la mayor parte de las tiendas de la Alcaicería («Bienes de la agüela q. son de su magestad, 1552», manuscrito en el archivo del Ayuntamiento de Granada); cf. el reciente estudio y publicación de Villanueva Rico, María Carmen, **Habices de las mezquitas de Granada - Casas, mezquitas y tiendas...**

(107) «...tiendas cerca de la casa de la moneda incorporadas en el muro que está entre el río d. darro e la calle q. va a la pta. de guadix, alindan con la torre frontera al baño de palacios (el Bañuelo) y vuelan sobre el río sobre maderos» (**Libro de las posesiones desta cibdad**, 1537, leg. 4.º, manuscrito del Archivo del Ayuntamiento de Granada).

(108) Valencia: Bofarull, **Repartimientos**, pp. 310 y 316; Sevilla: Ballesteros, **Sevilla**, p. VI, doc. núm. 5, a. 1251; p. LX, doc. núm. 57, a. 1253; p. LXXVI, doc. núm. 73, a. 1255 (carta de Alfonso X a Rabi Yuzaf Çabazaz, su judío: «...una tienda en Seuilla, delas que son ante Sancta María de las que están tras las Espaldas de las Tiendas en que están los Judíos Cauiadores. Et esta tienda quel yo do, es la tercera Tienda de las que están cabo de la puerta del Arco gran o uenden la fruta, que ua contra las casas de don Remont Bonifaz et a cal de ffrancos. Et esta Tienda le do con su algorfa assi como la ouo en tiempo de Moros»); p. LXI, doc. núm. 58, a. 1253; p. CCCXXI, apénd. L, doc. de 1357, que se refiere a siete tiendas con sus sobrados, que estaban en Gradaz, junto al arco de cal de Bayona (Arch. Cat. Sevilla, leg. 80, núm. 2).

(109) González Palencia, **Los mozárabes de Toledo**, vol. I, doc. núm. 29, a. 1141, pp. 20-21; doc. núm. 74, a. 1165, p. 52; II, doc. núm. 461, a. 1221, pp. 63-64. Volumen preliminar, p. 170.

(110) Ballesteros, **Sevilla**, doc. núm. 73, a. 1255, p. LXXVI; p. CCCXX.

(111) Bofarull, **Repartimientos**, pp. 560 y 647.

tuvieran planta alta, que se utilizaría para el ejercicio de la industria —antes se citó un ejemplo en Toledo—, como almacén o depósito de mercancías, y aun, en ocasiones, para dormitorio del industrial o comerciante, si era soltero —uno de los significados de la palabra árabe **gurf** era el de cámara donde se duerme (112)—, o de su aprendiz dependiente libre o esclavo.

De las reducidas dimensiones de tiendas y talleres habla con suficiente elocuencia el número de las inventariadas en algunas calles y plazas, a más del testimonio, antes recogido, de ser muy pequeñas las de Toledo en el siglo XVI. En el tantas veces citado **Repartimiento** de Mallorca se enumeran los **operatorium** asignados al rey en la misma ciudad que le correspondió: suman 320 (113). En Valencia repartíanse, después de la conquista, crecido número en zonas urbanas de área reducida, pero no puede calcularse ni aun aproximadamente su número, pues, en los manuscritos que se conservan, coetáneos, y al parecer formados con los cuadernos de apuntamientos en que llevaron la cuenta y razón los repartidores nombrados por el Conquistador, faltan hojas; las que se conservan están muy desordenadas y hay repeticiones, por lo que es necesario un estudio previo del documento y una nueva edición para su utilización exhaustiva (114).

En el **Repartimiento** de una ciudad no muy grande como Vélez-Málaga figuran 64 tiendas en una calle que iba a dar a la alcantarilla, 25 de herreros en otra y 20 en una tercera (115).

Esas cifras nos dicen el extraordinario desarrollo comercial e industrial, a base de pequeñísimos talleres familiares y minúsculos comercios, de las ciudades hispanomusulmanas. En unión de una agricultura que aprovechaba hasta el último rincón del suelo laborable, ejercida por labradores sobrios, trabajadores y fecundos, constituían lo más sólido de su economía.

Tiendas provisionales.

Los cuatro tratados hispanomusulmanes de **hisba** conocidos permiten formarse una idea parcial e incompleta del comercio ejercido en tenderetes y puestos provisionales y del ambulante, al mismo tiempo que del movimiento y animación de zocos, plazas y lugares céntricos. Del de Ibn 'Abdūn ha dicho García Gómez que es una ventana abierta sobre los mismos zocos pululantes, sobre la aljama silenciosa, sobre el río magnífico de Sevilla.

(112) Pedro de Alcalá, «cámara donde dormimos, **górfa**, **góraf**, cámara como quiera, **górfa**, **goráf**; cámara pequeña assí, **gorayfa**, **gorayfit**; celdá, cámara, **górfa**, **goráf**» (**Petri Hispani, De lingua arábica**, Pauli de Lagarde).

(113) Bofarull, **Repartimientos**, p. 120.

(114) Ribera, **Disertaciones y opúsculos**, II, pp. 300-301, 319-322 y 347-348.

(115) **Estudios malagueños**, pp. 388, 390 y 391.

Los dueños de tenderetes y puestos provisionales buscaban, lo mismo que los de los comercios permanentes, la proximidad de la mezquita mayor, como lugar más concurrido. Los poyos que había en los muros exteriores de la sevillana eran muy solicitados para ese fin. No pocos vendedores querían reservarse en ellos lugares determinados; pero el **muhtasib** —almotacén— suprema autoridad como delegado del **qādī** en el mercado, cuidaba de que los ocupasen a medida de su llegada: el más madrugador se instalaba en el más favorable para la venta. El citado funcionario, encargado de velar por el cumplimiento de una reglamentación muy detallada que regía toda la actividad comercial de la ciudad, tenía que intervenir con frecuencia en riñas y litigios a los que la colocación daba lugar.

Las puertas del oratorio eran también puestos preferentes. Las mañanas de los viernes, de obligada asistencia a la oración en la mezquita mayor, los vendedores ambulantes debían dejar limpia sus entradas, no volviendo a ocuparlas con mercancías hasta el término de la ceremonia religiosa. Prohibíase también el estacionamiento de bestias en dichas puertas, sobre todo poco después del mediodía del viernes, cuando tenía lugar la oración colectiva. Después del **adān**, o sea, de su convocatoria, toda actividad cesaba en los zocos. Junto al lugar de la mezquita destinado a las ceremonias fúnebres no se permitía estacionarse a los vendedores hasta el término de la oración de la tarde. En torno del mismo edificio tampoco era tolerada la instalación de los vendedores de aceite, pues manchaban de manera permanente el lugar que ocupaban; ni los de otros géneros poco limpios, como conejos y pájaros. La misma prohibición se extendía a la venta de criadillas de tierra, por juzgar su consumo glotonería propia de gentes excesivamente libres. Como la mezquita mayor era pequeña para la población de Sevilla en el tránsito del siglo XI al XII, los viernes los fieles, después de llenar la sala de oración y el patio, desbordábanse por el exterior, fuera de las puertas y hasta en las tiendas, que se consideraban entonces como formando parte del edificio religioso. El almotacén tenía que cuidar constantemente de que vendedores y compradores no dificultasen su accesos a los devotos.

En las plazas y calles céntricas algo anchas —holgura muy relativa— había hileras de mesas y tablas de tiendas portátiles protegidas del sol por toldos (116). El almotacén velaba por que se colocasen a bastante altura

(116) En 1481 se autorizó a los judíos y judías de la ciudad de Segovia a que saliesen «con su tiendas portátiles a las plazas e mercados de la dicha çibdad e sus arravales» (Fidel Fita, **La judería de Segovia**, p. 282). El gremio de cambiadores de Sevilla, en la segunda mitad del siglo XIII, establecía sus tiendas al aire libre en la plaza de Santa María, frente a la catedral (Cód. núm. 175, cart. XLI, f.º 59 v. Bib. Escorialense, según cita de Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, p. 203).

para que los jinetes no pudieran tropezar en ellos y herirse en los ojos (117). En las calles muy angostas estaba prohibido a los vendedores y verduleros sentarse con su mercancía (118).

Los boticarios o drogueros en Málaga —y es de suponer que en las restantes ciudades— extendían un tapiz en el suelo, sobre el que presentaban sus productos. Lo mismo ellos que los perfumistas preparábanlos a la vista del público, y era frecuente que, distrayendo la atención de éste con su arte de charlatanes, mediante el relato de entretenidas anécdotas, falsificasen las drogas, sustituidas por productos semejantes, procedentes de plantas silvestres de los montes andaluces (119). No siempre lograba impedir estos y otros fraudes el almotacén, perseguidor de todo latrocinio comercial, desde el primario de menguar el peso de la mercancía vendida, hasta los más complicados e ingeniosos de los perfumistas. Entonces, como hoy y como siempre, el comerciante, de insaciable codicia, juzgaba escasa toda ganancia.

Abundaban en calles y plazas los figoneros (**ṭabbāj**); los vendedores de carne asada (**sawwā'**) que guisaban delante de su clientela; los de pescado frito (**qallā'**); de buñuelos (**saffāy**); de salchichas (**mirqās**); de pasteles de queso (**muṣabbanāt**, al-mojábana en castellano), y de una especie de picadillo (**harīsa**) (120).

A pesar de lo extendido que estaba el uso de los baños, el olor de la muchedumbre, mezclado al de los guisos, debía de ser bastante desagradable, por lo que se recurría al procedimiento corriente en la Edad Media para paliarlo, es decir, al uso de fuertes perfumes. Había individuos que tenían por profesión perfumar a las gentes en los lugares públicos por medio de aspersiones de agua olorosa y de fumigaciones de incienso o de maderas odoríferas (121).

Desde hora temprana circulaba por los zocos el almotacén, hombre algunas veces —no siempre— inteligente e instruido, con sus ayudantes, provistos de una balanza, en la que, auxiliado por uno de ellos, pesaba el pan, cuyo precio teóricamente, fijaba en relación con su peso, lo mismo que la carne, sobre la que estaba dispuesto hubiese un cartel con su importe. Así, el

(117) En las **Ordenanzas** de Huesca, de 1349, figura una disposición mandando que no se cuelguen muestras en las tiendas que puedan dar en la cabeza a los jinetes: «ningún vecino de la ciudat non tienga taula ni alffacera delant so puerta a tan baxo que dé en la cabeça, nin faga embargo a nuyt homme cavalgant» (Ricardo del Arco, **Ordenanzas inéditas dictadas por el concejo de Huesca** (1284 a 1456), p. 432).

(118) Gabrieli, **Il trattato censorio di Ibn 'Abdūn**, pp. 899-900 y 917-918.

(119) Colin y Lévi-Provençal, **Un manuel hispanique de ḥisba**, p. 40.

(120) Lévi-Provençal, **L'Espagne musulmane...**, pp. 188-189.

(121) Lévi-Provençal, **Le traité d'Ibn 'Abdūn**, pp. 256 y 262.

niño o la joven esclava podían ir al zoco a hacer la compra sin temor de ser engañados. El almotacén solía enviar secretamente a una persona de poca edad y sin experiencia, como las citadas, a adquirir alguna mercancía. El castigo, en caso de fraude, estaba en relación con la magnitud de éste y podía llegar hasta la afrenta y la flagelación pública y, si reincidía, a la expulsión del comerciante de la ciudad. Si era uno de los ayudantes del almotacén el descubridor del fraude, percibía parte de la multa (122).

Una muchedumbre abigarrada y pintoresca, mezcla de elementos discordes de raza, religión y cultura, que daba un tono especial a la vida española, circulaba por el centro de la ciudad: hispanomusulmanes, mozárabes, judíos, árabes de Oriente, beréberes, cristianos de los reinos del norte de la Península, francos, genoveses, eslavos, cada cual con su indumento diferente y expresándose en distinta lengua (123).

Vendedores ambulantes, compradores, paseantes ociosos, mendigos importunos estacionados sobre todo a las puertas de baños y mezquitas, llenaban las calles próximas al oratorio mayor, en unión de un crecido número de campesinos que acudían de alquerías, almunias y pueblos cercanos a vender sus productos y a adquirir los de los artesanos de la ciudad. El peatón circulaba apretujado entre la muchedumbre, hostigado por los mendigos, tropezando con el saliente de los mostradores, teniendo que apartarse a cada momento para dejar paso libre a jinetes, caballerías de carga, matarifes que llevaban a la carnicería las reses muertas sobre los hombros, y a los que porteaban en angarillas los materiales de construcción.

El incesante fluir de la muchedumbre producía fuerte bullicio, mezcla de voces y conversaciones, de gritos de los pregoneros públicos —*dallāl*— que anunciaban la venta en subasta de esclavos, caballos, verduras o carbón, entre otros géneros (124), y de los pregones de los comerciantes ambulantes ofreciendo a gritos su mercancía (125). A estos ruidos uníanse

(122) Al-Maqqarī, **Analectes**, edición Dozy, I, pp. 134-135. El párrafo describiendo al almotacén en el mercado ha sido incluido por don Miguel Asín Palacios en su **Crestomatía de árabe literal**, fragmento 33, y traducido al castellano por O. Machado en **La España musulmana**, por Claudio Sánchez Albornoz, II, pp. 131-132; Lévi-Provençal, **Un manuel hispanique de hisba**, p. 19.

(123) Mozárabes y judíos en el concepto religioso desaparecieron de la España musulmana durante la dominación almohade; los eslavos ya no figuran a partir de la invasión almorávide.

(124) En la Granada nazarí solían ser subastadoras (José López Ortiz, **Fatwas granadinas de los siglos XIV y XV**, pp. 98-99).

(125) Hacia 1100 vendíase al pregón el carbón en Sevilla (Lévi-Provençal, **Le Traité d'Ibn 'Abdūn**). En la Toledo cristiana de los siglos XII y XIII citan los documentos mozárabes un pregonero, don Cebrián el Bacal, de un zoco de la ¿carne?; otro había del zoco del Alcaná; el judío Abuomar ben Israel era *dallāl* de los esclavos; figuran pregone-

las voces de los que vivían del relato de historias —remotos antecesores de los que hasta hace pocos años mostraban con un puntero en ferlas y mercados las escenas del último y famoso crimen, bárbaramente pintadas en un lienzo mantenido en lo alto de un palo, mientras canturreaban los versos del relato, cuya edición, casi siempre impresa en papel de color, vendían— y de los adivinos, decidores de la buena ventura. De tiempo en tiempo —cinco veces al día— los almuédanos dejaban caer sobre la ciudad, desde la alta terraza de los alminares, sus llamadas melancólicas, convocando a los fieles a la oración y recordándoles, en medio de sus afares cotidianos y vulgares, la infinita grandeza de Allāh y la existencia de un mundo más allá de las fronteras de la muerte.

Zocos de las ciudades cristianas de la Península.

En páginas anteriores se dijo cómo el **sūq** de las ciudades hispanomusulmanas siguió sirviendo de mercado en algunas de las reconquistadas por los cristianos, designado con diferentes nombres derivados del islámico.

También se vio la permanencia en varias de esas poblaciones de la agrupación tradicional de comercios y talleres. Don Julián Ribera dijo el paralelismo entre las funciones del **muhtasib** y las del almotacén de las villas cristianas (126), oficio municipal que se conservó en algunas hasta el siglo XVIII (127).

ros de los verduleros, de las bestias, de los caballos; mesones y fincas vendíanse también mediante pregoneros (González Palencia, **Los mozárabes de Toledo**, II, doc. núm. 476, a. 1224, pp. 77-78; doc. núm. 608, año 1259, pp. 207-209; doc. núm. 653, a. 1277, pp. 253-254; doc. núm. 659, a. 1278, páginas 260-261; doc. núm. 690, a. 1286, p. 298; III, doc. núm. 944, a. 1199, pp. 242-244; doc. núm. 955, a. 1218, pp. 261-263; doc. núm. 960, a. 1269, pp. 276-279; doc. núm. 964, a. 1289, pp. 289-292).

(126) Julián Ribera Tarragó, **Orígenes del Justicia de Aragón**, pp. 71-76. Véase también sobre el almotacén: **El mercado**, por Luis G. de Valdeavellano, pp. 321 y 324-326. La función del almotacén está, perfectamente definida, en los fueros latinos de Cuenca, Teruel, Albarracín y otros. Acerca de dicha filiación cf. Chalmeta, P., **La figura del almotacén en los Fueros y su semejanza con el rabaroque hispanomusulmán**.

(127) No se ha estudiado, que yo sepa, las diferencias entre los mercados de las ciudades hispanomusulmanas de la Península y los de las cristianas, y la evolución de los de las primeras tras su conquista. Respecto a otros países, afirma Plessner la uniformidad de los zocos en todo el mundo islámico, puesto que las disposiciones que regían su funcionamiento derivaban de un derecho único de raíz canónica, frente a la variedad de los mercados cristianos, dependientes de autoridades locales que podían dictar disposiciones diversas respecto de su organización (**Encyclopédie de l'Islam**, IV, p. 531).

El nombre de zoco para designar al mercado no se limitó a las ciudades de pasado islámico; trascendió a las de formación puramente occidental, en las que se mantuvo con mucha mayor persistencia que en aquéllas.

Pero así como la palabra **sūq** se ha visto que en la España islámica designaba toda clase de agrupaciones comerciales, en la cristiana —tal vez más propiamente debería decirse en la mudéjar— llamábase **azogue** al mercado permanente, calle, calles, barrio o plaza comercial, de tiendas y puestos para la venta, mientras se decía **mercado** a la agrupación comercial periódica en puestos provisionales (128).

«Açoqe vieio», «zoc vieio», «azoc veio», llamábanse un barrio y un lugar en Salamanca en 1180 y en los años siguientes; una puerta de la Catedral que le limitaba recibió nombre de **portam del Azogue** (129). En Benavente (Zamora), ciudad repoblada por Fernando II en 1167, una iglesia comenzada a construir algunos años después, se llama Santa María del Azogue. Igual nombre lleva otra de la villa gallega de Betanzos (La Coruña), en una región apartada de la influencia mudéjar; adosadas a sus muros hubo pequeñas tiendas en algunas épocas. Se llamaba azonque al campo inmediato, utilizado para mercado de trigo (130).

En Segovia y en Valladolid hubo plazoletas del Azoguejo —Açogueio—, al pie del acueducto y fuera de muros en la primera, nombre que todavía conserva.

Zoco existió en Madrid en el siglo XIII (131). Calle del Azoque en la Moreña, fuera del recinto de la población, a la extremidad meridional de la parroquia de San Pablo, en Zaragoza (132).

En Murcia conservó el nombre de zoco un descampado en la rambla del Cuerno, al que daban las casas del granero y almazara del Cabildo. También hubo en la ciudad levantina una calle igualmente llamada y una puerta que luego se nombró de Santa Florentina (133). Numerosos **obradors** formaban el **Açoch** de la Judería valenciana en el siglo XIV (134).

(128) Valdeavellano, **El mercado (Anuario de Historia del Derecho Español, VIII, pp. 254-260)**. La cita más antigua de **azoch** en un documento cristiano dicese ser en 1117, en el Fuero de Uclés (*Ibidem*, p. 256).

(129) Julio González, **La Catedral de Salamanca y el probable autor de la torre del Gallo**, pp. 270-271.

(130) P. y A. H. Sampelayo, **Datos geológico-mineros de la zona de Betanzos**, p. 419.

(131) «Azoche», El Fuero de Madrid de 1202; documento de 1203 en el que se citan «unas casa in la Zoch» (F. Fita, **Madrid desde el año 1202 hasta el de 1227**, pp. 316-317).

(132) T. Ximénez de Embén, **Descripción histórica de la antigua Zaragoza**, p. 203; **Zaragoza histórica**, por Ricardo del Arco, pp. 23, 91, 96 y 142.

(133) Javier Fuentes y Ponte, **Murcia que se fue**, pp. 334. 206-207.

(134) Rodrigo Pertegás, **La urbe valenciana en el siglo XIV**, p. 289.

Las plazas mayores castellanas y las ciudades hispanomusulmanas.

Robert Ricard ha observado certeramente que la «Plaza mayor» castellana, más o menos monumental, situada en el centro de la aglomeración urbana, casi siempre con soportales en planta baja y balcones o galerías en las altas de las edificaciones que la rodeen, no se encuentra en todas las ciudades peninsulares. Aparece raramente en las de Andalucía y Levante influidas por la dominación musulmana, en las que si alguna vez se construyeron fue en fecha avanzada del siglo XVI o en el XVII (135).

La «Plaza mayor» era casi siempre plaza del mercado, pero, al mismo tiempo, y fundamentalmente, escenario de espectáculos: juegos de cañas, correr de toros, justas, torneos, cabalgatas, procesiones, danzas, certámenes poéticos y literarios, autos de fe y sacramentales, ahorcamientos. Para cumplir ese destino dispusiéronse en las edificaciones que las rodeaban múltiples balcones y galerías, propiedad unos de corporaciones y gentes de elevada categoría, alquilados otros por sus dueños en ocasión de espectáculos públicos.

Nada más extraño a la vida social musulmana que la función de estas plazas y su dispositivo arquitectónico cuyos orígenes habría tal vez que buscar en Italia. A Castilla llegarían en el siglo XV, probablemente a través de Valencia y Cataluña.

En el siglo XIV, el franciscano Eiximenis, en su **Crestíá**, propugna una ciudad **bella e be edificada**, con una gran plaza central, en la que estará prohibido vender y castigar y sentenciar a los reos y entregarse a solaces deshonestos. El rey Martín el Humano se proponía construir, en 1403, una espaciosa plaza ante su palacio mayor de Barcelona, que, escribe a los Concelleres, reportará a la ciudad belleza grande e infinito provecho (136). Sobre elementos importados, se creó pues, la «Plaza mayor» castellana, original y privativa de España. En el siglo XVI, en las ciudades andaluzas, que conservaban aun casi íntegra su estructura musulmana, sintióse la necesidad de poseer una de esas grandes plazas, cuadro adecuado para fiestas suntuosas. Fue pues, en ellas, como ha dicho Ricard, una importación castellana. No siempre en poblaciones de casas muy apretadas era fácil demoler el gran número necesario a su solar. Apenas si se había modificado la pequeña plaza de las Cuatro Calles de la Málaga musulmana cuando el día de Reyes de 1492 se lidiaron toros en celebración de la conquista de

(135) Conferencia pronunciada en el Instituto Francés de Madrid el 24 de abril de 1947, sobre la «Plaza mayor» en *Espagne et en Amérique, son rôle historique et social*. Resumen en *Bulletin de l'Institut Français en Espagne*, núm. 18, mayo 1947, pp. 15-17.

(136) *Vida española en la época gótica*, por J. Rubió y Balaguer, pp. 25-26 y 30.

Granada por los Reyes Católicos. En cabildo de 30 de julio del mismo año se trató de ensancharla, por resultar pequeña para una población que crecía rápidamente (137).

El Ayuntamiento de Granada acordó, en 1513, poblar el campo del Príncipe, en un extremo de la ciudad, llamado por los moros, según Mármol, campo de Abulnest, haciendo «una plaza muy honrada para fiestas de justas y toros» (138). Hasta 1683 no se construyó la gran plaza de Córdoba —la de la Corredera—, con triple fila de balconaje y anchurosos soportales, cuya grandeza oculta y profana hoy un mercado de hierro. La Toledo del siglo XVI, corte imperial, aún no había logrado a través de múltiples reformas y ensanches de sus dos plazas de origen musulmán, la inmediata a la Catedral y el Zocodover, tener una monumental para los continuos y ostentosos espectáculos urbanos que en esa ciudad se celebraban. Un incendio del Zocodover permitió en 1592 renovar las casas en torno, mejorándolas «de nueva y más curiosa lauor, con sus balcones de hierro, para ver los juegos o espectáculos» (139). Pero ya entonces las grandes y ampulosas fiestas y los desfiles callejeros parecían, más que las manifestaciones de contento de un pueblo feliz, bullicioso tumulto con el que se pretendía olvidar la profunda decadencia; funerales por una España en ruinas. La pompa desmesurada de las fiestas públicas iba unida a la miseria popular, decaídos los antiguos oficios y artes, cerrados no pocos talleres, arruinado el comercio, despoblados los campos.

(137) Bejarano, **Las calles de Málaga**, pp. 99 y 110-111.

(138) Gómez Moreno, **Guía de Granada**, p. 266. Más tarde, ampliada notablemente y reformada la de Bibarrambla, sirvió para este destino.

(139) **Descripción de la imperial ciudad de Toledo**, por el doctor Francisco de Pisa, f.º 30 v.



NOMBRES DE CALLES, ADARVES Y PLAZAS

Aunque no muchos, se han conservado algunos nombres de calles y plazas de las ciudades hispanomusulmanas en crónicas y documentos contemporáneos o anteriores. Algunos perduraron algún tiempo tras la reconquista y se encuentran citados en textos cristianos. Por raro caso de supervivencia hay calles cuyos nombres, más o menos deformados (como la de Elvira en Granada, vía de ingreso principal a la ciudad islámica y a la cristiana hasta el siglo actual) han perdurado a través de ocho siglos. El Zacatín (Ropavejero) en Granada, de Plaza de Zocodover en Toledo (mercado de las bestias).

La calle mayor de la Xarea valenciana, por haber estado en ella la **muşalla**, que figura en el **Repartimiento** y que se sigue llamando Execrea (1). Calle de los Alfayates, así llamada en Córdoba, cuyo nombre no sabemos si deriva de su destino en época musulmana o de haberlo tenido después de la reconquista.

Probablemente, de la época árabe, como supone Castejón, viene el nombre de las Azonaicas —**al-zunayqāt**, los callejones— con el que aún se conoce unas callejas de esa ciudad que forman una red.

Su excepcional anchura o importancia daba nombre a calles de varias ciudades, como la **hāra Mayur** de Sevilla a fines del siglo XII, y la **al-zuqāq al-kabīr** de Córdoba (2).

Es posible que una calle de Murcia, que se llama Mayor —**Vico Maiori**— poco después de la conquista, en 1266, sea la traducción del nombre arábigo (3).

Otras vías y plazas se conocían por el nombre de una familia o personaje influyente que vivía o había vivido en ellas; así la calle de los Benignáchib, una de las más pobladas extramuros de Valencia, en el siglo XIII,

(1) Ribera, **Disertaciones y opúsculos. La Xarea de la Valencia musulmana**, II, p. 329.

(2) **Al-Sila**, pp. 187, 241, citado por E. Lévi-Provençal, **L'Espagne...**, p. 209, y Ibn Idārī (**Bayān**, II, p. 78; trad. Fagnan, II, p. 123).

(3) Ballester Beretta, **Itinerario de Alfonso X, rey de Castilla**, p. 429.

que ahora se llama de San Vicente (4); en la misma ciudad, cuando su conquista por el Cid, la calle Ben Yehhaf (el zumbo), por el nombre de un cadí, perteneciente a la nobleza valenciana 'Avingahaf, cuyas casas estaban en ellas. Sigue llamándose así cuando la conquista por Jaime I (5).

Era frecuente que, como en las ciudades cristianas medievales, las calles recibieran el nombre de los oficios o gremios que en ellos dominaban, de la industria o comercio que los ocupaba. Así el **saqqaṭīn** de Granada, la de los **hayyāt** (sastres), a oriente de la mezquita mayor, en Córdoba; tal vez la de Alfayates en Sevilla, citada en 1395 como lindante con la alcaicería (6), la de los perfumistas —**'aṭṭārīn**— en Valencia, en 624 (7); la de los **ḥaṭṭābīn** —leñadores— en Granada, aun llamada así en el siglo XVI, y que luego se llamó de San Gil y hoy ocupa parte de la Plaza Nueva (8); la calle de los carniceros en Córdoba (9); la de los Alatares, citada en un documento sevillano de 1359 como inmediata a la iglesia del Salvador, es decir, a la antigua mezquita mayor (10). En Granada existía en 1499 un arrecife de los barberos, inmediato al Darro, citado en una escritura árabe (11). En Córdoba también había la calle de los pañeros (12).

Era frecuente que calles y plazas tomaran los nombres de los barrios o arrabales en que estaban o a que se dirigían. Así, en Córdoba había un **zuqāq al-ṣabullārī**, sin duda en el **rabad** oriental de la mansión llamada Ṣabulār (13).

En la Zaragoza medieval había una calle del Azogue, recuerdo sin duda de un zoco o mercado que allí hubiera, tal vez en época musulmana.

Las puertas de las murallas prestaban su nombre en ocasiones a las calles a que daban entrada. Así en Granada la plaza que en el siglo XVI

(4) Ribera, **Disertaciones y opúsculos**, II, **La nobleza árabe valenciana**, p. 228.

(5) R. Menéndez Pidal, **La España del Cid**, II, p. 454; Ribera, **Disertaciones y opúsculos**, **La nobleza árabe valenciana**, p. 218.

(6) Antonio Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, p. CCCXXXVIII. Leg. 79. Archivo Catálogo de Sevilla.

(7) Ribera, **Enterramientos árabes en Valencia**, en **Disertaciones y opúsculos**, II, p. 259.

(8) Mármol, **Historia del rebelión**, t. I, p. 222; Gómez-Moreno, **Guía de Granada**, pp. 200 y 315.

(9) **Historia de la conquista de España de Abenalcotía el Cordobés**, trad. de don Julián Ribera, p. 55.

(10) Antonio Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, p. CCLXVI.

(11) Mariano Gaspar Remiro, **Escrituras árabes de Granada**, p. 9.

(12) Ribera, **H.^a Jueces de Córdoba**, pp. 203-204.

(13) **Al-Sila**, pág. 244.

seguía llamándose de Bib el Bount (Puerta de los estandartes), en el Albaicín, famosa en la historia de la rebelión de los moriscos (14).

En Granada, en el siglo XV, había una calle del antimonio —**zanqat al-kuhl**— que sin duda iba a una puerta —**bāb al-kuhl**— en la cerca de la ciudad, cuyo emplazamiento es desconocido (15). En la misma ciudad en dos contratos de compraventa de fines de 898/1492 y 898/1943, figura una calle de **siqāyat al-ḥabba** (Azacuyo o fuente del Cerezo), que parece estaba en las inmediaciones del Colegio de Santa Cruz, hoy de Santo Domingo (16).

Córdoba.

Zuqāq Dahīn (17) que conducía al cementerio de Ibn Abī'l-'Abbās al-Wazīr: La **rahbat** (plaza) **'Azīra** (18). Casa cerrando la calle de los Aserradores (**sawyers**), en el suburbio exterior de Córdoba en el reinado de 'Abd-al-Raḥmān III (19). En la calle de los carniceros encuentran un cadáver metido en una sera, en tiempo de 'Abd al-Raḥmān... hijo de al-Hakam (20). En tiempo del emir 'Abd Allāh, calle de al-Muṭṭillah, que empezaba en la derruida puerta de 'Abd al-Ḍabbār y llega hasta el lado extremo y acidentado al este de Córdoba (21).

Azonaica —**ar al-zunayqa**— pequeña calle.

En el reinado de 'Abd al-Raḥmān b. al-Ḥakam, calle de Muḥammad b. Šarāhīl al-Ma'āfirī, magistrado que dio su nombre también a una mezquita (22).

Los invertidos en Córdoba, muy numerosos, se agrupaban en una calle **darb Ibn Zaydūn** (sin duda el nombre del célebre visir poeta). Darb al-Zağ-ğālī (23).

(14) Mármol, I, pp. 116-117-119, 150, 222, 240.

(15) G. Lévi Della Vida, *Il regno di Granata nel 1465-66 nei ricordi di un viaggiatore egiziano*, p. 324.

(16) Luis Seco de Lucena, *Documentos árabes granadinos: I*, Documentos del colegio de Niñas Nobles, pp. 424-429.

(17) *Al-Sila*, p. 246.

(18) *Al-Sila*, p. 257, on y enterra en 415 (15 mayo 1024-3 mayo 1025) un savant cordouan dont on n'osa pas enmener le cadavre au cimetière à cause de la terreur que los Berbères faisaient régner dans la ville; E. Lévi-Provençal, *L'Espagne... au Xème siècle*, p. 209.

(19) *Al-Maqqārī*, adap. Gayangos, II, p. 147.

(20) Ribera, *Historia de la conquista de España de Abennalcotia*, p. 55.

(21) Guraieb, «*Al-Muqtabis*» de Ibn Hayyān, Cuadernos H. E., XV, p. 168.

(22) De Ibn al-Quṭīyya († 367), en Fagnan, *Extraits inédits*, p. 206.

(23) Lévi-Provençal, *Arabica Occidentalia*, I, pp. 50-52, r. VII.

En la época de 'Abd al-Raḥmān I **darb de Alfádal ben Ca'mil**. Plaza de 'Abd Allāh b. 'Abd al-Raḥmān b. Muawiya. Calle de los pañeros (24). **Maḥayyat Faḥlūn** (25), **zuqāq al šubultarī** (26); **Zuqāq Zur'a**, que desembocaba a Subullār (27); **darb Abī'l-Ašhab** (28); **raḥbat Ibn Dirhamayn** (29); **suwayqat al-qūmis** (30).

Plaza de qurayš (coraix) en Córdoba, en la que se perdió la bella doncella Zaynab (31).

Sevilla.

Un juez tenía su casa, en tiempo de 'Abd al-Raḥmān II en un barrio del extremo de la capital, por donde pasaba la calzada, en una calle llamada Magrana (32).

La calle de los Alatares, citada en 1359, junto a San Salvador, tendría el mismo nombre en época islámica (33).

Para ampliar el patio de la nueva mezquita ordenó Abū Yūsuf que fueran derribadas las construcciones que rodeaban al zoco pequeño de Sevilla, conocido entre las gentes antiguas con el nombre de plazuela del Clavo (34).

Lisboa.

Calle cerca de los baños calientes que se llama de los Aventureros (35).

(24) Ribera, H.^a **Jueces de Córdoba**, texto, pp. 40, 47 y 164; trad., pp. 50-57 y 204.

(25) **Al Sila**, p. 481.

(26) **Ibidem**, p. 244.

(27) **Ibidem**, p. 254; Ibn al-Faradī, II, p. 78.

(28) **Ibidem**, I, p. 181.

(29) **Ibidem**, pp. 275, 562.

(30) **Ibidem**, p. 196, y Lévi-Provençal, **L'Espagne musulmane au Xème siècle**, p. 209.

(31) B. A. H., X, p. 133; Miguel Asín Palacios, **El original árabe de la novela aljamiada «El baño de Zarieb»**, p. 386.

(32) Ribera, **Jueces de Córdoba**, p. 98.

(33) Leg. 38, Arch. Cat. de Sevilla; Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, p. CLXXVI. Documentu de 1327, el adarve de Aben Manda (Legajo 41, núm. 1, S. Salvador, Arch. Cat. de Sevilla. Boll. p. 222, núm. 1). Ibn al-Abbār en la **Takmila** (biogr. 1013) menciona la calle de los Libreros en Sevilla (Julián Ribera y Tarragó, **Bibliófilos y Bibliot. en la España musulmana**, en **Disertaciones y opúsculos**, I, p. 208.

(34) Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, p. 123.

(35) Al-Idrīsī, texto, p. 184; trad. p. 223.

Murcia.

«Via publica qui dicitur de Rabac Alahumet» (36). Rabac debe de ser **rabad** = arrabal; pudiera **rahla** = plaza.

Zaragoza.

Calle de Abū Jālid, en el arrabal de Sinhacha, en la parte occidental de la ciudad —compra de una casa un moro a otro (sin fecha, poco posterior a la conquista) (37).

Mallorca.

En Bofarull, **Repartimientos**: «zucaq vel vicum de Homar Abennagia»; zucaq Alcaid —p. 65—, zucaq Abombram —p. 64— vico de Abenbarba et Daben Alpua —«vico de Homariben Hacem Algelub Bihaomad Azzueyca (?) Bibeb Alhelet—vico de Raozoba Aben Ali Ile Forri Alcalafat —p. 66—, via que dicitur Aliaf —carraria de Hazen— p. 126; carraria Dabensir—carraria Babenxebib, carraria de Alatar, carraria de Aliquizab —p. 127—; vico de Adarb Dabuchec— vico de Muza Alquari Onabenrropehaer carraria de Aliquizab —p. 127—.

Una de las calles de Mallorca tenía el nombre de uno de los moros principales de la isla, Omar Abenxerri (38).

Guadix.

Al-Šuštārī, poeta andaluz, enterrado en Damieta (1212-1269). La otra nisba, Šuštārī, indicaría, según Ibn Luyūn, **zuqāq al-Šuštārī** (vulgarismo, aún en uso, por Tustar, ciudad en Susiāna). **Zuqāq al-Šuštārī**, barrio de Guadix, así llamado por unos emigrados persas (39).

Toledo.

Zocodover.

Sevilla.

Calle de Alfayates en 1395 (40).

(36) Miret i Sans, *Itinerari de Jaime I «el Conqueridor»*, p. 338.

(37) R. G. de Linares, en *Homenaje a Codera*, p. 175, núm. 2.

(38) Joaquín María Bover, *Memoria de los pobladores de Mallorca después de la última conquista por Don Jaime I de Aragón*, p. 48.

(39) L. Massignon, *Investigaciones sobre Šuštārī, poeta andaluz, enterrado en Damieta*, p. 32.

(40) Ballesteros, *Sevilla en el siglo XIII*, Leg. 79, Arch. Cat. Sevilla, p. CCCCXXXVIII.

Granada.

En el siglo XVI había en Granada una calle llamada del Hantar, evidente transcripción castellana del término árabe *šawtār*. Dicha calle, a la que probablemente daría nombre el baño en ella situado (Baño del *šantār*), aparece citada en el Libro de los Habices (41) y se encontraba cerca de la de Torres, en la colación de Santa María de la O (42).

Zacatín —Ropavejeros. En Ceuta existe el **zuqāq haṭṭāb** (calle del Leñador).

Andrea Navajero habitó en Granada en la calle de Zurradores «que son los que adoban los cueros» (43). Zancata Alcolombairi = **zanqat al-qulunbayrī**, calle del Colomerano (44).

Calle de Avenamar —«calle sin salida que entra en la calle de Avenamas» «Títulos de las casas principales que hoy son hospital de la Caridad y Refugio» 1532 (45). Establecióse la Compañía de Jesús en Granada, en 1554, en unas casas de la calle de Abenamas (46). La plaza larga, llamada del Albaicín a poco de la Reconquista y antes Almajura (47).

A fines del siglo XV —1466— había en Granada una calle —s— llamada «Via dell'antimonio» (**zanqat al-kuhl**) (48). La calle de San Matías se llamó el Axibin (49). «Darbalcata» se llamó la calle del Tinte (50). Plaza de San Gil, antes **al-Haṭṭābīn** (51). Calle de Ibn Labbāy en el interior de Granada en 871/1467 y que en el siglo XVI se llamaba Abenlapache —no localizada— (52). Calle de **siqāyat al-ḥabba** (Fuente del Cerezo), próxima al Convento de Santa Cruz, hoy Santo Domingo (53).

(41) Folio 40 v, núm. 365, publicado por Villanueva Rico, M.^a Carmen, **Habices de las mezquitas de Granada**.

(42) Luis Seco de Lucena, **La familia de Muḥammad X el Cojo, rey de Granada**, p. 381, núm. 1.

(43) Fabié, **Viajes**, p. 306.

(44) L. Seco de Lucena, **De Toponimia granadina**, p. 83.

(45) Angulo Iñíguez, **La pintura en Granada y Sevilla hacia 1500**, pp. 86-87.

(46) Gómez Moreno, **Guía de Granada**, p. 382.

(47) **Ibidem**, p. 482.

(48) G. Lévi della Vida, **Il regno di Granata nel 1465-66 nei ricordi di un viaggiatore egiziano**, p. 324.

(49) Gómez Moreno, **Guía de Granada**, p. 205.

(50) **Ibidem**, p. 312-313.

(51) **Ibidem**, p. 315.

(52) L. Seco de Lucena, **Documentos árabes granadinos**, pp. 419-420 y 422.

(53) **Ibidem**, pp. 424, 426-427 y 429.

Hubo en Granada durante la dominación musulmana más de una calle con el nombre de **Siqāya**; hoy la calle de Azacaya va de la de Elvira a la placeta del Boquerón.

Otras calles de Granada tenían estos nombres, «del Chinchicayrin», «calle de los Gelices», también llamada «calle de Gelies Minaleyman», «calle de los Especieros».

CALLES MAYORES Y SECUNDARIAS

La calle llamábase **zuqāq** (plural **aziqqa** y **zuqqān**), **zanqa** y **ṭarīq**. En Valencia perduró el nombre y aún a fines del siglo XIV —1372— se las conocía por el mismo, ligeramente transformado: **asucach** (1).

Las calles principales unían, como se dijo, las puertas opuestas de la cerca de la ciudad a través de su núcleo central, en el que acostumbraba estar la mezquita mayor y el comercio de mayor importancia, encerrado en la alcaicería y repartido por los zocos. La existencia de estos lugares de tráfico y de la mezquita mayor y el ser tránsito para los viajeros que entraban o salían de la ciudad, las hacía muy concurridas y ruidosas.

Era frecuente que la principal de esas calles se llamase Mayor, lo mismo que en las ciudades cristianas. Las había de ese nombre, que sepamos, en Córdoba, Sevilla, Mallorca, Murcia, Alcira y Ceuta. Eran la prolongación urbana, intramuros del camino principal y más frecuentado que conducía a la ciudad.

De esas calles quedan aún huellas en el plano de algunas poblaciones. En el de Córdoba se reconoce el trazado de las que atravesaban la **madīna** y unían las puertas opuestas: la principal, que va de norte a sur, desde la puerta del Osario o del León (**bāb Luyūn**), por la actual calle de Jesús y María, para bajar por la cuesta de Pedregosa, y tras su paso entre el Alcázar y la mezquita mayor, salir por la puerta del Puente (**bāb al-Qanṭara**). Esta gran calle se llamaba **al-Maḥayya al-'uzmā'** y pasaba bajo el **sābāt** o pasadizo que unía el Alcázar a la mezquita. Otra cruzaba también la ciudad, pero de noroeste a sudoeste, desde la puerta de Gallegos (**bāb 'Āmir**) a la de Hierro (**bāb al-Ḥadīd**), por las calles que hoy llevan los nombres de Concepción, Gondomar y Alfonso XIII, a Zapatería y, fuera ya de la **madīna**, para continuar por la **zuqāq al-Kabīr** (2).

(1) Manual, núm. 16, fol. 118, según cita de Teixidor, **Antigüedades de Valencia**, I, p. 142.

(2) Ibn 'Idārī, **Bayān**, II, texto, p. 77; trad., p. 124. Lévi-Provençal, **La Péninsule Ibérique**, texto, p. 156; trad., pp. 157-158. Ocaña, **Las puertas... de Córdoba**, pp. 143-151.

La Granada musulmana tenía también dos vías principales norte-sur y este-oeste, «que la cruzan por medio sin rodeos ni quiebras», cuyo recuerdo perduraba en el siglo XVI. La primera comenzaba en la puerta de Bibarrambla (**bāb al-Ramla**), para seguir por el Zacatín, principal vía comercial, plaza del **Haṭṭābīn** (de los Leñadores, en la después plaza Nueva), carrera de Darro y puerta de Guadix. La norte-sur comenzaba en la puerta de Elvira (**bāb Ilbīra**), para seguir por la calle de este nombre, **al-Haṭṭābīn**, por la Tornería y calles de la Colcha, San Francisco, Santa Escolástica, los Realejos y calle de Santiago, para terminar al final de ésta en la puerta de los Molinos (3). Tal vez fuera ésta la que, en una traducción de una carta árabe de 873/1468-1469, hecha en 1548, se nombraba Real (4).

Resto del trazado de las calles de Sevilla en época islámica sería la muy larga, probablemente la **hāra mayūr**, en la que el monarca almohade Abū Ya'qūb Yūsuf mandó construir un depósito para el agua conducida por los caños de Carmona, inaugurado en ȳumādā II 567/12 febrero 1172 (5). Sería la que el historiador Peraza llama Real y dice dividía Sevilla en el siglo XVI; comenzaba en la puerta del Arenal y seguía por las Gradass, calles de Placentinos y Francos, plaza de San Salvador y Espartería, calles de la Alhóndiga, de San Marcos, de Santa Marina y de San Gil, para salir a la puerta Macarena (**bāb Makarana**) (6). González de León afirma ser la calle principal de Sevilla: «se puede decir que es una calle casi derecha desde la Catedral por calle Abades hasta la puerta de Macarena, que es casi todo el largo de la ciudad de sur a norte» (7).

En la Valencia recién conquistada por Jaime I, una de sus calles principales debía de ser excepcionalmente recta, en contraste con los muchos sórdidos callejones, algunos abovedados, que en ella había. Efectivamente, en el **Repartimiento** figura «**totum illum barrium de uno capite ad aliud sicut via vadit recte de porta de Exarea usque ad portam Bebalaira**» (8).

Calle Mayor (**magnus vicus**) había en Mallorca, según su **Repartimiento** (9).

(3) Henríquez, **Anales de Granada**, pp. 31-32. Es posible que fuera vía más pasajera la que después del recorrido de la calle de Elvira seguía por la de San Matías, llamada entonces Axibín, para salir de la ciudad por la puerta de Bibatanbín (**bāb al-Tawwābīn**).

(4) Seco de Lucena, **Documentos árabes granadinos**, I, pp. 419 y 422.

(5) Crónica de Ibn Sāhib al-Salā, en Antuña, **Sevilla**, p. 99, texto árabe, pp. 133-134.

(6) Morgado, **Historia de Sevilla**, p. 328; Montoto, **Sevilla**, p. 23.

(7) González de León, **Noticia... de las calles de Sevilla**, pp. 405-406.

(8) Bofarull, **Repartimientos**, pp. 209 y 290.

(9) Busquets, **El código... del Repartimiento de Mallorca**, p. 281 y 290.

Periodos de gran decadencia, múltiples terremotos y reformas urbanas han alterado profundamente el trazado urbano medieval de Almería, pero a pesar de ello aún hay una calle que se llama Real de la Almedina, en la que estaba la mezquita mayor, y seguiría el trazado de la islámica.

En 1266, cuando Murcia acababa de ser conquistada, los reyes don Jaime I y don Alfonso X concedieron a un ballestero unas casas que fueron de Mahomat **in vico Maiori**, traducción seguramente de su nombre árabe (10). Será la calle citada por el cronista Muntaner, que dice pasaba por medio de Murcia **un carrer qui és ara un dels bels carrers de la ciutat ne sia en neguna ciutat: que el dit carrer és gran e ample e comença del lloc en qué es falso mercat, qui ést devant los Preïcadors, e dura entró a l'esgleia major de madona santa María: e en aquél carrar és la Pellicería, es els cambis, e la Drapería'e d'Altres oficis molt** (11).

En el **Repartimiento** de Alcira, hecho en 1249, recién pasada la ciudad a manos cristianas, figura una **via majori pública** (12).

Una calle Mayor o noble había en Ceuta en 1415, al ser conquistada por los portugueses. Se llamaba **zuqāq Ibn 'Isā**, con el nombre del cadí Abū 'Abd Allāh (Ben Isā) al-Tamīnī. Dividía la ciudad en dos partes, era espaciosa y en ella habitaban elevados personajes (13). Sería la **rua direita** a la que aluden Zurara y otros cronistas portugueses, en la que los más acaudalados comerciantes tenían sus tiendas (14).

Aún se reconoce el trazado de la calle principal que atravesaba Málaga de Levante a Poniente, de la que formaba parte la actual de Granada. Iba «desde la Alcazaba a lo que entonces era el baluarte donde después se abrió la Puerta Nueva, formando como hay tres diversas calles; las que se unían con ella bajando de la parte norte y las que de ella salían en dirección al mar; la plaza principal, o sea, la de las cuatro calles, como la llamaron los cristianos conquistadores a la que concurrían las arterias principales» (15).

Dentro de cada barrio o arrabal de alguna importancia había también su arteria principal. Cuando en 1236 unos caballeros cristianos de Andújar sorprendieron el arrabal oriental de Córdoba, preludio de la conquista de

(10) Ballesteros, **Itinerario de Alfonso X** (B. R. A. H., CIX, p. 429).

(11) Ramón Muntaner, **Crónica**, vol. I, 44-45. Era la calle llamada modernamente Trapería o Príncipe Alfonso, orientada norte-sur.

(12) Bofarull, **Repartimientos**, pp. 413 y 480.

(13) Lévi-Provençal, **Une description de Ceuta musulmane au XVe siècle**.

(14) Robert Ricard, **Recherches sur la toponymie urbaine du Portugal et de l'Espagne**, p. 162.

(15) Guillén Robles, **Málaga musulmana**, p. 485.

la ciudad, «barrearon todas las calles del arrabal de del Axarquía, salvo la cal mayor que vá derecha, que dexaron por o pudiesen yr en pos de los alaraves» (16). En el poblado o barrio extramuros de la Xarea, en Valencia, cita el **Repartimiento**, de esa ciudad la calle Mayor de la Xarea (17), modernamente de la Exedrea (desde la calle de la Congregación hasta el portal del templo). La **Karreriam mayorem ravallis** de Játiva figura como límite en un privilegio otorgado por don Jaime I en 1251 a los pobladores sarracenos de ese arrabal (18).

Las referencias al mayor o menor ancho de las calles, al no concretar su medida, son de escasa utilidad por ignorar el término de comparación usado para calificarlas. Dice al-Rāzī, en la primera mitad del siglo X, que abundaban en Béjar las calles hermosas y anchas (19). Dos siglos después juzgaba al-Idrīsī anchas las de Zaragoza (20). En 1526, cuando aún el trazado de las calles de la Sevilla musulmana no había experimentado grandes transformaciones, las describe Navajero anchas y hermosas; tal vez el clima húmedo y caluroso contribuyera a que las dieran mayor holgura que en otras poblaciones.

Estos eran casos excepcionales; abundan los juicios contrarios, alusivos a su estrechez, desde fines del siglo XV hasta los del neoclásico don Antonio Ponz. El notario mallorquín Pedro Llitrá, que entró en Málaga con los Reyes Católicos cuando su conquista en 1487, escribió que tan sólo tenía «más que dos o tres calles razonablemente espaciosas; las demás son tristes y tan estrechas que en algunas una caballería algo lozana apenas podría rebullirse» (21). Las calles del Albaicín de Granada las describe Münzer en 1494 como «tan estrechas y angostas que las casas en su mayoría se tocan por la parte alta, y por lo general un asno no puede dejar pasar a otro asno, como no sea en las calles más famosas, que tienen de anchura quizá cuatro o cinco codos, de manera que un caballo puede dejar paso a otro» (22).

Las **Ordenanzas de Granada** de la primera mitad del siglo XVI se refieren a «la estrechura de calles y plazas» (23). A final de siglo, Luis de Mármol afirmaba que eran las calles granadinas «tan angostas, que de una ven-

(16) **Primera Crónica General**, cap. 1046, p. 730.

(17) Bofarull, **Repartimientos**, pp. 179, 264, 290, etc.; Julián Ribera y Tarragó, **La Xarea de la Valencia musulmana**, p. 329.

(18) Fernández y González, **Estado social y político**, doc. XXIV, pp. 324-327.

(19) Al-Rāzī, **Description de l'Espagne**, p. 87.

(20) Al-Idrīsī, **Description... de l'Espagne**, texto, p. 190; trad., p. 230.

(21) Pi y Margall, **Granada, Jaén, Málaga y Almería**, p. 430, n. (1).

(22) Münzer, **Viaje por España y Portugal**, p. 43.

(23) **Ordenanzas... de Granada**.

tana a otra se alcanzaba con el brazo, y había muchos barrios donde no podían pasar los hombres de a caballo con las lanzas en las manos y tenían (los moros) horadadas las casas de una en otra para poderlas sacar: y esto dicen los Moriscos que se hacía de industria para mayor fortaleza de la ciudad» (24).

La calle de Elvira de Granada, las líneas de cuyo trazado no parecen haber variado mucho desde el siglo XV cuando se la conocía con el mismo nombre, puede dar idea de las dimensiones de las vías más importantes de las ciudades hispanomusulmanas. De principal y bastante ancha y larga la califica el citado embajador veneciano Andrés Navacero en 1526; durante los cuatro siglos transcurridos desde entonces no han desaparecido sus angosturas e irregularidades, a pesar de que hasta comienzos del actual continuó siendo la más importante vía de acceso al centro de la ciudad desde el exterior. La otra calle que cruzaba la ciudad de oriente a poniente no era más amplia.

Varios barrios de Sevilla, como el inmediato al Alcázar, conservaron hasta el siglo XIX callejones estrechísimos, entre ellos el del Ataúd, capaz para el paso de una sola persona. Por la calle Trasluz, que unía la de las Doncellas con la plaza de los Refinadores, con dificultad cabían dos personas pareadas. Muy angosta también era la antiguamente conocida por de la Especería de las Mujeres, paso desde la plaza del Pan a la calle de Ensaladeros (25). Varios callejones semejantes fueron derribados antes de mediar el siglo pasado en la parte sudeste del recinto murado. «Muchas calles angostas y no muy llanas... dificultosas de andar», escribió de las de Toledo Lucio Marineo Sículo en los primeros años del siglo XVI (26).

En el siglo XVII, época de gran bienestar y riqueza en Murcia, hubieron de ensancharse bastantes de sus calles, algunas de las cuales medían sólo cinco palmos (1,04 m.) (27).

Aún a fines del siglo XIX de las 228 calles existentes en Palma de Mallorca, 121, es decir, más de la mitad, tenían un ancho comprendido en uno y tres metros y 18 menos de dos (28).

La angostura de las calles aumentaba por los voladizos (29).

(24) Mármol, *Rebelión*, I, p. 37.

(25) González de León, *Noticia... de las calles... de Sevilla*, pp. 179 y 441.

(26) Marineo Sículo, *De las cosas memorables*, fol. 12 v.º

(27) Fuentes, *Murcia que se fue*, pp. 9, 11 y 126-127.

(28) *La ciudad de Palma*, por E. Estrada, p. 93.

(29) Véase *infra*, «Calles encubiertas» y «Las fachadas de las casas; salidizos y ajimeces».

Los escritores de los siglos XVI al XVIII, formados en la nueva estética urbana del Renacimiento, cargaban a los moros la culpa de la angostura de las calles de las ciudades españolas. De las de Toledo escribía el Doctor Pisa a comienzos del siglo XVII que ellos las habían dejado «angostas, torcidas y con veinte revueltas», por lo que la ciudad no cobró nunca «del todo el lustre y hermosura de calles, que los Romanos y los Godos dexaron en ella» (30). Hipótesis esta última bastante aventurada. Las **Ordenanzas** de Toledo y de Sevilla, recopiladas en el siglo XVI, pero de tradición medieval, prohibían volar las alas de los tejados de las calles, es decir, los aleros de las casas, más del tercio del ancho de aquéllas; quedaba «el otro tercio en medio, para ayre, e por do entre la lumbre, e para do caygan las aguas» (31). Como el vuelo de cada tejado apenas alcanzaría los 70 centímetros, el ancho de las calles no pasaba de los dos metros.

El deán Martínez Mazas, uno de los españoles de «la ilustración» del reinado de Carlos III, noblemente preocupado por el progreso del país, escribía de las casas y calles de Jaén que «por más que en quinientos cuarenta y cinco años que han pasado después de la conquista se habían renovado mucho, siempre manifiestan que fueron edificadas por los moros. Las calles son angostas y torcidas» (32).

Don Antonio Ponz, en su **Viaje de España**, siempre que encuentra en las ciudades visitadas calles «estrechas, torcidas y montuosas» (Toledo), «tor-tuosas y angostas» (Málaga) y el «desorden y angostura» en la mayor parte de las sevillanas, carga la culpa a «la superstición o rusticidad morisca» de sus antiguos vecinos mahometanos, «cuyas costumbres eran bárbaras en extremo», y pide que les quiten «todas las fealdades que tienen resabios de Moriscos» (33). Con mirada menos clasicista vio Teófilo Gautier las calles de Toledo; dice que desde sus casas fronteras podrían darse la mano dos personas a través de la calle y nada más fácil que pasar de una a otra si bellas rejas no impidiesen esas familiaridades aéreas.

El romántico viajero estuvo en Toledo durante el verano y percibió la sombra, el fresco y el encanto de sus callejuelas por las que se circulaba a cubierto, protegido del sol por los aleros. Ante tanta protesta por su angostura, es el primero que las defiende con muy discretas razones: «Su escaso ancho sería motivo de indignadas protestas de todos los partidarios de la civilización que tan sólo sueñan con plazas inmensas, vastos jardi-

(30) Pisa, **Descripción... de Toledo**, fol. 26 v.º

(31) **Ordenanzas... de Toledo; ordenanzas de Sevilla**, cap. XXV, fol. CXLIII.

(32) Martínez Mazas, **Retrato... de Jaén**, p. 40.

(33) Ponz, **Viaje de España**, t. primero, p. 19; t. IX, pp. 211-212; t. XVIII, p. 220.

nillos públicos, calles desmesuradas y demás embellecimientos más o menos progresivos; sin embargo, no hay cosa más razonable que calles estrechas bajo un clima tórrido, de lo que se apercibirán pronto los arquitectos que han hecho «tan anchas hendiduras en el núcleo de Argel» (34).

De lo tortuoso y quebrado de tales vías dice elocuentemente el nombre de Siete y Doce revueltas que tenían algunas en varias ciudades. En el barrio de San Pedro de Córdoba estuvieron las Siete Revueltas de Santiago (35); la de Siete Revueltas de Sevilla, cerca del Salvador, se cita en un documento de 1476 y aún continuaba a mediados del siglo XIX (36); otra de idéntico nombre había en Murcia, callejón quebrado inmediato a la torre de la Catedral (37). De las Doce Revueltas se llamaban en 1488 unas callejuelas malagueñas a las que daba ingreso un arco y aún se conoce por Siete Revueltas un callejón de la misma ciudad, en parte desaparecido al hacer la calle de Larios (38), una calle en Carmona, cerca de la puerta de Sevilla, y otra ciega, sin salida, en Toledo.

Una calle de la **madīna** de Fez, se llama **Sab' a luyāt** (Siete recodos) (39). Al existir en ciudades marroquíes calles con ese nombre, cabe la sospecha de que el de las españolas sean traducción del que tuvieron en época islámica.

El frecuente y caprichoso cambio de ancho y dirección de las calles, daba origen a abundantes rinconadas que hacían oficio de pequeñas plazuelas. En éstas o en las calles más holgadas había accidentalmente algún árbol. El geógrafo al-Qazwīnī cuenta una de las maravillosas anécdotas que del místico Muḥammad b. al-'Arabī, al que conoció en Damasco en 630/1232, circulaban en Oriente como referidas por el mismo: «había en una de las calle de la ciudad de Sevilla una palmera, la cual se había ido inclinando tanto hacia el medio de la calle, que, obstruía ya el paso de los transeúntes, y por eso comenzó la gente a hablar de la necesidad de cortarla, hasta que decidieron hacerlo así al día siguiente». En sueños vio aquella noche Ibn al-'Arabī «al Profeta junto a la palmera que se le quejaba y le decía: «¡Oh Profeta de Dios! Las gentes quieren cortarme porque les

(34) Gautier, **Voyage en Espagne**.

(35) Ramírez de Arellano, **Paseos por Córdoba**, II, p. 44.

(36) Ballesteros, **Sevilla**, p. CCCXXXX. Estaba en la Parroquia del Salvador; era muy angosta y servía de comunicación a la plaza del Pan con la calle del Burro (González de León, **Noticia... de las calles... de Sevilla**, p. 415).

(37) Fuentes, **Murcia que se fue**, p. 217.

(38) Guillén Robles, **Málaga musulmana**, pp. 485 y 488; Díaz Escobar, **Apuntes... sobre... calles de Málaga**, pp. 37 y 44.

(39) Lévi-Provençal, **Hist. Esp. Musul.**, III, p. 372.

estorbo el paso. Y el Profeta le acarició con su mano bendita y se enderezó». Desde entonces las gentes tuvieron en gran veneración aquel lugar (40).

Es muy posible que en Sevilla y en otras ciudades andaluzas hubiera calles enladrilladas bajo el dominio islámico; más tarde, en poder de cristianos, lo estaban todas, como afirma Antonio de Lalaing en su relato del viaje de Felipe el Hermoso por España en 1501 (41). Lo repite, como cosa pretérita, González de León en 1839; todavía entonces una calle, última que se empedró, llamábase anacrónicamente Enladrillada (42). En las **Ordenanzas** de Sevilla figura un «Título del obrero de la cibdad: y del ladrillar de las calles», en el que se reproduce una carta de los Reyes Católicos, fechada en Granada a 13 de octubre de 1500, confirmando algunas ordenanzas sobre conservación de calles soladas de ladrillo (43). En 1534 algunas calles de Málaga, entre ellas la de Santa María, también lo estaban en la misma forma (44). León el Africano y Luis del Mármol Carvajal dicen que en el siglo XVI la plaza de Fez situada delante de la mezquita de los Andaluces estaba enladrillada (45), dato que refuerza la creencia de que también lo estarían plazas y calles de algunas ciudades andaluzas bajo el dominio islámico.

Córdoba tenía un sistema de amplios colectores que bajaban hacia el río desde la parte alta de la ciudad por las calles principales y recogían en el trayecto las aguas sucias de las alcantarillas secundarias (46). Martínez Mazas aludía a fines del siglo XVIII al alcantarillado musulmán de Jaén, que creo no ha sido motivo después de referencia ni estudio alguno. Ciudad abundante en fuentes, «los sobrantes escribió, con las demás aguas inmundas van a parar a las Madres o cloacas bien profundas que hay en el medio de las calles; y ésta es la mejor obra que acaso dejaron los árabes, por lo que nada se vierte a la calle, y está la ciudad muy limpia» (47).

Del tratado de **hisba** de Ibn ʿAbdūn parece deducirse que en la Sevilla almorávide de los primeros años del siglo XII había alcantarillas en los sitios de desagüe de muchas aguas sucias, construidas por los propietarios de las fincas que las producían y en verano se prohibía que corriesen por las calzadas. Las gentes debían de cuidar de que no echasen basura, inun-

(40) *Kosmographie*, p. 334; **El Islam cristianizado**, por Asín Palacios, pp. 46-47.

(41) Lalaing, **Voyage de Philippe le Beau**, p. 202.

(42) González de León, **Noticia... de las calles... de Sevilla**, p. 269.

(43) **Ordenanzas de Sevilla**, f.º LXXIII.

(44) Moreno de Guerra, **Los corregidores de Málaga**, p. 165.

(45) León Africano, **De la descripción de Africa**, p. 135; Mármol, **Descripción general de Africa**, libro cuarto, cap. XXI, f.º 90.

(46) Francisco Azorín, **El alcantarillado árabe de Córdoba**, pp. 181-182.

(47) Martínez Mazas, **Retrato... de Jaén**, p. 43.

dicias ni barreduras delante de sus casas y estaban obligadas a reparar los baches en ese lugar. A los vendedores y a los fruteros se les prohibía instalarse con sus mercancías en las calles angostas (48).

En Granada, dice Münzer, escaseaban las cloacas. En todas las calles había «canales para las aguas sucias, de manera que cada casa que no tiene cañerías por las dificultades del lugar, puede arrojar durante la noche sus inmundicias en aquellos canales» (49).

Los Reyes Católicos ordenaron la construcción de alcantarillado en Toledo (50) y en Granada (51).

Excusado es decir que todos los transportes en el interior del área urbana se realizaban en acémilas, caballerías o borricos, como hasta hoy en el Albaicín y en otros barrios viejos de Granada y de otras ciudades andaluzas, lo que se reflejaba en las dimensiones de algunas partes de los edificios, al no ser posible llevar en esas condiciones más que materiales de reducidos peso y magnitud, así como en el tiempo invertido en la construcción.

(48) Ibn 'Abdūn, **Sevilla**, pp. 119-120 y 164.

(49) Münzer, **Viaje por España y Portugal**, p. 43.

(50) Clemencín, **Elogio... Reina Católica**, p. 261.

(51) **Ordenanzas... de Granada**, f.º IIII.

ALCAICERIAS

Ya no hay en la Alcaicería
tela que no esté comprada
ni joya en la platería.

LOPE DE VEGA

«La envidia de la Nobleza»

Acaso algún mercader
que deseando temprano
ganar la alcaicería,
llegaba a la Alhambra ufano
aun antes de amanecer.

JOSE ZORRILLA

«Granada, II» (Edic. 1895, p. 174)

La palabra árabe **al-qayṣāriyya** —plural, **al-qayāṣīr**—, castellanizada, ha dado nuestra «alcaicería». Designaban ambas a la vez, tanto en el oriente como en el occidente islámico, una institución comercial y el edificio o conjunto de edificios que la albergaba. Desde el siglo XVI hasta hoy todos los escritores que se han ocupado de las alcaicerías coinciden con rara unanimidad en suponer que ese nombre deriva de un adjetivo griego que dio origen al latino **Caesarea**, a través del bizantino **Kaisareia**, abreviación de «mercado imperial» o «cesáreo», institución de Estado, a diferencia del **fundaq**, propiedad con frecuencia de particulares. Parece, pues, que la institución es de ascendencia helenística. Se ha creído ver su prototipo en la **qayṣāriyya** fundada por un emperador romano en Antioquía, gran basílica cubierta y cerrada, con tienda y almacenes en su interior, donde las ricas mercancías estaban seguras, o en otra construcción semejante de la opulenta Alejandría (1).

(1) **Supplément aux dictionnaires arabes**, por R. Dozy, t. II, p. 432. «El Alcaicería, que hasta ahora guarda el nombre romano de César (a quien los árabes en su lengua llaman



Definición perfecta es la del llamado **Diccionario de Autoridades**, si a ella se agrega el ser la alcaicería propiedad regia: «Sitio y barrio separado, que se cierra de noche, en que hai diferentes tiendas, en las quales se vende la seda cruda, o en rama, y no otro género alguno de seda: y aunque en lo antiguo se fabricaban y texían varias telas, el día de oy no se fabrican y únicamente está destinada para la venta de la seda. Con-sérvase en las ciudades de Toledo y Granada, y sólo habitan en él los que de noche tienen el cuidado de guardar las tiendas» (2).

La alcaicería en el mundo islámico fue un amplio y público establecimiento comercial, cuya disposición y destino variaban algo de una a otra ciudad y con el transcurso de los años. Era unas veces un gran patio con pórticos o galerías cubiertas en torno y tiendas, talleres, almacenes y hasta alojamientos a modo de un **fundaq**, **jān** o **caravanserail** privilegiado. Otras, una calle, cubierta o no, con pórticos y tiendas abiertas a ellos. En ocasiones llamábase alcaicería a un pequeño barrio comercial de callejuelas angostas o a una plazuela rodeada de establecimientos mercantiles.

En Oriente el término **al-qayṣāriyya** cayó pronto en desuso, sustituido por los más recientes **jān** —persa—, **fundaq**, **wakāla** y **okel** (3). Desde luego, hay una cierta confusión entre todos ellos, justificada por el común destino comercial de esos edificios. Las características más acusadas de las alcaicerías eran: el pertenecer al monarca; su magnitud, mayor que las del **fundaq** y del **sūq** —en ella podía haber varios zacos—, y fundamentalmente ser construcción cerrada, con acceso por una o varias puertas que tan sólo se abrían en las horas comerciales, guardada por vigilantes. Por ello se destinaba al almacenamiento y venta de los productos de lujo, es decir, de los más caros.

Alcaicerías hispanomusulmanas.

Escasos son los datos publicados acerca de alcaicerías cordobesas de época califal. Conservábase en Córdoba hasta hace algunos años una

caizar), como casa de César» (Hurtado de Mendoza, **Guerra de Granada**, ed. Rivadeneyra, t. XXI, p. 90). Repiten lo mismo Sebastián de Covarrubias, **Tesoro de la Lengua Castellana o Española**, p. 71; Mármol Carvajal, **Desc. general de Africa**, lib. 4, cap. 22; León Africano, **Description de l'Afrique**, trad. Jean Temporal, t. I, p. 364. Pedro de Alcalá traduce **qayṣāriyya**, por «lonja de mercaderes» (Petri Hispani, **De lingua arabica libri duo**, Pauli de Lagarde, p. 295). Gunnar Tilander, **Los fueros de Aragón**, p. 242, propone la etimología: **alcáçar**, **alcácer**, **alcacería**.

(2) **Diccionario de la lengua castellana**, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad..., compuesto por la Real Academia Española, t. I (Madrid, 1726), pp. 175-176.

(3) **Encyclopédie de l'Islam**, II, pp. 700-701, **Kaiṣāriya**, por M. Streck; Massignon, **Situation de l'Islam** (París, 1939), pp. 21-22.

plaza rectangular de cuatro o cinco celemines de tierra, vasto patio en el centro de una manzana, próxima a la gran mezquita, sin más ingreso que los postigos de las casas que la rodeaban, llamado tradicionalmente alcaicería (4). Documentos poco posteriores a la reconquista de la ciudad la localizan ya en ese lugar, por lo que puede asegurarse su origen islámico. En uno de 1241, es decir, cuando tan sólo llevaba Córdoba cinco años en poder de los cristianos, consta la donación hecha por el monarca al prior don Gonzalo, de una alfondega próxima a Santa María (la mezquita mayor consagrada), donde vendían pescado, cerca de la alcaicería. Por un privilegio rodado de 1281, Alfonso X dio al cabildo de la Catedral, entre otros bienes, las tiendas en que se vendían las ollas, en la collación de Santa María, entre la alcaicería y la calle que iba desde la Catedral a la puerta de la Pescadería, la **bāb al-Hadīd** —puerta de Hierro— árabe, situada en el lienzo oriental de la cerca y junto al río (5). Esa calle es la que se llama hoy del Cardenal González.

Consta la existencia de la alcaicería en Valencia en la segunda mitad del siglo XII. En ella puso tienda de libros, a pesar de su mala letra, ibn Mantiyāl de Murviedro, nacido antes del año 550/1155-1156, y muerto en Valencia en 611/1215 (6).

Aunque Ibn Sāhib al-Salā, contemporáneo de su construcción, no la dé este nombre al describirla, una alcaicería formaban indudablemente los zocos, mandados edificar por el sultán Abū Yūsuf Ya'qūb, en Sevilla, en 582/1195-1196, poco después de haber ampliado la mezquita mayor, levantada algo antes. «Se construyeron los zocos y las tiendas... con la más sólida construcción y más hermoso estilo de esta arquitectura, que era una cosa admirable, extraordinaria por este tiempo. La parte edificada fue provista de cuatro grandes puertas que la cerraban por sus cuatro costados; las mayores son la oriental y la del norte, que corresponden a la puerta septentrional de la aljama. Y cuando se acabaron de construir estos zocos con sus tiendas, fueron allí trasladados el zoco de los perfumistas, el de los comerciantes de tela, el de los **marcateles** (7) y sastres. La gente, llena de satisfacción, se apresuraba a pujar por alqui-

(4) Con ese nombre figura en el primer plano de la ciudad de Córdoba, levantado en 1811, que se conserva en su Ayuntamiento y fue publicado por Miguel Angel Ortí Belmonte, **Córdoba durante la Guerra de la Independencia**.

(5) Libro de escrituras, encuadernado en tablas, del Arch. de la Cat., según cita de Rafael Ramírez de Arellano, **Historia de Córdoba**, IV, pp. 11 y 44; Miguel de Manuel Rodríguez, **Memorias para la vida del Santo Rey Don Fernando III**, p. 453.

(6) Ibn al-Abbār, **Takmilat al-Sila**, edic. Codera, **Bibl. Ar. Hisp.**, t. V-VI, biog. 1.434.

(7) Mercado de ropas hechas, llamado en árabe hispánico **marqatān**, del romance **mercadal** (Lévi-Provençal y García Gómez, **Sevilla a comienzos del siglo XII. El tratado de Ibn 'Abdūn**, p. 180).

larlos. Con esto produjo el impuesto un rendimiento considerable y una prolongada satisfacción» (8).

Alcaicería se nombra ya a esta construcción en documentos cristianos de época inmediata a la reconquista de la ciudad. Fernando III concedió en 1250 a los pobladores de su barrio de Francos el mismo privilegio que tenían los del de igual nombre de Toledo, de comprar y vender libremente en sus casas paños y otras mercancías: «que no sean tenudos de guardar nuestro Alcázar, ni el Alcaicería de levato, nin de otra cosa, así como non son tenudos los del barrio de Francos en Toledo» (9). Alfonso X, por carta fechada en 1253, dio y otorgó a Pedro Fernández, judío que se tornó cristiano, una «tienda en Seuilla que se tiene con la eglesia de sancta maría la mayor et esta tienda es la primera que se tiene con la puerta por que ome entra a la Iglesia de parte del Alcaçeria a la mano siniestra». Por otras cartas del año 1274 del mismo monarca, consta que había en ella almacenes de aceite (10). La ciudad pagaba su guarda; 8.000 maravedises debían abonar en 1381 los que tenían tiendas y compraban y vendían en ellas (11). Por documentos de 1357 y 1411 sabemos que lindaba con las calles de Alfayates y Génova (12). Confirman su situación, en el mismo emplazamiento que bajo el dominio musulmán, documentos de 1389 y 1422 en los que consta que su puerta estaba frontera a la del Perdón de la Catedral, y que había tiendas en su interior (13).

En la segunda mitad del siglo XVI, la alcaicería sevillana, que debía de conservar su estructura y organización islámicas, vio sus mercaderías acrecentadas con las riquezas llegadas de Indias, según refleja la ponderativa descripción de Alónso de Morgado: «Cosa es maravillosa la gran riqueza de muchas calles de Sevilla de todo lo bueno y curioso de Flandes, Grecia, Génova, Francia, Italia, Inglaterra, Bretaña y además partes Septentrionales, y de las Indias de Portugal. Y la otra suma riqueza de la alcaycería, o Alcaycería de Oro, y Plata, Perlas, Cristal, Piedras Preciosas, Esmalte, Coral, Sedas, Brocados, Telas riquísimas, toda Sedería y Paño muy finos. Es la Alcaycería vn barrio de por sí lleno de tiendas de Plateros y Escul-

(8) P. Melchor M. Antuña, **Sevilla y sus monumentos árabes**, p. 141 del texto árabe y 123-124 de la trad.

(9) Manuel Rodríguez, **Memoria para la vida del Santo Rey don Fernando III**, p. 145.

(10) **Sevilla en el siglo XIII**, por Antonio Ballesteros, docs. núms. 60, 179, 182 y 183, pp. LXII-LXIII; CXCI-CXCII; CXCIV y CXCVC-XCVCVII.

(11) Ramón Carande, **Sevilla, fortaleza y mercado (Anuario de Historia del Derecho Español, II, p. 337)**. En 1295 era guarda Per Yannef de la «alcaçeria de Seuilla» (**Documentos lingüísticos de España, I, Reino de Castilla**, por Ramón Menéndez Pidal, p. 471).

(12) Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, pp. CCCXXIX y CCCXXXVIII. Arch. Cat. Sevilla, leg. 79.

(13) **Ibidem**, pp. CCCXXIX, CCCXXXIII y CCCXXXVIII, Arch. Cat. Sevilla, legs. 31 y 34.

tores, Sederos y Traperos con toda la inmensa riqueza, que se vela de noche, con sus puertas, y Alcayde, que también de noche las cierra, con llave (14).

Unos cincuenta años más tarde, Rodrigo Caro describe también la alcaicería sevillana, con mayor precisión respecto al edificio: «No solene, ni grandioso, es muy grandiosa la riqueza que en sí comprehende, y de mayor valor que una gran ciudad, porque en ella están los mercaderes, de sedas, paños, telas, brocados y otras mercancías deste género, precio: y allí mismo están los plateros, en cuyas tiendas se hallan oro curiosamente labrado, plata, diamante, rubies, esmeraldas, topacios, perlas y otras piedras de gran precio. Y es de ponderar que en un pequeño cerco, que se ceirra de noche y guarda, aya la mayor riqueza, que junta se pueda hallar en muchas ciudades de todo el Reyno, desamparándola sus dueños, quando más riesgo pudiera correr, que es de noche, por no aver allí casas de vivienda acomodadas».

Prosigue el erudito sevillano localizando la alcaicería, de la que se salía «luego a Cal de Alfayates, dexando a la mano derecha dos calles de mercaderes, que son la famosa calle de Francos, y Cal de Escobas donde se venden todas quantas cosas se traen del Setentríon, con que los extrangeros despojan suavemente nuestra plata y oro» (15). En el plano de Sevilla levantado en 1771 por iniciativa del Asistente don Pablo de Olavide, figura la alcaicería, llamada en él de «la Seda», entre las calles de Escobas y Génova, las gradas y la plaza de San Francisco; en su interior se señalan la calle de Batiojas y algunas otras estrechas, circundando manzanas bastante regulares.

Poco antes de 1839 estaba reducida a una sola y corta calle, llamada de la Alcaicería de la Sede; en cada uno de sus extremos había un robusto arco, bajos ambos, sobre los que se levantaban habitaciones de las casas inmediatas (16), puertas sin duda, de las que antes sirvieron para cerrar de noche la alcaicería. A mediados del siglo XIX aún cita Madoz la «Alcaicería» en Sevilla (17), sus restos desaparecieron posteriormente de la topografía urbana.

(14) **Historia de Sevilla**, por Alonso de Morgado, pp. 167-168; la primera edición de 1587. Juan de Mallara escribía por entonces: «La Alcacería para los paños, Sedas, Plata, Oro, Perlas y piedras preciosas, lienço, telas de Oro y Brocado, todo debaxo de sus puertas y alcayde» (**Recebimiento que hizo la muy noble y muy leal Ciudad de Seuilla a la C. R. M. del Rey D. Philipe. N. S.**, f.º 149).

(15) Rodrigo Caro, **Antigvedades y principado de la ilvstríssima ciudad de Sevilla**, f.º 61 v.

(16) **Noticia histórica del origen de los nombres de las calles... de Sevilla**, por don Félix González de León, pp. 161-162.

(17) Pascual Madoz, **Dicc. geog.-est.-hist. de España y sus posesiones de Ultramar**, XIV, p. 387.

En 1357 había otra alcaicería en Sevilla, probablemente la que precedió a la construida a fines del siglo XII por los almohades, pues estaba inmediata a la mezquita mayor vieja, es decir, a la Iglesia del Salvador (18).

El plano de Olavide la nombra «Alcaicería de la Loza», con el que la registra González de León en la primera mitad del siglo XIX; dice era una calle bastante angosta y no muy larga, que hasta pocos años antes se cerraba de noche con puertas bajo un arco que había en su entrada. Pasaba la calle desde la plaza del Pan a la de las Carnicerías y en lo antiguo se llamó de Alatares, nombre que indica fue en la Edad Media —y probablemente en la época árabe— alcaicería de especieros y droguistas, en vez de los vendedores de loza sevillana, juguetes y figuras de barro que la ocupaban en sus últimos tiempos. Innovación de éstos es que estuviese habitada, sin que, a pesar de ello, fueren mayores sus reducidísimas tiendas, tan angostas, dice González de León, que no podían estar en ellas los cadáveres de los que allí morían, por lo que se depositaban de cuerpo presente en una capilla existente a la salida de la calle. Arco y capilla habían desaparecido cuando escribía el citado autor (19).

El **Repartimiento** de Palma de Mallorca menciona dos alcaicerías, una de ellas de los alatares, es decir de los especieros (20).

Consta en las Ordenanzas dadas en Jaén, en 1489, por los Reyes Católicos, para el acrecentamiento y gobernación de Málaga, que, según los repartidores nombrados por esos monarcas el «çircuyto de alcaeçería de la dicha çibdad es todo tiendas e están caydas e mal Reparadas, por no aver quien las repare, porque aquellas con las otras de la dicha çibdad es mucha cantidad de tiendas, e que sería e es más nuestro serviçio que se diese para solares e casas, que no las dichas tiendas se cayan. Por ende mandamos a los dichos nuestros Repartidores que repartan la dicha alcaeçería a quien entendiesen que más prestamente e mejor la podrán labrar de casas» (21). No es posible fijar con exactitud los límites de la alcaicería malagueña; debía de estar al final de la calle de Almacenes, hacia lo que es hoy el Conventico y sus alrededores. Tenía hacia 1490 varias puertas: una abría a la calle de Carpinteros, otra a la del Ciprés; la calle del Naranjo llevaba desde unas tiendas situadas bajo la mezquita mayor hasta un portal de la alcaicería; otro de sus ingresos era por la calle del Arco, así llamada, sin duda por uno de ingreso a ese edificio. En 1492

(18) Ballesteros, **Sevilla en el siglo XIII**, p. CCCXXXVIII, Arch. Cat. Sevilla, leg. 79.

(19) González de León, **Noticia histórica**, pp. 160-161.

(20) **Repartimientos de los reinos de Mallorca, Valencia y Cerdeña**, por Próspero de Bofarull y Mascaró, pp. 120-121.

(21) **Documentos históricos de Málaga**, por Luis Morales García-Goyena, I, p. 3.

se demolieron las casas de la alcaicería que impedía la prolongación de la calle Nueva desde la calleja del Duende a la actual de Zapateros (22).

Subsistía en 1495 y en 1501 la alcaicería malagueña como institución, igual que la de Almería, al parecer en el mismo lugar (23).

Según el **Repartimiento** de Vélez-Málaga, la alcaicería de esta ciudad ocupaba el solar del actual Ayuntamiento y del mercado inmediato: en ella hubo una pequeña mezquita. En la judería del mismo lugar se cita otra alcaicería. El citado documento alude a una «desbaratada», a la mezquita existente en ella (24).

La alcaicería granadina.

Casi intacta conservóse la disposición general de la alcaicería árabe de Granada hasta el año 1843, en que un incendio la destruyó por completo. Mármol Carvajal dice que era muy rica, «como la de la ciudad de Fez, aunque no tan grande, donde acudía toda la contratación de las mercaderías de la ciudad»; testimonio valioso por conocer dicho autor ambas en el siglo XVI (25).

La más antigua referencia de que tengo noticia de la de Granada, es una carta de venta de dos tiendas en ella, hecha en 10 şafar 865 (24 noviembre 1460) por el monarca Sa'd, a Abū-l-Haýýâý Yūsuf, hijo de su alcaide y guacir Abū-l-Qāsim b. al-Sarrāy, en el precio de 750 dinares de oro (26).

Pocos años después, el 22 muḥarram 883 (26 abril 1478), se alude a ella el relatar una fuerte tormenta que tuvo lugar mientras el monarca Mulay Hasan revistaba a sus tropas desde una alcoba situada frente a la puerta de la Huerta del Rey —el Generalife—. Creciendo mucho el río Darro, arrancó grandes árboles situados en sus márgenes, que atravesándose en el puente del Qādī, llamado más tarde de Santa Ana, formaron una presa

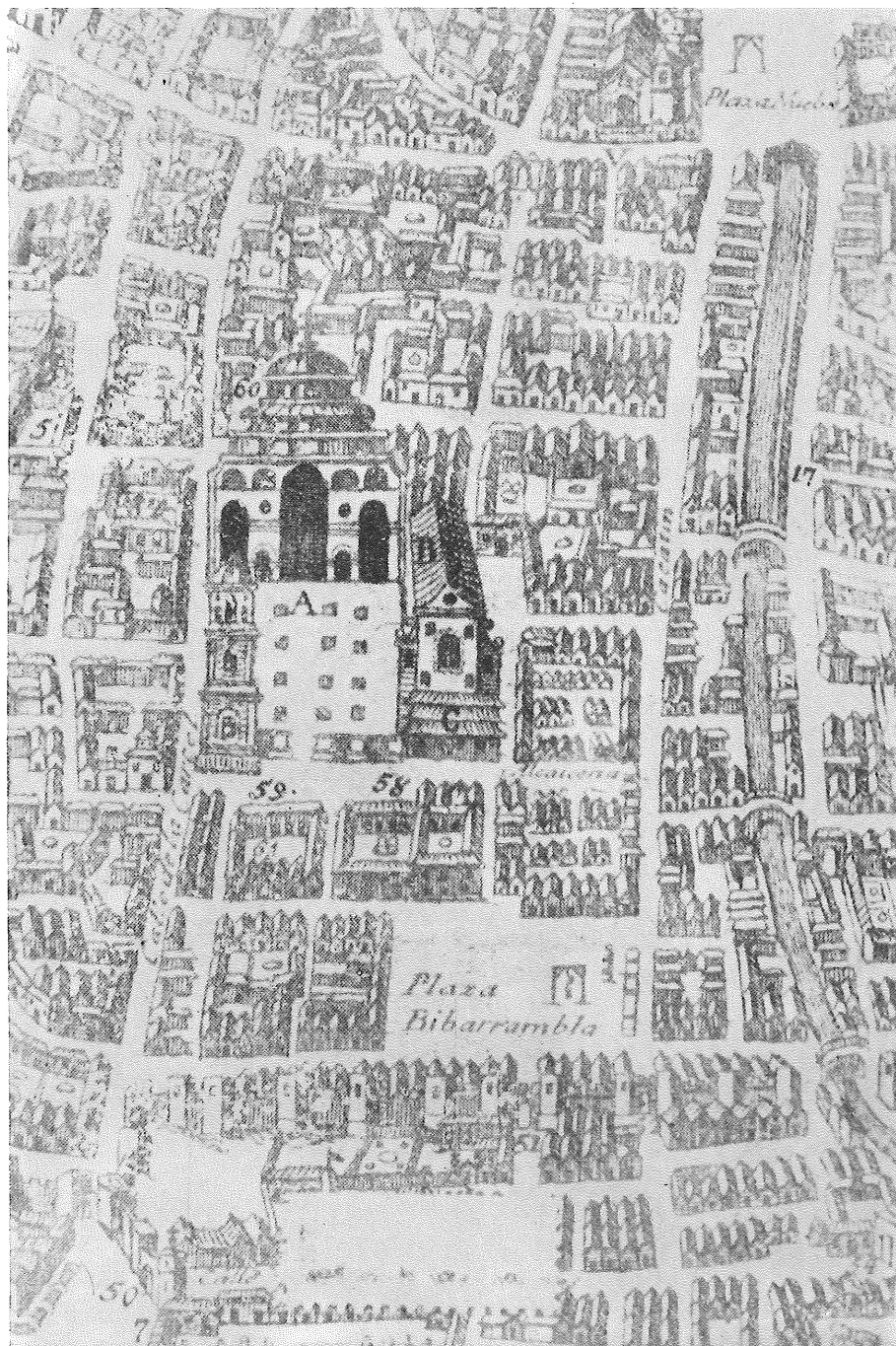
(22) **Málaga musulmana**, por F. Guillén Robles, pp. 490, 491 y 493; **El ensanche de Málaga, El de Puerta del Mar**, por Joaquín M. Díaz de Escobar, en **Estudios malagueños**, p. 6. Guillén Robles, en el plano que publica de **Málaga musulmana** —p. 470—, a base del dibujado en 1791 por don José Carrión de Mula, sitúa la alcaicería en el centro de la ciudad, en la manzana que hace esquina a la «plaza de las Cuatro Calles» la que más tarde se llamó «Principal» y de la «Constitución»), entre las de Granada y Santa María, en el solar ocupado en los primeros años del siglo XIX por el convento de religiosas de Nuestra Señora del Carmen.

(23) Morales y García-Goyena, **Docs. Hist. de Málaga**, I, pp. 60 y 127-128.

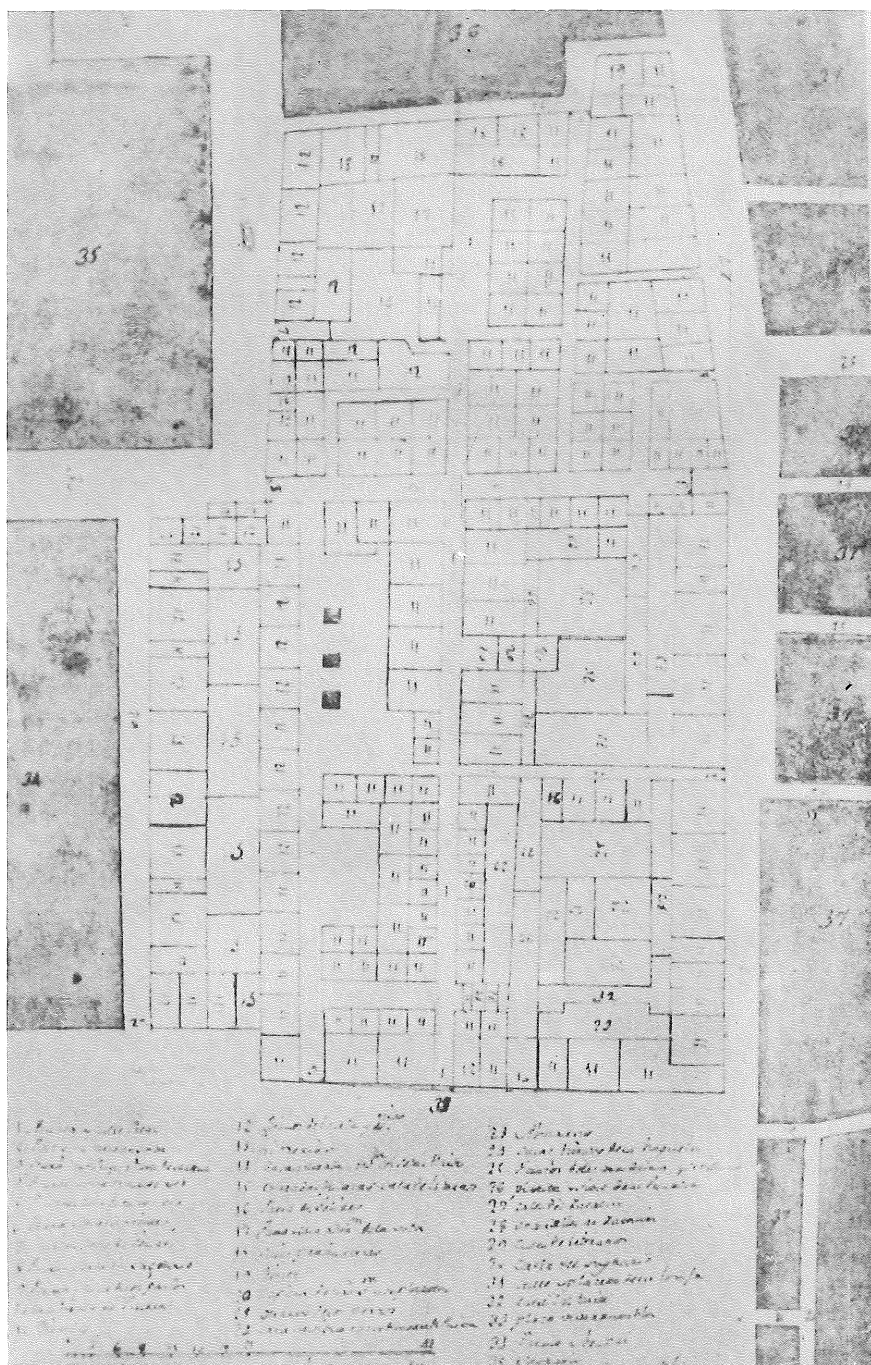
(24) **Repartimiento de Málaga y su Obispado, Vélez-Málaga**, por Juan Moreno de Guerra, pp. 390 a 392.

(25) Mármol, **Rebelión**, segunda impresión, I, p. 37.

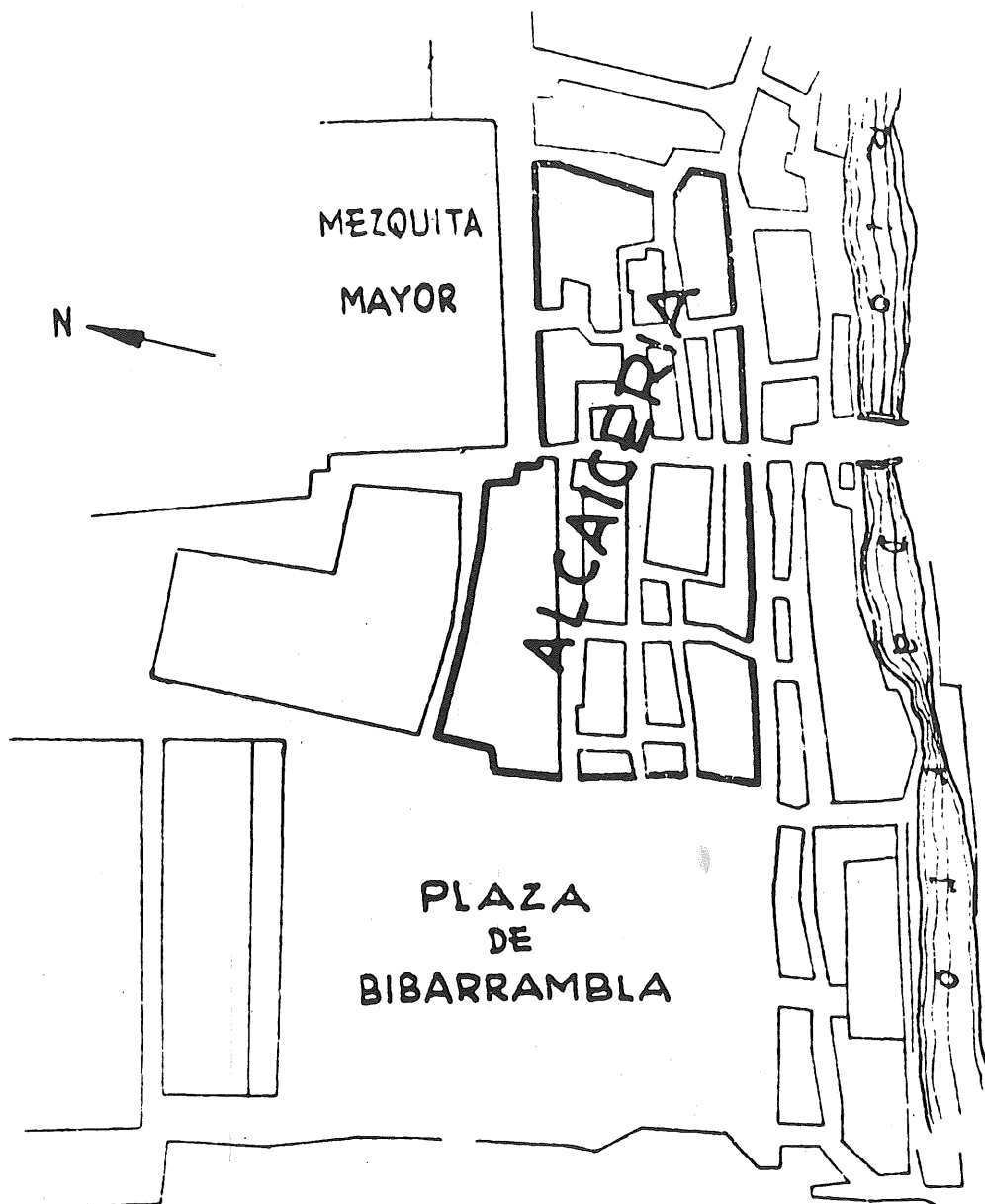
(26) **De los Bení Nasr o Naserías de Granada**, apéndice B a las **Ilustraciones de la Casa de Niebla**, por Alonso Barrantes Maldonado, t. II (**Memorial Histórico Español**, p. 563).



Granada. Alcaicería de Granada y sus inmediaciones en los primeros años del siglo XVII, según la Plataforma de Vico.



Granada. Planta de la Alcaicería de Granada y calles que la circundan, según su actual estado, dibujada en 1787 por Tomás López (Arch. Gen. de Simancas).



Granada. Plano de la Alcaicería, según Ventura Sabatel.

y permitieron el embalse de gran cantidad de agua que inundó el Zacatín, las «Cortidurías» y la Alcaicería, muchas de cuyas tiendas se anegaron, con destrucción de gran cantidad de ricas mercancías almacenadas en esos lugares (27).

En tiempo de los reyes moros había un alamín de la alcaicería (28) y, según sabemos por un real despacho de los monarcas Católicos fechado en Granada a 15 de julio de 1501, continuando la tradición nazarí, tan sólo en las alcaicerías de Granada, Málaga y Almería se podían comprar la seda en madejas, así como «amarjamarlas» (es decir, marchamarlas), y pagar los derechos del arancel correspondiente, siendo los tres citados los depósitos centrales para los efectos del fisco, donde se registraba toda la seda recogida (29). Proporcionaban dichas alcaicerías uno de sus mayores ingresos a los monarcas nazaríes, que permitieron levantar fortalezas y palacios y sostener una suntuosa corte. Los Reyes Católicos respetaron semejante organización que tan buena renta producía (30).

En 1502, cuenta Antonio de Lalaing, señor de Montigny, venido a España con el séquito de Felipe el Hermoso, que en la alcaicería granadina se vendía mucha seda —sin duda en bruto— para exportarla a Italia, así como los bellos tejidos, labrados con ella a la morisca, de gran variedad de colores y muy distintas labores (31).

Residente en Granada en el verano de 1526, al mismo tiempo que el emperador Carlos V, recién casado con Isabel de Portugal, describe el el embajador veneciano Navagiero la alcaicería como lugar cerrado, con

(27) **Las cosas que pasaron entre los reyes de Granada**, y relación árabe anónima, de la pérdida de Granada, ambas en **Relaciones de los últimos tiempos del reino de Granada**, pp. 18 y 146-147.

(28) «Minuta de lo tocante al asiento que se dió a la ciudad de Granada por los Reyes Católicos acerca de su gobierno» (Manuscrito de la Bibl. de El Escorial, sin fecha, publicado en **Colección de docs. inéditos para la Historia de España**, VII, p. 472).

(29) «y los otros derechos que en cualquier manera pertenezcan y sean devidos a su Magestades de la dicha seda en madexas, como a Reyes de Granada: lo que se pague y cobre en vna de las tres alcaicerías de las ciudades de Granada, y Málaga, y Almería, como se han cobrado y pagado, y acostumbrado pagar y cobrar los años passados». Morales García-Goyena, **Documentos históricos de Málaga**, II, pp. 127-130). Este documento expresa claramente cómo los Reyes Católicos respetaron la organización islámica de la alcaicería. Velázquez de Echevarría (**Paseos por Granada**, p. 203) dice que bajo dichos monarcas, en los primeros tiempos de dominación cristiana, los jelices siguieron siendo moros. Nadie podía vender la seda (**Nueva Recopilación**, lib. 9, tit. 30, leg. 9) fuera de la alcaicería en el reino granadino, trocarla ni tomarla, por ningún concepto, como dádiva ni como pago. Ninguna madeja podía circular dentro del reino, ni salir de él sin pasar por la alcaicería. En ellas los poseedores recibían guía a los efectos del tránsito (Ramón Carande, **Carlos V y sus banqueros, La Hacienda real de Castilla**, p. 315).

(30) A comienzos del siglo XVII, dice Henríquez de Jorquera que la alcaicería granadina era «una de las mayores rentas que su magestad tiene, pues en todo el reino se consumen más de treinta mil ducados» (Francisco Henríquez de Jorquera, **Anales de Granada**, p. 82).

(31) **Voyage de Philippe le Beau en Espagne, en 1501**, por Antoine de Lalaing, p. 205.

múltiples callejas, llenas por todas partes de tiendas en las que los moriscos vendían sedas y multitud de baratijas (32).

Pocos años después, Lucio Marineo Sículo dice que había en la alcaicería de Granada «casi doscientas tiendas en que de continuo se venden las sedas y paños y todas las otras mercaderías, y esta casa (que se puede decir pequeña ciudad) tiene muchas callejas y diez puertas, en las cuales están atravesadas cadenas de hierro que impiden que no puedan entrar cabalgando, y el que tiene cargo de la guarda della, cerradas las puertas, tiene sus guardas de noche y perros que la velan, y en nombre del Rey, cobra la renta y tributo de cada una tienda» (33).

A comienzos del siglo XVII, Bermúdez de Pedraza escribía que en las tiendas de la alcaicería de Granada se vendía «todo género de seda, texida y en madexa, oro, paño, lino y otras mercaderías que resultan destas. Tiene un Alcayde que nombra el del Alhambra, el qual la guarda y vela de noche; la abre y cierra de día, y tiene cuidado de su limpieza». Por los mismos años Henríquez de Jorquera refiere que estaba entonces «todo el trato de la seda en ella con su grande aduana para todo el reino, con sus jelices y corredores de lonja; tiene de derechos catorce reales y medio por libra, en maço o rama, que todo es uno... Es una de las mayores rentas que su magestad tiene, pues en todo reino se consumen más de treinta mil ducados. Está dentro de ella el trato del lino, con su aduana, y el gran trato de los paños, aunque tiene su aduana fuera del alcaycería» (34).

En la segunda mitad del siglo XVIII dicha alcaicería, según Velázquez de Echevarría, arrastraba vida lánguida, a causa de la gran decadencia del comercio e industria de la seda, reducida entonces su cría a una tercera parte de lo que fue dos siglos atrás, por lo que bastantes tiendas estaban vacías. El mismo autor se refiere a sus diez puertas, casi doscientas tiendas y a la guarda ejercida de noche por el alcaide y perros vigilantes. Descríbela como formada por dos partes: en «una están las Lonjas, o tiendas de Comercio de Seda tanto las de Angosto, como de Ancho; y en la otra, los Oficios de xelices (*yalīs*, corredores que recibían, guardaban y vendían allí mismo la seda en subasta y la cobraban), que es como sitio aparte, y la Aduana con todas las Oficinas q le pertenecen. Seis eran los oficios de xelices, considerables y de grande aprovechamiento, para la alcaicería, y otros seis de corredores de lonja para allí mismo, donde se vende la ropa

(32) **Viaje de Navajero en Viajes por España de Jorge de Eingen...**, anotados y con una introducción por don Antonio María Fabié, pp. 289 y 400-401.

(33) L. Marineo Sículo, **De las cosas memorables de España**, en **Viajes por España**, de Fabié, pp. 560-561.

(34) Henríquez de Jorquera, **Anales de Granada**, pp. 82-83.



de seda» (35). Antes, dice también el mismo autor, no había en ella más que gentes del arte de la seda, pero en 1632 entró un escribano, al que puso pleito el comercio y se vio obligado a marcharse por sentencia cinco años posterior, lo que no acredita la celeridad de la justicia. Poco después se fueron instalando otros oficios, y cuando escribía Velázquez había lineros, escribanos y algunas otras tiendas ocupadas por gentes sin relación alguna con el arte de la seda.

La alcaicería pertenecía, como se dijo, al real patrimonio y la gobernaba un alcaide nombrado por el de la Alhambra, el cual habitaba dentro de ella y era siempre persona noble y rica; en ocasiones, caballero veinticuatro. Para custodiar y proteger mercancías y caudales se designaba una guardia diaria. Llegada la oración, cerrábanse todas las puertas y establecimientos, así como los guardas los postigos interiores de las casas de circunvalación; las ventanas que daban al interior de la alcaicería tenían rejas para impedir escalos y robos; hacíase una requisa minuciosa y retirada la guardia, quedaban dentro dos guardas y el alcalde, para la vigilancia nocturna, soltándose grandes y feroces perros de presa. La apertura era en invierno a las ocho de la mañana, y a las siete en verano gobernándose el alcaide con el esquilón de la iglesia mayor cuando estaban en prima. No se abría el recinto en los días festivos, y sólo por la casa del alcaide comunicaban los comerciantes para sus negocios hasta la hora del mediodía.

Un incendio casual, ocurrido en la noche del 19 al 20 de julio de 1843, que duró ocho días, destruyó por completo la alcaicería granadina; ardieron cincuenta y dos establecimientos (36). La reconstrucción, terminada en el año siguiente, fue inmediata, de acuerdo con los planos preferidos por una comisión nombrada al efecto, con pretensiones arqueológicas y monumentales, «queriendo imitar la arquitectura árabe» (37); «se alinearon las calles, variando su forma y ensanche, se suprimieron otras que servían de travesía». «Ya se están formando nuevas calles fabricadas con alguna más regularidad que las antiguas», escribía por entonces Lafuente Alcántara (38). Según don Rafael Contreras, antes del incendio «era un espacio más estrecho todavía que lo es hoy, con tiendas tan pequeñas que algunas no tenían hueco para el vendedor, el cual se situaba sobre el mostrador o

(35) **Paseos por Granada**, por el Doctor don Juan Velázquez de Echevarría, paseo XI, pp. 83 y 203-205.

(36) **La Alcaicería**, por Indalecio Ventura Sabatel (**Bol. del Centro Artístico de Granada**, pp. 131-132).

(37) **Manual del Artista y del Viagero en Granada**, por José Giménez Serrano, pp. 178-180.

(38) **El libro del viajero en Granada**, por don M. Lafuente Alcántara, p. 216.

fuera de él. Hoy la decoración árabe es demasiado simétrica para caracterizar este especial recinto» (39).

Para conocer la disposición de la alcaicería de Granada, además de los anteriores datos, poseemos algunos documentos del siglo XVI, hechos con fines fiscales, y dos planos. Como perduraron desde la reconquista con escasas variaciones los modestos edificios que la integraban y su organización interna, unos y otros pueden servir para el intento de evocarla bajo los monarcas nazaríes.

Los documentos, cuyo conocimiento debo a don Manuel Gómez Moreno, están o estaban en el archivo municipal de la ciudad y son el «Libro de la renta de los propios de la cibdad de Granada, 1506», el «Libro de censos de propios, 1528», y el inventario de los «Bienes que la agüela q son de su magestad, 1552». De los planos, el más antiguo, inédito, que firma don Tomás López y lleva la fecha de 10 de octubre de 1787, se conserva en el Archivo Central de Simancas (40). El otro fue publicado en el **Boletín del Centro Artístico de Granada** por don Indalecio Ventura Sabatel el año 1890, casi medio siglo después de la destrucción de la alcaicería, pero es resultado de la escrupulosa recopilación de datos y memorias anteriores al incendio (41). Ambos planos coinciden en sus líneas generales, pero el de don Tomás López es de más perfecta regularidad: casi todas las callejuelas se cruzan a escuadra y las tiendecitas son rectangulares.

Ocupaba la alcaicería unos 4.591 metros superficiales, extendiéndose hacia oriente más que la actual, hasta la calle del Tinte, llamada en época árabe Darbalcata y en el siglo XVI calleja de la Azacaya de los Tintes (42), en la parte llana y de poniente de la ciudad, junto a la mezquita mayor, cuyo solar ocupa hoy el Sagrario de la Catedral. Sendas calles la separaban a norte de dicha aljama y de las construcciones que precedieron al palacio arzobispal; a mediodía su límite era el Zacatín —*sāqqatīn*— vía de gran importancia comercial, y a occidente la plaza de Bibarrambla, llamada nueva en 1495 y notablemente agrandada más tarde. Como dice Velázquez de Echevarría, constaba de dos partes: una a oriente, cuadrilátero sensiblemente rectangular, de 1.541 metros, ocupado por las oficinas de los jelices y aduana y administración de la seda, y otra a poniente, de mayor

(39) **Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba**, por Rafael Contreras, pp. 341-342.

(40) «Diseño por planta de la Alcaizería y calles que le circundan según su actual estado, sugeto al pitipié de varas castellanas, echo por Thomás López (s. f., Granada, 10 de octubre de 1787). Tinta y color encarnado, 229 x 478 mm. (Arch. gen. de Simancas, G.^a y J.^a, 132).

(41) «Plano de la alcaicería en la época de los árabes». Ventura Sabatel, **La Alcaicería (Bol. del Cent. Art. de Gran., V, p. 140)**.

(42) **Guía de Granada**, por Gómez-Moreno, pp. 218 y 313.

extensión —3.050 m.²—, pues siendo su longitud aproximadamente igual a la anterior, era algo más ancha, prolongándose hacia norte. Ocupaban ésta abundantísimas tiendecitas. La calle principal de los Sederos, más amplia que las restantes, separaba ambas partes; iba desde la mezquita mayor al Zacatín en dirección norte-sur, y se prolongaba hacia mediodía para atravesar a poca distancia el río Darro por **al-qantara al-ʿYadīda** —el puente Nuevo—, más tarde llamado del Carbón, frente al cual se abría la puerta monumental del **fundaq ʿYadīd** —el Corral del Carbón—, felizmente conservada. Dicha calle se cerraba por puertas, delante de las que había poyos con cadenas para impedir el paso a las caballerías.

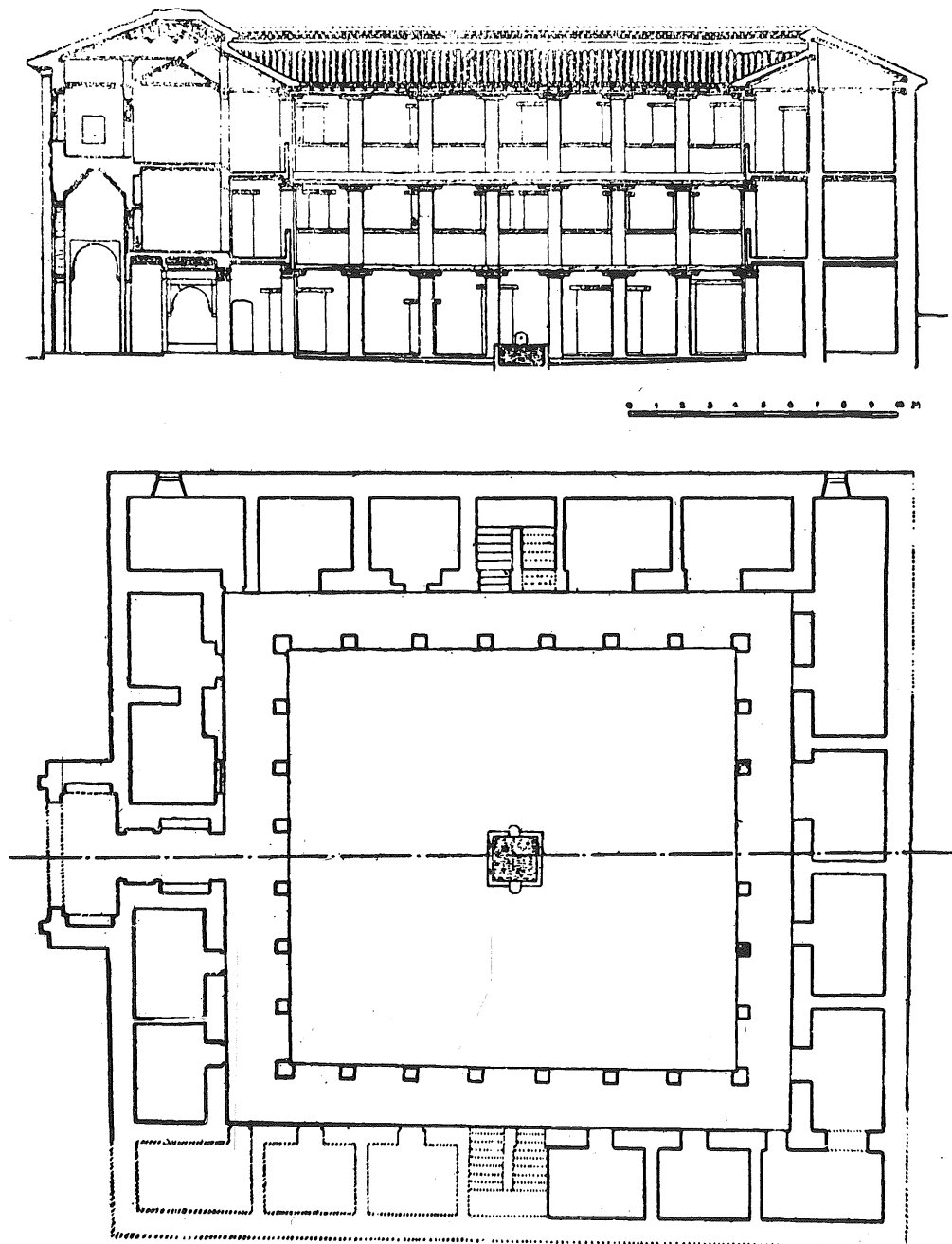
Ambas partes dividíanse en manzanas, de muy desigual superficie, estrechas y largas, dispuestas para que en todo su perímetro hubiera tiendas de poco fondo, cerradas sus espaldas por tabiques medianeros, sin patio alguno. La mayoría de las callejuelas longitudinales y las transversales, cortábanse sensiblemente a escuadra, según un trazado de cierta regularidad (43), no faltaban algunas minúsculas plazoletas, patios más bien por sus reducidas dimensiones.

De las restantes entradas a la alcaicería —diez en total—, cuatro correspondían a cada una de las dos partes. En la oriental, la inmediata a la mezquita mayor, se llamaba de los «Gelizes» en el siglo XVIII; conservaba su nombre antiguo y era ingreso a una corta callejuela que conducía a una plazoleta, del mismo nombre, en la que estaban la aduana —pequeñísima— y casa de la administración de la seda. En 1522 se cita en esta parte una calle de «Jelis Minaleyman». En su testero hubo una mezquita, en la que se hicieron tiendas propiedad de la iglesia mayor, en la primera mitad del siglo XVI (44). La especiería estaba entonces en esa calle de los Gelizes, y la calle de los Especieros salía a la iglesia mayor.

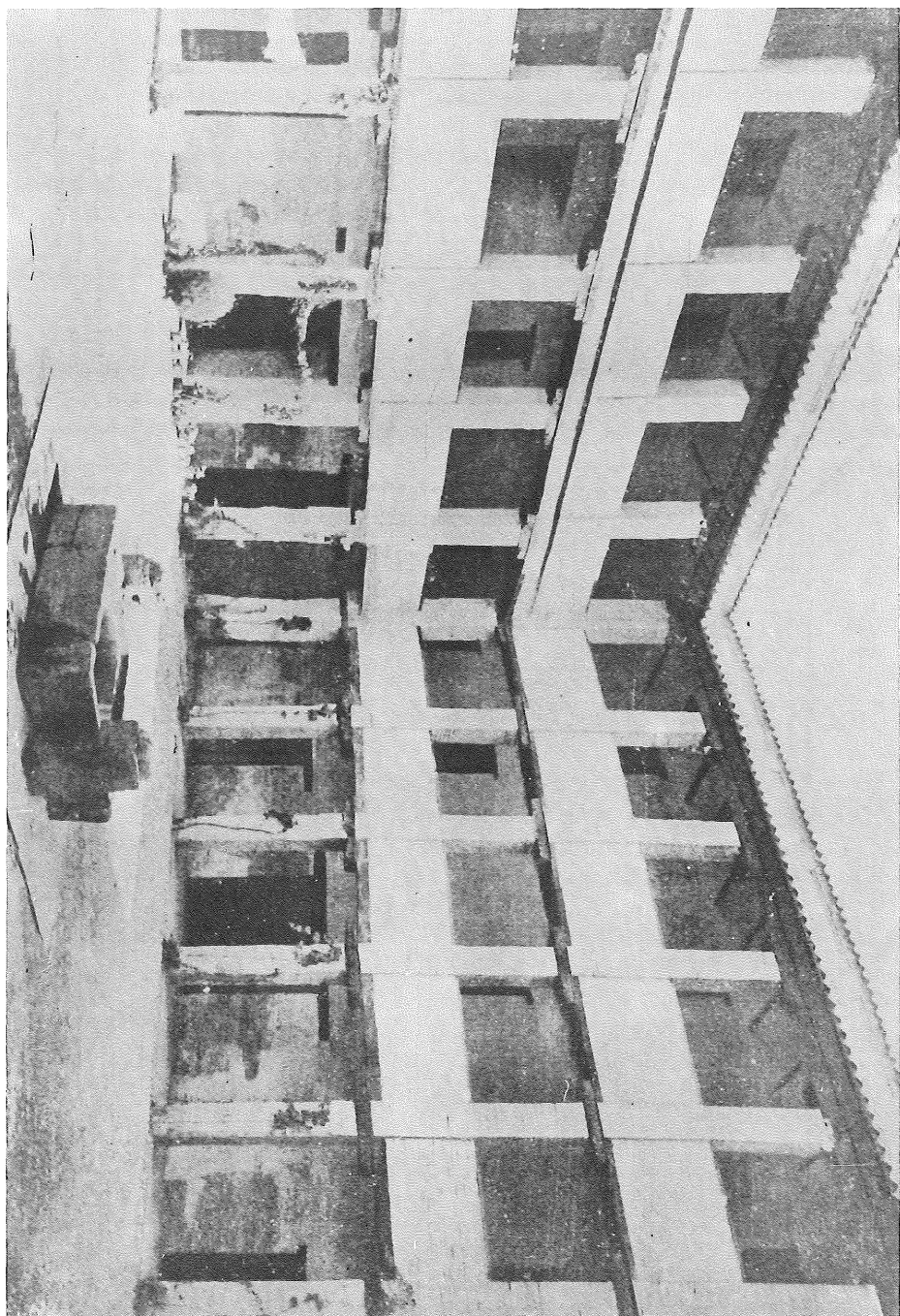
El plano de López señala una «Puerta y calle de los Tintes» en la parte más oriental de la alcaicería, y una tienda o local «tinte» en su periferia; aquélla la separaba de la que era en el siglo XVIII casa de los seises de la catedral: poco más allá estaba el edificio que fue madraza en la época islámica y ayuntamiento después de la conquista, separada de la citada casa por la calle del Estribo, abierta poco después de 1492. Los documentos del

(43) El plano de don Tomás López ofrece, según queda dicho, un trazado de calles mucho más regular que el de Ventura Sabatel; en este aspecto, creemos más próximo el último a la realidad. Es curioso señalar el hecho de que cuando los musulmanes españoles edificaban de nueva planta un pequeño barrio comercial, cosa que sin duda ocurrió con esta alcaicería, disponían las calles normalmente, según un trazado regular. Análogo debió de ser el de la alcaicería almohade de Sevilla, con sus cuatro puertas que parecen indicar dos calles formando cruz.

(44) Ventura Sabatel sitúa en su plano una pequeña capilla en la parte occidental de la alcaicería; sin duda se instaló en lugar distinto al ocupado por el oratorio musulmán.



Granada. Corral del Carbón. Planta baja y sección longitudinal.



Granada. Corral del Carbón. Parte restaurada (primera mitad del siglo XIV). (Foto Torres Molina.)

siglo XVI sitúan las tintorerías en lugar próximo, entre el Zacatín y el Darro; la callejuela de los Tintoreros iba al río, además de una «calle del azacaya donde lavan la seda» (45). Al quedar en parte desocupada la alcaicería por la decadencia del comercio de la seda, debieron de instalarse en ella algunas tintorerías, en lugar próximo a las existentes de antiguo, como vimos que se establecieron los escribanos y otras oficinas e industrias.

Dos puertas a mediodía marca el plano de López, de comunicación de esta parte de la alcaicería con el Zacatín, y llama a ambas «Puerta y casa de nuevo uso». Consta, efectivamente, que se abrieron hacia mediados del siglo XVI, cerrando al mismo tiempo una chiquita intermedia, que Ventura nombra «de los Tapiceros y Alfombristas», y daba paso a una callejuela del mismo nombre. Cerca de la calle de los Gelizes estaba la del Cambio y Préstamo, con puerta a la alcaicería.

En la parte poniente había tres puertas, ingreso, desde la plaza de Bibarrambla o otras tantas callejuelas: López las llama «Puerta y calle de los Paños» y «Puerta y calle Real»; la tercera estaba entonces convertida en tienda y, según Ventura, quien la dibuja abierta, se conocía por «de los Quincalleros». Una cuarta puerta, o más bien postigo, comunicaba por una calle angosta el interior con el Zacatín; en 1843 nombrábase de los Plateros; éstos, por lo menos desde el siglo XVI, ocupaban lugares inmediatos. Próxima, con puerta a la alcaicería había en la primera mitad del siglo XVI, una calle llamada del «Chinchicayrin» o «Chinchacayrin», en la que expedían sus productos los calceteros; la alhóndiga del lino; otra de Traperos; una que se decía hamiz Minaleyman, y los Capoteros. En esta parte parece que se vendían en 1506 —probablemente, lo mismo que bajo la dominación árabe— marlotas y almayzares, y el lugar conocíase por «Almercatyl» (46). También se hallaban en la parte más occidental de la alcaicería el lugar de la guardia, el cuarto de los perros, y algunos patios y almacenes, consecuencia sin duda estos últimos de reformas hechas bajo la dominación cristiana. A una calle que comunicaba la transversal que dividía la alcaicería con la plaza de Bibarrambla, Ventura llama, en su parte más próxima a ésta, «de los Traperos», y «de los Lineros» la continuación; en ambas había sendos cobertizos.

Las casi doscientas tiendas de la alcaicería, según recuento de Lucio Marineo Sículo en el siglo XVI, se habían reducido a fines del siglo XVIII,

(45) Frontera de la mezquita mayor, en la plaza del Colegio, había una calle llamada **Garbi exima** —Occidente de la aljama— que debía de ser una de las exteriores de la alcaicería.

(46) Tal vez **al-marqatān** (Véase supra nota 7).

en el plano de don Tomás López, a 153, de las que 90 estaban en la parte occidental (47). Ventura Sabatel, dice de ellas que eran «reducidas», con una sola puerta que abría hacia la calle y formaba techo que sostenían con pescantes de hierro (probablemente de madera en la época árabe) y servían para defender al comprador de la lluvia o de los rayos solares. Otras tiendas que por la estrechez de la calle no permitían cerrarse en forma descompuesta, lo hacían con tablas sueltas de las cuales encajaba una con otra... Sólo tenían la planta baja cubierta de teja en forma de colgadizo, y se dividían unas de otras por una citara de ladrillo, y de pilastra medianera, un cuartón de pino puesto de punta que sostenía la carrera y vuelo del colgadizo o tejado y servía al mismo tiempo para clavar el herraje de seguridad de ambas puertas colindantes. Estaban pintadas de almagra, siguiendo la costumbre árabe, y el pavimento de las calles estaba empedrado de un mosaico menudo, en unas con dibujos árabes y en otras con romanos, y se distinguía por su finura y conservación la importancia de los comerciantes que las ocupaban» (48).

A fines del siglo pasado aún subsistía en estado ruinoso la pequeña casa de la aduana de la seda, en el número 5 de la calle del Tinte; el arco de su sala alta lucía por ambas caras con «finos adornos arábigos de mediados del siglo XIV». Tan sólo quedaban dos palabras de la inscripción cúfica que lo encuadraba; reproducía las fórmulas religiosas acostumbradas. Los techos del corredor inmediato y de una alcoba situada a mano izquierda de la sala eran de viguetas, con tablas recortadas entre ellas; lo restante de la construcción parecía ser del siglo XVI (49). Aún permanecía en aquella un pescante de donde se colgaban los tercios o fardos de las cargas de seda para pesarlos en el acto de recibirlos; después, se colgaba la seda al aire libre para su oreo y a las veinticuatro horas se repasaba nuevamente a presencia del vendedor y comprador, para evitar la mala fe o fraude si venía robada (50).

Alcaicerías marroquíes.

Conviene la mayoría de los autores en que las alcaicerías pasaron de la España musulmana a Marruecos. Es indudable la semejanza de las situadas a uno y otro lado del Estrecho de Gibraltar, por lo que para completar el cuadro de las hispánicas no estará de más aportar algunos datos sobre las segundas en la época medieval.

(47) Además de los oficios de la seda y tiendas de paños, que eran los tradicionales, había entonces en la alcaicería otras de tintes, librerías, almacenes y escribanías.

(48) Ventura Sabatel, **La Alcaicería**, pp. 131-132.

(49) **Guía de Granada**, por Gómez-Moreno, p. 314.

(50) Ventura Sabatel, **La Alcaicería**, pp. 138-139.

Según el **Qirtās**, Idrīs, al fundar Fez en los primeros años del siglo IX, edificó la alcaicería al lado de la mezquita, y en torno dispuso tiendas y plazas (51). En el siglo XVI la describió muy detalladamente León el Africano. Rodeábanla murallas y se extendía por muchas callejuelas y algunas plazuelas, comprendiendo innumerables tiendecillas. Tenía doce puertas y por la noche guardábanla vigilantes armados, provistos de linternas y perros (52). Aproximadamente un siglo después, Fr. Francisco de San Juan del Puerto dice que la alcaicería del Viejo Fez estaba en el centro de la ciudad, en llano y muy cerca de la mezquita mayor: «Es como una villa, con sus muros y buenas puertas, con cadenas atravesadas para evitar la entrada de los caballos. Tiene quince calles de muy buenas tiendas, todas consecutivas unas a otras, sin interpolación de casa que no sea tienda; porque allí no vive familia alguna, ni de noche duerme persona; porque saliéndose todos los mercaderes cierran las puertas, quedando todo aquello a cuenta del Alcayde de la Alcayzería; y éste ronda con sus guardas aquel sitio, saliéndolo él a los daños, y saliendo la retribución de este desvelo del común de los mercaderes. Todas las tiendas que venden unos géneros mismos están juntas en una o en más calles; de forma que para buscar el género que se necesita, no es necesario vaguearlas todas, y lo mismo es fuera de la Alcayzería; pues en una calle, sin interpolación de otra especie están los fruteros, en otra los cordoneros, y así todas las demás cosas de el consumo. Lo que se vende en la Alcayzería es lo más rico y noble, como sedas, paños y lienzo». Refiere también el mismo autor cómo regaban las calles de esa alcaicería en el verano, antes de romper el alba, y luego andaban por ella, lo mismo que por los lugares de mayor comercio, con incensarios, quemando olores y perfumando todo el ambiente (53). En la primera mitad del siglo XIX, según don Domingo Badía las calles de la alcaicería de Fez, «llenas de almacenes de lienzo, sedas y efectos ultramarinos», cubríanse «de madera, cuya construcción forma arabescos, y deja aberturas o ventanas de diferentes formas para dar entrada al aire y a la luz» (54).

En Marrākuš había alcaicería en 1211; el 13 de ŷumādā I de dicho año (2 noviembre), fue destruida por un gran incendio (55).

El autor de la descripción de Ceuta —Muḥammad al-Anṣārī— a comienzos del siglo XV, que tan prolijo es en sus descripciones de las diversas

(51) Trad. A. Huici (Valencia, 1918), p. 34; trad. Beaumier (París, 1860), p. 44.

(52) **Description de l'Afrique**, por León l'Africain, trad. Jean Temporal, pp. 364-368.

(53) **Misión Histórial de Marruecos**, por Fr. Francisco de San Juan de el Puerto, libro V, cap. XLII.

(54) **Viajes por Ali Bey el Abbasi por Africa y Asia**, t. I, pp. 106-107.

(55) **El anónimo de Madrid y Copenhagen**, trad. A. Huici, pp. 115-116.

partes y edificios de la ciudad, limitábase a decir que la alcaicería estaba detrás de la mezquita mayor (56).

Alcaicerías de las ciudades cristianas.

Dicho queda en páginas anteriores cómo la institución comercial de la alcaicería siguió funcionando sin solución de continuidad en varias ciudades hispánicas —Sevilla y Granada, entre otras— después de la conquista cristiana, ocupando el mismo emplazamiento que en la época islámica.

También persistió a través de los siglos la alcaicería toledana. En la era 1204, año 1166, Alfonso VIII dio a Juan Çapatero **unam tendam que est in alcaceriam habens duas tendas iuxta plateam illam qui ascendit ad scicladores et inferi, tendas que ad publicam viam desinunt** (57). A fines del siglo XII, la alcaicería estaba en el arrabal del Rey, situado en el barrio de Santa María Magdalena, cerca de la catedral, antes mezquita mayor, lugar donde abundaban mesones y bodegones. Todavía se llama hoy «Barrio Rey» a la calle y a la traviesa que van desde la iglesia de la Magdalena a Zocodover (58).

El canónigo Pedro de Mesa, en la carta en que relata el alboroto promovido en Toledo en 1467 con acompañamiento de matanza de conversos, dice que los cristianos viejos incendiaron unas casas junto a la Puerta del Perdón de la catedral, y, como «el ayre era de mediodía, e ansí llevó el fuego por todas las quatro calles e quemaron más las alcaycerías de los paños, la una e la otra» (59).

Posteriormente, en 1576, la alcaicería toledana, «donde los mercaderes venden sus paños a la vara», se localizan en la parroquia de San Pedro de la catedral; el doctor Francisco de Pisa, a comienzos del siglo XVII, detalla más su emplazamiento: «en las quatro calles, q llamā, son las alcayzerías, y mercaderes de paños, y telas de todas suertes: porque destos paños y sedas, y otras mercaderías, ay en esta ciudad muy grueso trato, y de gran caudal de mercaderes ricos, que tienen comercio y correspondencia en su negocio con Valencia, Xátiva y Murcia, con Medina del Campo y Medina de Rioseco, con Seuilla, Cádiz y Ecija, y otras ciudades dentro y

(56) **Une description de Ceuta musulmane au XVe siècle**, por Lévi-Provençal.

(57) Arch. Hist. Nac., Cart. o Becerro de la Cat. de Toledo, 978-B, fol. 63 r, según cita de Rodrigo Amador de los Ríos, **La Alcana de Toledo**, p. 71.

(58) Arch. Hist. Nac., Cart. 1, fol. 63, según cita de González Palencia, **Los morárabes de Toledo en los siglos XII y XIII**, volumen preliminar, p. 68; III, pp. 316-318.

(59) Publicada por Antonio Martín Gamero, en su **Historia de la ciudad de Toledo**, apéndice XIII, pp. 1040 ss.

fuera del reyno, y en las Indias. De las quatro calles descience por la lonja a la iglesia mayor, q tiene delante la plaça de Ayuntamiento» (60). Un documento municipal toledano de 1596 nombra la «calle real de las alcaicerías» (61).

Alcaicería hubo en otras muchas ciudades españolas de abolengo islámico. El Fuero de Cuenca ordena que los emplazamientos entre judíos y cristianos debían hacerse a la puerta de la «alcaicería» y no de la sinagoga, disposición repetida por la «Carta de población de Albarracín»; la alcaicería de Cuenca figura en un documento de su archivo municipal del año 1419 (62); la de Teruel estaba en los primeros años del siglo XV en la plaza, dentro de actividad comercial de esta ciudad (63). El emplazamiento de la de Zaragoza era en la plazuela de la Verónica, comunicada con el Coso mediante escaleras, por un trenque practicado en el muro (64). La renta de la alcaicería de Huesca se pregonaba en 1315 y años sucesivos por un juez corredor, que recibía por ello doce dineros jaqueses (65).

Jaime el Conquistador cedió en 1219 la alcaicería de Calatayud al monasterio bernardo de Piedra, con derecho exclusivo a comprar, vender y cambiar en su recinto (66). Había en ella muchas tiendas, arrendadas a comerciantes, no pocos de los cuales eran judíos. En alguna ocasión trataron varios de éstos de eludir el real privilegio; por sentencia de 1337 se embargaron y ejecutaron los bienes de cuatro traperos, por 500 maravedises de oro, en pena de haber tenido tienda y venta de paños fuera de la alcaicería. En 1465 no se consentía arrendar tiendas en ella a judíos y mudéjares, como ocurría en el siglo anterior. Según don Vicente de la Fuente, ocupaba el solar de la casa de la ciudad hasta cerca de la Rúa, en

(60) **Memorial de algunas cosas notables que tiene la ciudad de Toledo**, por Luis Hurtado Mendoza de Toledo, año de 1576; **Descripción de la imperial ciudad de Toledo**, por el Doctor Francisco de Pisa, f.º 33.

(61) Arch. mun., Toledo, caja 4.ª, leg. 2.º, núm. 70, p. 59, según cita de Amador de los Ríos, **La Alcana de Toledo**, p. 72.

(62) **Índice del Archivo municipal**, por don Timoteo Iglesias Mantecón, p. 146.

(63) Francisca Vendrell, **Concesión de nobleza a un converso**, p. 398.

(64) **Zaragoza histórica**, por Ricardo del Arco, p. 95.

(65) **Censo de Cataluña, ordenado en tiempo del rey don Pedro el Ceremonioso**, por don Próspero de Bofarull y Mascaró, p. 330; **Rentas de la Antigua Corona de Aragón**, por don Manuel de Bofarull y de Sartorio, p. 164 (**Colecc. de docs. inéditos del Arch. Gen. de la Corona de Aragón**, tomos XII y XXXIX). Aluden también a alcaicerías los fueros de Jaca, Alarcón, etc. En los «Fueros de Aragón», compilación promulgada en Huesca en 1247 por Jaime I el Conquistador, también se citan las alcaicerías (Tilander, **Los fueros de Aragón**, pp. 161 y 241-243). Los romanistas no suelen tener un concepto claro de lo que eran las alcaicerías en la España cristiana, en las que los comerciantes no eran exclusivamente judíos, aunque éstos predominaran en algunas, ni pueden confundirse con el alcázar o palacio real; en alguna ocasión se emplazarían en sus inmediaciones, protegidas en otras por los mismos muros.

(66) **España Sagrada**, L, p. 438.

la plaza que ahora se llama del Mercado, desde la calle de las Trancas hasta dicha Rúa, lindando por el mediodía con el fosal o cementerio de San Pedro de los Francos; delante había una plaza, donde se celebraban los mercados semanales (67).

En 1580 se citan catorce tiendas en la alcaicería de Jerez de la Frontera (68).

Como otras varias instituciones de origen hispanomusulmán, al persistir en el siglo XVI, fue llevada por los españoles a América. A comienzos del siguiente se pensó en edificar una en Méjico, en las casas que habían sido de Cortés; el proyecto parece que no se llevó a cabo, pero sí se trazaron estrechas callejuelas, conocidas por «alcaicería», hasta que en tiempos recientes se abrió la calle de la Palma (69).

En resumen, las alcaicerías islámicas españolas eran mercados cerrados y bien protegidos, propiedad del monarca, en los que se presentaba toda la seda en bruto, para pagar los derechos que correspondían al monarca y marcarla, y se vendían las mercancías de mayor precio, cuya contratación estaba prohibida fuera de ellos: principalmente sedas, objetos de plata y orfebrería, algunas veces, y, en ocasiones, productos muy varios. También ropas hechas; Aben Guzmán cuenta en sus versos, hacia mediados del siglo XII, cómo el pregonero le llevó por toda una extensa alcaicería en busca de una capa nueva, fina y elegante, bordada y de buen corte, con la que deseaba engalarse, sin encontrar ninguna a su gusto (70). En su interior solían estar las oficinas de los cambistas o cambiadores. Emplazábanse en el sitio más céntrico de la ciudad, junto a la mezquita mayor. Cerrábanse de noche con sólidas puertas y dentro quedaban gentes encargadas de su guarda. Interiormente repartíase su superficie en estrechas callejuelas, por las que no circulaban caballerías, algunas reducidas plazuelas y tiendecitas puestas en hilera, bordeando las calles, juntas las de la misma mercancía, que se alquilaban a comerciante e industriales. Las alcaicerías de Granada, Málaga y Almería eran una de las mejores y más seguras rentas de los monarcas nazaríes. Ya se dijo la persistencia de varias: hasta fecha avanzada la de Sevilla; a principios del siglo XVIII aun se cita la de Toledo; la de Granada terminó en su desgraciado incendio en 1384.

(67) **Historia de la siempre augusta y fidelísima ciudad de Calatayud**, por don Vicente de la Fuente, II, pp. 122-123, 193-194, 217-218 y 280, n. (1); **Reseña histórica del monasterio de piedra**, pp. 373-374.

(68) **Bandos en Jerez: los del puesto de Abajo**, por don Juan Moreno de Guerra, segunda parte, p. 93, n. (IV).

(69) Publicó el plano de esta fracasada alcaicería don Lucas Alamán en el tomo III de sus **Disertaciones**, según Manuel Toussaint, **Arte mudéjar en América**, p. 47.

(70) A. R. Nykl, **El cancionero de Aben Guzmán**, XXIV, pp. 374-376.

CALLES CIEGAS Y ADARVES

Adarves hispanomusulmanes.

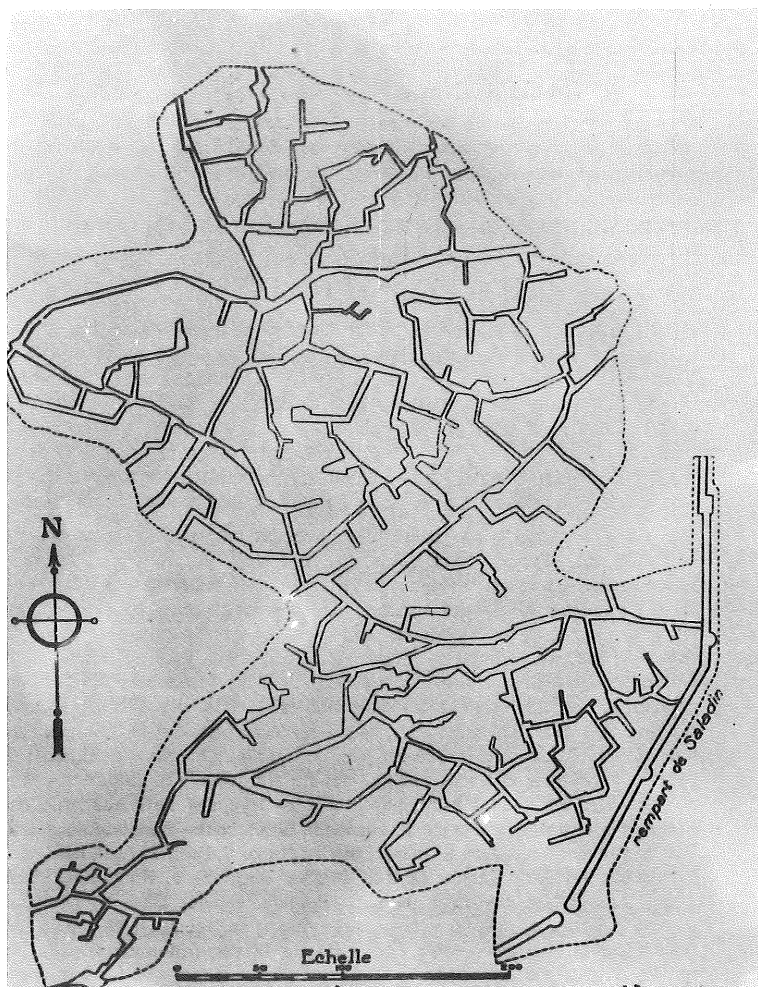
La palabra **adarve** significó en castellano desde el siglo XII hasta fines del XVI muro o muralla, con sentido de protección, de obstáculo defensivo. Desde la última fecha se dio ese nombre tan sólo a una de las partes de la muralla, al estrecho paso que va por encima de ella y protege el parapeto almenado significado que conserva mientras el anterior quedó olvidado (1).

La palabra **darb** —plural **durūb**—, de la que esa castellana procede, designaba en árabe la calle o callejón, casi siempre sin salida, con una o varias puertas para su cierre. La calle ciega no tenía nombre especial (2); la colocación de una puerta en su o en sus ingresos la convertía en **darb**. Ignórase cómo y cuándo se produjo el cambio de significado; en la España cristiana medieval tuvo los dos, como se verá en las páginas siguientes. **Darb** parece haberse dicho originariamente de un obstáculo interpuesto para protección y defensa: lo mismo lo era la cerca de una ciudad o fortaleza que la calle ciega y la puerta para cerrarla de noche.

Caracterizaba, pues, al **darb**, importado de Oriente, la puerta o puertas para su aislamiento nocturno. Aunque había calles de circulación seguida, con puertas en sus dos extremos, que recibían el nombre de **darb**, la puerta,

(1) Véase Torres Balbás, **Los adarves**, pp. 164-169.

(2) Según don Isidro de las Cajigas **darb** significó calle sin salida (**adarve**, *Rev. de Filol. Esp.*, XXIII, pp. 63-66). Pero Pedro de Alcalá traduce calle sin salida por **zanqa bilā manfudā** (*De lingua arabica*, p. 135). Así la nombra en el siglo IX el andaluz Abū Zakariyyā 'Yahyā b. 'Umar b. 'Yūsuf b. 'Amir al-Kinānī (m. 289/901) en sus **Aḥkām al-Sūq** (Ordenanzas del zoco), en las que se prohíbe que en un callejón sin salida —**zuqāq gayr nāfid**— se abran puertas nuevas ni se cambien de sitio, lo que se puede hacer cuando tiene salida —**zuqāq nāfid**— (Emilio García Gómez, **Unas «Ordenanzas del zoco» del siglo IX: Traducción del más antiguo antecedente de «hisba» por un autor andaluz**, pp. 257 y 292). Con idénticas palabras se llama siempre al callejón sin salida —**zanqa gayr nāfida** y **ṭariq gayr nāfid**— en los documentos mozárabes de Toledo de los siglos XII y XIII y —**zanqa gayr nāfida**— en escrituras árabes de Huesca de 1215 (Bosch Vilá, **Los documentos árabes... de Huesca**, docs. 8 y 9, pp. 35-40). En la España islámica, pues, la calle sin salida no tenía nombre especial.



Plano de un barrio excavado en Fustát (Egipto).

como es lógico, cerraba casi siempre calles sin salida u otras de las que arrancaban una o varias, también ciegas. Era una protección eficaz para los que lo habitaban. El forzamiento de su puerta suponía el peligro inmediato para todos, por lo que el propio interés obligaba a los vecinos a la defensa conjunta ante cualquier amenaza.

A comienzos del siglo XIX (1803-1807) Ali Bey (Domingo Badía) se refiere a los callejones estrechos y tortuosos de Marrākuš, por los «que con dificultad puede pasar un caballo, lo cual facilita la defensa individual de los grandes en las revoluciones populares y frecuentes guerras de los scherifes para suceder al trono, pues cuatro o seis hombres bastan para defender y hacer inatacable cualquiera de dichos callejones» (3).

Los barrios de habitación de las ciudades hispanomusulmanas estaban formados, como se dijo, por manzanas grandes y muy irregulares en las que penetraban profundamente largos **durūb** o callejones cerrados por puertas que se abrían a calles de tránsito libre. El adarve podía tener una puerta en su otro extremo; comunicar con una o varias callejuelas ciegas, formando como un pequeño barrio, o terminar en una plaza cerrada o en un corral. Con frecuencia se reducía a una pequeña calle o callejón, adarve o adarvejo en el castellano medieval. En el adarve podía haber pocas o muchas viviendas, según la longitud de sus calles. Treinta y tres encerraba uno y nueve el de Dabuchec, ambos en la ciudad de Mallorca, cuando su conquista por Jaime I en 1229. En el **Asiento de las casas de Ronda**, hecho, según su editor Carriazo, entre la conquista de la ciudad en 1485 y el año 1491, abundan las barreras (nombre andaluz de las calles ciegas) con diez, nueve y ocho casas, de las que muchas serían adarves, aunque el documento no alude a sus puertas.

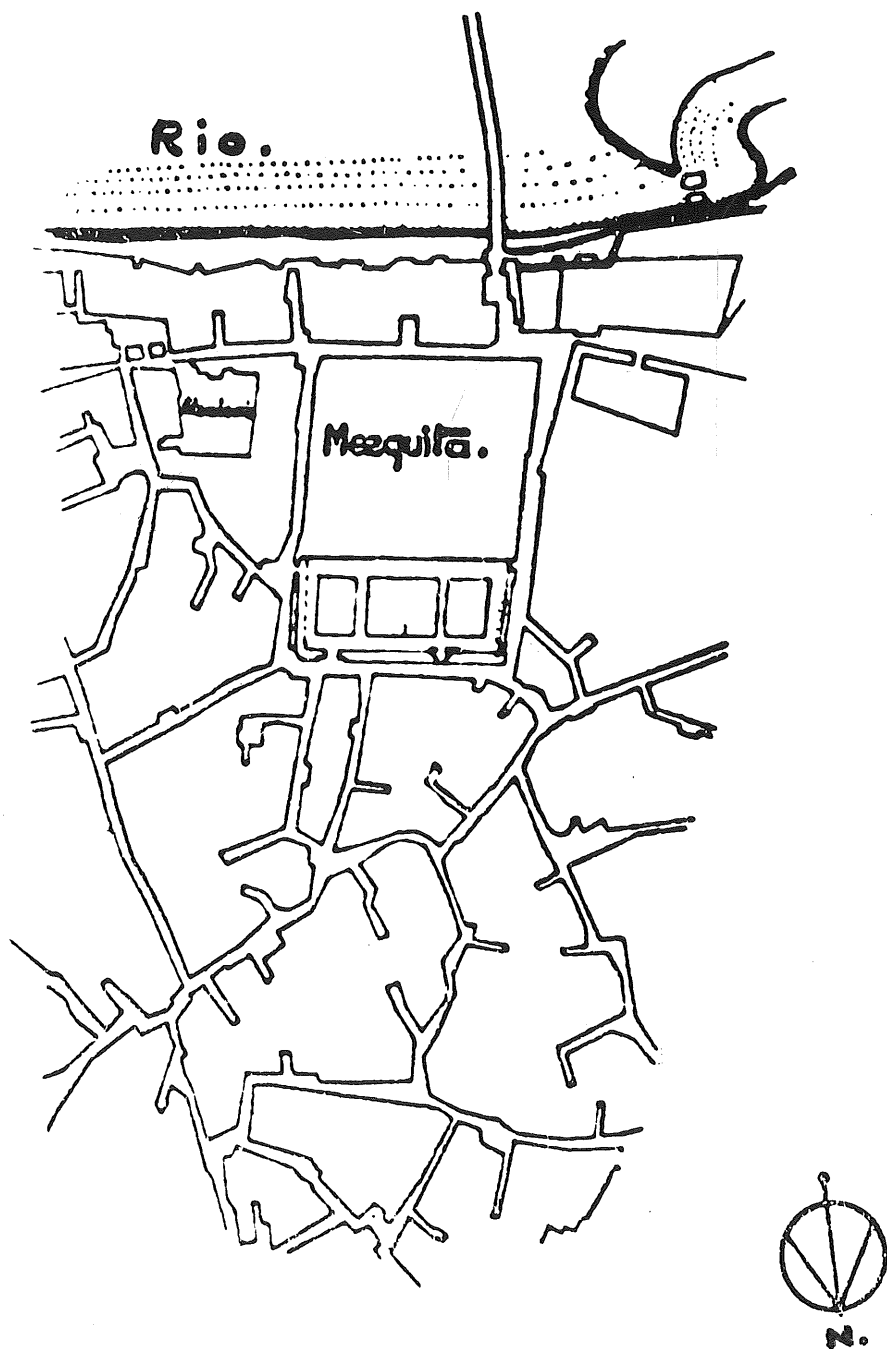
Ibn al-Qūṭiyya (m. 977) cita un **darb** en Córdoba en el reinado de 'Abd al-Raḥmān I, llamado de Ibn Šarāḥīb, por un juez de la ciudad (4). Este magistrado habitaba, según al-Jušanī, en el **darb** de al-Fadl b. Kāmil, y el juez Muḥammad b. Bašīr, que ejercía sus funciones bajo al-Ḥakam I en el **darb** situado en la parte oriental de la mezquita cordobesa de Abū 'Ut-mān (5). En Córdoba también menciona Ibn al-Faradī el **darb** Abī-l-Aš-hab (6). En su biografía de Aḥmad b. Kulayb, al-Dabbī refiere una visita que hizo a éste, ya moribundo; habitaba en dicha ciudad, al fondo de un

(3) En el **Vocabulista** del siglo XIII atribuido a Raimundo Martín, se traduce **darb** por **porta** (C. Schiaparelli, **Vocabulista in arabico**); **Viajes de Ali Bey**, t. I; pp. 228-229.

(4) Ibn al-Qūṭiyya, **Hist. de la conquista**, texto, p. 58, trad. p. 46.

(5) Ribera, **Jueces de Córdoba**, texto, pp. 40 y 55; trad. pp. 50 y 67.

(6) Ibn al-Faradī, **Ta'rīj 'ulamā'**, p. 181, citado por Lévi-Provençal, **L'Espagne... au Xe siècle**, p. 209.



Córdoba. Plano del barrio inmediato a la Mezquita.

largo **darb** sin salida —**fī ājir darb ṭawīl**— (7). Según al-Hadramī, en ninguna ciudad de al-Andalus había tantos invertidos como en Córdoba; vivían agrupados en una calle, el **darb** Ibn Zaydūn, así llamada sin duda por el visir poeta de ese nombre (8).

La lectura de textos hispanomusulmanes proporcionaría abundantes citas de **durūb**, tanto en Córdoba como en las restantes ciudades islámicas de la Península. Pero sin recurrir a esa tarea debemos a Ibn Sa'īd un testimonio de excepcional valor sobre los adarves. Refiere, en párrafos transmitidos por al-Maqqarī, que las ciudades de al-Andalus tenían **durūb** con puertas con cerraduras que se cerraban después de **al-'atama** (la tercera hora nocturna), y en cada calle —**zuqāq**— había un sereno armado —**darrāb**—, con una linterna colgada, acompañado de un perro, que pasaba en ella la noche. Equivalían a los **aṣḥāb al-arbā'** (¿jefes de barrio?) de Oriente. Era una precaución necesaria para evitar los asaltos, robos y asesinatos nocturnos (9).

Una escritura árabe de compra de una casa en Zaragoza, sin fecha, pero coetánea o poco posterior a la conquista de la ciudad (1118), la sitúa en el barrio de la mezquita de Abū Jālid, en el **darb** del mismo nombre, en el arrabal de Cineja o Sinḥāya, a poniente de la ciudad (10).

En el **Repartimiento** de Mallorca se inventarian treinta y tres casas en la calle que dicen adarve: **in quodam vico qui dicitur Adarb XXXIII domus**, y nueve en la calle del adarve Dabuchec: **Videlicet in vico de Adarb Dabuchec IX domus**. La significación de la palabra **vico** no es dudosa en este caso, por la frecuente repetición, en el mismo documento de la frase **vico qui dicitur zugaq** o **zucaq** (**zuqāq**) (11).

Adarves había en Valencia cuando su reconquista, citados en el **Repartimiento**. Jaime I hizo donación el año 1244 a los judíos de esa ciudad de **totum illum barrium sicut incipit de Ladarb Abingeme usque ad balneum de Nalmelig et ab hac porta usque ad furnum de Abinmulliz et usque al Adarp Abraham Alvalenci** (12).

(7) Al-Dabbī, *Bugya*, Bib. Art. Hisp. III, núm. 462, citado por García Gómez, *El collar de la paloma*, p. 318.

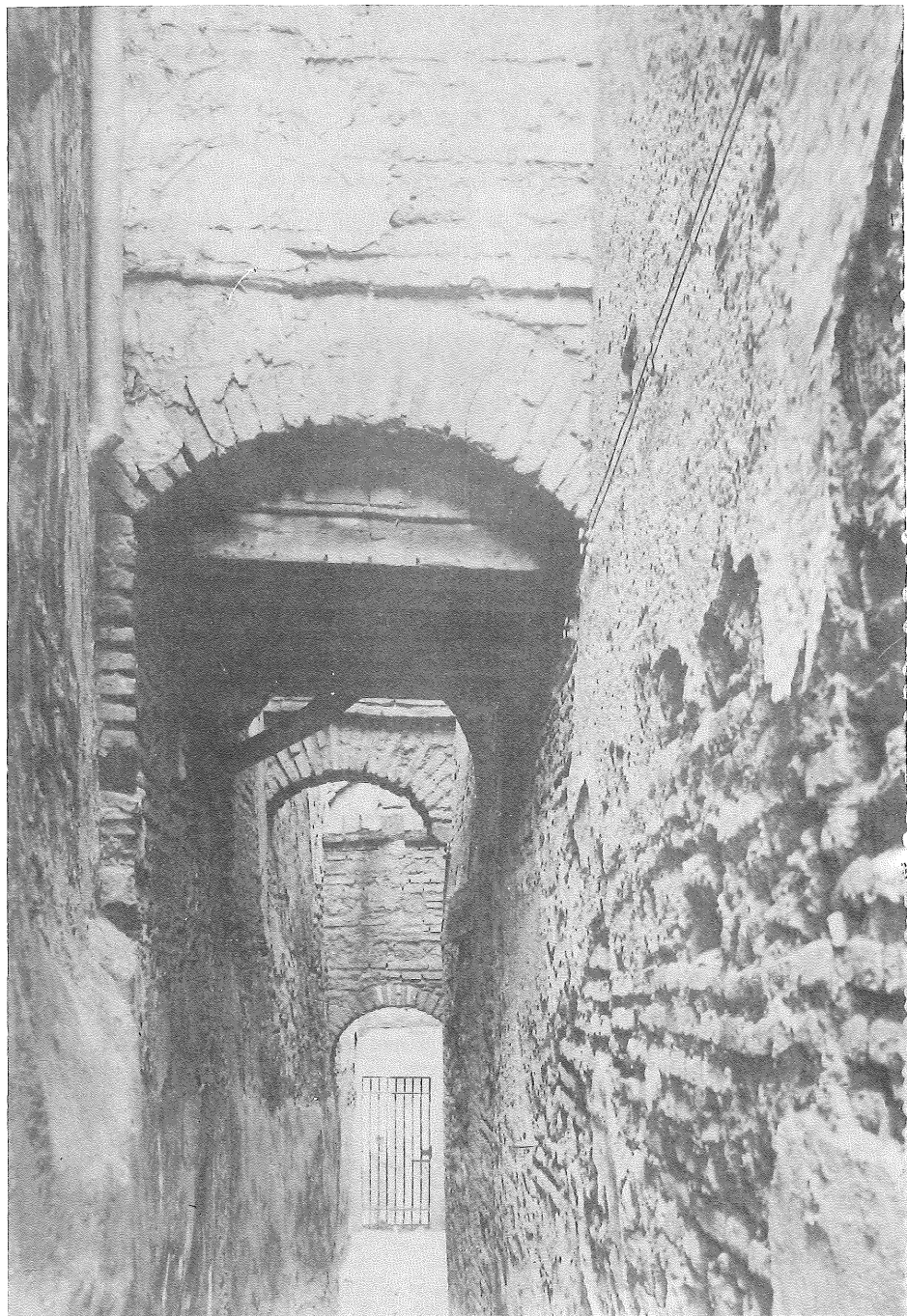
(8) Lévi-Provençal, *Le zagal hispanique dans le Mugrib d'Ibn Sa'īd*, p. 50.

(9) Al-Maqqarī, *Analectes*, I, p. 135. Incluyó este párrafo don Miguel Asín Palacios en su *Crestomatía de árabe literal*. Véase *supra* «Concepto islámico de la calle».

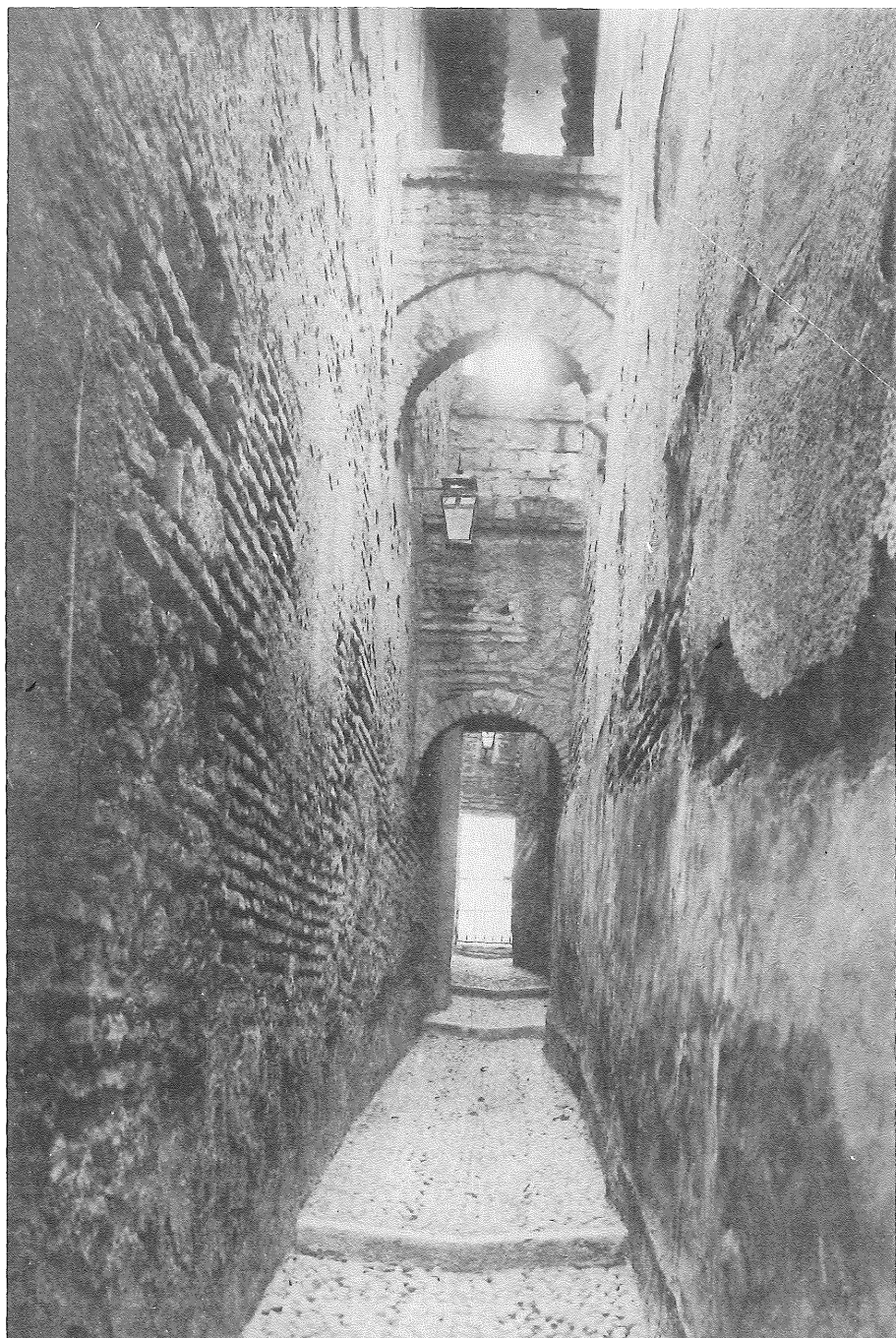
(10) R. García de Linares, *Escrituras árabes pertenecientes al Archivo de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza (Homenaje a D. Francisco Codera, doc. núm. 2, p. 175)*.

(11) Bofarull, *Repartimientos*, p. 127.

(12) *Ibidem*, p. 290.



Adarve (Córdoba).





Vieja calle y adarve en ruina, en Málaga. (Foto Pérez Bermúdez.)





Adarve de Algarrobo. (Foto Fernández Casamayor, Málaga.)

En la descripción de Ceuta en los primeros años del siglo XV, escrita por Muḥammad al-Anṣārī y repetidamente citada, se dice que cada una de sus calles daba acceso a **durūb** para cuya **vigilancia había serenos** a sueldo (13).

En el **Asiento** de Ronda, inventario y reparto de sus fincas urbanas, hecho entre los años 1485 y 1491, la mayor parte de sus calles se llaman barreras y barreruelas; eran, por tanto, calles ciegas. Redactado sin duda el **Asiento** por cristianos, cuando ya llevaba algún tiempo la ciudad en su poder, es decir, más cerca de la segunda fecha que de la primera, y sin asesoramiento de moros, no distingue entre las barreras y las calles con puerta, que, habitada la ciudad por cristianos, ya no se cerrarían (14).

La existencia de **durūb** en Granada cuando en 1492 pasó a poder de los Reyes Católicos queda probada por la mención de varios en documentos poco posteriores. Figuran en ellos el «barrio de Darbaldina que es donde está el horno de Manquf en el Hatabin» (15), y la «casa en Darbalcata —adarve del Corte—, que es la calleja que va de Santa María al pilar de los tintoreros (calle del Tinte) (16). En un libro de «Propios de la ciudad de Granada», del año 1506, conservado en el archivo de su Ayuntamiento, hay un inventario, en árabe, de los bienes de la Madraza granadina, entre los que figuran una «casa en **darb al-Koyna** (adarve, ¿del Agujero?), y una algorfa en **darb al...** (17). También cita a Darbalgeuze (adarve del Nogal), Darbalhanra (darb al-Hamra), darba Albayasín (**darb al-Bayyāzīn**) y Darbalmoco, situado este último a espaldas del Caraquín (18).

Adarves mudéjares.

En algunas ciudades reconquistadas, como Toledo y Sevilla, la existencia ininterrumpida en la primera de musulmanes durante toda la Edad Media, y de una morería en la andaluza desde poco después de su conquista, fue causa de la perduración de los adarves en la estructura urbana y en la toponimia local. Pero donde sobre todo se mantuvieron fue en los barrios de las minorías islámica y judía, que disposiciones religiosas y mandatos reales de las Cortes obligaban a vivir aislados, en los lugares en que estas órdenes, como ocurrió con frecuencia, no quedaron incumplidas.

(13) Lévi-Provençal, *Une description de Ceuta...*

(14) Carriazo, *Asiento... de Ronda*.

(15) Libro de Habices, San Gil, en el Archivo de la Curia Eclesiástica de Granada. Cf. nota 106, p. 437.

(16) Libro de Habices, Santa María de la O, en el mismo Archivo.

(17) Debe estas referencias de documentos granadinos a don Manuel Gómez Moreno.

(18) Los tres primeros, en el citado *Libro de Habices*; el último figura en un libro de escrituras, de 1495, del Archivo Municipal.

En la fecha temprana de 1083 se encuentra ya en un documento latino la mención de un **addarbis** (19).

Los documentos mozárabes de los siglos XII y XIII permiten ver, en el gran crisol de razas y religiones que fue Toledo, la gran cantidad de adarves, calles y callejones sin salida que en ella había, de los que permanecen bastantes, y comprobar al mismo tiempo el significado de la palabra **darb** (20). A través de las sucintas y protocolarias descripciones de fincas con sus linderos, esas escrituras, contratos de compraventa la mayoría nos introducen en la intrincada red de calles y callejones en que se abrían los **durüb** en una época en la que sin duda aún conservaba Toledo casi intacta su organización urbana del siglo XI, cuando fue corte brillante del monarca de taifas al-Ma'mün (435/1043-1044, 467/1075).

Esos documentos citan adarves en casi todos los barrios de Toledo, excepto en el barrio, arrabal o cal —que de las tres maneras se nombra— de Francos, sin duda por su carácter comercial, y en Zocodover, lugar de uno de los más importantes mercados, el de caballerías, cuyo nombre árabe romanceado aun conserva, Abundaban, en cambio, en ambos sectores de la población, tiendas, mesones y alhóndigas. En la judería, extenso barrio en la parte occidental de Toledo, entre la catedral y el puente de San Martín, los documentos mencionan diez adarves, algunos de importancia.

En la segunda mitad del siglo XIII aún se construían o acondicionaban adarves en Toledo, como prueba el llamarse uno nuevo en 1294 (21). A fines de la Edad Media seguían conociéndose por el mismo nombre. En una escritura de 1437, del condado de Fuensalida, se permutan unas casas en la colación de la «eglia de Santo Thome en el adrue q disen de Domingo Peres». En el mismo siglo hay noticia de un adarve de Aben Canias en el judería toledana (22).

Repetidísimas son las referencias en los documentos mozárabes a las puertas de entrada a los adarves de Toledo (23). Una calle era adarve; un adarve estrecho era calle (**zanqa**); había calle del adarve (**zanqat al-darb**) y callejón del adarve. Algunos adarves tenían varias calles o callejones (**al-tariq al-sālik dājil al darb**) (24). En diminutivo —**durayb**— se

(19) En **Port. mon. hist.** según Gómez Moreno, **Iglesias mozárabes**, p. 100, n. (1).

(20) Para un detenido análisis de los adarves y calles ciegas de Toledo a través de esos documentos, puede verse Torres Balbás, **Los adarves**, pp. 174-180.

(21) González Palencia, **Los mozárabes de Toledo**, III, doc. núm. 1.137.

(22) Rodrigo Amador de los Ríos, **Reminiscencias de Toledo según los documentos mozarábigos**, p. 260.

(23) Torres Balbás, **Los adarves**, pp. 178-180.

(24) González Palencia, **Los mozárabes de Toledo**, I, doc. núm. 219 (a. 1191).

nombraba a varios adarves, palabra que al dorso de una de las escrituras se traduce por adarvejo.

Documentos sevillanos de los siglos XIII y XIV mencionan también adarves, y no ciertamente con significado de muralla o de paso en lo alto de ella. En una donación de 1254 se cita entre los linderos de una casa «el adarve que entra a las casas de don Juan Martín» (25); al vender otras en 1272, consta que estaban entre el cementerio de San Miguel y el adarve que salía a la Pellejería (26). Antes, en 1265, el infante don Alfonso de Molina hizo donación de unas casas que dice lindaban por una de sus partes con el «mio adarve». Desde entonces se llamó «al adarve que fue del infante de Molina», y así aparece en escrituras de 1274 y 1348 (27). Un adarve entraba en 1282 en las casas del arzobispo; otro era propiedad de don Juan Maté en 1294; en 1303 un privilegio de Fernando IV menciona «el Adarue que va al Alcaçar» (28).

El «Adarve de los moros» figura en un documento de 1293 como situado en la colación de Santa Catalina (29). Sería uno de los lugares donde fueron a habitar los antiguos dueños de Sevilla después de su conquista por Fernando III. En documentos posteriores se llama el Adarvejo, barrio enclavado según Tenorio, «entre las parroquias del Salvador, San Pedro, Santa Catalina y San Isidoro» (30). En él tenían mezquita, entregada por los moriscos en 1502 por mandato de los Reyes Católicos (31).

En la judería sevillana estaría «la call que dizen el adarue de Aben Manda», mencionado en un documento de 1327 (32).

En documentos de los siglos XIII-XV se nombran en Córdoba el «adarve del Alcaçar» (1243, 1273); «el adarve de la Alcaçar q va facia el rio» (1276

(25) Arch. Cat. de Sevilla, 23-3-47. Publicado por González, **Repartimiento de Sevilla**, II, p. 323.

(26) Arch. Cat. de Sevilla, 25-1-1. Publicado por González, **Repartimiento de Sevilla**, II, p. 351.

(27) Arch. Cat. Sevilla, leg. 135, núm. 36, publicado por Ballesteros, **Sevilla**, doc. 143, pp. CXLIX-CL; 25-2-25 y 31-1-39, publicados por González, **Repartimiento de Sevilla** pp. 253, y 376.

(28) Arch. Cat. Sevilla, leg. 31, núm. 1; 31-2-46; 27-3-49. Publicados por González, **Repartimiento de Sevilla**, pp. 360, 367 y 369-370.

(29) Arch. Cat. Sevilla, leg. 44. Santa Catalina, según cita de Ballesteros, **Sevilla**, p. CCLXXVIII, apéndice B.

(30) **El concejo de Sevilla**, por Nicolás Tenorio y Cerezo, pp. 47-48. Ballesteros dice que el Adarvejo estaba en la colación de San Pedro (**Sevilla**, p. 101).

(31) **Curiosidades antiguas sevillanas** (seg. serie), por Gestoso, p. 298.

(32) Arch. Cat. Sevilla. San Salvador, leg. 41, núm. 1, según cita de Montero de Espinosa, **Relación hitórica de la Judería de Sevilla**, pp. 3 ss.

y 1490) «el adarve de las casas del obpo» y «la barrera q. entra a estas moradas fasta la judería» (1311) (33).

No es de extrañar la frecuente confusión entre calle y adarve, que se produce en las actuales ciudades islámicas lo mismo que en las medievales de al-Andalus, puesto que el adarve estaba formado, como se dijo, por una o varias calles cuyo acceso o accesos se cerraban por puertas. Las calles, con sólo interrumpirlas por ellas, pasaban a ser adarves que al desaparecer su cerramiento, se convertían en calles. Esto último ocurría lentamente en las ciudades españolas al pasar al dominio cristiano. El adarve de Sevilla, por ejemplo, que en 1265 el infante don Alfonso de Molina llama «mio adarue», en otra escritura de 1290 se nombra «la cal del Infante de Molina» (34).

Ya se registró la existencia de adarves en las morerías y juderías de Toledo, Sevilla y Huesca. En Alcalá de Henares los israelitas habitaban a mediados del siglo XIV, y en él continuaron hasta la expulsión, en el llamado adarve de la judería o de la xinaga, después de Albornoz, corral grande con entrada única por la calle Mayor (35).

Para las gentes de la raza siempre perseguida, la vida en el interior de los **durūb** o adarves, llamados más tarde corrales, obligada por las autoridades religiosas y civiles, podía suponer una relativa seguridad, más aparente que real, como se demostró en los asaltos sufridos a fines del siglo XIV por casi todas las juderías hispanas.

El carácter de aislamiento exigido para las mancebías, fue causa sin duda de que en algunas ciudades se instalaran en calles cerradas por puertas. Así describe la de Córdoba, aunque sin llamarla adarve, el capitán Contreras en los primeros años del siglo XVII; al herir en ella a un alguacil «todas las mujeres cerraron las puertas, y la de la calle también... que era angostísima» (36).

(33) Miguel Muñoz Vázquez, **Documentos inéditos para la Historia del Alcázar de Córdoba de los Reyes Cristianos**, pp. 71-76)

(34) Arch. Cat. Sevilla, leg. 135, núm. 36; leg. 31. núm. 1, Abades. Ambos documentos han sido publicados por Ballesteros, **Sevilla**, docs. núms. 143 y 187, pp. LXLIX-CL y CXCI-CC. La calle del Infante de Molina se llamó después callejón de la Botica de las Aguas y hoy de Guzmán el Bueno. A mediados del siglo XIX aún se conocía por «barrera del Infante de Molina» (González de León, **Noticia... de las calles... de Sevilla**, p. 430).

(35) Fernández y González, **Estado social y político**, LXVIII, pp. 383-384 (doc. de 1351); Ramón Santa María, **Edificios hebreos en Alcalá de Henares**, pp. 184-188 docs. de 1501, 1505, 1507, 1509 y 1513).

(36) **Vida del capitán Alonso de Contreras**, escrita por el mismo, p. 192.

Merece citarse, como caso extraordinario de perduración, la existencia de un adarve en Sevilla en la primera mitad del siglo XIX. Era la calle del Duende, «calleja muy larga, pero sin salida, y angosta que de noche se cierra con su puerta, y está (en 1839) en el cuartel A. parroquia del Sagrario, en calle Yimios» (37).

Supervivencias: calles sin salida y corrales de vecinos.

Aunque en páginas anteriores se ha aludido a la existencia de abundantes calles ciegas en las ciudades españolas de tradición islámica —Córdoba, Sevilla, Málaga, Ronda, Granada, Murcia, Valencia, etc.—, conviene insistir en ello como prueba indudable de la perduración multiseccular de dicha huella oriental (38).

Las calles ciegas llamábanse en las ciudades medievales castellanas calles que no pasan (39); en Andalucía casi siempre barreras, y barreruelas o barreduelas a las más pequeñas y angostas.

«Un sinnúmero de calles hay en Sevilla sin otro nombre que calle sin salida, porque no la tienen. Otras, que tampoco tienen salida, llevan nombres particulares», escribía González de León en obra publicada en 1839 (40). Y en una Guía de esa ciudad, de 1872, se cuentan 580 calles, 49 plazas y 43 barreduelas, es decir, calles ciegas (41).

En el **Repartimiento** de Málaga mencionanse varias barreras y barreruelas (42). En un nomenclátor de la ciudad, publicado en 1950, figuran en ella 81 calles, callejones, callejas y postigos sin salida, lo que revela bien la estructura del núcleo urbano (43). Naturalmente que muchas de ellas, lo mismo que en Sevilla, proceden de época posterior a la conquista cristiana y aún de relativamente moderna, lo que es bien expresivo del mantenimiento de la tradición medieval islámica en éstas como en otras ciudades españolas. También el centro de la Valencia medieval era una apretada red de muy estrechas calles de las que arrancaban callejones sin salida aún más an-

(37) González de León, **Noticia... de las calles... de Sevilla**, p. 265.

(38) Véase *supra* «Disposición y trazado de calles y manzanas».

(39) Por ejemplo, casas en la judería toledana en 1327 «en la calle que non passa», y otras, propiedad de don Samuel Aben Huacar, físico del rey, «en la calleja que non passa, que disen la calleja de Aben gato» (Fidel Fita, **Marjadrake según el fuero de Toledo**, p. 392).

(40) González de León, **Noticia... de las calles... de Sevilla**, p. 430.

(41) Manuel Gómez Zarzuela, **Guía de Sevilla, su provincia, etc., y agenda de bufete**, pp. 105 y 190.

(42) Arch. Mun. Málaga, **Repartimientos**, núm. I, fol. 44 (a. 1490), según cita de Guillén Robles, **Málaga musulmana**, pp. 494-495, n. (1).

(43) Antonio Bueno Muñoz, **El libro de Málaga**.

gostos. En el siglo XVIII se derribaron algunos, como el «calliso sin salida llamado de la Taleca» (44).

A pesar de haber pasado a poder de los cristianos en los primeros años del siglo XII, Zaragoza conservó en gran parte su disposición urbana islámica. Callejas, callejones y callizos sin salida figuran en la documentación medieval y aún en las de los siglos posteriores; algunos han llegado hasta hoy (45).

Abundaban en la judería de Mallorca, en 1391, los **carraronos** (callejones) **qui non transit** (46).

Calles y callejones sin salida había también en villas de menor importancia que las citadas, subsisten en pueblos de la Ajarquía de Málaga y de las Alpujarras. Mármol se refiere a una calle sin salida en Berja, en la que fueron muertos por las tropas del marqués de los Vélez 66 moros durante la rebelión de las Alpujarras (47). El planito que se acompaña de la villa aragonesa de Muel, conocida por su fabricación de loza, es buen ejemplo de ello.

Se vio en páginas anteriores cómo la calle o callejón con puerta o puertas en su ingreso —**al-darb**— a veces se ramificaba en otros callejones ciegos para formar como un pequeño barrio y otras se ensanchaba en su extremo, en forma de plaza o corral, con entrada única, en las que se abrían las puertas de las viviendas (judería de Alcalá de Henares). En este último caso acostumbraba llamarse corral (**ṣaḥn y qurrâl** en los documentos mozárabes de Toledo). Perduró tal forma de agrupamiento urbano, singularmente en Sevilla, hasta hace pocos años, pero las condiciones de la vida contemporánea causarán su pronta extinción.

El corral viene a ser como una alhóndiga: un patio, con ingreso único por un pasadizo, fuente central y crugías de habitaciones independientes en torno (48). Si tiene planta o plantas altas, se ingresa a las habitaciones por galerías o corredores abiertos al patio.

Se conocen referencias o corrales en Sevilla desde principios del siglo XIV; un documento de 1203 menciona «casas con su corral... en que so-

(44) Teixidor, **Antigüedades de Valencia**, I, p. 158.

(45) Ximénez de Embún, **Descripción... Zaragoza**, pp. 41, 60, 67, 86 y 133.

(46) José María Quadrado, **La judería de la ciudad de Mallorca, en 1391**, pp. 297, 298, 300-305 y 307-310. Tenía el **call** o judería de Mallorca una **portam majorem**; es probable que bastantes de los callejones ciegos tuviesen puerta, es decir, fuesen adarves.

(47) Mármol, **Historia del rebelión**, II, pp. 75-76.

(48) Torres Balbás, **Las alhóndigas hispanomusulmanas y el Corral del Carbón de Granada**.

lían labrar la moneda del oro, que son a la puerta que es cerca del canno del agua»; otro, de 1314, un corral en Triana, en la calle de Santa Ana, «de ollería con sus hornos e con sus palacios e con una torre que está a la entrada». En 1411 se citan el corral de los Tromperos, en la colación de San Ildefonso y el de los Alcaldes, en la de San Pedro (49). En el siglo XVI había en Sevilla, entre otros, los corrales de don Juan, del Naranjo, de la Parra, del Peral, de la Reina, del Rey, de Xerez (50). Una **Guía** de Sevilla de 1862 inventaria con sus nombres unos 200, entre los cuales figuran el del Acabóse, los del Aciprés, Ahorcado, Alfalfa, Azofaifo, Caldereros, Cartaya, Dos puertas, Indios, Largo, Tarazana (51). La vida popular sevillana, animada y expansiva, pródiga en luz y color, fluye desde hace siglos en estos corrales, viviendas colectivas, de gentes humildes en las que, a la solidaridad defensiva ante el peligro común, innecesaria desde hace siglos ha sustituido otra hondamente humana, fruto de la proximidad y convivencia, de asistencia ante las miserias y dolores de las pobres gentes que los habitan.

El corral de vecinos andaluz y, especialmente el sevillano, está formado por un «patio, más o menos amplio, en cuyo centro se alza una fuente o se hunde un pozo: fuente o pozo que están al servicio de los vecinos, los cuales utilizan sus aguas para todos los usos de la vida, siempre y cuando lo permiten las cañerías y las lluvias; cuatro corredores que circunscriben el cuadrado del patio, y en ellos tantas puertas como habitaciones —«salas»— componen la planta baja, amén de un pequeño rincón destinado a depósito de inmundicias y de un patio mucho más pequeño —patinillo— dedicado a lavaderos, cuando éstos no están en el mismo patio.

La parte alta del edificio corresponde exactamente a la baja. Cada vecino, o lo que es lo mismo, cada familia, habita una sala. Sala hay que está dividida en dos compartimientos, sin perder por esto su denominación» (52). Puede haber varios patios, formando como una sucesión de corrales. La entrada es casi siempre única, aunque los hay que tienen dos; su puerta o puertas están provistas de hojas para su cierre. Las galerías de ingreso

(49) González, **Repartimiento de Sevilla**, I, pp. 507 y 537-538.

(50) Montoto, **Sevilla**, p. 29.

(51) Manuel Gómez Zarzuela, **Guía de Sevilla, su provincia, etc., para 1868, año IV**, pp. LIV-LVI.

(52) **Los corrales de vecinos**, por Luis Montoto y Rantenstranch (**El Folk-lore andaluz**, 1882 a 1883, Sevilla, p. 121). Supone Montoto que los corrales sevillanos son consecuencia de la decadencia de antiguas casas señoriales (p. 121); sin duda hubo ejemplos de ello, pero los antes citados demuestran que el tipo de habitación colectiva procede de la época islámica, aunque posteriormente se instalasen varios en edificios levantados para otro fin. Así la alhóndiga granadina, llamada Corral del Carbón, levantada en el siglo XIV, sirvió de corral de vecinos en el XVII y aún lo era cuando la adquirió para el Estado, hace unos treinta años; vivían entonces en él treinta y cinco familias.

a las salas suelen ser de pies derechos y barandas de madera, de sencilla estructura (53). En el centro de muchos corrales había árboles, y en algunos un verdadero jardín. En el corral del Conde, en la calle de Santiago, escribía González de León, hace más de un siglo que vivían unas cuatro mil personas; en fecha cercana encerraba ciento trece viviendas y de quinientos a seiscientos habitantes; el corral de Tromperos, en la calle de las Vírgenes, citado ya en 1411, se compone de cuatro patios y albergaba hace pocos años a un centenar. En el de la Pava, en Triana, están los alfares de este barrio (54); tal vez sea el de los Olleros de la calle de Santa Ana, del que se dijo había referencias en 1314. No era costumbre en los últimos tiempos cerrarlos por la noche, aunque tenían puerta y llave guardada por uno de los vecinos, encargado de encender y apagar las luces, de la limpieza, administración, etc. Se llamaba casero, y el propietario, a cambio de esos servicios, no le cobraba renta.

En un clima cálido y húmedo como el de Sevilla, el patio del corral permitía a las gentes estar en el corral al aire libre gran parte del año con temperatura más soportable que la del interior de las habitaciones. En el patio transcurría gran parte de la vida de sus vecinos; en él cosían, lavaban la ropa, cocinaban a veces en anafres y charlaban a todas horas las mujeres y jugaban los chicos; en él celebraban las fiestas familiares, se dormía en verano y se sesteaba con frecuencia.

La falta de viviendas y el enorme aumento de valor del suelo urbano van terminando rápidamente con estos corrales; se venden para derribarlos y construir en su solar casas de pisos, en las que viven las gentes tan apretujadas o más que en los corrales, pero sin el desahogo del patio interior, que paliaba las incomodidades de la angostura del hogar. Aislado cada cual en su cuarto o piso, sin más elemento común que la escalera y el portal —de exclusiva función de tránsito— se irá perdiendo la magnífica solidaridad y mutua ayuda que acostumbraba haber en los corrales. Buen ejemplo de transformación de la vida social por evolución urbana.

Aunque en mucho menor número que en Sevilla, corrales hubo también —algunos quedan— en Córdoba, donde se conocen por casas de vecinos y casas de muchos, y en Granada. Medianero con la casa de los Girones, en la plazoleta del mismo nombre de la última ciudad, se derribó recientemente un grupo de viviendas en un corral, con entrada única desde la calle. Junto a la puerta, y con ventana al portal, vivía la casera encargada

(53) Compárese con la disposición de las alhóndigas islámicas descritas en artículo citado supra.

(54) **Corrales de vecindad sevillanos**, por el Marqués de San José de Serra.

por el dueño de cerrar aquélla por la noche, lo que recuerdan se hacía personas que aun viven (tenían que avisarla previamente los vecinos si pensaban volver tarde), cuidar de las macetas y plantas del patio, del abastecimiento de agua, de cobrar las rentas y de vigilar que cada vecino, por turno, limpiase el patio, galerías y pasillos. Cerca de la puerta de Elvira, detrás de San Andrés, dentro de lo que fue recinto murado, subsiste en Granada el llamado corral del Pollo, al que da acceso una calle con un ensanchamiento a su final en el que están las puertas de varias viviendas (55). En el centro de la misma ciudad hay o había hasta hace poco tiempo otro corral con ingreso desde un pasadizo, que ponía en comunicación las plazas de Tovar y de las Descalzas (56). En 1468 los jurados de Zaragoza mandaron derrocar, por razón de higiene el corral de los Pelliceros, a la par que el fosal del hospital de Nuestra Señora de Gracia, próximos ambos al muro de piedra, cerca de la puerta Cineja (57).

En la judería de Mallorca (hoy Palma), había en 1391 los corrales de Bojach, de Struch Durán, de Moisés Behanín y otros innominados (58).

(55) El Corral del Pollo tuvo dos puertas: la actual y otra que salía a la calle de la Tinajilla y desapareció al abrirse la Gran Vía. Hasta hace pocos años había en este corral unas seis viviendas independientes por completo, almacenes y una herrería, entrada al patio en el que están sus puertas se realiza por un hueco adintelado con una viga provista de dos quicaleras. El portal tiene, aproximadamente, 2,50 por 8,50 metros, ensancha al final y termina en un arco de medio punto.

(56) Datos comunicados por Gómez-Moreno y Jesús Bermúdez Pareja.

(57) Actas municipales de 1468; Ximénez de Embún, **Descripción... Zaragoza**, pp. 101-102.

(58) Quadrado, **La judería de la ciudad de Mallorca**, p. 310.



Calle. Arcos de la Frontera (Cádiz).

CALLES CUBIERTAS Y ARQUILLOS

Las angostas y tortuosas calles secundarias y los adarves de las ciudades hispanomusulmanas quedaban cortados en su parte alta con frecuencia por cobertizos que unían los segundos pisos de las casas situadas a un lado y otro de la calle, disposición que aún puede verse en Toledo y en varias villas andaluzas, aragonesas y valencianas. Las calles quedaban así parcialmente «encubiertas»; las partes cubiertas, bajo las construcciones voladas de poca altura, lugares de espesa sombra, gratos y frescos refugios en los días cálidos, alternaban con las de cielo abierto, intensamente soleadas, de luz cegadora. El fuerte contraste, del que aún puede gozarse en ciudades marroquíes emparentadas con las andaluzas, como Tetuán, es sugestivo elemento de su atractivo urbano.

Estos cobertizos —**sābāts**— que a caballo sobre las calles menguan su luz y su aireación, son comunes a todas las ciudades musulmanas. Respondían a lo apretado del caserío dentro de la cerca. Falto de espacio para acrecentarse, prolongaban sus pisos altos sobre la calle, unas veces por el vuelo de las fachadas, apeado en tornapuntas o jabalcones y otras por su prolongación hasta la fachada frontera —sobrado— con lo que la calle quedaba parcialmente cubierta. Así era posible la ampliación de las viviendas, sin solución de continuidad, con parte de la superficie de la manzana situada al otro lado de la calle. Aunque en algunos lugares una de las funciones del almotacén —**muhtasib**— era la de vigilar para que los propietarios no volasen sus casas, reduciendo el espacio destinado a las calles, las escuelas jurídicas musulmanas y entre ellas la *mālikī*, tenían gran indulgencia para esa costumbre con tal que la calle conservase suficiente ancho para el tránsito (1). Indulgencia que parece transmitida a las Ordenanzas medievales de Toledo, Sevilla y Córdoba. Las tres se refieren a los «sobrados que atraviessan las calles a que dizen encubiertas»; las de Toledo y Sevilla ordenan que sus constructores debían de hacerlos de

(1) Brunschvig, **Urbanisme médiéval**, pp. 133, 135-136; Ashtor-Strauss, **L'administration urbaine en Syrie**, pp. 81-82.

altura suficiente para poder pasar bajo ellos «el cavallero con sus armas e que non le embargue» (2).

La existencia de calles «encubiertas» en las villas andaluzas queda atestigüada por los **Repartimientos** de Loja y Vélez-Málaga. En el de Loja, de 1489, figura en el barrio de la Alcazaba una «calle cobertizo» y, además, en lugares no determinados «casas de cobertizo que están sobre el adarbe», «el horno con el cobertizo de encima de la callejuela» (3). En el **Repartimiento** de Vélez-Málaga se inventarian casas en una «callejuela, so el cobertizo»; otras debajo de cobertizos (4).

En el **Llibre del Mustaçaf** (almotacén) de la villa de Catí, hecho en 1293 y renovado en 1322, hay un privilegio del Rey Don Jaime I en el que dispone, entre otras cosas, que **carrerres o açutachs (zuqāq, calle)** no se cubran (5).

A partir del siglo XVI palacios y conventos están estrechos en las manzanas que ocupan, y para su ampliación recurren al procedimiento tradicional de extenderse por la manzana frontera situada al otro lado de la calle, unidas ambas partes por un sobrado volado sobre ella (6). Existen abundantes ejemplos. Citaré tan sólo uno de Málaga y otro de Sevilla.

En la primera de esas dos ciudades andaluzas existía un antiguo cobertizo o pasadizo al principio de la calle de los Mártires, que comunicaba por encima de esta calle las casas de la de Compañía, al que comúnmente se llamaba Cobertizo de las Villalonas, por haber sido esta vivienda de una de las más antiguas e ilustres familias malagueñas (7).

A mediados del siglo XIX conocíase por «Techada» una calle sin salida de Sevilla, bastante larga, por cubrir su entrada habitaciones altas del palacio del Conde de Altamira. Se llamaba también de las Maravillas y tenía su acceso por la plazuela Santa María la Blanca (8).

Arquillos.

A más de los arcos que a la entrada de barrios, calles y adarves aseguraban las hojas de cierre de las puertas, cuya clausura nocturna era obligado

(2) **Ordenanzas... de Toledo**, cap. XXVI, pp. 21 y 194-196; **Ordenanzas de Sevilla**, cap. XXVI; Alba, **Relaciones de la Nobleza**, p. 317.

(3) Hoenerbach, **Loja**, pp. 65-66.

(4) Moreno de Guerra, **Vélez-Málaga**, pp. 385 y 392.

(5) Joan Puig, **El Llibre del Mustaçaf de la Vila de Catí**, 1952, pp. 26 y 89.

(6) Es excepcional el caso de comunicación por un pasadizo subterráneo bajo la calle, como en el convento de Santa Isabel la Real de Toledo.

(7) Díaz Escobar, **Apuntes... sobre... calles de Málaga**, p. 51.

(8) González de León, **Noticia... de las calles... de Sevilla**, p. 434.

para su seguridad, existían en las ciudades hispanomusulmanas otros también transversales, sin función de cierre, casi siempre altos, lo mismo que en muchas ciudades islámicas de Oriente y del norte de África. Servían para arriostrar muros, siempre en precaria estabilidad a consecuencia de su pobre y mala construcción. Es posible que hubiera algunos, como es frecuente en Tetuán y en otras ciudades marroquíes, que sirvieron de apeo a sobrados o cobertizos arruinados (9).

El **Repartimiento** de Mallorca cita varios arcos, entre ellos el de Mercadillo y el que había sobre la casa del droguero (10).

En Sevilla, un documento de 1251, es decir, tres años posterior a su conquista cristiana, cita «la puerta que dizien en tiempo de Moros Dalear, que na contra barrio de Francos»; probablemente sería la misma que figura en una concesión del mismo año, de Fernando III a Per de la Ciza, «aquella algorfa que está cerca la tienda que vos yo dí sobre la puerta de la cal que va de la plaça de Santa María a Barrio de Francos». Vuelve a aparecer dicho arco en una donación hecha en 1255 por el Rey Sabio a Rabí Yusaf Çabaçaz, su judío, de «una tienda en Sevilla, de las que son ante Santa María, de las que están cabo de la puerta del Arco gran, o venden la fruta, que va contra las casas de don Ramón Bonifaz y a Cal de ffrancos. Et esta Tienda le do con su algorfa assí como la ovo en tiempo de Moros». Un documento de 1357 menciona en Sevilla el arco de «la cal de Bayona», cerca de gradas (11).

Una calle de los Arquillos existía en Ecija poco después de su conquista (12). Figuran en el **Repartimiento** de Málaga, en 1488, varios arquillos. A la antigua calle de las Doce Revueltas, repartida en varias callejas, se entraba en 1492 bajo un arco que existía en la calle Salada (más tarde de Casapalma) (13). A la morería malagueña, poblada después de la conquista de la ciudad, servía de ingreso un arquillo situado en la calle de Mercaderes, después de Santa María (14).

En el **Repartimiento** de Ronda, poco posterior a su conquista, figura una calleja del Arquillo y otros arcos de ingreso a calles (15).

(9) **Viajes de Ali Bey**, t. I, p. 97. Con referencia a Fez alude a «mura'las elevadas de distancia en distancia (en las calles) para servir de apoyo a las casas de ambas aceras, y agujereadas en forma de arco».

(10) Busquets, **El código... del Repartimiento de Mallorca**, pp. 281 y 290.

(11) Ballesteros, **Sevilla**, docs. núms. 5, 6, 57 y 73, pp. VI, VII, LX, LXXVI-LXXXVII y CCCXXI; González, **Repartimiento de Sevilla**, II, pp. 300 y 319.

(12) Hernández, Sancho y Collantes, **Catálogo Arqueológico... de Sevilla**, III, p. 107.

(13) Díaz Escobar, **Apuntes... sobre... calles de Málaga**, pp. 37 y 44.

(14) Guillén Robles, **Málaga musulmana**, pp. 486 y 494.

(15) Carriazo, **Asiento... de Ronda**, pp. 60 y 86.



Y en el de Vélez-Málaga, anterior a 1492, se mencionan una «callejuela de entrada de arco» y un «arco de la calle adentro» (16).

Subsistieron muchos de estos arquillos después de la conquista por los cristianos de las ciudades andaluzas; bastantes se construyeron con posterioridad hasta en pleno siglo XIX en varias de ellas. Arquillos servían de límite y cerramiento a las juderías en los siglos XIV y XV. Los había entre otras muchas, en las de Sevilla, Córdoba y Toledo.

La de Córdoba está separada del resto de la ciudad por dos arcos en los que una provisión de Fernando I mandó poner puertas, y que se pusiesen en otras, si fuera necesario (17); arcos viejos se llaman en 1479. Cuando en 1391 los cristianos asaltaron y saquearon la judería, después de forzar sus puertas, éstas se cerraban de noche y tenían sus porteros (18). En Toledo aún permanecen dos arquillos de ingreso a su judería: uno en la calle de Santo Tomás; en la Travesía del Arquillo el otro.

Abundan las ciudades que como Málaga y Murcia conservan también el nombre «del Arquillo», en alguna o algunas de sus calles o callejas, por los que en ellas se mantienen. En Sevilla llamábanse así once en 1839: calle del Arquillo, «bajo y robusto», de Atocha (derribado ese mismo año); de la Casa de la Moneda; de los Chapineros (demolido por ruinoso en 1837); de Clarevout; de San Clemente; de la Contratación; de Madre de Dios; de San Martín (derribado por ruinoso en 1838); de la Plata (figura en el plano de Sevilla de 1771 hecho a iniciativa de Olavide (19), de las Roelas (se nombraba ya así en el siglo XVI) (20); y de los Viejos, la calle del Arquillo o Techada, junto a la plaza de Santo Tomás y Casa de la Moneda. Hasta comienzos del siglo XIX la parte norte de la ciudad, entre las puertas desaparecidas de San Juan y de la Barqueta, conservó los arcos de todas sus entradas, lo mismo que la antigua mancebía, uno de cuyos ingresos era el mencionado arquillo de Atocha (21).

Donde también abundaban los arquillos, supervivencia uno de su pasado islámico, levantados los más en la época cristiana, era en Zaragoza. Varios perduraron hasta fecha reciente (22).

(16) Moreno de Guerra, **Vélez-Málaga**, pp. 388 y 398.

(17) Rivera Ramos, **La carta de fuero... de Córdoba**, pp. 55-56; Ramírez de Arellano, **Historia de Córdoba**, IV, pp. 292-294.

(18) Ramírez y de las Casas, **Anales de... Córdoba**, pp. 50-51.

(19) En ese mismo plano figura también la calle del Arquillo del Sacramento.

(20) Montoto, **Sevilla**, p. 28. En 1575 se cita el arquillo que sube a la puerta de San Juan de Acre; en el mismo siglo el Arquillo del Duque (*Ibidem*, p. 15).

(21) González de León, **Noticia... de las calles... de Sevilla**, pp. 184-187, 189, 344, 451, 609; Montoto, **Sevilla**, pp. 15 y 28.

(22) Ximénez de Embún, **Descripción de Zaragoza**, pp. 18, 27, 62, 110 y 114.

Una de las callejuelas con arquillos que conserva más aspecto medieval es una sin salida, oculta hasta hace pocos años en la calle de las Cabezas de Córdoba. El cordobés Ambrosio de Morales la describe con dos arquillos en los que referían habían puesto las cabezas de los siete infantes de Lara (23). Al descubrir y limpiar recientemente el callejón parecieron sin duda pocos arcos para tantas cabezas, por lo que hoy tiene siete, sin que sea fácil distinguir los viejos de los añadidos.

Dos bellas villas gaditanas, Arcos y Vejer de la Frontera, conservan calles con arquillos, no muy viejos. Su multiplicación, con frecuencia sin causa justificada, pudiera atribuirse a la tendencia a la clausura, al aislamiento del islam español.

(23) **Crónica general de España** que continuaba Ambrosio de Morales, t. VIII, lib. XVI, cap. XLVI, p. 313.

LAS FACHADAS DE LAS CASAS: SALIDIZOS Y AJIMECES

La hermosa sultana pálida
De tez, más de alma encendida,
Es la que está distraída
en su ajimez oriental (1).

Las fachadas de las casas.

La recatada vida familiar de los musulmanes se desarrollaba en el interior de la vivienda, en torno al patio; de la calle pocas veces y siempre en escasa medida, recibía aire y luz. No interesaba a sus moradores el tráfico callejero, inexistente, salvo en las pocas vías centrales, ni el curiosar a transeúntes y vecinos.

Los muros exteriores de las casas, cuya desnudez apenas interrumpían más huecos que el de ingreso, levantados sin preocupación alguna de adorno ni de ostentación, no revelaban la posición social y económica de los que tras ellos habitaban. Tan sólo el examen atento de las hojas de la puerta de ingreso, de la calidad de su madera y labra y del arte de sus herrajes, permitía deducir si la casa cuyo acceso cerraban era vivienda de gentes humildes o un palacio. En éste como en otros aspectos oponíanse la civilización occidental y la oriental, puesto que si en las ciudades de la segunda bordeaban las calles muros inexpresivos en su desnudez y sus vecinos de posición holgada tendían más a disimular su riqueza que a ostentarla en el exterior de su vivienda, los pobladores de próspera economía de las ciudades de Occidente, procuraban no pocas veces que sus casas revelasen al exterior aún mayor caudal que el efectivo. Las fachadas de alguna monumentalidad reservábanse en las ciudades hispanomusulmanas para los edificios de interés público, fundaciones piadosas casi siempre. Más que a sus delanteras alúdese con ello a sus portadas, en las que se concentraba la riqueza artística. En la Granada

(1) José Zorrilla, **Granada**, t. II, p. 171.

nazarí del siglo XIV, por ejemplo, monumentales eran las de la Madraza o Universidad, derribada en el siglo XVIII, la del Maristán u Hospital de locos que corrió la misma suerte en el XIX, y la del Corral del Carbón, alhóndiga felizmente conservada. También tendrían excepcional importancia arquitectónica y decorativa las portadas de las mezquitas; a falta de las hispánicas puede juzgarse por las marroquíes.

En ciudades de extenso perímetro en relación con el número de sus habitantes, y en los barrios o arrabales más excéntricos de casi todas ellas, bordearían las calles y callejones no sólo los muros exteriores de las casas, sino también altas tapias de huertos y jardines por encima de cuyas bordas asomarían árboles y arbustos. En varias ciudades andaluzas como Ecija, puede gozarse aún del pintoresco aspecto de calles semejantes, angostas, con suelo de guijarros, limitadas por muros de blanquísima cal sobre los que se levantan en grato contraste, las copas de un verde sombrío de algunos cipreses o la frondosidad más clara de los naranjos. Al fondo surge con frecuencia en las callejas de esa ciudad un esbelto campanario barroco, en sustitución del alminar que cerraría su horizonte en época islámica.

Pedro Llitrá escribía al entrar en Málaga con los Reyes Católicos, recién conquistada la ciudad (1487), que «las fachadas de las casas son... muy tristes y de muy mal aspecto» (2); el notario mallorquín conocía sin duda Valencia, Barcelona y otras ciudades levantinas de las que poseían por entonces el mejor caserío de las de la Península. Sucias al exterior y muy limpias por dentro describe el alemán Münzer en 1494, las reducidas casas de los moros granadinos, cerradas como las tiendas «con sencillas puertas de madera y clavos de palo, como se acostumbra en Egipto y en Africa» (3). «Sin arreglo ni igualdad», juzgaba el aspecto exterior de las casas de Jaén, heredado, dice, de las musulmanas, el deán Martínez Mazas hace algo más de ciento cincuenta años (4). Pues la tradición en éste, como en otros muchos aspectos, continuó durante siglos después del paso de las ciudades a manos cristianas. Escribió Alonso de Morgado, en su **Historia de Sevilla** (5), publicada en 1587, que «en tiempos pasados todo el edificar era dentro del cuerpo de las casas, sin curar de lo exterior, según que hallaron a Sevilla de tiempo de Moros». El embajador veneciano Andrés Navajero afirmaba en 1525, tener Toledo «muchas casas buenas y cómodos palacios,

(2) Pi i Margall, **Granada, Jaén, Málaga y Almería**, n. (1) de la p. 430... La carta de Llitrá se conserva en un libro de «Lletras Misivas» del Arch. Hist. de Mallorca.

(3) Münzer, **Viaje por España y Portugal**, pp. 43-44.

(4) Martínez Mazas, **Retrato... de Jaén**, p. 40.

(5) Morgado, **Historia de Sevilla**, p. 143.

más quizá que ninguna otra ciudad de España, pero no tienen por fuera vista ni apariencia alguna. Son todos hechos de cantos, y alguna parte de piedra labrada y de ladrillo, y lo demás de tierra, como se usa en España; tienen pocos balcones y pequeños, lo cual dicen que es por el calor y por el frío y la mayor parte de las casas no tienen más luz que la de la puerta» (6).

Algo más de tres siglos después Teófilo Gautier repetía la misma observación sobre los escasos huecos, protegidos por rejas, de las casas toledana, de imponente y severo aspecto, en las que creyó ver algo de convento, de cárcel y de fortaleza, y un ambiente de harem, consecuencia —dice— de la herencia mora (7).

«Las de los moros de ordinario —escribió Cervantes— eran más agujeros que ventanas, y aún éstas se cubrían con celosías muy espesas y apretadas» (8). Algunas ventanas tendrían rejas protectoras: cuenta un cronista de los Banū 'Abbād que Fajr al-Dawla, uno de los hijos del célebre al-Mu'tamid, rey de taifas de Sevilla en la segunda mitad del siglo XI, quedó un día prendado de una hermosa joven entrevista tras de una reja de esa ciudad (9).

Respecto a las puertas de ingreso a las viviendas la costumbre islámica y especialmente la de la escuela **mālikí**, profesada por los musulmanes españoles, permitía su libre instalación o cambio si no se perjudicaba a los vecinos, es decir, si no se situaba enfrente o casi enfrente de las de éstos, para que pudiesen abrirlas sin temor a las miradas indiscretas y acercar a ellas las acémilas cómodamente hasta su umbral (10). Las **Ordenanzas** medievales de Toledo y Sevilla conservaron esta tradición al disponer de «non deue fazer ninguno puerta de su casa delante puerta de su vezino... Ni otro si en las tiendas, ni las alfondegas, ni los baños... non se deuen fazer las puertas fronteras, ca es gran descubrición» (11).

Si la puerta era grande, postigos en sus hojas de cierre —siempre dos, aunque su ancho no excediese del metro— permitía disminuir el vano accidental. «Las puertas de la calle —decía Martínez Mazas de las casas de Jaén antes de terminar el siglo XVIII— tienen todavía dinteles de madera, aunque sea la fachada de piedra, y como estaban casi siempre cerradas por el genio oscuro y receloso de los moros, sólo se entraba por un postigo

(6) Fabié, *Viajes por España*, p. 373.

(7) Gautier, *Voyage en Espagne*, pp. 142-143.

(8) *Don Quijote de la Mancha*, primera parte, cap. XL.

(9) Al-Nuwayrī, *Historia de los musulmanes*, I, p. 107.

(10) Brunschvig, *Urbanisme médiéval*, p. 134.

(11) *Ordenanzas... de Toledo*, cap. XXXIV, p. 23; *Ordenanzas de Sevilla*, cap. XXXIV, fol. CXLV. Ambas ordenanzas son casi idénticas.

bajo y estrecho, a manera de puerta de castillo, de manera que apenas cabe un hombre encorvado» (12).

La puerta exterior daba paso a un zaguán, más o menos grande según la importancia de la vivienda, desde el que por otra puerta, descentrada respecto de la primera, se penetraba en el patio, directamente o a través de un paso acodado. Así se evitaba el que, al estar la puerta de la calle abierta, cualquiera que por ella pasase, pudiese ver el patio (13).

La altura de las fachadas o delanteras de las casas variaba de unas a otras ciudades. Acostumbraban tener dos plantas, la baja y otra sobre ella. Pero, como en todo tiempo y lugar, si el espacio intramuros para edificar era escaso en un momento dado, aumentaba forzosamente la altura de las viviendas, pudiendo alcanzar hasta los cuatro o cinco pisos o plantas.

A principios del siglo XV, las casas que bordeaban la **zuqāq al-Haṭṭāb** (calle del Leñador), en Ceuta, tenían tres pisos y se «elevaban como una fortaleza», dice el musulmán al que se debe la descripción de la ciudad.

Los grandes desniveles del solar de algunas ciudades, favorecían a veces, como en Cuenca y Albarracín, la extraordinaria elevación de los edificios. Era frecuente en esos casos que las viviendas mostrasen dos plantas en una de sus fachadas y cuatro o cinco en la frontera, semisubterráneas las inferiores.

En ciudades llanas y de amplio perímetro predominaba la construcción de poca elevación. Así se mantuvo la de Sevilla hasta pleno siglo XVI, cuando Pedro Mexía ponderaba, por su escasa altura, sus edificios, bajos, humildes y de poca autoridad, que no parecían bien «a los extranjeros y a los que traen los ojos cebados de Barcelona y de otras ciudades, cuyas casas tienen tres y cuatro altos». Y aconsejaba que, para cumplir con la hermosura y el ornato no se hicieran más altas, pues en un clima de calurosa humedad como el de Sevilla era necesario que lo principal de las casas estuviese bien visitado por el sol y el aire y que éste pudiera renovarse fácilmente (14).

En la Granada nazarí del siglo XIV, lo mismo que en la Toledo contemporánea, cristiana ésta desde hacía siglos, protegían las fachadas de muchas casas y otros edificios aleros de canecillos muy salientes, inclinados casi

(12) Martínez Mazas, **Retrato... de Jaén**, p. 40.

(13) En palacios, casas-fuertes y castillos se conservó hasta bien entrado el siglo XVI la costumbre de situar en los extremos opuestos del zaguán la puerta de ingreso desde la calle y la de entrada al patio.

(14) Mexía, **Díálogos**, pp. 3-4.

siempre, con su extremo volado más alto que el empotrado en el muro (15). Las **Ordenanzas** de Toledo y Sevilla, en su capítulo XXV —«De las alas de los texados»— prohíben a todo propietario volar el alero de su casa más del tercio del ancho de la calle; otro tanto quedaba para la del frontero y el tercio restante para que en la calle penetrase el aire, la luz y cayesen las aguas (16). Era costumbre secular que pueda dar idea de la angostura de esas vías, ya que los canecillos de los aleros, salvo en casos excepcionales, no volarían más de 60 a 70 centímetros, dimensión asimismo de la estrecha faja de cielo que se recortaba en lo alto, entre el vuelo de los tejados de las casas fronteras.

Ignórase cómo terminaban por su parte alta las casas de otras ciudades hispanomusulmanas o mudéjares, como Córdoba, Valencia, etc. (17).

SALIDIZOS (18).

El derecho romano prohibía todo vuelo o saliente avanzado sobre la vía pública. En el Islam la propiedad del inmueble construido se extendía virtualmente a su alrededor. Los doctores mālīkīes autorizaban el avance de pequeñas construcciones sobre las calles (19).

Las calles, tan angostas en su trazado, lo eran aun más en elevación, por el frecuente vuelo sobre ellas de salidizos, es decir, de pisos altos volados que las ensombrecían aun más, al dejar entre el vuelo de los tejados tan sólo una estrecha faja luminosa. Lo mismo ocurría en las ciudades cristianas medievales de Occidente. Justificaba su construcción, la multiplicidad de pisos en elevación y las algarfas voladas que encubrían a trechos las calles, la escasez de espacio dentro de los muros de la ciudad en relación con su crecido número de habitantes, lo que obligaba a aprovechar al máximo el espacio intramuros. Mediante esos procedimientos, sin restar superficie a las estrechas calles, podía aumentarse la edificada.

En las ciudades musulmanas de Oriente acostumbraban apearse las vigas salientes de los pisos volados maderos inclinados, es decir, tornapuntas

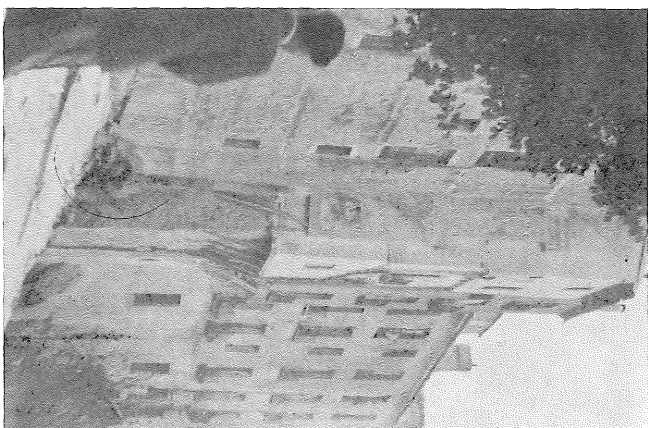
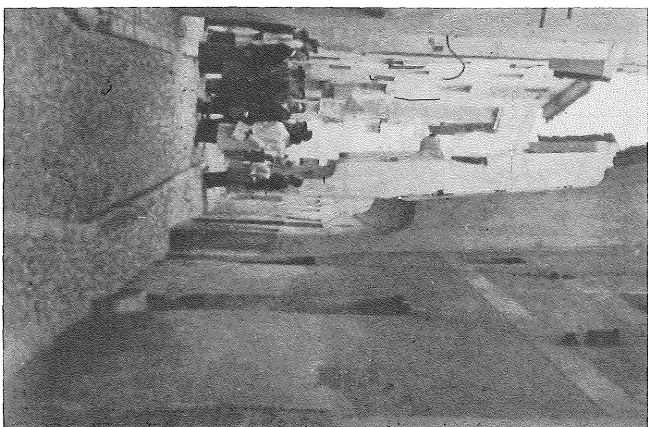
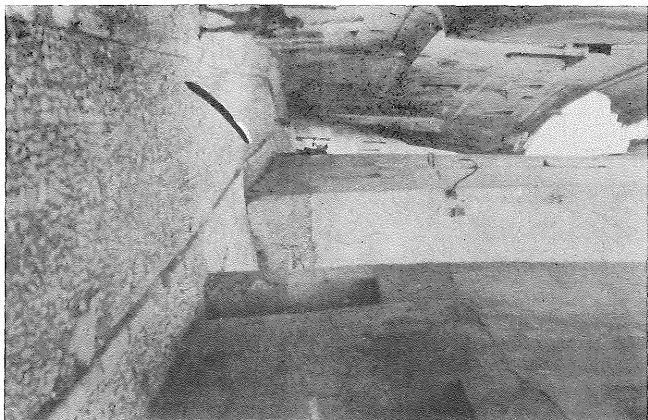
(15) Torres Balbás, **Aleros nazaríes**, pp. 169-185.

(16) **Ordenanzas... de Toledo**, cap. XXV, p. 21; **Ordenanzas de Sevilla**, cap. XXV, fol. CXLIV.

(17) Las casas de Murcia debían tener aleros de madera, pues en las Ordenanzas de Albañiles de 1592 de esa ciudad, se dispone que «no se puedan hazer aleros de madera a la parte de la calle, si no fueren de ladrillo, u de piedra» (Fuentes, **Murcia que se fué**, pp. 126-127).

(18) Torres Balbás, **Algunos aspectos de la casa hispanomusulmana: almacerías, algarfas y salidizos**, pp. 185-191.

(19) Brunschvig, **Urbanisme médiéval**, pp. 133 y 135-136.



Calles y casas de Cuenca.

o jabolcones. El sistema pasó a Egipto, al norte de Africa y a la Península Ibérica. En Alepo, en Damasco, en El Cairo, en Argel y en otros muchos lugares subsisten pintorescas construcciones con pisos en voladizo así apeados. Pocas son las que se conservan en la ciudades españolas. En Cuenca se ven aún algunas. Demuestran su pretérita abundancia las disposiciones de fines del siglo XV y del XVI, citadas en páginas posteriores, en las que se prohíbe construir nuevos saledizos y aún se ordena derribar los existentes para ensanchar las calles y hacerlas más salubres (20). Me limitaré a citar algunos ejemplos de Valencia, Granada y Toledo.

En Valencia había abundantes **embans** o **barandats** (así se llamaban en el dialecto levantino los salidizos), que estrechaban las calles de Serranos y Boatella, entre otras, salidizos ruinosos por su antigüedad y a menor altura de lo permitido por las disposiciones locales vigentes. En la segunda mitad del siglo XIV y en el XV se mandaron derribar (21). En un inventario de bienes del concejo de Granada en 1537 figuran tiendas voladas sobre el río en esa ciudad, en la hoy llamada Carrera de Darro, frente al Bañuelo (22). Las casas situadas en sus orillas podían extenderse libremente volando sus pisos altos sobre el cauce. En una fotografía de hace unos ochenta años se ven algunas de esas casas, apeado su vuelo en jabolcones, aguas abajo de las mencionadas en 1537. El pintoresco aspecto del cauce del Darro al atravesar Granada se perdió lamentablemente al cubrirlo, reforma urbana de la que dijo hace algo más de medio siglo el granadino Angel Ganivet: «Yo conozco muchas ciudades atravesadas por ríos grandes y pequeños: desde el Sena, el Támesis y el Spree, hasta el humilde y sediento Manzanares; pero no he visto ríos cubiertos como nuestro aurífero Darro, y afirmo que el que concibió la idea de abovedarlo la concibió de noche: en una noche funesta para nuestra ciudad» (23).

(20) Véase *infra* «Evolución de la calle en los siglos XV y XVI: de las calles de las ciudades hispanomusulmanas a las del Renacimiento». Ali Bey el Abbasi —**Viajes**, p. 97— describe las casas de Fez altísimas, con un «vuelo o proyección» en el primer piso que quita mucha luz, inconveniente que se acrecienta más con la especie de galerías o pasadizos que reúnen la parte superior de las casas por ambos lados».

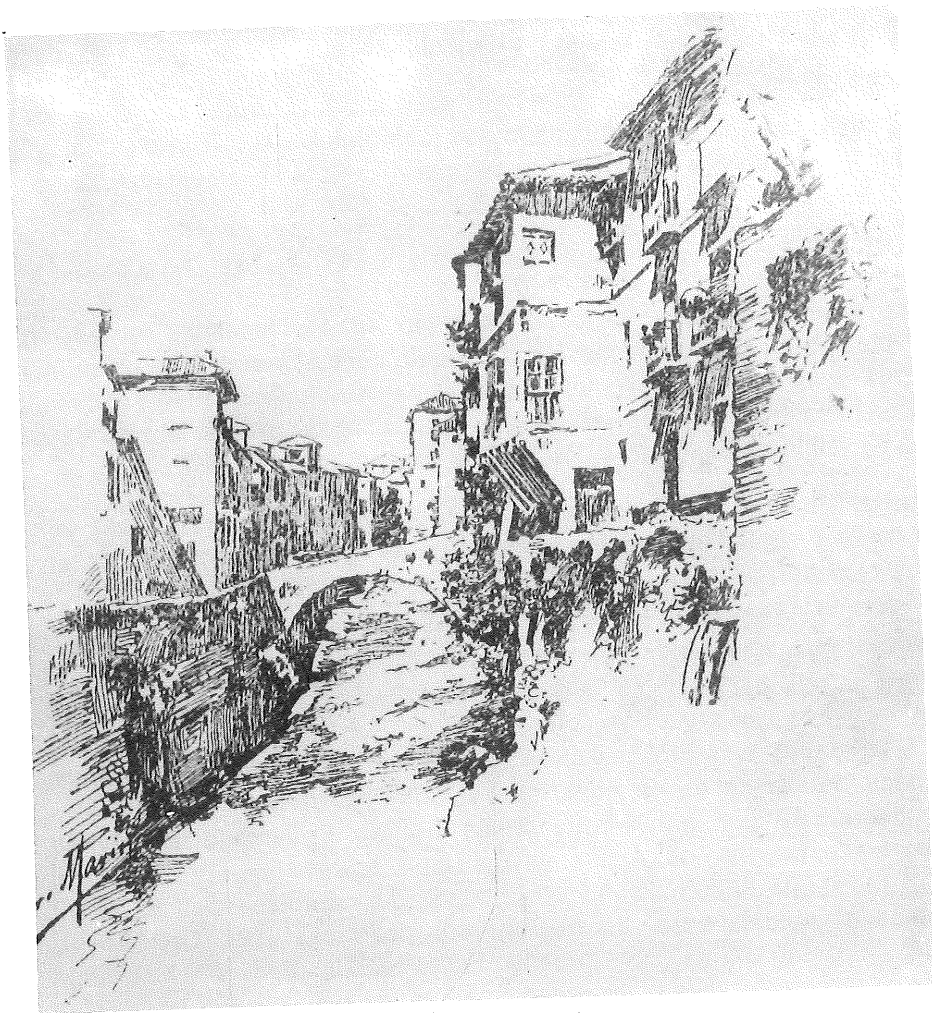
(21) **Manual de Concellls**, 24A, Concell General de 28 de febrero de 1402. Arch. Mun. Valencia. En el **Aureum opus regalium privilegiorum civitatis et regni Valentie** (Valencia, 1515), figura la siguiente disposición: **Quod iurati propter ornatum civitatis possint dirruere son demolire omnia envanna civitatis**, fol. CXCHIII, CXLII (Josefina Mateu Ibars, **El Aureum Opus**, p. 646); Pertegas, **La urbe valenciana**, pp. 287, 325-326, 337, 353, 358.

(22) «...tiendas cerca de la casa de la moneda, incorporadas en el muro que está entre el río d[e] Darro y la calle q. va a la pta. de Guadix, alindan con la torre frontera al baño de Palacios (hoy llamado Bañuelo) y vuelan sobre el río sobre maderos» (Libro de las posesiones desta cibdad», 1537, leg. 4.º, manuscrito en el Arch. del Ayunt. de Granada) (Libro de censos de propios, 1528, leg. 1.º en el Arch. del Ayunt. de Granada).

(23) **Granada la Bella**, por Angel Ganivet, seg. edic. p. 34.



La Carrera de Darro, en Granada, a fines del siglo XIX, antes de cubrir el río. En el dibujo de Isidoro Marni y en la fotografía, se ven pisos altos volados sobre jabalcones. El dibujo está hecho desde el puente de Santa Ana. En la fotografía se distingue el puente de la Gallinería, y al fondo la casa cerraba la plaza Nueva.



Comprueba la persistencia de la construcción de salidizos en las antiguas ciudades hispanomusulmanas aun en pleno siglo XVI, una disposición de ese siglo del corregidor y concejo de Toledo, dictada al tener noticia de que algunos de los oficiales albañiles, yeseros, carpinteros y otros contra las Ordenanzas de la ciudad «abren puertas, e reparan e hazen saledizos de nuevo, y chimeneas voladas», mandan que ninguno de ellos «sean osados de abrir las dichas puertas, ni adouar ni reparar saledizos, ni los fazer de nuevo» (24).

El pueblo urbano continuaba con sus costumbres tradicionales, que una minoría dirigente y culta trataba de modificar por sugerencia foránea.

AJIMECES (25).

A partir probablemente de fines del siglo XIII las fachadas de las casas de las principales ciudades hispanomusulmanas comenzaron a animarse con la construcción de ventanas y balcones volados, de madera, cerrados por espesas celosías, en los que las mujeres podían estar al aire libre en una agradable penumbra y, contemplar la calle sin ser vistas.

Esos voladizos llamáronse por los castellanos «ajimeces», palabra derivada de la árabe **al-simasa** (la ventana), que a su vez proviene de la del mismo origen **al-sams** (el sol) (26). La romanceada ajimez no aparece en la literatura castellana hasta el siglo XIV (27).

El falso ajimez romántico.

Desaparecidos los ajimeces en su disposición originaria de los muros de fachada de las casas de nuestras ciudades, su nombre se aplicó, erradamente, a un elemento arquitectónico distinto. El llamado **Diccionario de Autoridades**, de la Real Academia Española, editado en 1726, da para ajimez una doble significación: la anticuada de «salidizo» y la de «ventana arqueada, dividida en el centro, por una columna» (28). Olvidada la arcaica, fue esta última, cuyo proceso hasta recibir acogida en esa publicación, desconozco la que prevaleció, sigue en uso y será largo y difícil desterrar. Textos y documentos de fines del siglo XV y del XVI acreditan

(24) **Ordenanzas... de Toledo**, p. 194.

(25) Torres Balbás, **Ajimeces**, pp. 415-427.

(26) Real. Acad. Esp., **Diccionario**; Dozy, **Supplément aux dictionnaires**, t. primero, p. 741; Dozy y Engelmann, **Glossaire des mots**.

(27) Neuvonen, **Los arabismos del español en el siglo XIII**, p. 302.

(28) Real. Ac. Esp., **Dicc. de autoridades**.

sin lugar a duda el significado dicho y prueban la falsedad del que se le da desde hace más de dos siglos y medio (29).

La gran difusión del nombre de ajimez aplicado a la ventana gemela con columna central, se debe al romanticismo. El supuesto ajimez era un cuadro ideal para las Fátimas, Zoraidas y Aixas, de negros y ardientes ojos, labios bermejos y dientes marfileños, En el hueco de la ventana gemela aparecen representados en los grabados de las páginas, ya centenarias, del **Semanario Pintoresco Español** del **Museo de las Familias** y de las ediciones de Gaspar y Roig. Zorrilla fue el poeta de los ajimeces y la Alhambra su más destacado solar.

El ajimez en la España islámica y su lugar de origen.

La moda del balcón volado de madera cubierto de celosías debió de llegar a la España musulmana a fines del siglo XIII o en el XIV desde El Cairo y Alejandría, propagándose rápidamente por las ciudades más relacionadas con el oriente mediterráneo. Derivan en efecto los ajimeces andaluces de las muy conocidas **mašrabiyyāt** de El Cairo y Alejandría (30) —las hay también en Siria y en Arabia—, llamadas por los franceses **moucharabiehs**, cajas de madera voladas, cerradas por celosías, magníficas obras algunas de carpintería que animaron las fachadas de las viviendas de la gran ciudad egipcia a partir del siglo XIII. Escasean ya, por la lamentable destrucción de muchas en época reciente; otras han ido a parar a los museos y colecciones particulares. Pero dibujos y fotografías de hace algunos años permiten formar idea de la abundancia, riqueza y variedad de las **mašrabiyyāt** que daban aspecto tan original y pintoresco a varias ciudades orientales y principalmente a las calles de El Cairo (31). Puede juzgarse de su

(29) Fue tal vez don Manuel Gómez-Moreno el primero que en su **Guía de Granada**, p. 35, dijo que el nombre de ajimez aplicado a la ventana gemela era de notoria impropiedad, «pues en antiguos documentos consta que los ajimeces eran balcones salientes, cerrados por celosías de madera, como los que se usan en nuestros conventos de monjas, y que permitían a las mujeres asomarse sin ser vistas desde el exterior». Más tarde el hijo del artista y erudito granadino, sabio maestro de varias generaciones de historiadores de arte, insistió en lo mismo, definiendo el ajimez como «saledizo ante una ventana, como balcón cerrado con celosías, para asomarse las mujeres sin ser vistas» (Gómez-Moreno, **Iglesias mozárabes**, pp. 13, n. 4, y 403). Conocedor de la documentación sevillana de los siglos XV y XVI, don José Gestoso volvió también por el exacto significado de la palabra ajimez (**Curiosidades antiguas sevillanas**, pp. 152-153).

(30) Según Dozy, **Supplément aux dictionnaires**, t. primero, p. 741, el nombre de **mašrabiyyāt** procede de la costumbre de colocar en ella el cacharro de barro poroso que conserva el agua fresca. En Alejandría subsisten **mašrabiyyāt** en dos barrios viejos inmediatos, al oeste de la ciudad, los de Kūm al-Suqāfa y Karmūz, al lado del cementerio de 'Amūd al-Sawārī (Noticia del becario señor Aḥmad al-Ša'arāwī).

(31) **Manuel d'Art musulman**, por H. Saladin, pp. 167-168; **Arts plastiques et industriels**, por Gaston Migeon, pp. 324-325; Clerget, **Le Caire**, I, p. 331.

antiguo aspecto por una sugestiva acuarela de Ambrosio Baudry, fechada en 1871, reproducida en varias obras y que acompaña también a estas páginas. Representa el **sūq al-'aṣr** (zoco de después de medio día) de El Cairo, calle que conduce a **bāb al Naṣr** (puerta de la Victoria); al fondo se distingue el alminar de la mezquita levantada a comienzos del siglo XIV por el sultán mameluco Rukn al-Dīn (32).

Ménsulas de piedra o canecillos de madera, apeados éstos, a veces en jalcones, sostenían los **mašrabiyyāt**, verdaderas cajas de madera, adosadas a lo alto de los muros, cuyos frentes se dividían en bastidores rectangulares o cuadrados, algunos de los cuales podían abrirse de abajo arriba, girando hacia afuera en torno al marco superior y cuajados todos por celosías de dibujos variados. Se hacían las **mašrabiyyāt** con pequeñas piezas de madera finamente labradas y torneadas. Las mujeres podían estar sentadas en su interior, al fresco, tamizada la cruda luz de la calle, disfrutando del espectáculo de ésta o del del patio —también se construían en éstos— sin ser vistas. En ellas se colocaban las jarras de arcilla porosa que mantenían el agua fresca. La tradición de su labra de madera procede de los artesanos coptos, pero fue durante el dominio mameluco en Egipto, y, sobre todo, en el reinado del sultán Qāyt Bāy (873-902/1468-1495) cuando las **mašrabiyyāt** adquirieron mayor desarrollo (33). En Marruecos son desconocidas (34).

En España hay noticias de la existencia de ajimeces en Cádiz, Córdoba, Sevilla, Granada, Málaga y Murcia, singularmente por las disposiciones de los últimos años del siglo XV y del XVI, citadas más adelante, en las que se prohibía construirlos y ordenaba el derribo de los existentes. En esas ciudades populosas su número sería crecido y escaso en otras más pequeñas. Excepcional parece era uno de Vélez-Málaga, ciudad conquistada por los Reyes Católicos en 1487, ya que es el único citado en su Repartimiento (35).

(32) Reproducida, entre otras, en la conocida obra de I. Bourgoïn, **Précis de l'art arabe**, lám. I.

(33) Clerget, **Le Caire**, I, p. 331.

(34) Así lo afirma Gallotti, **Le jardin et la maison arabes**, t. primero, pp. 77 y 101. Sin embargo, en el norte de Marruecos, sobre todo en Rabat, se ven en las fachadas, adosados a los huecos de las ventanas, unos semicilindros volados de madera, cuya altura no llega al metro, perforadas sus tablas por algunos agujeros, para poder ver la calle y con un remate en lo alto de almenillas. Son verdaderos ajimeces de ventanas. En Rabat se establecieron abundantes moriscos españoles.

(35) «una casa de un aximez a la mano derecha» (Moreno de Guerra, **Vélez-Málaga**, p. 393). Los hubo sin duda en Antequera, pues una cédula de la reina doña Juana, de 1515, se refiere a los «balcones y salidas a las calles», que había en algunas casas, y «las hacían estrechas y oscuras». José María Fernández, **Repartimientos y urbanización después de la Conquista**.

¿Cómo eran los ajimeces que sobresalían de las fachadas de las casas de las ciudades hispanomusulmanas, no tan cerradas y desnudas a partir de hacia 1300 como antes suponíamos? Un dibujo de don Manuel Gómez Moreno, hecho en 1877, de un ajimez de Alhama de Granada, cuya reproducción se acompaña, puede dar idea de los andaluces más sencillos, réplica de otros de El Cairo reproducidos por Baudry en su acuarela. Celosías de carretes torneados semejantes a las de El Cairo, se difundieron por la Granada islámica —una se conserva en la sala de las Dos Hermanas de la Alhambra y hay restos de otras— los ajimeces de construcciones de mayor importancia tendrían celosías de ese tipo, parecidos también a los de la capital egipcia. Así serían los que había en los balcones de la sala de Comares y en la torre de Machuca, en la Alhambra (36).

Desaparecieron los viejos ajimeces islámicos después de la Reconquista de nuestro panorama urbano —uno alcanzó a ver don Manuel Gómez-Moreno en el Albaicín de Granada— a causa de las disposiciones aludidas que prohibían su construcción y obligaban a su derribo, al mismo tiempo que a la escasa duración de entramados de livianas maderas sometidos a la acción de los agentes atmosféricos. Pero se mantuvo su tradición en comarcas rurales y a trasmano. Aún existían restos de algunos hace pocos años en la ciudad aragonesa, entonces moribunda, de Albarracín, entre las viviendas caídas y las cerradas, y abundaban en Teruel antes de la guerra civil. Tal vez en rincones perdidos de Aragón, comarca en la que la tradición hispanomusulmana dejó casi tan honda huella como en Andalucía queden más ejemplares.

Los de Albarracín son, o eran, ajimeces de ventanas semejantes a otros de El Cairo, reproducidos en la repetidamente citada acuarela de Baudry. Consistían en un cerco o marco de madera, colocado a haces exteriores, en el que encajaba un bastidor cuajado de sencillos listones cruzados en forma de celosía, que quedaba oblicuo al apoyarse en dos tablas laterales triangulares apoyadas en una horizontal volada, prolongación del alféizar. Inclınadas sobre éste las mujeres, invisibles, podían registrar tanto el frente de la calle como los costados, éstos a través de unos agujeros recortados en las tablas laterales triangulares (37).

(36) En una de las láminas de la obra **Civitates Orbis Terrarum**, visita de Granada desde el nordeste, fechada en 1564, reproducción de un grabado de Nogenber, se ve una casa grande con varias torres, en cuya fachada oriental hay, en alto, un mirador volado de madera, es decir, un ajimez. Se nombra en el grabado «Casa del moro rico».

(37) Más rara es la existencia de ajimeces semejantes hasta hace pocos años en una ciudad rica y populosa como Barcelona, donde se llamaban celosías. Carreras y Candi las cree exóticas, consecuencia de la moda barroca, triunfante en el siglo XVII, de colocar en el interior de las iglesias antepechos de coros y tribunas, balcones volados y mamparas, de celosía. El ayuntamiento de Barcelona autorizaba unas veces las celosías voladas en las viviendas y las prohibía otras. Muchas desaparecieron en el transcurso del si-



Ajimez y restos de otro en Albarracín (Teruel).

Ajimeces conventuales.

Es en los antiguos conventos de monjas, sugestivos islotes en los que la vida ha permanecido casi invariable a través de los siglos, donde se ha mantenido más pura la tradición de los ajimeces, como consecuencia de una clausura femenina aun más rigurosa que la islámica. Casi todos son de ventanas salientes; abundan los corridos por toda o parte de la fachada. En Toledo los conservan los conventos de Santa Isabel la Real, de la Madre de Dios, de Agustinas Calzadas y de San Antonio. Es buen ejemplar el del convento de las mínimas de Ecija, que puede verse en el dibujo adjunto.

Los ajimeces conventuales se han construido hasta tiempos recientes. Más aisladas aún que las mujeres musulmanas, las monjas de esos viejos conventos españoles de clausura son las últimas representantes en ese aspecto de una vida social desaparecida hace siglos de nuestras comarcas y en rápido camino de extinción en otras extrañas en las que perduraba. Invisibles tras los ajimeces siguen esas monjas dirigiendo miradas curiosas, desde el cerrado islote de su convento, casi invariable a través de centenares de años, en el que cambios y mutaciones son mínimos, sobre una vida urbana en continua y rápida transformación.

Adufas portuguesas.

En Portugal, en Canarias y en algunos lugares de la América hispánica conservóse con mayor fidelidad a sus formas originarias que en España, como se verá en páginas posteriores, la tradición del ajimez.

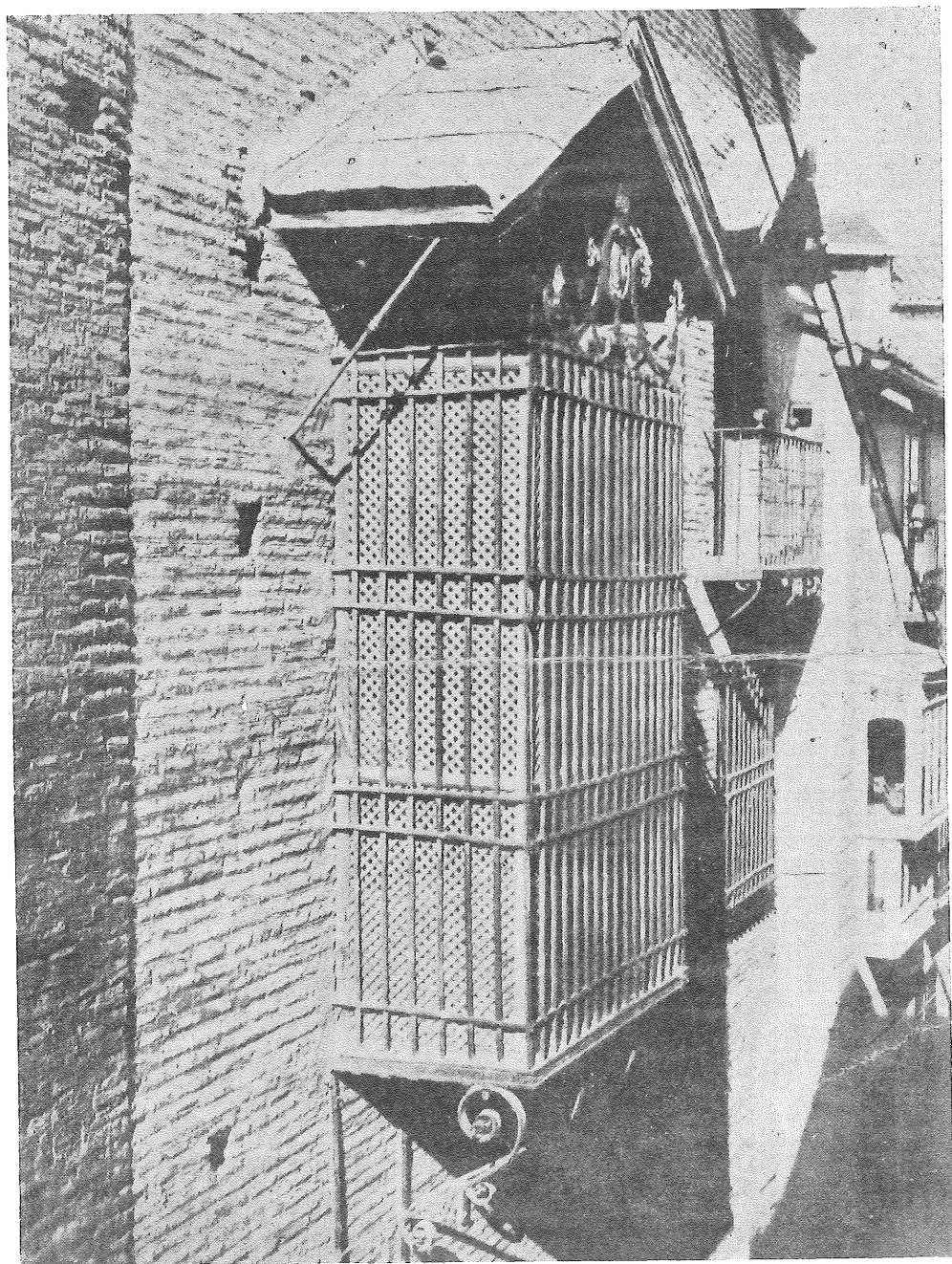
En Portugal se llama «adufa», del árabe **al-duffa** (plural, **al-difāf**, compuerta, tablero, puerta o persiana de madera) (38).

Las adufas, ventanas, balcones o galerías voladas, de madera, cerradas por celosías, eran de uso corriente para todos los huecos de las viviendas en varias comarcas y lugares: Braga, Faro, Alcuchete, Beja, etc. (39). En Braga hay una casa cubierta totalmente la fachada de sus dos pisos altos por una gran adufa de rótulos. Viejas litografías muestran calles de ciu-

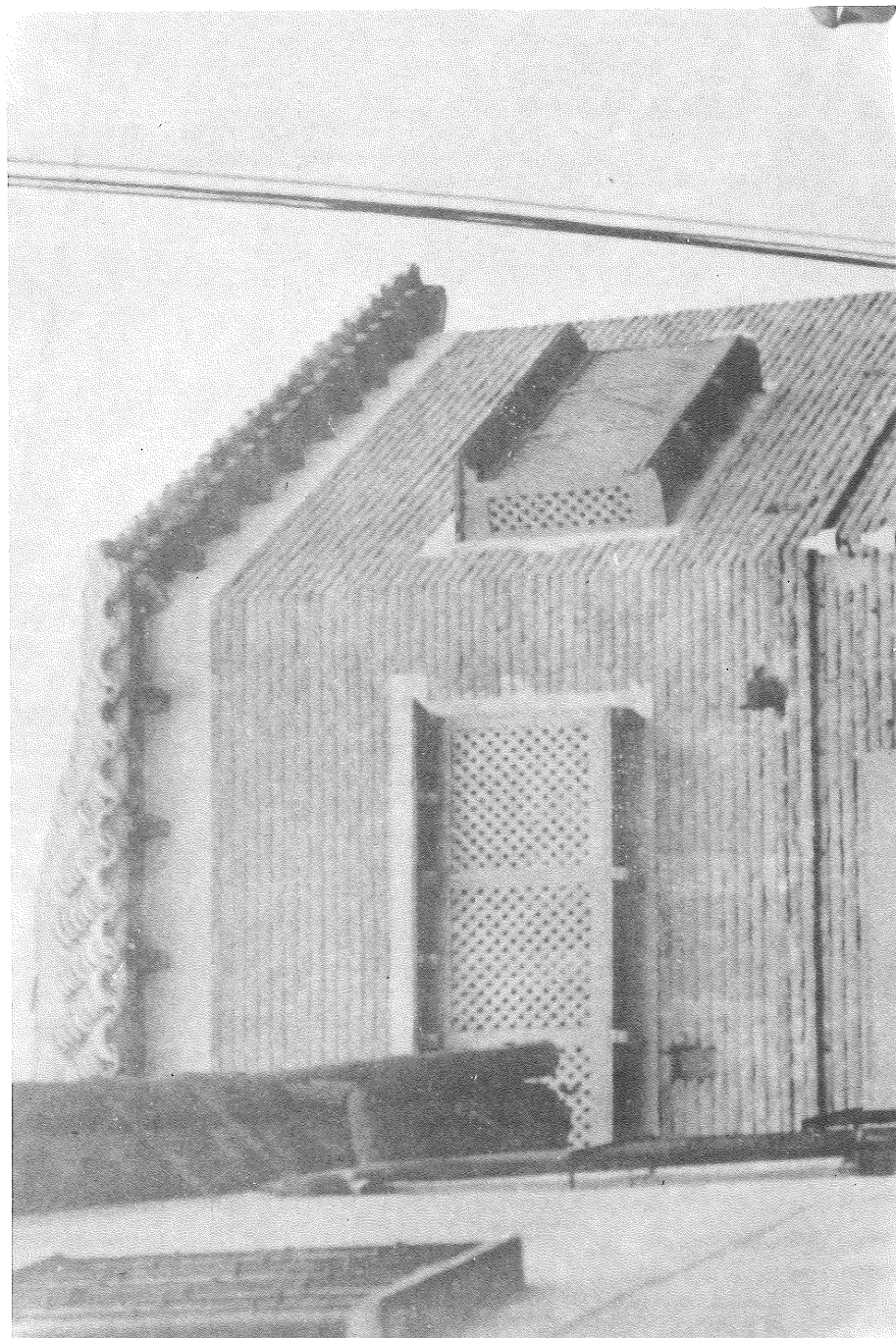
glo XIX; cuatro se conservaban aún en 1908 y una en 1915 en el número 21 de la calle de Montcada (Francesch Carreras y Candi, **La ciutat de Barcelona**, pp. 793-795. Cabe la sospecha de que esos ajimeces de las viviendas fueran restos de una tradición medieval importada de Alejandría, con la que mantenía Barcelona estrechas relaciones comerciales en la Edad Media.

(38) Alcalá, **De lingua arabica**, p. 359; Eguílaz, **Glosario eaimológico**, pp. 63-64.

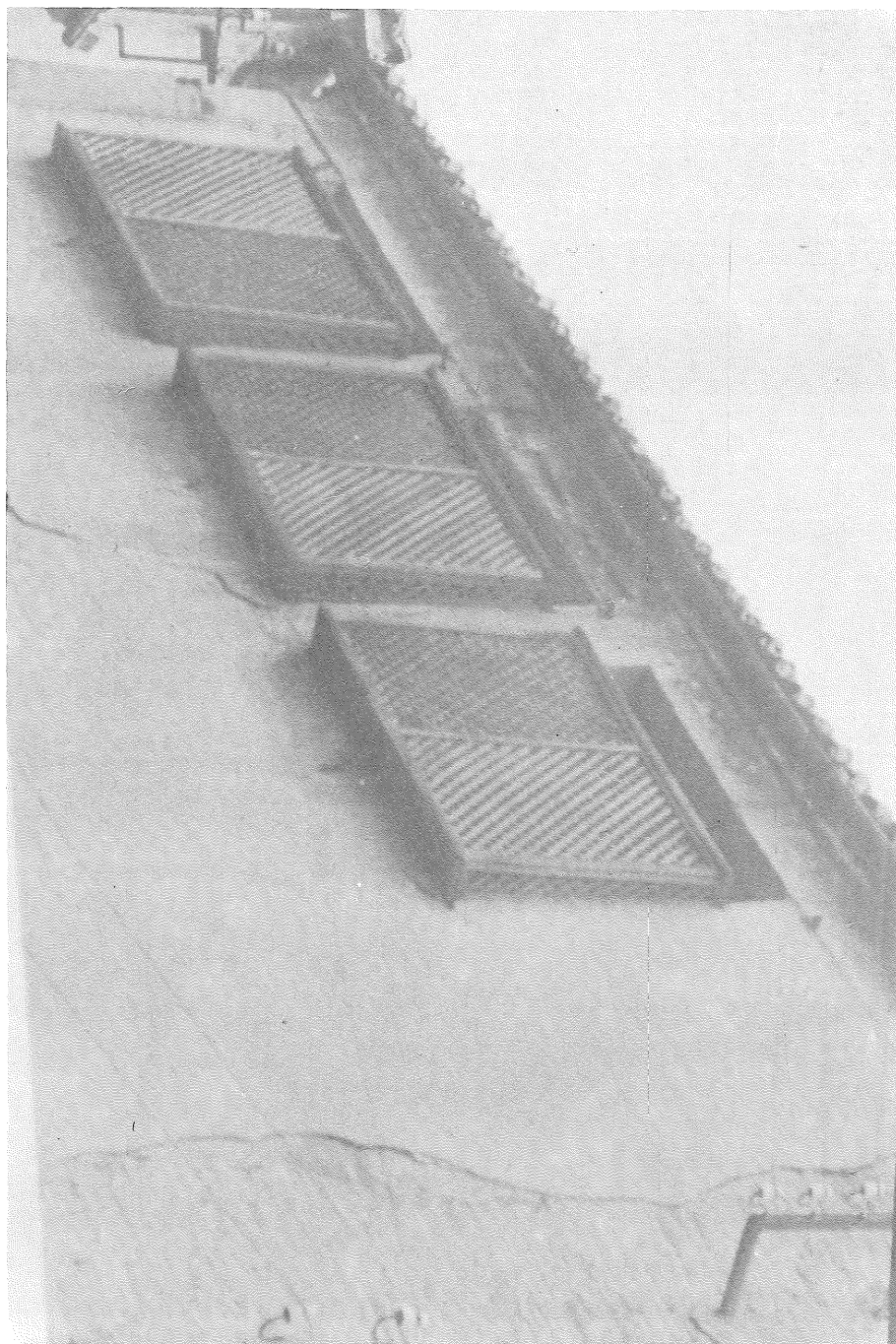
(39) Se reproduce una adufa de Beja en la **Guía de Portugal**, segundo volumen, **Extremadura, Alentejo, Algarve**, p. 149.

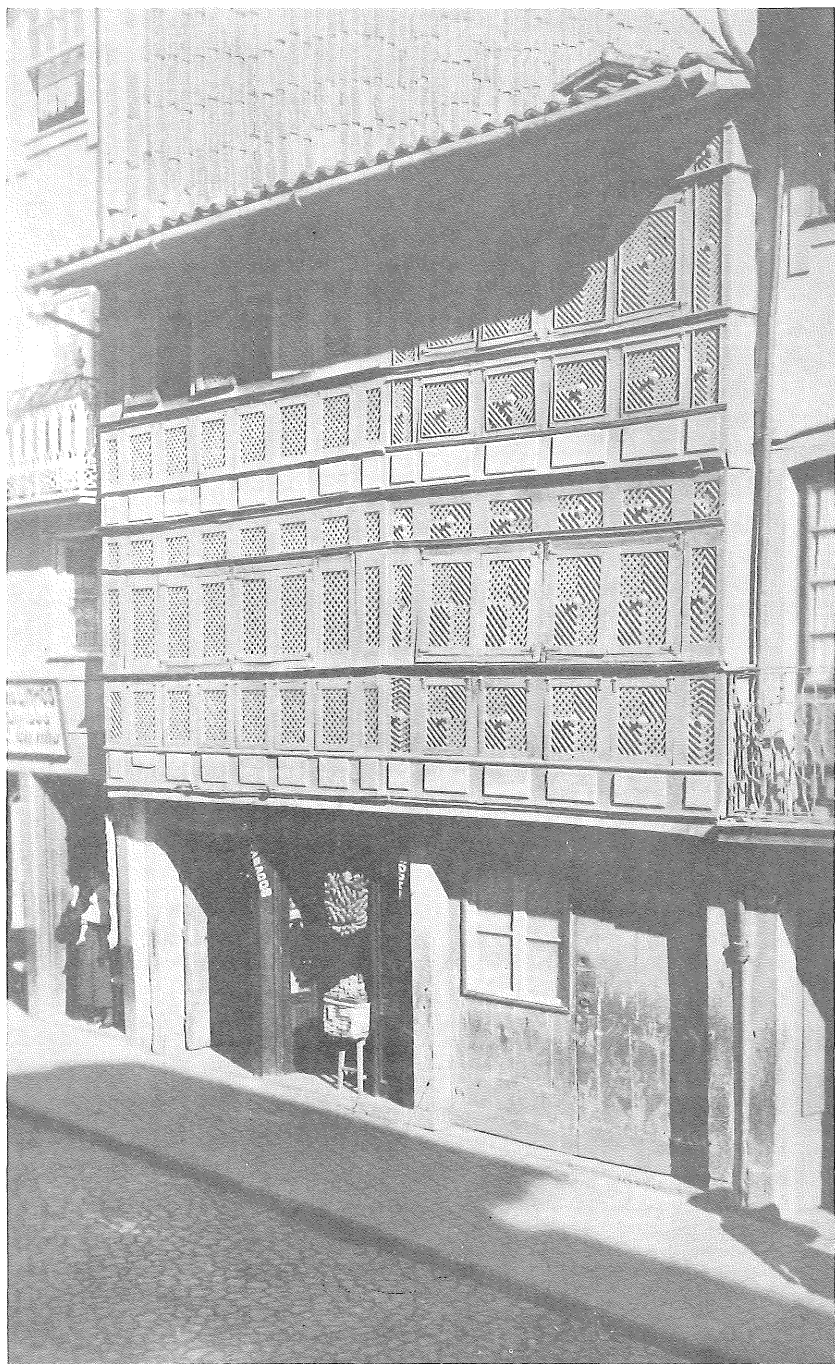


Ajimez o balcón que hubo en la capilla del Santo Cristo de las Aguas, en la parroquia de la Magdalena, de Toledo.



Ajimaces modernos en los conventos de la Madre de Dios y de Santa Isabel la Real, de Toledo. (Foto C. Cot.)





Ajimez en una casa de Braga (Portugal).

dades portuguesas con casas abundantes en adufas que les dan un carácter oriental (40).

Los ajimeces de Canarias.

Llegarían los ajimeces a Canarias desde la Península en el reinado de los monarcas Católicos y de su nieto el Emperador Carlos V cuando comenzaban a desaparecer de las ciudades andaluzas. En un acta del concejo de La Laguna, de 19 de enero de 1518, consta que se platicó ese día «sobre el sitio e solar concejil que tiene a censo Pero Dias, del Cabildo, do ha de hazer las carnerías e pescaderia, era bien que se hiziese un aximes e saledizo, frontero de las casas de Diégo Fernandes carniceros, sobre las puertas para que la gente que llegare a las carnerías e pescaderias estén defensibles a las lluvias. Cometióse a... como se haga y el anchra que ha de llevar» (41). Se trataba, pues, de un ajimez corrido, con oficio de protección no bien justificado, pues un volado alero hubiera sido de la misma eficacia y de menor coste.

El auge prolongado de los ajimeces en las viviendas de las islas Canarias, cuando en España comenzaban a desaparecer rápidamente, tal vez pueda explicarse por no haber alcanzado a ellas las disposiciones regias y concejiles que prohibían construirlos y obligaban al derribo de los existentes (serían ajimeces nuevos, hechos por entonces en calles no tan estrechas y lóbregas como las de las ciudades andaluzas), y por la costumbre, hondamente arraigada de la vida claustral femenina: el clima isleño permitía hacer vida familiar en los balcones volados, en los que las mujeres, sentadas, realizaban sus labores, bordados y calados, atentas a lo que pasaba en la calle e invisibles.

Favorecía la construcción de los ajimeces el excelente pino tea (**pinus canariensis**), existente en las islas, de gran dureza y duración, utilizado sin sangrar y en su rojizo color natural. Se conservan, entre otros lugares, en Santa Cruz de la Palma, y en la isla de Tenerife, en La Laguna (conventos de monjas de Santa Clara, Santa Catalina de Sena y la Concepción).

(40) Es muy expresiva la descripción hecha por el padre François de Tours, visitante de Portugal en 1699, de las adufas de las fachadas de las casas de Lisboa: «le jeune homme mandra quelques fois à sa prétendue qu'il se trouvera un certain jour, et à telle heure devant sa jalousie car il n'y a point de fenêtres aux maisons ce sont seulement des balcons garnis de jalousies, comme les treilles de nos confessionnaires, où les femmes et filles se promènent à fin de veoir les hommes passer dans la rue, la fille attend, avec grande impatience ce jour et ce moment». Joaquín Veríssimo Serrão, *Un itinéraire portugais, à fin du XVIIe siècle*, apud *Bulletin des Etudes Portugaises et de l'Institut Français au Portugal*, 1958, p. 61.

(41) Debo el conocimiento de esta acta a la generosa amistad del catedrático de la Universidad de La Laguna, don Elías Serra Ráfols.

La Orotava, Icod de las Viñas, El Puerto de la Cruz y San Juan de la Rambla. Están casi siempre en lo alto de la fachada, y conservan con gran pureza el tipo de ajimez hispanomusulmán, con las modificaciones decorativas naturales a la época avanzada de su construcción en los perfiles de canecillos y zapatas balaustres. Su ornamentación es de talla superficial y poco hendida en tableros y bastidores. Pero subsisten las celosías de listones cruzados en diagonal. Es frecuente que el ajimez se extienda por toda o por gran parte de la fachada para formar un balcón corrido. Suelen tener postigos que se abren hacia afuera y hacia arriba. Hay dos tipos de ajimez: el de las islas orientales, Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura, en las que llueve muy poco y escasean los pinos, en las que su altura es escasa y carecen de tejadillo; en las islas occidentales, en las que las lluvias son abundantes y mayor la riqueza forestal, ostentan ricas celosías y acostumbra cubrirse con un tejadillo de teja rojiza que armoniza admirablemente con el blanco de la cal, el tono oscuro de la piedra de basalto, con frecuencia, y el también bermejo de la madera (42).

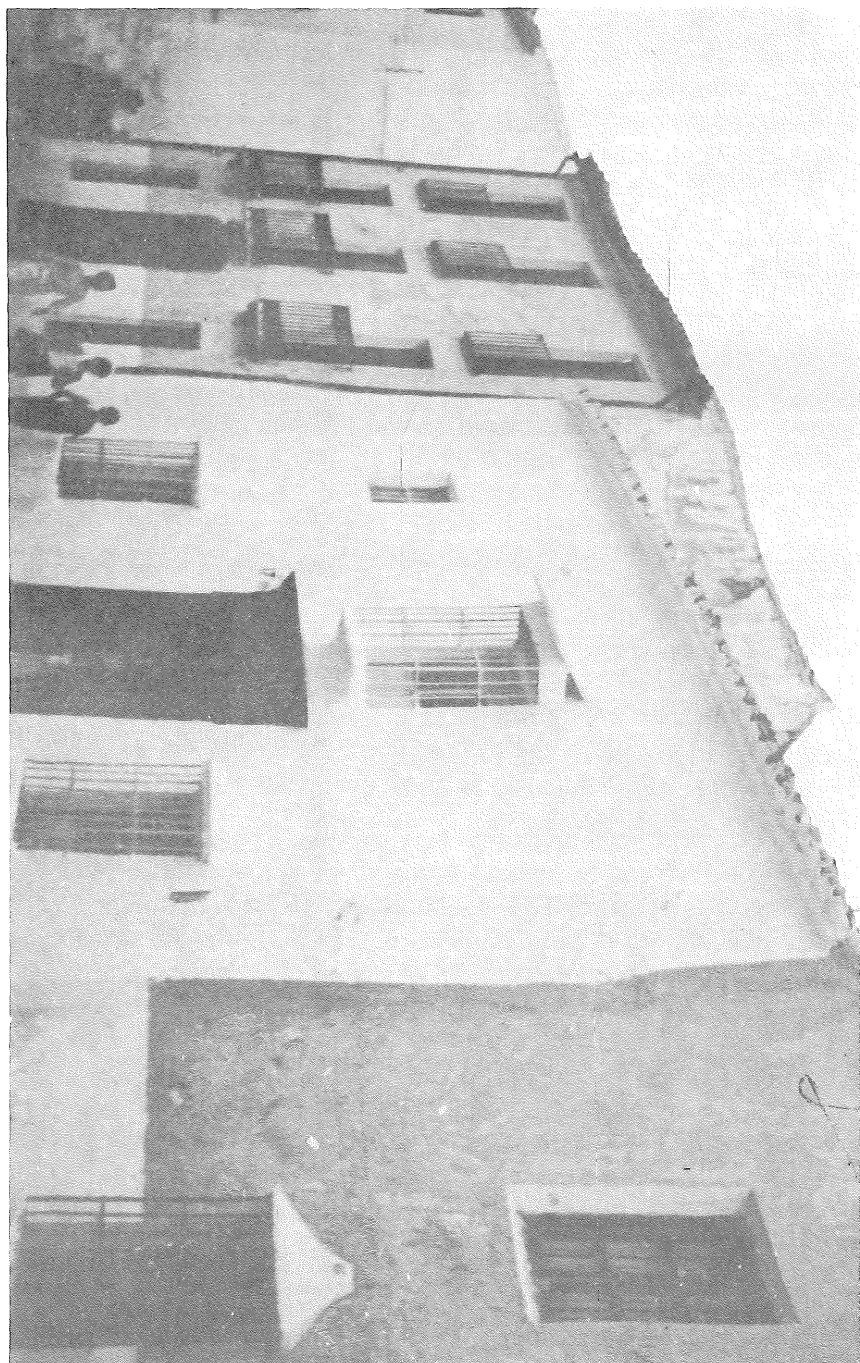
Evolución de los ajimeces en la Andalucía cristiana: del ajimez al mirador.

La vida de las mujeres cristianas hacía innecesario el ajimez. Pero el ambiente social quedaba impregnado por las costumbres hispanomusulmanas. Si no tan claustrada como la mujer islámica, la burguesa andaluza cristiana siguió pasando gran parte de su existencia en el interior de la vivienda, salvo las periódicas visitas al templo próximo, rodeada de crecido número de sirvientas, sin compartir la vida social de su marido ni recibir más frecuentes visitas que las de sus próximos familiares.

Género de vida parecido exigía una disposición análoga. Asomarse a la calle por el hueco recatado, desde el que poder contemplar oculta, lo que en ella pasaba era la cotidiana distracción de la mujer, su escapada hacia un mundo fluyente distinto al de las monótonas faenas diarias. Desaparecieron en el transcurso del siglo XVI los ajimeces islámicos de las calles principales de las villas andaluzas —algunos quedaron en lugares apartados, como los del Albaicín y Alhama, llegados al tercer tercio del siglo XIX—, pero en muchas les sustituyeron rejas voladas de hierro, con barrotes horizontales y verticales, apeadas en palomillas del mismo material o en canecillos de madera y con un tejadillo protector a una o dos vertientes. Celosías de madera en su interior, con bastidores, cuajados con

(42) **El balcón canario**, memoria inédita de don Juan Julio Fernández Rodríguez, don Francisco Roda Calamita y don Juan Jorge Toledo Díaz, alumnos de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid; Wilhelm Giese, **Notas sobre los balcones de las Islas Canarias**, pp. 458-467. El autor publica un inventario de los balcones volados de madera que conoce por su reproducción en varias publicaciones en el Mediterráneo, Arabia, los Balcanes y la América hispánica.

Balcones con rejas voladas en casas de Lucena (Córdoba).





listones en diagonal, algunos de los cuales se abrían hacia ajimeces, a las mujeres instaladas en esas jaulas. Existen aún desaparecidas las celosías, en los barrios excéntricos de varias ciudades, lo mismo en Andalucía que en parte de Castilla y Aragón y en muchas villas de esas regiones que conservan su caserío de los siglos XVII y XVIII. No se usaron tan sólo en construcciones domésticas; extendióse su empleo a edificios religiosos y hasta a algunos públicos.

No paró aquí la evolución del ajimez. A fines del siglo XVIII, y sobre todo en el XIX, propagóse en las casas nuevas la moda del mirador. Sobre un balcón saliente, con antepecho de barrotes verticales de hierro, construyóse un armazón de bastidores de madera, protegida su parte baja tras los barrotes y avanzada la alta, sobre el antepecho, cubierto el mirador por un revestido de cinc, en forma muy semejante a la del ajimez de Alhama. En los bastidores sustituyó el vidrio a las celosías, pero persianas o cortinas en su interior permitían a las mujeres más recatadas permanecer ocultas. En las casas humildes, cortinas de tela cruda o de tejido de esparto, sujetas sobre el dintel del hueco y tendidas por fuera del antepecho de hierro del balcón volado, permitían a las mujeres estar sentadas, semiocultas, contemplando la calle mientras cosían, en los días calurosos del verano.

Durante cuatro siglos, en gran parte de España, entre la mujer —en la ventana, en el balcón volado de hierro o en el mirador— y la calle, se interpuso una pantalla, en forma de celosía, cortina de esparto, persiana o frondosas macetas que la permitían ver sin ser vista. A Mme. d'Aulnoy le pareció Madrid en 1679 una enorme jaula para engordar pollos, pues desde el suelo de la calle hasta el cuarto piso de las viviendas no se veían por todas partes más que celosías o persianas con agujeros muy pequeños detrás de las cuales se pasaban la vida las mujeres espiando a los transeúntes (43).

La mujer española de hoy parece haber salido definitiva e impetuosamente del gineceo y balcones y miradores tradicionales serán dentro de poco tiempo tan extraños a la vida de entonces como lo son los ajimeces a la nuestra. Para evocarlos habrá que ir a los barrios pobres y excéntricos de las grandes ciudades, o a villas en decadencia, moribundas.

(43) Condesa d'Aulnog, *La cour et la ville de Madrid*, pp. 489-490.

AMBIENTE Y MOVIMIENTO CALLEJEROS

Para dar animación y vida a este frío esquema de escenario urbano habría que evocar, circulando por él, a las gentes que lo poblaban en la Edad Media. Pero yo me limito en las páginas anteriores a la descripción de aquél. Quede para otros la sugestiva labor —carezco de condiciones para emprenderla— de describir el movimiento de los actores en el escenario descrito. Señalaré tan sólo unos cuantos rasgos que permitan imaginar, en sus líneas generales, el ambiente de esas villas y ciudades antes de pasar a manos de sus conquistadores cristianos.

Desde su casa, situada en el fondo de estrecha y silenciosa callejuela, un vecino de Córdoba, Sevilla, Granada, Ronda, Málaga o Almería, se encamina hacia el centro de la ciudad. Después de cruzar calles angostas y poco concurridas, cortadas por arquillos y encubiertas a trechos por algarfas o sobrados que producían intensos contrastes de luz y sombra, llegaba a las inmediaciones de la mezquita mayor. Próximas estaban la alcaicería, algunas alhóndigas, los zocos más concurridos y las calles en las que artesanos y comerciantes se agrupaban por oficios o identidad de mercancías en venta. Ocupaban los últimos tiendecitas bajas y estrechas, con nichos o alacenas, en las que apenas podían mantenerse en pie. Acurrucados y quietos el día entero, no necesitaban levantarse para coger cualquier objeto y presentarlo al presunto comprador. Tablas móviles, que al bajarse sobresalían algo del muro de fachada, servían de mostradores, y otras en lo alto, inclinadas, a modo de tejadillos, protegían del sol y de la lluvia al vendedor y a su mercancía.

Nuestro vecino había pasado de la tranquilidad y el silencio de su calle al apretujamiento y barullo de las céntricas, extremados los viernes, cuando era obligado para todo buen musulmán acudir a la plegaria a la mezquita mayor. A fines del siglo XII, bajo el dominio almohade, se amontonaban los fieles en torno a la vieja de Sevilla (cuyo solar ocupa hoy la colegiata del Salvador), al no haber en su interior ni en el patio y en sus galerías, mezclándose con los transeúntes y vendedores, por lo que hubo de cons-

truirse otra más amplia, cuyo alminar fue la torre que llamamos Giralda (1). «Las calles están ahogadas de gente... En los zocos se apretujan los comercios», decía, refiriéndose a Málaga, Ibn al-Jaṭīb en el siglo XIV (2).

El reducido espacio que para la intensa circulación ofrecían las pequeñas plazas, rinconadas y calles del centro de la ciudad, quedaba aún más disminuido, durante gran parte de las horas del día, por los puestos provisionales instalados al aire libre, en plena calle, con mostradores portátiles y toldos o tinglados de suficiente altura para que no tropezase en ellos la cabeza de los jinetes, y por las caballerías estacionadas en espera de que sus dueños terminasen sus asuntos o sus deberes religiosos en la mezquita inmediata. Por ser lugar de máxima concurrencia, eran muy solicitados por los vendedores los poyos situados entre los contrafuertes de la mayor y la plaza inmediata. Algunos comerciantes aprovechados pretendían reservárselos, pero el almotacén —**muḥtasib**—, que circulaba, jinete en su caballería, desde hora temprana recorriendo zocos y calles seguido de varios auxiliares, uno de los cuales llevaba una balanza para comprobar el peso del pan, velaba por que los fueran ocupando por orden de llegada: el más madrugador se instalaba en el más propicio para la venta.

Perfumistas y drogueros preparaban sus productos a la vista del público. A pesar de ello acostumbraban falsificarlos, para lo que distraían su atención con el relato de entretenidas anécdotas, a pesar de la vigilancia del almotacén, perseguidor de toda clase de fraudes y latrocinios comerciales, desde los primarios de menguar el peso de las mercancías vendidas, hasta los muy complicados e ingeniosos de los perfumistas. Entonces, como hoy y como siempre, el comerciante juzgaba escasa toda ganancia. Prohibíase situarse cerca de la mezquita mayor a los vendedores que podían manchar el suelo con sus mercancías, como eran los de aceite, aves, y conejos, así como dejar las bestias por la misma razón, cerca de sus puertas, sobre todo, poco antes del mediodía del viernes, cuando tenía lugar la oración colectiva. Ese mismo día, por la mañana, los vendedores barrían cuidadosamente la entrada al oratorio y sus inmediaciones.

Una muchedumbre abigarrada y pintoresca circulaba por el centro de la ciudad: hispanomusulmanes, mozárabes, judíos, árabes de Oriente, beréberes, catalanes, y cristianos del Norte, negros africanos, francos, genoveses, eslavos, cada cual con su vestimenta diferente y expresándose en distinta lengua. Vendedores ambulantes, compradores, paseantes ociosos, mendigos importunos que iban a estacionarse sobre todo a las puertas de baños y mezquitas, llenaban las calles inmediatas a la mayor, en unión de

(1) Antuña, **Sevilla**, p. 101.

(2) García Gómez, **El «Parangón entre Málaga y Salé»**, p. 191.

un crecido número de campesinos que acudían de las alquerías y pueblos próximos a vender sus productos y a adquirir los fabricados por los artesanos de la ciudad. El peatón circulaba apretujado por la muchedumbre, hostigado por los mendigos, tropezando con el saliente de los mostradores, obligado a apartarse a cada momento para dejar paso libre a jinetes, caballerías de carga, matarifes que llevaban a las carnicerías, sobre los hombros, las reses muertas, y a los que porteaban en angarillas los materiales de construcción. El incesante fluir de la muchedumbre producía fuerte bullicio, mezcla de voces y conversaciones de los gritos de los pregoneros públicos, que anunciaban la venta en subasta de esclavos, caballos, verduras o carbón (3), y de los pregones de los comerciantes ambulantes que ofrecían a gritos su mercancía. A estos ruidos uníanse las voces de los que se ganaban la vida relatando historia y de los adivinos que ofrecían decir la buena o mala ventura. De tiempo en tiempo —cinco veces al día— los almuédanos dejaban caer sobre la ciudad, desde lo alto de los alminares, sus llamadas melancólicas para convocar a los fieles a la oración.

Una vez resueltos sus asuntos en el centro urbano, nuestro vecino desandaba el camino, de vuelta a su hogar. A medida que se apartaba del centro, percibía cada vez más lejana la algarabía descrita. Al traspasar la puerta de su casa, penetraba en un mundo de maravilloso silencio.

Sentado entonces en el patio, en el terrado o en la algorfa, podía contemplar la vega verde y las montañas azuladas en la lejanía, y gozar de la serenidad de las últimas horas de la tarde y, si su espíritu era inclinado a la meditación sobre el incierto destino humano, reflexionar acerca de lo precario de toda esa agitada vida urbana, ya que una revuelta, la guerra, la sequía, una inundación o una epidemia podía en escaso tiempo arruinar la ciudad y dejar desiertos zocos y calles. Aun en el fondo de su vivienda, tras las puertas de la ciudad, del barrio, de la calle y de la casa, le acechaba de continuo la amenaza de la ruina y de la muerte. Ante la inseguridad de su vida, tal vez pensase en que ni aun los poderosos de la tierra la lograban más tranquila y feliz al recordar como, a la muerte del gran Abd al-Raḥmān III, después de dilatado y glorioso reinado de cincuenta años, siete meses y tres días, cuentan que se encontró una breve lista escrita de su mano en la que figuraban por orden cronológico los días de su existencia en los que disfrutó una alegría serena, sin mezcla de preocupación alguna. Figuraban en ella catorce.

(3) En el siglo XI había en Granada pregoneros públicos (Lévi-Provençal, *Les «Mémoires» de 'Abd Allāh*, p. 119).

EVOLUCION DE LA CALLE EN LOS SIGLOS XV Y XVI. DE LAS CALLES DE LAS CIUDADES HISPANOMUSULMANAS A LAS DEL RENACIMIENTO

Apertura de huecos.

Bien asentados los conquistadores y ocupantes cristianos en las casas de las ciudades pasadas a sus manos, no parece que sintieron la necesidad de reformarlas con arreglo a su género de vida. El dato de Sevilla es elocuente. Fue tan sólo a partir de mediados del siglo XVI, después de tres siglos de ocupación cristiana, cuando, al enriquecerse y engrandecerse la ciudad por el monopolio del comercio de Indias, comenzaron los vecinos a abrir huecos en las fachadas de las casas, muchas de las cuales serían aún las musulmanas más o menos reconstruidas.

Juan de Mallara escribía en 1570 ser tan diferente la Sevilla de entonces a la que vio y describió Navajero en 1526 «está la ciudad tan de otra manera, han crecido los edificios tan ricamente y los tratos han subido tanto que se espantara el mismo Navajero» (1).

«Todos labran ya (en Sevilla) a la calle y de diez años a esta parte se han hecho más rejas y ventanas a ella que en los treinta de antes», escribió el ilustre caballero Pedro Mexía en sus **Diálogos**, impresos en 1547 (2). Y algunos años después Morgado decía: «Mas ya en éste (tiempo presente) hacen entretenimiento de autoridad, tanto ventanaje con rejas y celosías de mil maneras, que salen a la calle, por las infinitas damas nobles y castas que las honran y autorizan con su graciosa presencia» (3). Abundaban los ajimeces y salidizos en las calles de Sevilla, construidos cuando la ciudad era cristiana; mandados destruir, como se dirá más adelante, debieron de sustituirse en gran parte, según los testimonios aducidos, por grandes rejas voladas.

(1) **Recebimiento que hizo la muy noble y muy leal ciudad de Seuilla, a la C. R. M. del Rey D. Philipe**, por Juan de Mallara, folios 142 r y v.º

(2) Mexía, **Diálogos**, p. 10.

(3) Morgado, **Historia de Sevilla**, p. 143.

En algunas ciudades, como Toledo, apenas se habían abierto nuevos huecos o agrandado los antiguos en las viviendas. Así, Teófilo Gautier repetía a mediados del siglo XIX la misma observación de Navajero 300 años antes, la aludir a la escasez de huecos de las casas toledanas, de imponente y severo aspecto (4).

Derribo de arquillos, salidizos y ajimeces.

El Renacimiento aportaba una nueva concepción urbana, una preocupación por la forma de la ciudad que la Edad Media sintió en pocas ocasiones y tan sólo para las nuevamente fundadas, mientras las viejas crecían y se transformaban espontáneamente, según las necesidades de sus vecinos, pero sin perjuicio del resto. Fueron las ciudades levantinas las primeras en recibir, por su proximidad a íntimas relaciones con las italianas, las nuevas concepciones urbanas que abogaban por calles anchas y rectas, amplias y despejadas perspectivas y edificios públicos aislados, en los que quedasen visibles todas sus fachadas (5). Al mismo tiempo, éstas, las delanteras, deberían tener la mayor monumentalidad posible, expresando la grandeza, más o menos real, del Estado, príncipe o rico comerciante que se albergaba tras ellas. La concepción era, pues, radicalmente antagónica a la de la ciudad islámica (6).

En Valencia los salidizos llamábanse **embans**; en el siglo XIV acordó el «Consell general» destruir unos que tenían varios **obradors** (talleres) de la calle de Boatella, una de las principales de la ciudad, y en el siglo siguiente corrieron la misma suerte, tras ruidosos litigios y por sentencia de la reina doña María, los de la calle de Serranos (7).

Pero la gran campaña contra salidizos, ajimeces y arquillos para reformar las lóbregas y angostísimas de las ciudades hispanomusulmanas, cuyo tránsito dificultaban, comenzó en los últimos años del siglo XV, en el reinado de los Reyes Católicos, para proseguir en el siguiente. Abundan los datos referentes al derribo y prohibición de levantar esos obstáculos, herencia unos de la época islámica, construidos otros según su tradición en la posterior cristiana.

Con motivo de abrir en Málaga, en 1491, una nueva calle para poner en comunicación directa la plaza con la puerta del Mar, pregonóse que su anchura sería de cuatro varas y tercia, y se prohibió poner aditamentos

(4) Véase *supra* «Las fachadas de las casas: salidizos y ajimeces».

(5) «Un edificio debe de estar siempre exento para que pueda verse su forma exacta», escribió Leonardo de Vinci en uno de sus cuadernos.

(6) Véase Torres Balbás, *Resumen Hist. del urb. en España*, pp. 89-98.

(7) Pertegás, *La urbe valenciana en el siglo XIV*, pp. 287, 325, 326, 337 y 358.

que estrechasen la calle y construir ajimeces volados. En mayo de 1492 se ordenaba pregonar en la misma ciudad que todos los ajimeces que formaran salientes en las calles fueran derribados en el término de un mes, bajo pena de hacerlo el Concejo a costa de los dueños de los inmuebles, «porque cumple así a la sanidad de las gentes que estén la calles exentas e salgan los malos vapores e corran los buenos ayres, e para la buena re-formación de la cibdad» (8). Tan tajante disposición quedó incumplida, pues en una cédula de los Reyes Católicos, fechada en Granada a 12 de febrero de 1501, en la que señalan las calles de esa ciudad en donde debían de estar los oficios se dice: «otro sy, en lo que toca al quinto capítulo en que se contiene que debíamos mandar que en las plaças e calles donde se Reparten los dichos ofiçios se quitasen los aximezes de las dichas calles e de las otras calles prinçipales de la dicha çibdad, mandamos que la Justiça e Regimiento desa dicha çibdad de Málaga provea çerca dello, lo que viere que más conviene al bien e pro común della» (9).

En vida de la Reina Católica prohibiéronse los ajimeces que estrechaban las calles de Cádiz y Murcia (10).

Para la ida de ambos monarcas a Granada en 1498, según documentos municipales, se ensancharon y allanaron calles, entre ellas la de Elvira, y quitáronse ajimeces.

En una cédula de la reina doña Juana, de 1515, expedida a petición y súplica del personero de Antequera en nombre de ésta, se dice que había algunas casas «con balcones y salidas a las calles que las hacían estrechas y oscuras y parecía mal para el ornato y bien público», por lo que prohíbe labren en las calles «pasadizos ni voladizos, corredores ni balcones, ni otros edificios algunos que salgan a la dicha calle, fuera de la pared en que estuviese el tal edificio», y prohíbe asimismo reconstruir los que se cayesen, para que «las dichas calles públicas queden exentas... y estén alegres e limpias e claras, e puedan entrar e entren en ellas sol e claridad» (11).

(8) Archivo Municipal de Málaga, **Libro primero de cabildos**, folios 157 v y 158 r, 890-891, citados por Bejarano, **Las calles de Málaga**, pp. 6 y 133.

(9) Morales, **Documentos... de Málaga**, II, p. 97. Aún don Antonio Ponz encontró las calles de Málaga ahogadas por «unos ridículos resaltos de balcones y otras deformidades... Una ciudad tan lindamente situada, de tan agradable clima, y tan frecuentada por su comercio, merece mejor que otras quitarle todas las fealdades que tienen resabios moriscos» (**Viaje de España**, XVIII, p. 220).

(10) **Elogio de la Reina Católica doña Isabel**, por don Diego Clemencín, apud **Memorias de la Real Acad. de Hist.**, p. 261.

(11) José María Fernández, **Repartimiento y urbanización después de la Conquista (Gibralfaro, I)**.

La Ordenanza de edificios, de casas, y albanires y labores de Granada, pregonada en su plaza de Bibarrambla el 3 de diciembre de 1538, dispone «que ninguna persona saque aximez ni portal, ni passadizo, ni otra cosa semejante, fuera de la haz de su propia pared, en las calles, o plaças de esta Ciudad». Antes, el 7 de noviembre de 1532, se había pregonado en el mismo lugar «que ninguna persona sea ossado de adobar, ni reparar ningun aximez, ni cobertizo, sin licencia de la Ciudad, o de las personas que para lo ver la Ciudad nombrase y diputase» (12).

En Córdoba, en los cabildos de 22 y 24 de septiembre y 1 de octubre de 1550 se trató del derribo de todos los ajimeces de la ciudad y en especial de los de la calle de la Feria. Al año siguiente el corregidor Garcí Tello mandó quitar los balcones corridos que estaban sobre los portales desde el Rastro Viejo, por uno y otro lado, hasta la plaza del Salvador, y aun más allá de las carnicerías (13).

El citado sevillano Pedro Mexía, escribía hacia 1547 de su ciudad natal que «casi en nuestros tiempos se quitaron los aximezes o salidizos, porque hacían las calles sombrías y húmidas; y notoriamente han conosciado todos grande y notable ventaja en la salud y frescor dél» (14). Durante todo el siglo XVI no dejaron de derribarse arquillos, ajimeces y salidizos en Sevilla. Sirva de ejemplo el libramiento hecho en 14 de noviembre de 1576 a Alonso Pérez de 2.083 mrs. «por lo que gastó en derribar los algimezes y saledizos que estaban en la calle de Francos» (15).

En los primeros años del siglo XVI, en las calles de Toledo abundaban los salidizos que, en unión de corredores y balcones, al volar considerablemente de las delanteras de las casas, ocupaban la mayor parte de dichas vías. Contra lo mandado por las **Ordenanzas**, aun se seguían reparando y construyendo salidizos, lo que motivó una disposición de la reina doña Juana. En bastantes de las calles públicas de la ciudad imperial, se dice en ella estaban «edificados muchos edificios saledizos e corredores, e balcones por las delanteras de las cassas que salen por gran trecho a las dichas calles, e toman, e ocupan toda o la mayor parte dellas, de manera que las dichas calles están muy tristes y sombrías, de manera que en ellas no puede entrar ni entra claridad, ni sol, e de continuo están muy húmedas e lodosas e suzias», por lo cual dispone que en adelante «no fagan, ni labren, ni edifique, en las calles públicas de la dicha ciudad, ni en alguna dellas, pasadizos, ni saledizos, corredores, ni balcones, ni otros

(12) **Ordenanzas... de Granada**, 1552.

(13) Ramírez y de las Casas, **Anales de... Córdoba**, pp. 123-124.

(14) Mexía, **Diálogos**, p. 5.

(15) Montoto, **Sevilla**, p. 13, n. (1).

edificios algunos que salgan a la dicha calle, fuera de la pared en que estuviere el tal edificio;... por manera que las dichas calles públicas queden exentas y sin embarazo de ningún pasadizo, ni saledizo, ni otro edificio alguno de los susodichos, y esten alegres, y limpias e claras, y puedan entrar y entre por ellas sol y claridat» (16).

El derribo de muchos salidizos toledanos en 1550 por el corregidor reformista don Pedro de Córdoba —una vez más las órdenes para su derribo habían quedado incumplidas— dio motivo al desenfadado y popular poeta de esa ciudad Sebastián de Horozco, digno sucesor de Ibn Quzmān y del Arcipreste, para escribir unas coplas que finge lo dirige una monja desde Sonseca, donde estaban la mujer e hijos del corregidor, reprochando a éste, su estancia en Toledo, pues ausencia tan prolongada parecía desamor familiar:

**Maldigo los salidizos,
y a quien los edificó;
maldigo los cobertizos,
pues con pleitos tan terribles
tanta ausencia se ordenó.
Háme mucho lastimado,
saber que allá os empleais
muy junto al caño quebrado,
y aun me ha escandalizado
que las correas cercáis.**

A lo que el mismo Horozco dice contestar, por iguales consonantes, a ruego de don Pedro de Córdoba, no estar ausente de sus familiares, pues con ellos vive su alma; la ausencia no es permitida a buenos corregidores.

**Quanto más, que hay tantas cosas,
tantos pleitos y litigios,
que me tienen con esposas,
por las calles polvorosas
no placer ni regocijos.
Así en oyendo tocar
el hombre los matracones,
luego entiendo en derrocar
salidizos y balcones (17).**

(16) **Ordenanzas... de Toledo**, título ciento y veinte y ocho» «De los saledizos y puertas», pp. 194-195.

(17) **Cancionero de Sebastián de Horozco**, pp. 88-89. En la España de influencia occidental las calles no eran más anchas y ventiladas que en la andaluza. En 1551 el ayunta-

Si el buen corregidor don Pedro de Córdoba mejoró con sus derribos la higiene de la ciudad, hizo desaparecer preciosas obras de la carpintería medieval mudéjar de Toledo, cuya liquidación terminan actualmente coleccionistas y chamarileros sin justificación ni pretexto alguno.

Ensanche y apertura de calles y plazas.

Los musulmanes celebraban siempre los desfiles militares y los combates caballerescos extramuros de su ciudades; no había dentro de su cerca holgura para ello. En Córdoba tenían lugar en la **muşāra** o xarea (18), campo abierto en las afueras, y en la Granada nazarí en la Tabla de la Sabika de la Alhambra, extramuros de ésta y de la ciudad.

En la segunda mitad del siglo XV difundióse por la España cristiana, en un anticipo del Renacimiento, la afición a los desfiles suntuosos, a las pistas y torneos, a los juegos de cañas y el correr de toros y sortijas como espectáculos. Se quería celebrar estos festejos en un escenario urbano y para ello hubo que crear nuevas plazas o ensanchar y reformar las antiguas, rodeándolas de casas de varias plantas cuyas fachadas se abrían por numerosos balcones y miradores que se alquilaban para los espectáculos. El magnífico condestable don Miguel Lucas de Iranzo, de 1460 a 1473, en una población no muy importante como Jaén, fue «comprando y acrecentando anchuras y exidos y plazas» para escenario de las fiestas y juegos que el gran señor, de humilde origen, gustaba prodigar y que terminaron con su oscuro asesinato ante el altar de la iglesia mayor de Jaén.

En el siglo XVI, al triunfar plenamente el Renacimiento, comienzan las gentes a pedir regularidad y ordenaciones y simetrías, no sólo en los edificios, sino también en los conjuntos urbanos. Hay un gran deseo de vastos espacios libres, de amplias perspectivas, de trazados rectilíneos, de jardines y paseos con fuentes monumentales, de construcciones aisladas que puedan contemplarse por todos sus lados. Ya los Reyes Católicos quisieron que las ciudades tuviesen edificios suntuosos, considerando cuando «se ennoblecen con tener casas grandes y bien fechas», y ordenaron, el año 1480, que todas las ciudades y villas de Castilla y sus señoríos que carecieran de casa consistorial para celebrar sus ayuntamientos y conce-

miento de Burgos se quejaba al monarca de la profusión de corredores, balcones y sale-dizos, resaltando en lo alto de las fachadas y cubriendo en gran parte la angostura de las calles, cerradas totalmente al sol, tristes y sombrías, húmedas y lodosas (**La Ciudad y Castillo de Burgos**, por Teófilo López Mata, p. 209).

(18) Cf. supra, «La Muşāra», p. 307.

jos la edificasen inmediatamente bajo pena, en caso de no hacerlo, de perder sus oficios los regidores y justicias.

Las nuevas viviendas, casas y palacios, se abrieron cada vez más al exterior. Al recato, a la desnudez por fuera, al hermetismo misterioso de las viviendas musulmanas, sustituyó el afán de ostentación, manifestado por fachadas ricamente decoradas y con grandes escudos. El centro de las casas de alguna importancia lo ocupó un amplio patio, abierto por grandes puertas al zaguán y a la calle, que viene a ser, por su monumentalidad, como prolongación de la fachada. Pero en cambio, baños y letrinas, abundantes y bien dispuestos en las casas hispanomusulmanas, desaparecieron casi por completo, eclipse que durará varios siglos. Triunfa el afán de ostentación, que algunas veces significa ausencia de ser, es decir, vacío interior de la personalidad humana, tras el que asoma el énfasis. Por boca de maese Pedro un egregio español que vivió el tránsito del siglo XVI al XVII recordaba el sentido de nuestra tradición medieval, tanto de la castellana como de la musulmana, con las siguientes palabras de admonición dirigida a Ginés de Pasamonte: «Llانة, muchacho; no te encumbres; que toda afectación es mala».

Hasta el siglo XVI las ciudades hispanomusulmanas conservaron casi totalmente su antigua fisonomía. Después de su conquista, expulsados los moros o trasladados a los arrabales extramuros cuando permanecieron en ellas, sus viviendas pasaron a serlo de los conquistadores. Estos debieron limitarse a abrir y a ensanchar huecos en los muros exteriores.

Los baños siguieron abiertos, destinados la mayor parte de la semana al uso de los cristianos y tan sólo un día al de los musulmanes y otro al de los judíos (19). En las tiendecitas de la alcaicería y en los diversos zócalos continuaron vendiéndose los mismos productos. Los judíos siguieron habitando sus barrios, bajo la protección de los monarcas cristianos, y asistiendo los sábados a las sinagogas. Las mezquitas consagróronse para el culto cristiano, pero no transcurrió mucho tiempo antes de que la mayoría de los antiguos oratorios islámicos, casi todos edificios pobres y frágiles, fueran sustituidos por templos abovedados de gran elevación, conforme a las necesidades del culto y a los gustos de los conquistadores. A la voz del almuédano entonando cinco veces durante la jornada sus melancólicas llamadas a la oración, sucedió, en los mismos alminares en los primeros tiempos, el ronco tañer de las campanas, cuyos sonos tanto indignaban a los musulmanes devotos. Alguna transformación hubo en el interior de los recintos murados al fundarse numerosos y vastos conventos, enrique-

(19) Torres Balbás, *Algunos aspectos del mudejarismo*, pp. 46-62

cidos con cuantiosas donaciones. Sus iglesias se hicieron de nueva planta; pero los edificios de vida monástica fueron con frecuencia resultado de encerrar dentro de altas tapias casas, palacio y calles, formándose así enormes e irregulares manzanas que amenazaban absorber el recinto murado. Tan rápido fue su crecimiento que repetidamente se dictaron disposiciones, para contenerlo, como las de Toledo a raíz de la conquista y las del rey don Pedro IV en 1370 mandando que los monasterios e iglesias existentes no aumentaran sus áreas ni se edificase ninguno más, pues su número y extensión dificultaban el desarrollo del caserío y de los habitantes. Permanecieron en las ciudades reconquistadas por los cristianos las murallas, tras cuyas almenas tan sólo asomaban antes finos y esbeltos alminares, encerrando un apretado caserío de poca altura. Pasados unos cuantos años comenzaron a sobresalir por encima de la cerca los grandes muros de los nuevos templos, a cuyo lado se levantaban altas torres, abiertas en su parte superior por arcos para las campanas. Pero a pesar de estas transformaciones, las líneas generales del trazado urbano siguieron siendo las de la ciudad islámica.

Tal vez sea en Granada recién conquistada la ciudad en la que puede seguirse mejor la transformación urbana impuesta por sus nuevos pobladores y la moda y sensibilidad reciente. Münzer cuenta a fines de 1494 que en Granada el rey don Fernando había dispuesto ensanchar muchas calles, derribar algunas casas y hacer mercados (20).

En junio de 1498, según el **Libro de cabildos** del Ayuntamiento granadino, las autoridades y regidores de la ciudad fueron «andando a vesitar o a ver las calles desta dicha çibdad, para las ensanchar e adobar por la buena venida del Rey e de la Reyna» (21).

Según Fr. José de Sigüenza, el arzobispo de Granada fray Hernando de Talavera (1428-1507 ?) hizo «ensanchar muchas calles, porque los moros de ordinario las hazen angostas. Levantó edificios de mejor arquitectura y más a nuestro vso, y al fin procuró en quanto pudo que esta ciudad tan insigne en espiritual y temporal fuesse de lo bueno (si no de lo mejor) de toda España» (22).

En el relato de su visita a la misma ciudad en 1502 refiere Antonio de Lalaing, señor de Montigny, que los Reyes Católicos mandaron derribar varias calles pequeñas de Granada y hacerlas anchas y grandes y obliga-

(20) Münzer, **Viaje por España y Portugal**.

(21) Lib. de cabildos de 1497 hasta 1502, folios 33 v, 83 v y 85, Arch. Ayunt. Gran. (Garrido Atienza, **Las capitulaciones... de Granada**, p. 141, n. (2).

(22) **Historia de la Orden de San Jerónimo**, por Fr. José de Sigüenza, segunda edición, t. II, p. 305.

ron a los habitantes a construir casas vastas, a manera de las de España (23).

En su obra **De las cosas memorables de España**, publicada en 1530, Lucio Marineo Sículo escribió que «los barrios y calles (de Granada), que son muchas por la gran espesura de los edificios, por la mayor parte son angostas, y también las plazas y mercados donde se venden los mantenimientos, los cuales después que Granada se tomó se an hecho por los christianos más anchas y illustres» (24).

En 1505 dio el rey licencia para hacer la plaza Nueva en Granada, y a los nueve años determinóse formarla, cubriendo el río Darro en extensión de 72 metros (25).

En 1513 acordó el Ayuntamiento de la misma ciudad poblar el campo de Abulnets, hoy del Príncipe, haciendo «una plaza muy honrada para fiestas de justas y toros y juegos de cañas, de lo cual esta cibdad tiene mucha necesidad»; inauguróse en 1518 (26).

En el mismo año 1513 expidió una cédula el rey don Fernando, en nombre de su hija, ordenando comprar casas para ensanchar la plaza granadina de Bibarrambla, lo que se llevó a cabo de 1516 a 1519. La principal de la ciudad, citada en 1495 con el nombre de Plaza Nueva de Bibarrambla. El conde de Tendilla escribía en 1509 que por ser chiquita no cabían tendejones y que el Rey dio la plaza y perdió su renta no para tendejones sino para negociar y pasear; tal pequeñez originó en 1515 la prohibición de que entraran en ella las carretas con vino, y dos años antes el rey Fernando, en nombre de su hija, había expedido cédula ordenando comprar casas para ensancharla, lo cual se llevó a cabo de 1516 a 1519, construyéndose portales y adornóse con una grande y renombrada fuente (27) Plaza Bibarrambla, según Bertant: «Vivarambla, que es una plaza más larga que ancha y está toda rodeada por cuatro o cinco pisos de estancias a la manera de las del Hostal de Borgoña; pero sus paredes son tan viejas que comienzan a caerse...» «todas estas estancias, así como las del anfiteatro de madera existente por bajo de las mismas se alquilan cuando se celebran corridas de toros o juegos de cañas». En uno de sus extremos existía «una gran fuente, con varios surtidores».

Marineo Sículo, en 1530 (lib. XX, fol. CLXIX v.º): «Bibarrambla edificada por los cristianos poco ha» y dice tenía 600 x 180 pies «en la qual ay

(23) Lalaing, **Voyage de Philippe le Beau**, p. 205.

(24) Lib. XX, fol. CLXIX. Alcalá de Henares, 1530.

(25) Gómez Moreno, **Guía de Granada**, p. 200.

(26) Garrido Atienza, **Los Alquezares de Santa Fe**, p. 61.

(27) Gómez Moreno, **Guía de Granada**, p. 243.

una fuente alta y insigne y todo el campo en derredor claro y apacible, con las casas emblanquecidas y muchas ventanas».

En 1538 manifestaba el Concejo Justicia y Regimiento de Granada que cuando la ciudad se ganó había «grande necesidad» de «que se ensancharen las calles y plazas de ella, por estar muy estrechas» por lo que se hicieron unas Ordenanzas para, entre otras cosas» enderezar las calles» y que toda persona que «labrase pared que saliese a las calles o plazas», debería meterse «con la pared de como antes estaba un asta de ladrillo en su casa, o más, o menos según pareciese a las personas nombradas para ello» (28).

Ya se dijo la gran transformación urbana de **Sevilla** a partir de mediados del siglo XVI. Desaparecen entonces, entre otros muchos derribos, las callejas de los costados de la catedral y de las murallas del Alcázar (29). En 1490, con motivo de las fiestas del casamiento de la infanta doña Isabel, primogénita de los Reyes Católicos, las justas, que duraron quince días, hubo que hacerlas en un campo grande fuera de la ciudad, donde se levantaron 100 cadalsos para los espectadores (30).

En **Valencia**, por la existencia de una gran documentación concejil medieval, en gran parte inédita, podrían seguirse las transformaciones de la ciudad medieval. La construcción de la nueva cerca en 1356 produjo modificaciones urbanas de importancia. En 1372 se abrieron **azucachs**, uno de ellos detrás de la iglesia de Santa Cruz (31).

En el año 1378 se nombró una comisión de jurados y prohombres para reconocer y mejorar ciertas calles que particularmente en su entrada eran tan estrechas que dificultaban el tránsito. Por la angostura de algunas se prohibió en ellas en 1379 el tráfico rodado (32).

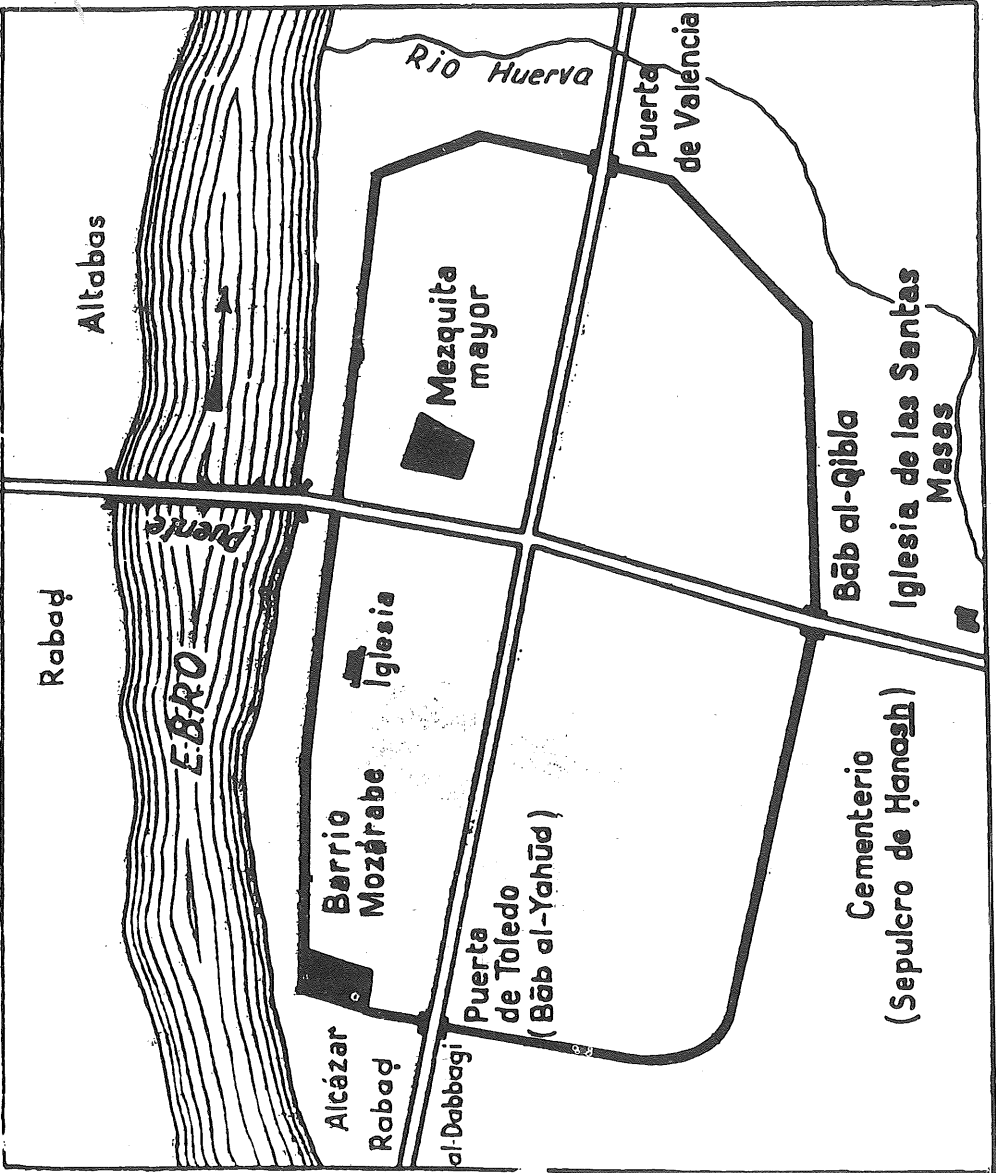
(28) **Ordenanzas... de Granada**, tít. 85.

(29) Montoto, **Sevilla**, p. 16.

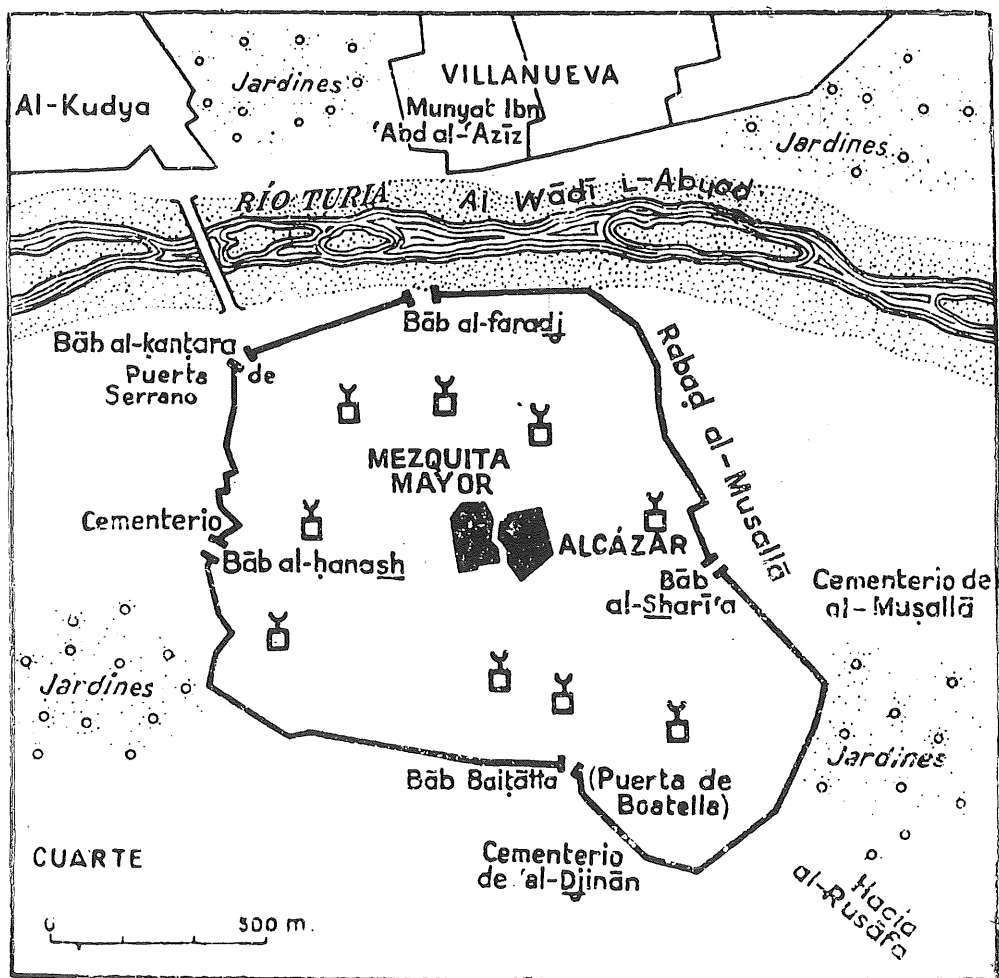
(30) **El príncipe que murió de amor**, por el Duque de Maura, p. 46.

(31) Teixidor, **Antigüedades de Valencia**, I, p. 142, **Manual** núm. 16, fol. 118.

(32) Pertegás, **La urbe valenciana**, p. 360, n. (2).



Zaragoza. Plano esquemático de la ciudad, con su cementerio musulmán, según Lévi-Provençal.



Plano esquemático de la Valencia islámica, con los cementerios en torno, según Lévi-Provençal.

